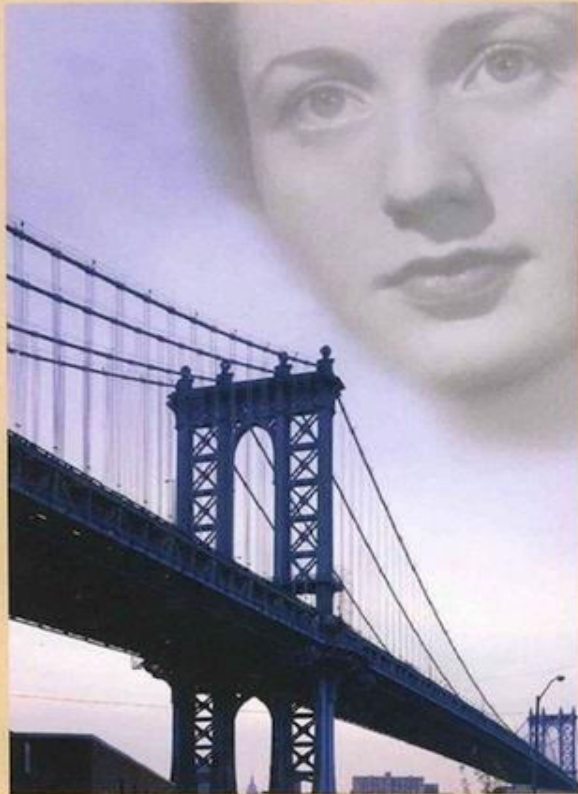


LA HISTORIA DEL AMOR NICOLE KRAUSS



La publicación de *La historia del amor*, segunda novela de Nicole Krauss, supuso la confirmación del extraordinario talento de esta joven escritora norteamericana, suscitando el elogio entusiasta de críticos y escritores, entre ellos el Premio Nobel de Literatura J.M. Coetzee. Con una sabia mezcla de humor y ternura, Nicole Krauss ha escrito una hermosa aproximación al insondable tema del amor, la pérdida y la memoria, además de un homenaje a la literatura y a la forma en que los libros pueden cambiar la vida de las personas.

Leo Gursky, cerrajero polaco jubilado en Nueva York, cuya obsesión es «no morirme un día en que nadie me haya visto», recibe misteriosamente el manuscrito de un texto que creía perdido, acompañado de una enigmática carta. Instalado en el ocaso de su vida, esta sorpresa lo lleva a bucear en los recuerdos de su lejana juventud, recuperando emociones que suponía enterradas. No muy lejos de allí, la quinceañera Alma Singer padece los dilemas y conflictos de su edad. Hace ya ocho años que su padre murió de cáncer y ella ha decidido que es hora de que su madre deje de estar triste, o sea, se dispone a encontrarle un nuevo marido. Cuando en su camino aparece *La historia del amor*, una novela rara, escrita en yidis, publicada en español y comprada por su padre en una librería de Buenos Aires, los interrogantes se suceden. ¿Por qué su padre se la regaló a su madre muy poco después de conocerla? ¿Quién era su autor? ¿Y quién es el misterioso hombre que ha encargado a su madre que traduzca el libro al inglés? Como en una afinada composición musical, la intensidad de la historia va aumentando progresivamente hasta que los pasos del anciano que busca reconciliarse con su pasado y la adolescente que quiere poner remedio a la soledad de su madre se entrecruzan mediante una ingeniosa y compleja trama cuyos hilos convergen en un final inolvidable. Con un tono intimista y envolvente, la autora ha logrado lo más difícil, contar una verdadera historia de amor en el sentido más amplio y profundo de la palabra, una historia llena de pasión y melancolía que conmovirá a todo tipo de lectores.

Lectulandia

Nicole Krauss

La historia del amor

ePUB v1.1

RicIV 20.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The history of love*

Nicole Krauss, 2 de mayo de 2005.

Traducción: Ana María de la Fuente

Ilustraciones: Sam Messer

Diseño/retoque portada: Daniel Mirer/CORBIS y Digital Vision/Getty Images

Editor original: RicIV (v1.0 a v.1.1)

ePub base v2.0

*Para mis abuelos,
que me enseñaron lo contrario de desaparecer.*



Y para Jonathan, mi vida.



Las últimas palabras en la tierra

Cuando escriban mi necrológica. Mañana. O pasado. Pondrán: «Leo Gursky ha muerto. Deja un apartamento lleno de mierda». Me extraña no estar sepultado en vida. La vivienda no es grande. Tengo que batallar para mantener el paso libre entre la cama y el baño, el baño y la mesa de la cocina, la mesa de la cocina y la puerta de entrada. Ir del baño a la puerta de entrada es imposible sin pasar por la mesa de la cocina. Me gusta imaginar que la cama es el *home*; el baño, la primera base; la mesa de la cocina, la segunda; y la puerta de entrada, la tercera: si suena el timbre y estoy en la cama, tengo que dar un rodeo por el baño y la mesa de la cocina para llegar a la puerta. Si por casualidad es Bruno, lo hago pasar sin decir palabra y me vuelvo a la cama corriendo, mientras en mis oídos resuena el clamor del graderío invisible.

A menudo me pregunto quién será la última persona que me vea con vida.

Si tuviera que apostar, lo haría por el repartidor del restaurante chino. Los llamo cuatro noches de cada siete. Cuando el chico llega, busco teatralmente la billetera. Él se queda en la puerta, sosteniendo la bolsa grasienta, mientras yo cavilo en si ésta será la noche en que me coma el rollito de primavera, me acueste y tenga un infarto mientras duermo.

Procuro hacerme notar. A veces, cuando salgo a la calle, me compro un zumo aunque no tenga sed. Si hay mucha gente en la tienda, hasta dejo caer el cambio, para que las monedas rueden por el suelo en todas direcciones.

Entonces me arrodillo. Me cuesta mucho arrodillarme, y más aún levantarme. Y sin embargo. Quizá la gente me tome por idiota. Entro en Pie de Atleta y digo:

«¿Qué tienen en deportivas?» El dependiente me mira como al pobre *schmuck* que soy en realidad y me señala las únicas Rockport clásicas que tienen, de una blancura detonante. «Nooo, ésas ya las tengo», digo, me voy al estante de las Reebok y elijo algo que ni siquiera parece una zapatilla, quizá una botina impermeable. Pido un cuarenta. El chico me mira otra vez, más despacio. Sin pestañear. «Un cuarenta», repito, sin soltar la zapatilla de muestra. Él menea la cabeza y va a buscarlas, y cuando vuelve ya estoy quitándome los calcetines.

Me subo las perneras del pantalón y contemplo esas cosas decrepitas que son mis pies, y transcurre un minuto tenso, hasta que queda claro que estoy esperando que él

me calce las botinas. Nunca compro. Lo único que quiero es no morirme un día en que nadie me haya visto.

Hace meses vi un anuncio en el periódico. Ponía: «Se necesita modelo para clase de dibujo al desnudo. 15 dólares la hora». Parecía demasiado bueno para ser verdad. Tanta mirada. Y de tanta gente. Llamé. Una mujer me dijo que fuera el martes próximo. Yo traté de describir mi aspecto físico, pero no le interesaba.

«Cualquiera vale», dijo.

Los días pasaban despacio. Se lo conté a Bruno, pero lo entendió mal y pensó que me había matriculado en una clase de dibujo para ver chicas desnudas. No se dejó sacar de su error. «¿Enseñan las tetas? —preguntó—. ¿Y más abajo?» Cuando murió la señora Freid, la vecina del cuarto piso, y tardaron tres días en encontrarla, Bruno y yo adquirimos la costumbre de controlarnos mutuamente. Al principio inventábamos pequeños pretextos. «Se me ha acabado el papel higiénico», decía yo cuando él abría la puerta. Pasaba un día.

Sonaba el timbre. «He extraviado la guía de la tele», explicaba él, y yo iba en busca de la mía, sabiendo que él la tenía donde siempre, en el sofá. Un domingo por la tarde bajó diciendo: «Necesito una taza de harina». Fue una torpeza, pero no pude contenerme. «Si tú no tienes ni idea de cocinar». Hubo un momento de silencio.

Bruno me miró a los ojos. «Y qué sabes tú —respondió—. Voy a hacer un pastel».

Cuando llegué a América no conocía a casi nadie, sólo a un primo segundo que era cerrajero, y me puse a trabajar para él. Si mi primo hubiera sido zapatero, me habría hecho zapatero; si hubiera trasegado mierda con una pala, yo también la habría trasegado. Pero. Era cerrajero. Él me enseñó el oficio, y me hice cerrajero. Teníamos un tallercito y no nos iba mal, pero entonces él pilló la tuberculosis, luego tuvieron que cortarle un trozo de hígado, luego se puso a cuarenta de fiebre, y al final se murió, todo el mismo año, y yo me hice cargo del taller. Enviaba a su viuda la mitad de los beneficios, incluso cuando ella se casó con un médico y se mudó a Bay Side. Seguí con el negocio más de cincuenta años. No era lo que yo hubiera soñado para mí. Pero. La verdad es que llegó a gustarme. Ayudaba a la gente a entrar en casa cuando se quedaba fuera y a dejar fuera lo que no quería que entrara en casa, para que durmiera tranquila.

Un día estaba mirando por la ventana. Puede que estuviera contemplando el cielo. Pon a alguien delante de una ventana, aunque sea un imbécil, y tendrás a un Spinoza. Se iba la tarde y llegaba la oscuridad. Alargué la mano hacia la cadenita de la bombilla y, de repente, fue como si un elefante me pisara el corazón. Caí de rodillas. Pensé: No habré vivido para siempre. Pasó un minuto.

Otro. Arañando el suelo, me arrastré hacia el teléfono.

El veinticinco por ciento de mi músculo cardíaco murió. Tardé mucho en recuperarme y ya no volví al trabajo. Pasó un año. Yo sentía que el tiempo pasaba por pasar. Miraba por la ventana. Veía cómo el otoño se hacía invierno.

Y el invierno, primavera. A veces, Bruno bajaba y se sentaba conmigo. Nos conocemos desde que éramos niños; íbamos juntos al colegio. Era uno de mis amigos más íntimos, con sus gruesos lentes, su pelo rojo que él aborrecía y una voz que, cuando se enfadaba, se le rompía en la garganta. Yo no sabía si estaba vivo o muerto cuando un día, bajando por East Broadway, oí su voz. Me volví.

Él estaba de espaldas a mí, frente a una tienda de comestibles, preguntando el precio de una fruta. Yo pensé: Son figuraciones, estás soñando, ¿cómo va a ser... tu amigo de la infancia? Yo me había quedado pasmado en la acera. Está muerto, me decía. Mira, tú estás en los Estados Unidos de América, ahí delante tienes un McDonald's, despierta. Yo esperaba, para convencerme. Sólo mirándole la cara no lo hubiera reconocido. Pero. Su manera de andar era inconfundible. Iba a pasar por mi lado, y yo extendí el brazo. No sabía lo que hacía, quizá estuviese viendo visiones, pero lo agarré de una manga. «Bruno», dije. Él se detuvo y se volvió. Al principio parecía asustado, y después confuso.

«Bruno». Me miró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Yo le cogí la otra mano, ahora lo sujetaba por una manga y una mano; «Bruno». Él empezó a temblar.

Llevó su mano a mi mejilla. Estábamos en medio de la acera, la gente pasaba andando deprisa, era un día de junio, hacía calor. Él tenía el pelo blanco y muy fino. Se le cayó la fruta de la mano. «Bruno».

Un par de años después, su mujer murió. Era demasiado duro vivir en aquel apartamento sin ella, todo se la recordaba, así que, cuando se quedó vacante un apartamento en el piso encima del mío, se mudó. Solemos sentarnos a la mesa de mi cocina. A veces, en toda una tarde no decimos ni una palabra. Si hablamos, nunca es en yidis. Las palabras de nuestra niñez se nos han hecho extrañas; no podríamos decirlas como antes y por eso preferimos no usarlas.

Ahora la vida exigía un lenguaje nuevo.

Bruno, mi fiel camarada. No lo he descrito lo suficiente. ¿Bastaría decir que es indescriptible? No. Vale más probar y fracasar que no intentarlo. Tu pelito blanco se agita levemente en tu cráneo como la pelusa de un diente de león mal soplado. Muchas veces, Bruno, me han dado ganas de soplarte en la cabeza y pedir un deseo. Un último resto de decoro me lo impide. O quizá debería empezar por tu estatura, tan escasa. En tus días buenos, como mucho, me llegas al hombro. O por esas gafas que sacaste de una caja diciendo que eran tuyas, unas cosas redondas, enormes, que te agrandan tanto los ojos que tu reacción a todo parece estar siempre en un 4,5 de la escala Richter. ¡Son gafas de mujer, Bruno! He intentado decírtelo muchas veces, pero siempre me ha faltado valor.

Y otra cosa. De niños, tú escribías mejor que yo. Entonces yo tenía mucho orgullo para reconocerlo. Pero. Lo sabía. Créeme si te digo que entonces ya lo sabía, como lo sé ahora. Me duele no habértelo dicho, como me duele pensar en todo lo que hubieras podido ser. Perdóname, Bruno. Mi más viejo amigo. Mi mejor amigo. No te hice justicia. Me has hecho tanta compañía al final de mi vida ... Tú, precisamente tú, que habrías podido hallar palabras para todo aquello.

Una vez, hace mucho tiempo, encontré a Bruno tendido en el suelo de la sala, con un frasco de píldoras vacío al lado. Ya estaba harto. No quería sino dormir para siempre. Sujeta al pecho con cinta adhesiva tenía una nota de tres palabras: «Adiós, amores míos». Yo me puse a gritar. «¡No, Bruno, no, no, no, no, no, no, no!» Le daba cachetes. Por fin le temblaron los párpados y abrió los ojos. Tenía la mirada ausente, turbia. «¡Despierta, *Dumkop!* —le grité—. ¡Escúchame bien: tienes que despertar!» Volvían a cerrársele los ojos. Marqué el 911. Llené un bol de agua fría y se lo eché a la cara. Pegué el oído a su corazón.

Un murmullo muy leve y lejano. Llegó la ambulancia. En el hospital le hicieron un lavado de estómago. «¿Por qué ha tomado todas esas píldoras?», le preguntó el médico. Bruno, mareado y exhausto, alzó los ojos fríamente. «¿Por qué cree usted que he tomado todas esas píldoras?», gritó. La sala de reanimación quedó en silencio, todos lo miraban. Bruno gruñó y se volvió de cara a la pared.

Aquella noche lo acosté. «Bruno», dije. «Lo siento —dijo él—. He sido un egoísta». Yo suspiré y di media vuelta para marcharme. «¡Quédate!», me gritó.

No volvimos a hablar de aquello. Como tampoco hablábamos de nuestra niñez, de los sueños compartidos y perdidos, de todo lo sucedido y de lo no sucedido. Un día estábamos callados. De repente, uno de los dos se echó a reír.

Fue contagioso. No había causa para la risa, pero empezamos a reírnos, primero por lo bajo y al poco rato nos retorcíamos y bramábamos, bramábamos de risa mientras las lágrimas nos resbalaban por las mejillas. A mí me brotó una mancha de humedad en la bragueta y eso nos hizo reír aún más; yo daba puñetazos en la mesa, casi no podía respirar y pensé: A lo mejor es así como voy a acabar, con un ataque de risa; no podría ser mejor, riendo y llorando, riendo y cantando, riendo para olvidar que estoy solo, que esto es el final de mi vida, que la muerte está esperándome en la puerta.

Cuando era niño, me gustaba escribir. Eso era lo único que quería hacer en la vida. Inventaba personajes y llenaba libretas con sus historias. Como la de un niño que, al crecer, se volvió tan peludo que la gente quería cazarlo por su piel.

Tuvo que esconderse en los árboles y se enamoró de un pájaro que imaginaba ser un gorila de ciento cincuenta kilos. O la de unas hermanas siamesas, una de las cuales se enamoraba de mí. Las escenas de sexo me parecían de lo más originales. Y sin embargo. Cuando fui un poco mayor, quise ser escritor de verdad. Trataba de escribir

sobre cosas de verdad. Quería describir el mundo, porque vivir en un mundo no descrito hace que te sientas muy solo. Antes de cumplir veintiún años había escrito tres libros, quién sabe lo que habrá sido de ellos. El primero era sobre Slonim, el pueblo donde vivía, que unas veces era Polonia y otras veces Rusia. Dibujé un mapa para el frontispicio, con letreros en las casas y las tiendas: aquí estaba el carnicero Kipnis, aquí el sastre Grodzinski, y aquí vivía Fishl Shapiro, que era o un gran *tzaddik* o un idiota, nadie lo sabía, y aquí la plaza, y el campo en que jugábamos, y aquí el río se ensanchaba y aquí se estrechaba, y aquí empezaba el bosque, y aquí estaba el árbol del que se ahorcó Beyla Asch, y aquí, y aquí. Y sin embargo. Cuando lo di a leer a la única persona de Slonim cuya opinión me importaba, ella sólo se encogió de hombros y dijo que le gustaban más las cosas que me inventaba. Así pues, escribí mi segundo libro, todo inventado. Lo llené de hombres a los que les salían alas, de árboles que tenían las raíces en el cielo, de personas que olvidaban su propio nombre y de personas que no podían olvidar nada; hasta inventé palabras.

Cuando lo terminé, fui a su casa corriendo, entré en tromba por el portal, subí los peldaños de la escalera de tres en tres y lo entregué a la única persona de Slonim cuya opinión me importaba. Me apoyé contra la pared y observé su cara mientras ella leía. Fuera oscureció, y ella siguió leyendo. Pasaron horas. Poco a poco, fui resbalando hasta sentarme en el suelo. Ella leía y leía. Al terminar, me miró. Estuvo un rato sin decir nada. Luego dijo que quizá no debería inventarlo todo, porque así era difícil creer algo.

Otro en mi lugar habría abandonado. Yo volví a empezar. Ahora no escribía ni sobre cosas reales ni sobre cosas imaginarias. Escribía sobre lo único que sabía. El montón de hojas crecía. E incluso después de que la única persona cuya opinión me importaba se fuera en un barco a América, yo seguía llenando páginas con su nombre.

Después de su marcha, las cosas fueron de mal en peor. Ningún judío estaba a salvo. Corrían rumores de hechos incomprensibles, y como no los comprendíamos no podíamos creerlos, hasta que no tuvimos más remedio, y entonces ya era tarde. Yo trabajaba en Minsk, pero perdí el empleo y volví a Slonim. Los alemanes avanzaban hacia el este. Estaban cada día más cerca. La mañana en que empezamos a oír sus tanques, mi madre me dijo que me escondiera en el bosque. Yo quería llevarme a mi hermano pequeño que sólo tenía trece años, pero mi madre dijo que mi hermano iría con ella. ¿Por qué le hice caso? ¿Porque era lo más fácil? Corrí al bosque. Me eché al suelo y me quedé quieto. Ladraban perros, lejos. Pasaron horas. Y entonces sonaron los disparos. Cuántos disparos. No sé por qué nadie gritaba. O quizá yo no oía los gritos. Después, silencio. Tenía el cuerpo entumecido, recuerdo que notaba en la boca sabor a sangre. No sé cuánto tiempo pasó. Días. No volví a casa. Cuando me levanté, había perdido la única parte de mí que siempre había creído que yo podría encontrar

palabras para cualquier brizna de vida.

Y sin embargo.

Un par de meses después del infarto y cincuenta y siete años después de haber abandonado, volví a empezar a escribir. Lo hacía sólo para mí, para nadie más, y ahí estaba la diferencia. No importaba si encontraba las palabras, es más, yo sabía que sería imposible encontrar las palabras justas. Y porque aceptaba que lo que una vez creí posible era imposible en realidad, y porque sabía que de aquello nunca enseñaría ni una palabra a nadie, escribí una frase:

«Erase una vez un niño».

Ahí quedó la frase durante días, contemplándome desde la página casi en blanco. A la semana siguiente, añadí otra frase. Pronto había una página entera.

Aquello me agradaba, era como hablar conmigo mismo en voz alta, como hago a veces.

Un día dije a Bruno:

—A ver si adivinas cuántas páginas llevo escritas.

—Ni idea —me contestó.

—Escribe un número y pásamelo —le dije. Él se encogió de hombros y sacó un bolígrafo del bolsillo. Lo pensó un minuto o dos, mirándome sin pestañear—. Un número aproximado —dije. Él se inclinó, escribió un número en su servilleta y le dio la vuelta. Yo escribí en la mía el número real, 301. Hicimos intercambio de servilletas. Levanté la de Bruno. Por razones que no puedo explicarme, Bruno había escrito «200.000». Él miró mi servilleta. Puso mala cara.

A veces, yo pensaba que la *última página* de mi libro y la última de mi vida habían de ser la misma, que cuando mi libro terminara yo terminaría, que un vendaval barrería mi casa llevándose las páginas y, cuando todas esas hojas blancas salieran aleteando por la ventana, la habitación quedaría en silencio y mi silla estaría vacía.

Cada mañana escribía un poco. Trescientas una ya es algo. De vez en cuando, al terminar, me iba al cine. Para mí ir al cine siempre es un acontecimiento. A veces compro palomitas y —si hay alrededor gente que me mire— hago que se me caigan. Me gusta sentarme delante, llenarme la vista de lo que hay en la pantalla, que nada me distraiga del momento. Y me encantaría que el momento durase siempre. No sabría decir lo feliz que me hace ver lo que pasa allá arriba, ampliado. Diría «más grande que la realidad», pero nunca he entendido la expresión. ¿Qué es más grande que la realidad? Estar sentado en primera fila mirando la cara de una muchacha bonita, de dos pisos de altura, y sentir en las piernas las vibraciones de su voz, es percibir la realidad en toda su extensión. Así pues, me siento en primera fila. Si salgo del cine con tortícolis y con vestigios de una erección es señal de que tenía una buena

localidad. Yo no soy un viejo verde. Soy un hombre que quiso ser tan grande como la realidad.

Hay pasajes de mi libro que me sé de memoria, *by heart*, dicen aquí. De corazón.

No es una expresión que use a la ligera.

Mi corazón es débil y poco fiable. Cuando me muera, será del corazón. Procuro castigarlo lo menos posible. Si presiento que algo ha de afectarlo, lo desvío hacia otro sitio. El vientre, por ejemplo, o los pulmones, que pueden colapsarse un momento, pero siempre vuelven a tomar aliento. Las pequeñas humillaciones cotidianas, por ejemplo, si al pasar por delante de un espejo me veo la cara de improviso, o estando en la parada del autobús unos chavales se acercan por detrás y dicen «¿No hueles a mierda?», suelo encajarlas con el hígado. Otros ataques los dirijo hacia distintos puntos. El páncreas lo reservo para la nostalgia de todo lo perdido. Es verdad que es un órgano muy pequeño para tantas cosas. Pero. Te sorprendería lo mucho que puede aguantar, lo único que siento es un dolor agudo, pero pasa enseguida. A veces imagino mi propia autopsia. Decepción que provocho en mí mismo: riñón derecho. Decepción que provocho en los demás: riñón izquierdo. Fracasos personales: *kishkes*. No pretendo haber hecho de eso una ciencia. Tan bien estudiado no lo tengo. Tomo las cosas como vienen. Es sólo que he observado cierta pauta. El día en que se atrasan los relojes y oscurece antes de lo que yo esperaba, eso, por razones que no puedo explicarme, lo noto en las muñecas. Y cuando me despierto con los dedos yertos, es casi seguro que estaba soñando con mi niñez. El campo donde solíamos jugar, el campo donde todo se descubría y todo era posible. (Corríamos tanto que nos parecía que íbamos a escupir sangre: para mí, ése es el sonido de la niñez, jadeos y trote de zapatos en la tierra dura.) Dedos yertos, así vuelve a mí, al final de mi vida, el sueño de mi niñez. He de ponerlos bajo el chorro del agua caliente, el vapor empaña el espejo, fuera hay revuelo de palomas. Ayer vi a un hombre dar un puntapié a un perro, y lo sentí detrás de los ojos. No sé cómo llamarlo. Es el sitio que está antes de las lágrimas. El dolor del olvido: las vértebras. El dolor del recuerdo: las vértebras. Todas las veces en que, de pronto, me doy cuenta de que mis padres han muerto, porque aun hoy me sorprende estar en este mundo cuando lo que me creó ha dejado de existir: las rodillas, y necesito medio tubo de linimento y muchos sudores sólo para doblarlas. Cada cosa tiene su momento, y cada vez que, al despertar, he caído en el error de creer por un momento que a mi lado dormía alguien: una hemorroide. La soledad: no hay órgano que pueda asimilarla toda.

Cada mañana, un poco más.

«Érase una vez un niño». Vivía en un pueblo que ya no existe, en una casa que ya no existe, al borde de un campo que ya no existe, en el que todo se descubría y todo era posible. Un palo podía ser una espada. Una piedra podía ser un brillante. Un árbol, un castillo.

Érase una vez un niño que vivía en una casa que estaba al borde de un campo y, al otro lado del campo, vivía una niña que ya no existe. Los dos se inventaban mil juegos. Ella era la reina y él era el rey. A ella le brillaba el pelo al sol del otoño, como una corona. Recogían el mundo a pequeños puñados. Cuando el cielo oscurecía, se despedían, y tenían hojas enredadas en el pelo.

Erase una vez un niño que amaba a una niña, y la risa de ella era como una pregunta que él quería pasar la vida contestando. Cuando teman diez años, le pidió que se casara con él. Cuando teman once, le dio el primer beso. Cuando tenían trece, se pelearon y estuvieron tres semanas sin hablarse. Cuando tenían quince, ella le enseñó la cicatriz del pecho izquierdo. Su amor era un secreto que no revelaron a nadie. Él le prometió que no querría a ninguna otra en toda su vida. «¿Y si yo me muero?», preguntó ella. «Ni aun entonces», dijo él. El día en que ella cumplía dieciséis años, él le regaló un diccionario de inglés y juntos aprendían las palabras. «¿Esto qué es?», preguntaba él resiguiéndole el tobillo con el índice, y ella buscaba la palabra. «¿Y esto?», preguntaba él dándole un beso en el codo. «*Elbow!*» «¿Qué palabra es esa?», y entonces él lo lamía y ella se reía bajito. «¿Y esto qué es?», preguntaba él rozándole con el dedo la suave piel detrás de la oreja. «No lo sé», respondía ella, apagando la linterna y echándose de espaldas con un suspiro. Cuando tenían diecisiete años hicieron el amor por primera vez sobre un montón de paja, en un granero. Después, cuando ocurrieron cosas que nunca hubieran podido imaginar, ella le escribió en una carta: «¿Cuándo aprenderás que no hay una palabra para cada cosa?».

Erase una vez un muchacho que amaba a una muchacha que tenía un padre que fue lo bastante listo como para gastarse hasta el último zloty en enviar a su hija pequeña a América. Al principio ella no quería ir, pero el chico también sabía ya lo suficiente como para pedirle que se fuera, y le juró por su vida que ganaría dinero y encontraría la manera de seguirla. Así pues, ella se marchó. Él consiguió trabajo en la ciudad vecina, de portero en un hospital. Por las noches escribía el libro. Le envió una carta en la que copió once capítulos en letra muy pequeña. Ni siquiera sabía si ella la recibiría. Ahorraba cuanto podía. Un día lo despidieron. Nadie le dijo por qué. Volvió a casa. En el verano de 1941, los *Einsatzgruppen* penetraban hacia el este, matando a cientos de miles de judíos. Un día de julio claro y caluroso entraron en Slonim. Casualmente, a aquella hora el chico estaba tumbado en el bosque, pensando en la muchacha. Podría decirse que su amor lo salvó. En los años siguientes, el chico se convirtió en un hombre que se hizo invisible. Así escapó de la muerte.

Érase una vez un hombre que se había hecho invisible y que llegó a América. Había estado escondido tres años y medio, casi siempre en árboles, pero también en grietas, sótanos y agujeros. Y un día aquello acabó. Entraron los tanques rusos. Estuvo seis meses en un campamento de desplazados. Hizo llegar noticias suyas a un

primo que vivía en América y era cerrajero. Mentalmente, practicaba una y otra vez las únicas palabras de inglés que sabía. *Knee, elbow, ear*. Al fin llegaron los papeles. Tomó un tren que lo llevó a un barco y, al cabo de una semana, llegaba al puerto de Nueva York. Era un día frío de noviembre. Apretaba en la mano un papel doblado con la dirección de la muchacha. Pasó la noche en el suelo de la habitación de su primo, sin dormir. El radiador cencerreaba y siseaba, pero él agradecía el calor. Por la mañana, su primo le explicó tres veces cómo ir a Brooklyn en metro. Él compró un ramo de rosas, pero las flores se marchitaron porque, a pesar de que su primo le había explicado tres veces lo que debía hacer, se perdió. Al fin encontró la casa. Hasta el momento en que apoyaba el dedo en el timbre no se le ocurrió pensar que quizá debería haber llamado antes. Ella abrió la puerta. Un pañuelo azul le cubría el pelo. En la casa del vecino se oía la transmisión de un partido de fútbol. Erase una vez una mujer que había sido la muchacha que subió a un barco para ir a América y estuvo vomitando todo el viaje, no porque estuviera mareada sino porque estaba embarazada. Cuando lo supo, escribió al muchacho. Todos los días esperaba carta de él, pero la carta no llegaba. Ella trataba de disimular el embarazo para no perder el empleo en el taller de confección donde trabajaba. Semanas antes de que naciera el niño, alguien le dijo que en Polonia mataban a los judíos. «¿Dónde?», preguntaba ella, pero nadie sabía dónde. Dejó de ir a trabajar. No podía levantarse de la cama. Al cabo de una semana, el hijo del dueño del taller fue a verla. Le llevaba comida y le puso un ramo de flores en un jarrón al lado de la cama. Cuando se enteró de que estaba embarazada, llamó a una comadrona. Nació un niño. Un día la muchacha se incorporó en la cama y vio al hijo del dueño mecer al niño al sol. Al cabo de unos meses, ella accedió a casarse con él. Dos años después, tuvo otro hijo.

El hombre que se había hecho invisible escuchó todas estas cosas, de pie en la sala. Tenía veinticinco años. Había cambiado tanto desde la última vez que había visto a la muchacha que ahora una parte de él quería soltar una risa fría y dura. Ella le dio una pequeña foto del niño, que entonces tenía cinco años. Le temblaba la mano. Le dijo: «Dejaste de escribir. Pensé que habías muerto». Él miró la foto del niño que cuando creciera se parecería a él y, aunque esto él no podía saberlo, iría a la universidad, se enamoraría y desenamoraría y sería un escritor famoso. «¿Cómo se llama?», preguntó. «Le puse Isaac», dijo ella. Se quedaron en silencio largo rato, mientras él miraba la foto. Al fin pudo decir dos palabras: «Ven conmigo». De la calle subían gritos de niños. Ella apretó los párpados. «Ven conmigo», repitió él alargando la mano. A ella le resbalaban lágrimas por las mejillas. Tres veces se lo pidió. Ella negó con la cabeza. «No puedo», dijo. Miraba el suelo. «Por favor», dijo ella. Así pues, él hizo lo más difícil que había hecho en su vida: cogió el sombrero y se fue.

Y si el hombre que una vez fue el chico que prometió no enamorarse de ninguna

otra muchacha mientras viviera cumplió su promesa, no fue por terquedad, ni siquiera por lealtad. No pudo evitarlo. Después de haber estado escondido tres años y medio, no parecía inconcebible esconder su amor por un hijo que no sabía que él existía. No, si eso era lo que quería la única mujer a la que él amaría en su vida. Al fin y al cabo, ¿qué puede significar esconder una cosa más, para un hombre que ya ha desaparecido por completo?

La noche antes de ir a posar para la clase de dibujo, me sentía nervioso y alterado. Me desabroché la camisa y me la quité. Luego me solté el cinturón y me quité los pantalones. La camiseta. El calzoncillo. Me puse delante del espejo del recibidor en calcetines. Oía los gritos de los niños del campo de juegos que está al otro lado de la calle. Tenía la cadenita de la lámpara al alcance de la mano, pero no tiré de ella. Me miré a la luz que aún entraba por la ventana. Nunca me he considerado guapo.

Cuando era pequeño, mi madre y mi tía solían decirme que cuando creciera me haría guapo. Yo comprendía que entonces no era nada del otro mundo, pero creía que al fin acabaría por caerme en suerte alguna gracia. No sé qué pensaba: ¿que las orejas, que se erguían en un ángulo muy poco estético, se recogerían, o que se me agrandaría la cabeza, para ponerse a tono? ¿Que el pelo, que era como la estopa, un día se alisaría y reflejaría la luz? ¿Que la cara, pese a lo poco que prometía — párpados abultados, de rana, y labios delgados—, se transformaría en algo menos lamentable? Durante años, lo primero que hacía al levantarme por la mañana era ir al espejo, esperanzado. Incluso cuando ya era muy mayor para hacerme ilusiones, seguía aguardando. Yo crecía pero no mejoraba. Es más, las cosas fueron de mal en peor cuando llegué a la adolescencia y perdí ese encanto que tienen todos los niños. El año de mi *bar mitzvah* me visitó una plaga de acné que tardó cuatro años en abandonarme.

Pero yo seguía esperando. Cuando se fue el acné, empezó a ensanchármese la frente, como si el pelo no quisiera tratos con una cara tan poco agraciada. Las orejas, satisfechas del protagonismo que adquirirían, parecían ahuecarse a la luz de los focos. Los párpados se entrecerraban —algún músculo debía de ceder, arrastrado por la tracción de las orejas— y las cejas cobraban vida; durante un breve período se mantuvieron al límite de lo que cabía esperar de ellas, pero no tardaron en superar todas las expectativas y aproximarse al patrón neandertal.

Durante años seguí esperando que las cosas se arreglaran, pero al mirarme en el espejo nunca confundí lo que veía con algo distinto de lo que había. A medida que pasaba el tiempo, pensaba cada vez menos en mi aspecto. Hasta que lo olvidé casi por completo. Y sin embargo. Es posible que una pequeña parte de mí siga esperando ... incluso ahora hay momentos en los que me miro en el espejo, con mi arrugado *pischer* en la mano, y creo que mi hermosura aún puede salir a la luz.

La mañana de la clase, 19 de septiembre, me desperté en un estado de gran agitación. Me vestí, desayuné con mi barrita de cereal rico en fibra, fui al lavabo y me quedé esperando con expectación. En media hora, nada, pero mi optimismo no decayó. Al fin, una serie de bolitas. Seguí esperando. Es posible que me muera sentado en la taza, con el pantalón en los tobillos. Al fin y al cabo, paso aquí mucho tiempo, lo cual suscita otra pregunta, a saber: ¿quién será el primero que me vea muerto?

Me lavé con una esponja y me vestí. El día pasaba despacio. Cuando ya no pude esperar más, tomé un autobús para ir al otro extremo de la ciudad.

Llevaba en el bolsillo el anuncio del periódico doblado y lo saqué varias veces para mirar la dirección, a pesar de que la sabía de memoria. Tardé en encontrar el edificio. Al principio pensé que se trataba de un error. Pasé por delante tres veces antes de convencerme de que tenía que ser allí. Era un viejo almacén. La puerta de la calle estaba oxidada. La mantenía abierta una caja de cartón. Por un momento imaginé que me habían atraído a aquel lugar para robarme y matarme. Me vi tendido en el suelo, en un charco de sangre.

Se había nublado y empezaba a llover. Agradecí sentir el viento y las gotas en la cara, pensando que me quedaba poco tiempo de vida. Estaba allí plantado, incapaz de seguir adelante o volver atrás. Al fin oí una risa que venía de dentro.

Vamos, no seas ridículo, pensé. Alargué la mano hacia el picaporte y, en aquel momento, la puerta se abrió bruscamente. Salió una muchacha que llevaba un jersey muy grande. Se subió las mangas. Tenía los brazos delgados y blancos.

—¿Desea algo? —preguntó. El jersey tenía agujeritos. Le llegaba hasta las rodillas y por debajo le asomaba una falda. A pesar del frío iba sin medias.

—Busco una academia de dibujo. Había un anuncio en el periódico, quizá me haya equivocado de dirección. —Rebusqué el anuncio en el bolsillo de la gabardina.

Ella señaló hacia arriba.

—Segundo piso, primera puerta a la derecha. Pero no empiezan hasta dentro de una hora.

Miré a lo alto.

—Temía perderme y he venido pronto —dijo. Ella tiritaba. Me quité la gabardina—. Tome, póngase esto. Va a pillar un resfriado. —Ella se encogió de hombros, pero no hizo ademán de cogerla. Yo me quedé con el brazo extendido hasta que vi que era inútil.

No había más que decir. Subí por la escalera. El corazón me palpitaba.

Pensé en volver atrás: pasar junto a la muchacha, bajar por la calle llena de basura, cruzar la ciudad y meterme en mi casa, donde tenía cosas que hacer.

¿No era un imbécil al pensar que no iban a echarme cuando me quitara la camisa y el pantalón y me presentara desnudo delante de ellos? ¿Al pensar que

contemplarían mis piernas varicosas, mi *knedelach* mustio y peludo y entonces se pondrían a dibujar? Y sin embargo. No volví atrás. Me agarré a la barandilla y subí la escalera. Oía repicar la lluvia en la claraboya. Por allí se filtraba una luz sucia. En lo alto de la escalera había un pasillo. En la habitación de la izquierda, un hombre pintaba una tela grande. En la de la derecha no había nadie. Vi un bloque cubierto con un terciopelo negro y un desordenado círculo de sillas y taburetes plegables. Entré, me senté y esperé.

Al cabo de media hora, empezó a entrar gente. Una mujer me preguntó quién era. «He venido por el anuncio —le dije—. Hablé por teléfono con alguien de aquí». Ella pareció comprender y sentí alivio. Me indicó dónde cambiarme, un rincón, detrás de una cortina rudimentaria. Yo me paré allí y ella cerró la cortina a mi alrededor. Oí alejarse sus pasos y seguí sin moverme. Pasó un minuto y me quité los zapatos. Los dejé bien alineados el uno al lado del otro.

Me quité los calcetines y metí uno en cada zapato. Me desabroché la camisa y me la quité; había un colgador, y la colgué. Oí arrastrar de sillas y luego risas.

De repente había perdido las ganas de ser visto. Me hubiera gustado agarrar los zapatos, salir de la habitación, bajar la escalera y alejarme de allí. Y sin embargo. Me bajé la cremallera del pantalón. Entonces se me ocurrió: ¿qué significaba «desnudo» exactamente?

¿Quería decir en realidad sin el calzoncillo?, reflexioné. ¿Y si era con calzoncillo y yo salía con los yasabesqué colgando? Metí la mano en el bolsillo del pantalón en busca del anuncio. «Modelo para desnudo», poma. No seas idiota, me dije. Esta gente no son aficionados. Tenía el calzoncillo por las rodillas cuando se acercaron los pasos de la mujer. «¿Está usted bien ahí dentro?» Alguien abrió una ventana y un coche chapoteó en un charco. «Muy bien, sí. Salgo enseguida». Bajé la mirada al calzoncillo. Una rayita. Mis intestinos. Me abochornan constantemente. Hice una bola con el calzoncillo.

Pensé: Después de todo, quizá haya venido aquí a morir. ¿No era verdad que hasta hoy no había visto este almacén? Quizá éstos fueran lo que la gente llama ángeles. La chica de abajo tenía que serlo, desde luego, cómo no me había dado cuenta, con lo pálida que estaba. Me había quedado quieto. Empezaba a tener frío. Pensé: Conque es así como te llega la muerte. Desnudo, en un almacén abandonado. Mañana Bruno bajaría, llamaría a la puerta y nadie contestaría. Perdona, Bruno, me hubiera gustado decirte adiós. Siento haberte decepcionado con tan pocas páginas. Entonces pensé: Mi libro. ¿Quién lo encontraría? ¿Lo tirarían con el resto de mis cosas? Aunque yo pensaba que lo escribía para mí, la verdad era que quería que lo leyera alguien.

Cerré los ojos e inspiré. ¿Quién lavaría mi cadáver? ¿Quién presidiría el duelo y recitaría el *kaddish*? Pensé: Las manos de mi madre. Aparté la cortina.

Sentía el corazón en la garganta. Me adelanté. Entornando los ojos a la luz, me paré delante de ellos.

Nunca fui hombre de gran ambición.

Lloraba con facilidad.

No tenía cabeza para las ciencias.

A menudo no encontraba las palabras.

Cuando los otros rezaban yo sólo movía los labios.

—Por favor. —La mujer que me había indicado dónde podía desnudarme me señalaba la caja cubierta de terciopelo—. Póngase ahí de pie.

Crucé la sala. Habría unos doce, sentados en sillas, con blocs de dibujo.

Estaba la chica del jersey grande.

—Quédese como se sienta más cómodo.

No sabía hacia dónde volverme. Estaban en círculo, de modo que, me pusiera como me pusiese, alguien tendría que enfrentarse a mi lado rectal.

Decidí quedarme como estaba. Dejé caer los brazos a los lados y me concentré en un punto del suelo. Ellos levantaron los lápices.

No pasó nada. Pero yo sentía el terciopelo en las plantas de los pies, se me erizaba el vello de los brazos, me pesaban los dedos, tirando de mí hacia el suelo. Me pareció que mi cuerpo se despertaba ante doce pares de ojos. Alcé la cabeza.

—Procure permanecer quieto —dijo la mujer.

Me quedé mirando una grieta del suelo de cemento. Oía el roce de los lápices en el papel. Yo quería sonreír. Mi cuerpo empezaba a rebelarse, ya me temblaban las rodillas y se me fatigaban los músculos de la espalda. Pero. No me importaba. Si era necesario, estaría así todo el día. Pasaron quince minutos, veinte. Entonces la mujer dijo:

—Podríamos descansar un poco y luego empezamos con otra pose.

Sentado. De pie. Me di la vuelta, para que los que no habían visto mi lado rectal lo vieran ahora. Ellos volvían las hojas de los blocs. No sé cuánto duró aquello. Hubo un momento en que creí que me desmayaba. Iba del dolor al entumecimiento y del entumecimiento al dolor. Me lloraban los ojos del esfuerzo.

No sé cómo, me vestí. No encontraba el calzoncillo y estaba muy cansado para buscarlo. Bajaba la escalera sujetándome del pasamanos. La mujer bajó detrás de mí.

—Espere, olvida los quince dólares.

Los tomé y, al ir a meterlos en el bolsillo, noté el bulto del calzoncillo.

—Gracias. —Se lo decía de verdad. Estaba exhausto. Pero contento.

Quiero decir esto en algún sitio: he tratado de perdonar. Y sin embargo. Ha habido épocas de mi vida, años enteros, en que la cólera ha podido conmigo. La fealdad me ha sublevado. Encontraba cierta satisfacción en el resentimiento. Le abría la puerta. Lo cultivaba. Miraba al mundo con malos ojos. Y el mundo me miraba a mí

con malos ojos. Nos quedábamos trabados en una mirada de mutua repulsión. Le cerraba a la gente la puerta en las narices. Me pedorreaba donde me apetecía. Acusaba a las cajeras de querer estafarme diez céntimos, mientras los tenía en la mano. Hasta que un día me di cuenta de que iba camino de ser la clase de *schmuck* que envenena a las palomas. La gente cambiaba de acera para no cruzarse conmigo. Era un cáncer humano. Y, si he de ser sincero, en el fondo no estaba enojado. Ya no. Había dejado el enojo en algún sitio hacía mucho tiempo. Olvidado en un banco del parque. Y sin embargo. Después de tantos años, ya no sabía ser de otra manera. Una mañana, al despertar, me dije:

Aún no es tarde. Los primeros días fueron extraños. Tuve que practicar la sonrisa delante del espejo. Pero la recuperé. Fue como quitarme un peso de encima. Yo me desembaracé de algo y algo se desembarazó de mí. Al cabo de un par de meses encontré a Bruno.

Cuando volví de la clase de dibujo, había una nota de Bruno en la puerta.

Ponía: «¿Dónde te metes?» Estaba muy cansado para subir a explicárselo.

Dentro estaba oscuro y tiré de la cadenita de la lámpara del recibidor. Me vi en el espejo. El pelo que me quedaba se me levantaba en la coronilla como la cresta de una ola. Tenía la cara tan arrugada como algo olvidado bajo la lluvia.

Me dejé caer en la cama con toda la ropa menos el calzoncillo. Era más de medianoche cuando sonó el teléfono. Desperté de un sueño en el que estaba enseñando a mi hermano Josef a orinar en arco. A veces tengo pesadillas. Pero esto no lo era. Estábamos en el bosque y el frío nos mordía el trasero. De la nieve subía vapor. Josef volvió la cara hacia mí, sonriendo. Un niño guapo, rubio y de ojos grises. Grises como el mar en un día nublado, o como el elefante que vi en la plaza del pueblo cuando tenía su edad. Lo vi claramente, bajo un sol polvoriento. Después nadie recordaba haberlo visto y, como era imposible comprender cómo podía haber llegado a Slonim un elefante, nadie me creyó.

Pero yo lo vi.

Lejos sonaba una sirena. Cuando mi hermano abría la boca para decir algo, el sueño se cortó y desperté en la oscuridad de mi cuarto, con la lluvia repicando en el cristal. Seguía sonando el teléfono. Bruno, seguramente. No hubiera hecho caso, de no ser porque temía que llamara a la policía. ¿Por qué no golpea el radiador con el bastón, como hace siempre? Tres golpes quiere decir *¿aún vives?*; dos, *sí*; y uno, *no*. Lo hacemos sólo de noche, durante el día hay demasiados ruidos y, de todos modos, no es muy seguro porque Bruno suele quedarse dormido con los auriculares del *walkman* puestos.

Bajé de la cama y, al cruzar la habitación, tropecé con la pata de una mesa.

«¡Diga!», grité, pero el teléfono estaba mudo. Colgué, fui a la cocina y saqué un vaso del armario. El agua gorgoteó en las cañerías y estalló en un borbotón.

Bebí y entonces me acordé de la planta. Hace casi diez años que la tengo.

Apenas vive ya, pero aún no ha muerto. Está más marrón que verde. Tiene partes secas. Pero vive, siempre inclinada hacia la izquierda. Cuando le doy la vuelta para que la parte de cara al sol deje de estarlo, ella, tozuda, sigue inclinándose hacia la izquierda, entregándose a un acto de creatividad en lugar de doblegarse a la necesidad física. Le vacié el vaso en el tiesto. De todos modos, ¿qué significa florecer?

Al cabo de un momento, volvió a sonar el teléfono.

—Ya vale, ya vale —dije descolgando—. No hace falta despertar a toda la casa. —Al otro lado había silencio—. ¿Bruno?

—¿El señor Leopold Gursky?

Supuse que era alguien que quería venderme algo. Siempre están llamando para venderte cosas. Uno me dijo que si le enviaba un cheque de 99 dólares podría optar a una tarjeta de crédito, y yo le contesté: «Pues claro, y si me paro debajo de una paloma puedo optar a una cagada».

Pero este hombre no quería venderme nada. Se había quedado fuera de su casa con las llaves dentro. Había pedido a información el número de un cerrajero. Le dije que yo estaba retirado. El hombre no respondía. Parecía incapaz de creer que pudiera tener tan mala suerte. Ya había llamado a otros tres números y en ninguno le contestaban.

—Estoy en la calle y llueve a cántaros —dijo.

—¿No tiene algún sitio donde pasar la noche? Por la mañana le será fácil encontrar a un cerrajero. Hay un montón.

—No —dijo—. Está bien, en fin, si es mucha... —empezó, y se interrumpió esperando que yo dijera algo. No dije nada—. Qué se le va a hacer. —Le noté la decepción en la voz—. Perdona la molestia. —No obstante, no colgaba, y yo tampoco. Me remordía la conciencia. ¿Qué falta me hace dormir? Ya habrá tiempo para eso. Mañana. O pasado mañana.

—Está bien, está bien —dije, a pesar de que no quería decirlo. Tendría que desenterrar mis herramientas. Sería como buscar una aguja en un pajar, o un judío en Polonia—. Un momento ... a ver si encuentro un bolígrafo.

Me dio una dirección de la parte alta, muy lejos. Hasta después de colgar no recordé que, a aquella hora, podía tener que esperar horas a que pasara un autobús. En el cajón de la cocina tenía la tarjeta del Servicio de Coches Goldstar, y no es que acostumbre usarlo. Pedí un coche y me puse a escarbar en el armario del recibidor en busca de mi caja de herramientas. No la encontré, pero descubrí una caja de gafas viejas. A saber de dónde la sacaría. Seguramente, alguien las vendía en la calle con restos de vajillas y una muñeca sin cabeza. De vez en cuando me pruebo un par. Una vez hice una tortilla llevando unas gafas de lectura de mujer. Me salió una tortilla inmensa que sólo de mirarla daba miedo. Revolví en la caja y saqué unas gafas.

Tenían la montura color carne y unos cristales cuadrados, de un dedo de grosor. El suelo se alejó de mis pies y, cuando fui a dar un paso, brincó hacia arriba. Fui tambaleándome hasta el espejo. En un intento de enfoque, acerqué la cara, pero calculé mal y choqué con el espejo. Sonó el timbre. Cuando tienes los pantalones bajados es cuando llega todo el mundo. «Ahora mismo bajo», grité por el intercomunicador. Cuando me quité las gafas, tenía la caja de las herramientas delante de las narices. Pasé la mano por su estropeada tapa. Luego agarré la gabardina del suelo, me alisé el pelo delante del espejo y salí. La nota de Bruno seguía pegada en la puerta. La arrugué y me la metí en el bolsillo.

En la calle había una limusina negra con el motor en marcha, iluminando la lluvia con los faros. No vi nada más, aparte de varios coches aparcados junto al bordillo. Iba a entrar otra vez en el edificio cuando el conductor bajó el cristal y me llamó por mi apellido. Llevaba un turbante lila. Me acerqué a la ventanilla.

—Tiene que haber un error —dije—. Yo he pedido un coche.

—Bueno —dijo él.

—Pero esto es una limusina —señalé.

—Bueno —repitió el hombre, indicándome con un ademán que subiera.

—No puedo pagar extra.

El turbante se movió de arriba abajo y el hombre dijo:

—Suba antes de que se empape.

Subí. Los asientos eran de piel y había botellas de cristal tallado en el minibar. El coche era más grande de lo que yo imaginaba. La tenue música exótica que sonaba delante y el roce acompasado de las escobillas del limpiaparabrisas casi no llegaban hasta mí. El chófer dirigió el morro del coche hacia la calle y avanzamos en la noche. Las luces del tráfico se reflejaban en los charcos. Abrí una de las botellas, pero estaba vacía. Había un tarro de caramelos de menta, y me llené los bolsillos. Al bajar la mirada vi que tenía la bragueta abierta.

Me erguí y me aclaré la garganta.

Damas y caballeros, procuraré ser breve; han sido ustedes muy pacientes.

La verdad es que estoy anonadado, lo digo en serio, no hago más que pellizcarme. Es un honor que no me hubiera atrevido ni a soñar: el premio Goldstar a la Trayectoria de una Vida, esto me abruma ... ¿Ha sido realmente una vida? Y sin embargo. Sí. Todo parece sugerirlo. Una vida.

Cruzamos la ciudad. Yo he andado por todos estos barrios, mi oficio me hacía ir de un sitio a otro. Hasta en Brooklyn me conocían. Iba a todas partes.

Abría cerraduras para los *hasids* y cerraduras para los *shvartzers*. A veces hasta andaba por gusto, podía pasarme todo un domingo andando. Un día, hace años, me encontré delante del Jardín Botánico y entré a ver los cerezos. Compré unas galletas y estuve mirando los peces de colores que nadaban perezosamente en el estanque.

Debajo de un cerezo se retrataba una boda, y las flores blancas que lo cubrían daban la impresión de que había nevado para él solo. Entré en el invernadero de plantas tropicales. Aquello era otro mundo, húmedo y cálido, como si allí dentro hubiera quedado encerrado el aliento de gente que hacía el amor. Con el dedo escribí en el cristal «Leo Gursky».

La limusina paró. Acerqué la cara a la ventanilla.

—¿Dónde es?

El chófer señaló una bonita casa adosada, con escalera exterior y hojas talladas en la piedra.

—Diecisiete dólares —dijo.

Me palpé el bolsillo en busca de la billetera. No. Otro bolsillo. La nota de Bruno, los calzoncillos pero no la billetera. Los dos bolsillos de la gabardina.

No. No. Con las prisas, debí de olvidarla en casa. Entonces recordé la paga de la clase de dibujo. Hurgué debajo de los caramelos, la nota y los calzoncillos, y la encontré.

—Crea que lo siento —dije—. Es muy embarazoso. No llevo encima más que quince. —Reconozco que me dolía desprenderme de los billetes, no por lo que me había costado ganarlos sino por algo más, algo agri dulce. Pero al cabo de un momento el turbante se movió de arriba abajo y el dinero fue aceptado.

El hombre estaba en el quicio de la puerta. Desde luego, él no esperaba verme llegar en limusina; ni que fuera el maestro cerrajero de las estrellas de la pantalla. Me sentía violento, quería dar una explicación: «Créame, no es que quiera darme aires». Pero seguía diluviando, y él me necesitaba a mí más que la justificación de mi medio de transporte. El hombre tenía el pelo pegado a la frente. Me dio las gracias tres veces por haber ido.

—No tiene importancia —dije. Y sin embargo. Había estado a punto de no ir.

Era una cerradura complicada. Él estaba de pie a mi lado, sosteniéndome la linterna. La lluvia se me filtraba por la nuca. Me daba cuenta de lo mucho que dependía de que pudiera abrir aquella cerradura. Pasaban los minutos. Probé y fallé. Probé y fallé. Y luego, por fin, empezó a latirme con fuerza el corazón.

Hice girar el picaporte y la puerta se abrió.

Entramos en el recibidor, chorreando. Él se quitó los zapatos y yo hice otro tanto. Volvió a darme las gracias y fue a ponerse ropa seca y a pedirme un coche. Yo dije que no hacía falta, que podía tomar el autobús o parar un taxi, pero él respondió que de ninguna manera y menos con aquella lluvia. Me dejó en la sala. Me acerqué a la puerta del comedor y desde allí distinguí una habitación llena de libros. Nunca había visto tantos libros en un sitio que no fuera una biblioteca pública. Entré.

A mí también me gusta leer. Una vez al mes voy a la biblioteca. Para mí elijo una novela y para Bruno, con sus cataratas, un audiolibro. Al principio, él no estaba muy

convencido. «¿Y para qué quiero yo esto?», me dijo mirando el estuche de *Ana Karenina* como si le hubiera puesto en la mano un enema. Y sin embargo. Un día o dos después, yo estaba haciendo mis cosas cuando en el piso de arriba sonó una voz que gritaba «¡Todas las familias felices se parecen!», y por poco me da un síncope. Desde entonces, Bruno escuchaba al máximo volumen todo lo que yo le llevaba, y me lo devolvía sin comentarios. Una tarde, volví de la biblioteca con el *Ulises*. A la mañana siguiente, yo estaba en el baño cuando arriba se oyó «¡Buck Mulligan, majestuoso y orondo!». Durante todo un mes, Bruno estuvo escuchando la cinta. Si algo no entendía del todo, pulsaba *stop* y rebobinaba. «¡Ineluctable modalidad de lo visible: al menos eso!» Pausa, rebobinado. «¡Ineluctable modalidad!» Pausa. «¡Ineluct!» Cuando se acercaba la fecha de la devolución, me pidió que se lo prorrogara. Para entonces yo ya estaba harto de paros y marchas atrás, y me fui al bazar y le compré un Sony Sportsman que ahora lleva todo el día colgado del cinturón. Tengo la impresión de que lo que le gusta es cómo suena el acento irlandés.

Me puse a inspeccionar las estanterías de aquel hombre. Por la fuerza de la costumbre, miré si tenía algo de Isaac, mi hijo. Allí estaba, desde luego. Y no un solo libro, sino cuatro. Pasé el dedo por los lomos. Al llegar a *Casas de cristal*, me detuve y lo saqué. Un libro muy bonito. Relatos. Los he leído qué sé yo las veces. Mi favorito es el que da título al libro, aunque no es que los demás no me gusten. Pero ése es algo aparte. Es corto, y cada vez que lo leo me hace llorar.

Trata de un ángel que vive en la calle Ludlow. No muy lejos de mi casa, al otro lado de Delancey. Hace tanto tiempo que vive allí que ya no se acuerda de por qué Dios lo envió a la tierra. Todas las noches, el ángel habla a Dios en voz alta y todos los días espera oír una palabra de Él. Para matar el tiempo, pasea por la ciudad. Al principio, todo le causa admiración. Empieza una colección de piedras. Se pone a estudiar matemáticas superiores. Y sin embargo. Cada día que pasa, la belleza del mundo lo deslumbra un poco menos. Por la noche, el ángel permanece despierto escuchando los pasos de la viuda que vive arriba, y todas las mañanas se cruza en la escalera con el anciano señor Grossmark, que se pasa el día subiendo y bajando la escalera fatigosamente, subiendo y bajando, murmurando: «¿Quién está ahí?» El ángel nunca le ha oído decir otra cosa, excepto un día en que, al cruzarse, el hombre se volvió hacia él y le preguntó: «¿Quién soy?», y el ángel, que nunca habla ni le hablan, se quedó tan sorprendido que no dijo nada, ni siquiera: «Tú eres Grossmark el mortal». A medida que va descubriendo la tristeza, el ángel siente que su corazón empieza a rebelarse contra Dios. Por la noche, sale a la calle y si ve a alguien que parece necesitar que lo escuchen, se detiene. Las cosas que oye... es el colmo. No comprende. Cuando el ángel pregunta a Dios por qué lo hizo tan inútil, se le rompe la voz al tratar de contener lágrimas de rabia. Al fin deja de hablar a Dios. Una noche encuentra a un hombre debajo de un puente. Comparten una botella de vodka que el

hombre tiene en una bolsa de papel marrón. Y como el ángel está borracho y solo y enfadado con Dios y como, aun sin darse cuenta, se siente identificado con los mortales y tiene el impulso de confiarse a alguien, dice al hombre la verdad: que es un ángel. El hombre no le cree, y el ángel insiste. El hombre le pide que se lo demuestre, y el ángel se levanta la camisa, a pesar del frío, y enseña al hombre el círculo perfecto que tiene en el pecho, que es la marca de los ángeles. Pero eso no dice nada al hombre, que no sabe ni que los ángeles tengan marca, y le dice: «Muéstrame algo que Dios pueda hacer», y el ángel, ingenuo como todos los ángeles, señala al hombre. Y entonces, pensando que miente, el hombre le da un puñetazo en el estómago que lo hace caer de espaldas al oscuro río. Y se ahoga, porque lo que les falta a los ángeles es saber nadar.

Estaba solo en aquella habitación llena de libros, con el libro de mi hijo en las manos. Era medianoche. Más de medianoche. Y pensé: Pobre Bruno. Ya debe de haber llamado al depósito para preguntar si les han llevado a un viejo que tenía en la cartera una tarjeta que decía: «ME LLAMO LEO GURSKY NO TENGO FAMILIA RUEGO LLAMEN AL CEMENTERIO PINELAWN ALLÍ TENGO UNA PARCELA EN LA SECCIÓN JUDÍA GRACIAS POR SU AMABILIDAD».

Volví el libro para mirar la foto de mi hijo. Nos vimos una vez. Por lo menos estuvimos frente a frente. Fue en una lectura que dio en la Asociación Cultural Judía de la calle Noventa y dos. Compré la entrada con cuatro meses de antelación. Muchas veces había imaginado nuestro encuentro. Yo como padre y él como hijo. Y sin embargo. Sabía que no podía ser, no como yo quería. Había aceptado que lo máximo a lo que podía aspirar era a un asiento entre el público. Pero durante la lectura no sé qué me entró, lo cierto es que, después, me encontré haciendo cola, sosteniendo con dedos temblorosos el trozo de papel en que había escrito mi nombre. Él lo miró y lo copió en un libro. Traté de decir algo, pero no me salía la voz. Él sonrió y me dio las gracias. Y sin embargo. No me moví. «¿Desea algo más?», me preguntó. Yo me puse a gesticular. La mujer que estaba detrás de mí me miró con impaciencia, me apartó y se adelantó para saludar al autor. Yo gesticulaba como un idiota. ¿Qué iba a hacer él? Firmó el libro de la mujer. Aquello era violento para todos. Mis manos no paraban de moverse. Los de la cola tenían que sortearme. De vez en cuando, él me miraba con extrañeza. Hubo un momento en que me sonrió como se sonríe a un idiota. Pero mis manos querían decírselo todo. Y se lo decían, hasta que un guardia de seguridad me asió firmemente del codo y me llevó a la puerta.

Era invierno. A la luz de las farolas se veían caer gruesos copos blancos. Me quedé esperando a que saliera mi hijo, pero no salió. Debía de haber una puerta trasera, no sé. Tomé el autobús para ir a casa. Bajé por mi calle nevada. Me volví a mirar mis pisadas, como hago siempre. Al llegar a la puerta busqué mi nombre en los timbres. Y, como sé que a veces veo visiones, después de cenar llamé a información

para preguntar si yo estaba en la guía. Aquella noche, antes de acostarme, abrí el libro que había dejado en la mesita de noche. «A Leon Gursky», ponía.

Aún tenía el libro en las manos cuando el hombre al que había abierto la puerta se me acercó por la espalda.

—¿Lo conoce?

Yo solté el libro, que cayó a mis pies con un golpe sordo y quedó con la cara de mi hijo hacia arriba. Yo no sabía lo que hacía. Traté de explicar.

—Soy su padre —dije. O quizá—: Es mi hijo.

Dijera lo que dijese, me hice entender, porque el hombre me miró atónito, luego sorprendido y luego como si no me creyera. Lo cual me pareció normal, porque, al fin y al cabo, ¿qué iba a pensar de un individuo que llega en limusina, abre una cerradura y luego pretende ser el padre de un escritor famoso?

De repente, me sentí cansado, más cansado de lo que había estado en años.

Me agaché, recogí el libro y lo puse en el estante. El hombre me miraba, pero en aquel momento sonó en la calle el claxon del coche, y me alegré, porque me parecía que, para un día, ya me habían mirado lo suficiente.

—Bien —dije yendo hacia la puerta—. Vale más que me vaya.

El hombre sacó la billetera, extrajo un billete de cien dólares y me lo tendió.

—¿Su padre? —preguntó.

Yo me guardé el dinero en el bolsillo y le di un caramelo de menta, gentileza de la casa. Metí los pies en los zapatos empapados.

—En realidad, su padre no —dije. Y sin saber qué más decir, añadí—: Más bien un tío. —Me pareció que esto lo desconcertaba bastante, pero por si acaso dije—: Tampoco exactamente un tío.

Él alzó las cejas. Yo tomé la caja de las herramientas y salí a la lluvia. Él quiso darme las gracias otra vez, pero yo ya bajaba los escalones. Subí al coche.

Él seguía en la puerta, mirándome. Para acabar de convencerlo de que estaba pirado, agité la mano haciendo el saludo de la reina.

Eran las tres cuando llegué a casa. Me metí en la cama. Estaba reventado.

Pero no podía dormir. Echado de espaldas, escuchaba la lluvia y pensaba en mi libro. No le había puesto título, porque ¿qué falta le hace un título a un libro que nadie va a leer?

Me levanté y fui a la cocina. Guardo el manuscrito en una caja dentro del horno. Lo saqué, lo dejé en la mesa y puse un folio en la máquina de escribir.

Estuve mucho rato mirando el papel en blanco. Con dos dedos, tecleé un título:

RIENDO Y LLORANDO

Lo miré durante unos minutos. No estaba bien. Añadí otra palabra:

RIENDO Y LLORANDO Y ESCRIBIENDO

Después otra:

RIENDO Y LLORANDO Y ESCRIBIENDO Y ESPERANDO

Hice una bola con la hoja de papel y la tiré al suelo. Puse agua al fuego.

Había dejado de llover. Una paloma arrullaba en el alféizar. Ahuecó las plumas, se paseó de un lado al otro y levantó el vuelo. Libre como un pájaro, por así decir. Puse otra hoja en la máquina y escribí:

PALABRAS PARA TODAS LAS COSAS

Sin darme tiempo a cambiar de idea, saqué la hoja, la puse encima del montón y tapé la caja. Encontré papel de embalar e hice un paquete. Encima escribí la dirección de mi hijo, que me sé de memoria.

Me quedé esperando que ocurriera algo, pero no ocurrió nada. Ni un vendaval lo barrió todo. Ni tuve un ataque al corazón. Ni un ángel llamó a la puerta.

Eran las cinco de la madrugada. Faltaban horas para que abrieran la oficina de correos. Para matar el tiempo, saqué el proyector de diapositivas de debajo del sofá. Es algo que hago en días especiales, mi cumpleaños, por ejemplo. Lo pongo encima de una caja de zapatos, lo enchufo y pulso el interruptor. Un haz de luz polvorienta ilumina la pared. Guardo la diapositiva en un tarro, en el estante de la cocina. Le soplo el polvo, la inserto y avanzo. La foto se enfoca.

Una casa con la puerta amarilla, al borde de un campo. Al final del otoño. Entre las ramas negras, el cielo está de color naranja y luego se vuelve azul oscuro.

Por la chimenea sale humo de leña y por la ventana casi puedo ver a mi madre, inclinada sobre una mesa. Yo corro hacia la casa. Siento el viento frío en las mejillas. Extiendo la mano. Y, como estoy soñando, por un momento me parece que puedo abrir la puerta y entrar.

Se hacía de día. La casa de mi infancia se borraba ante mis ojos hasta casi desaparecer. Apagué el proyector, me comí una barrita de cereal con fibra y fui al lavabo. Cuando hube hecho todo lo que iba a hacer, me lavé con una esponja y me puse a buscar el traje en el armario. Encontré los chanclos que buscaba desde hacía tiempo y una radio vieja. Al fin, en el suelo, arrugado, el traje, un traje blanco de verano, aceptable si no te fijas en la mancha amarronada del pecho. Me vestí. Escupí en la palma de la mano y me aplasté el pelo.

Completamente vestido, me senté con el paquete marrón en el regazo.

Comprobaba y volvía a comprobar la dirección. A las 8.45 me puse la gabardina y agarré el paquete bajo el brazo. Me miré en el espejo del recibidor por última vez. Luego abrí la puerta y salí a la mañana.



La tristeza de mi madre

1. ME LLAMO ALMA SINGER

Cuando nací, mi madre me puso el nombre de todas las muchachas de un libro que le regaló mi padre, *La historia del amor*. A mi hermano le puso el nombre de Emanuel Chaim, por el historiador judío Emanuel Ringelblum, que en el gueto de Varsovia enterraba botes de leche llenos de testimonios, y por el violonchelista judío Emanuel Feuermann, uno de los grandes prodigios musicales del siglo XX, y también por el genial escritor judío Isaac Emmanuilovich Babel, y por su tío Chaim, que era muy gracioso, un gran humorista que hacía morir de risa a la gente y que fue abatido por los nazis.

Pero mi hermano se negaba a atender por ese nombre. Cada vez que alguien le preguntaba cómo se llamaba, él inventaba algo. Usaba quince o veinte nombres.

Durante un mes estuvo refiriéndose a sí mismo en tercera persona con el nombre de señor Fruto. El día en que cumplía seis años, tomó carrerilla y saltó por una ventana del primer piso, tratando de volar. Se rompió un brazo y le quedó una cicatriz en la frente, pero desde entonces no le llamamos por otro nombre que Bird, pájaro.

2. LO QUE NO SOY

Mi hermano y yo solíamos jugar a este juego: yo señalaba una silla.

—Eso no es una silla —decía.

Bird señalaba la mesa.

—Eso no es una mesa.

—Eso no es una pared —decía yo—. Eso no es un techo. —Etcétera—. No está lloviendo.

—¡No tengo el zapato desatado! —chillaba Bird.

Yo me señalaba el codo.

—Esto no es un rasguño.

Bird levantaba la rodilla.

—¡Esto tampoco es un rasguño!

—¡Esto no es una tetera!

—¡No es una taza!

—¡No es una cuchara!

—¡No son platos sucios!

Negábamos habitaciones enteras, años, fenómenos atmosféricos. Un día, en el apogeo de nuestros gritos, Bird aspiró y chilló a voz en cuello:

—¡Yo! ¡No he sido! ¡Desgraciado! ¡Toda la vida!

—Si no tienes más que siete años —le dije.

3. MI HERMANO CREE EN DIOS

Cuando mi hermano tenía nueve años y medio, encontró un librito rojo titulado *El libro de los pensamientos judíos* dedicado a mi padre en su *bar mitzvah*. En él se hallan recopilados pensamientos judíos bajo epígrafes tales como «Cada israelita tiene en sus manos el honor de todo su pueblo», «Bajo los Romanof» e «Inmortalidad». Al poco tiempo de haberlo encontrado, Bird empezó a usar una *kippah* de terciopelo negro, sin importarle que no se le ajustara bien y se le ahuecara por detrás de un modo ridículo. Y le dio por seguir a todas partes al señor Goldstein, el portero de la Escuela Hebrea, que refunfuñaba en tres lenguas y cuyas manos dejaban más polvo del que limpiaban. Corrían rumores de que el señor Goldstein sólo dormía una hora cada noche, en el sótano de la *shul*, que había estado en un campo de trabajo de Siberia, que tenía el corazón débil, que un ruido fuerte podía matarlo, que la nieve lo hacía llorar. Bird le había tomado cariño. Después de la clase de hebreo, lo seguía mientras el señor Goldstein pasaba el aspirador entre las filas de sillas, limpiaba los aseos y borraba palabrotas de la pizarra. Era tarea del señor Goldstein retirar de la circulación los viejos *siddurs* destrozados, y una tarde, mientras dos cuervos tan grandes como perros lo observaban desde los árboles, él sacó una carretilla cargada de ellos al campo detrás de la sinagoga, la empujó tropezando con piedras y raíces, cavó un agujero, rezó una oración y los enterró.

—No se pueden tirar de cualquier manera —dijo a Bird—. No se puede, porque llevan el nombre de Dios. Hay que enterrarlos como es debido.

A la semana siguiente, Bird empezó a escribir en las páginas de su libreta de deberes las cuatro letras hebreas del nombre que nadie debe pronunciar y nadie puede tirar de cualquier manera. Al cabo de unos días, al destapar la cesta de la ropa, lo vi escrito en lápiz indeleble en la etiqueta de su calzoncillo.

Lo escribió con tiza en la puerta de la calle, lo garabateó en la fotografía de su clase, en la pared del baño y, al fin, lo grabó con mi cuchillo del ejército suizo en el tronco del árbol que había delante de nuestra casa, tan arriba como pudo.

Quizá por eso, o por su costumbre de taparse los ojos con el antebrazo para hurgarse en la nariz, como si así la gente no pudiera verlo, o porque a veces le daba por hacer sonidos extraños, como de videojuego, aquel año los pocos amigos que había tenido dejaron de venir a jugar.

Todas las mañanas se levanta temprano y sale a rezar la oración de *daven* de cara a Jerusalén. Yo lo veo desde la ventana y me pesa haberle enseñado cómo se pronuncian las letras en hebreo cuando no tenía más que cinco años. Me entristece pensar que esto no puede durar.

4. MI PADRE MURIÓ CUANDO YO TENÍA SIETE AÑOS

Lo que recuerdo de él lo recuerdo a trozos. Las orejas. La piel arrugada de los codos. Las cosas que me contaba de su niñez en Israel. Cómo se sentaba en su sillón favorito a escuchar música, y cómo le gustaba cantar. Él me hablaba en hebreo y yo le llamaba *abba*. Lo he olvidado casi todo, pero a veces me vienen a la memoria algunas palabras, *kum-kum*, *shemesh*, *col*, *yam*, *etz*, *neshika*, *motek*, con el sentido tan borroso como las caras de las monedas viejas. Mi madre es inglesa y lo conoció cuando trabajaba en un *kibbutz*, cerca de Ashdod, el año antes de ir a Oxford. Él tenía diez años más. Había estado en el ejército y después había viajado por América del Sur. Luego estudió para ingeniero. Le gustaba acampar al aire libre y siempre llevaba en el maletero un saco de dormir y ocho litros de agua, y si era necesario podía encender fuego con un pedernal. Iba a buscar a mi madre los viernes por la noche, mientras los otros *kibbutzniks* tumbados en mantas sobre la hierba bajo una pantalla de cine gigante, acariciaban a los perros y se colocaban. Él la llevaba al mar Muerto, donde flotaban de un modo extraño.

5. EL MAR MUERTO ES EL LUGAR MÁS BAJO DE LA TIERRA

6. NO HABÍA EN EL MUNDO DOS PERSONAS QUE SE PARECIERAN MENOS QUE MI MADRE Y MI PADRE

Cuando mi madre se puso morena y mi padre decía riendo que cada día se parecía más a él, era broma, porque él medía un metro noventa, tenía los ojos verdes y el pelo negro, y mi madre es muy blanca y tan bajita que aun ahora, con cuarenta y un años, al verla desde el otro lado de la calle podrías tomarla por una niña. Bird es pequeño y rubio como ella, y yo soy como mi padre. Soy flacucha, tengo el pelo negro y los dientes separados, y quince años.

7. HAY UNA FOTO DE MI MADRE QUE NADIE HA VISTO

En el otoño, mi madre regresó a Inglaterra para asistir a la universidad. Llevaba los bolsillos llenos de arena del lugar más bajo de la tierra. Pesaba cuarenta y siete kilos. A veces habla de un viaje en tren, entre la estación de Paddington y Oxford, en el que conoció a un fotógrafo que estaba casi ciego. Llevaba gafas oscuras y dijo que se había dañado la retina hacía diez años, durante un viaje a la Antártida. Llevaba el traje muy bien planchado y sostenía la cámara sobre las rodillas. Decía que ahora veía el mundo de otra manera y no forzosamente peor. Preguntó a mi madre si podía hacerle una foto. Cuando él levantó la cámara y miró a través del visor, mi madre le preguntó qué veía. «Lo mismo de siempre», respondió él. «¿Qué es?» «Una mancha borrosa», dijo él. «Entonces, ¿por qué lo hace?» «Por si un día se me curan los ojos. Para saber lo que estuve mirando». Mi madre tenía en el regazo una bolsa de papel marrón con un bocadillo de hígado picado que mi abuela le había preparado. Ofreció el bocadillo al fotógrafo casi ciego. «¿No tiene hambre?», preguntó él. Ella respondió que sí, pero que nunca había dicho a su madre que no le gustaba el hígado picado, y ahora, después de tantos años, ya era tarde. El tren entró en la estación de Oxford y mi madre se apeó dejando tras de sí un reguero de arena.

Sé que la historia tiene un significado, pero no sé cuál.

8. MI MADRE ES LA PERSONA MÁS TERCA QUE CONOZCO

A los cinco minutos, ya había decidido que Oxford no le gustaba. Durante la primera semana del curso, mi madre estuvo sin salir de su habitación, de un edificio de piedra lleno de corrientes de aire, ni hacer nada más que ver caer la lluvia sobre las vacas que pacían en el prado de Christ Church y compadecerse de sí misma. Tenía que calentar el agua para el té en un hornillo eléctrico. Para ver al tutor, tenía que subir cincuenta y seis escalones de piedra y aporrear la puerta hasta que él se levantaba del catre de su despacho, en el que dormía bajo un montón de papeles. Casi todos los días escribía a mi padre a Israel en elegante papel de cartas francés y, cuando se terminó el papel, en hojas de libreta. En una de aquellas cartas (que encontré escondidas en una lata de chocolatinas, debajo del sofá del estudio), había escrito: «El libro que me regalaste está siempre en mi mesa, y cada día aprendo a leer en él». Si mi madre tenía que aprender a leerlo era porque el libro estaba en español. Ella veía en el espejo cómo se le blanqueaba la piel. Durante la segunda semana, se compró una bicicleta usada y fue por la ciudad pegando papeles que ponían: «Se necesita tutor de hebreo», porque tenía facilidad para las lenguas y quería poder entender a mi padre. Acudieron varias personas, pero sólo una mantuvo el interés cuando mi madre le explicó que no

podía pagar: un muchacho con granos en la cara que se llamaba Nehemia; era de Haifa, cursaba primero, se sentía tan desgraciado como mi madre y pensaba —así se lo escribió ella a mi padre— que la compañía de una chica era motivo suficiente para acudir dos veces a la semana al King's Arms sólo por el precio de una cerveza. Mi madre también aprendía español, pero sin profesor, con un libro titulado *Aprenda español sin profesor*. Pasaba mucho tiempo en la biblioteca Bodleian leyendo cientos de libros y sin hacer amigos. Pedía tantos libros que, al verla llegar, el empleado del mostrador trataba de esconderse. Al final del curso, obtuvo un excelente en los exámenes y, a pesar de las protestas de sus padres, dejó la universidad y se fue a vivir con mi padre en Tel Aviv.

9. LO QUE VINO DESPUÉS FUERON LOS AÑOS MÁS FELICES DE SU VIDA

Vivían en una casa soleada y cubierta de buganvillas de Ramat Gan. Mi padre plantó un olivo y un limonero en el jardín y les cavó un surco alrededor que retuviera el agua. Por las noches escuchaban música norteamericana en la radio de onda corta que él había comprado. Con las ventanas abiertas, según de donde soplara el viento, podían oler el mar. Al fin se casaron en la playa de Tel Aviv y estuvieron dos meses recorriendo América del Sur en viaje de novios.

Cuando regresaron, mi madre se dedicó a traducir libros al inglés, primero del español y después también del hebreo. Así pasaron cinco años, hasta que a mi padre le ofrecieron un empleo que no pudo rechazar en una empresa norteamericana de la industria aeroespacial.

10. SE FUERON A VIVIR A NUEVA YORK Y ME TUVIERON A MÍ

Mientras mi madre estaba embarazada de mí, leyó tropecientos libros sobre diversos temas. América no le agradaba ni le desagradaba. Dos años y otros tropecientos libros después, tuvo a Bird. Entonces nos mudamos a Brooklyn.

11. YO TENÍA SEIS AÑOS CUANDO A MI PADRE LE DIAGNOSTICARON CÁNCER DE PÁNCREAS

Un día de aquel año, mi madre y yo íbamos en el coche. Ella me pidió que le diera el bolso.

—No lo tengo —le dije.

—Debe de estar detrás —dijo ella entonces. Pero no estaba detrás. Ella detuvo el coche y buscó por todas partes, pero el bolso no apareció. Con la cabeza entre las manos, trataba de recordar dónde había dejado el bolso.

Siempre estaba perdiendo cosas—. Cualquiera día perderé la cabeza —dijo.

Yo traté de imaginar lo que ocurriría si perdía la cabeza. Pero al fin fue mi padre el que lo perdió todo: muchos kilos, el pelo y varios órganos internos.

12. A ÉL LE GUSTABA COCINAR Y REÍR Y CANTAR, PODÍA ENCENDER FUEGO CON LAS MANOS, ARREGLAR LO QUE ESTABA ROTO Y EXPLICAR CÓMO LANZAR COSAS AL ESPACIO, PERO SE MURIÓ ANTES DE NUEVE MESES

13. MI PADRE NO ERA UN FAMOSO ESCRITOR RUSO

Al principio, mi madre no tocó nada, todo estaba tal como lo había dejado él.

Dice Misha Shklovsky que eso es lo que se hace en Rusia con las casas de los escritores famosos. Pero mi padre no era un escritor famoso. Ni siquiera era ruso. Un día, al volver de la escuela, me encontré con que todas las señales visibles de mi padre habían desaparecido. Sus trajes no estaban en los roperos ni sus zapatos junto a la puerta, y en la calle, al lado de un montón de bolsas de basura, vi su sillón. Subí a mi cuarto y lo miré por la ventana. El viento empujaba las hojas por la acera. Un viejo que pasaba se sentó en él. Yo salí y recuperé un jersey del cubo de la basura.

14. EN EL FIN DEL MUNDO

Cuando murió mi padre, el tío Julian, hermano de mi madre, que es historiador del arte y vive en Londres, me envió un cuchillo del ejército suizo que dijo era de mi padre. Tenía tres hojas de distinta forma, sacacorchos, tijeritas, pinzas y mondadientes. El tío Julian decía en la carta que papá se lo había prestado una vez que él iba a hacer cámping en los Pirineos, que se había olvidado de él hasta ahora y que pensaba que me gustaría tenerlo. «Debes tener mucho cuidado —escribía— porque corta mucho. Está pensado para ayudar a la gente a sobrevivir en plena naturaleza. Yo no llegué a utilizarlo, porque la primera noche llovió, tu tía Frances y yo quedamos empapados y nos fuimos a un hotel. Tu padre se desenvolvía en la naturaleza mucho mejor que yo. Una vez, en el Negev, lo vi recoger agua con un

embudo y un hule. También conocía el nombre de todas las plantas y sabía si eran comestibles. Ya sé que no es un consuelo, pero si vienes a Londres te diré los nombres de todos los restaurantes indios del noroeste de la ciudad y si sus platos al curry son comestibles. Un beso de tu tío, Julian. P.D.: no comentas a tu madre que te he dado el cuchillo porque seguramente se enfadaría y diría que aún eres muy pequeña». Yo miré cada pieza, fui sacándolas con la uña del pulgar y probando el filo en la yema del dedo.

Decidí aprender a sobrevivir en la naturaleza, como mi padre. Sería muy útil, por si algo le ocurría a mamá, y Bird y yo teníamos que arreglárnoslas solos. A ella no le hablé del cuchillo porque el tío Julián quería que fuera un secreto y, además, ¿cómo iba mi madre a dejarme ir sola de camping si apenas me dejaba ir hasta la esquina?

15 SIEMPRE QUE YO SALÍA A JUGAR MI MADRE QUERÍA SABER DÓNDE IBA A ESTAR EXACTAMENTE

Cuando yo entraba en casa, ella me llamaba a su habitación, me abrazaba y me llenaba de besos. Me acariciaba el pelo y me decía: «Cuánto te quiero», y cuando yo estornudaba me decía: «Salud; ya sabes cuánto te quiero, ¿verdad?», y cuando me levantaba para ir a buscar un pañuelo: «Yo te lo traigo, cariño mío», y cuando buscaba un bolígrafo para hacer los deberes: «Toma el mío, tesoro», y si me picaba la pierna: «¿Es aquí? Ven que te abraza», y cuando yo subía a mi cuarto ella me gritaba desde abajo «¿Puedo hacer algo por ti, con lo mucho que te quiero?», y a mí me hubiera gustado decirle, pero nunca le dije:

Quiéreme menos.

16. LA RAZÓN DE TODAS LAS COSAS

Un día mi madre se levantó de la cama en que había estado durante casi un año. Parecía la primera vez que no la veíamos a través de todos los vasos de agua acumulados alrededor de la cama y que Bird, cuando se aburría, hacía sonar pasándoles un dedo húmedo por el borde. Aquel día mi madre nos preparó macarrones gratinados, uno de los pocos platos que sabe hacer.

Nosotros fingimos que nunca habíamos comido algo tan bueno. Una tarde me llevó aparte.

—De ahora en adelante te trataré como a una persona mayor —me dijo.

Sólo tengo ocho años, quise responder, pero no lo hice.

Ella volvió a trabajar. Andaba por la casa con un quimono de flores rojas, dejando un rastro de papeles arrugados. Antes de la muerte de mi padre era más ordenada.

Ahora, para encontrarla, no tenía más que seguir los papeles llenos de tachaduras, y al final estaba ella, mirando por la ventana o al interior de un vaso de agua como si en él hubiera un pez que sólo ella podía ver.

17. ZANAHORIAS

Con mi asignación me compré el libro *Plantas y flores comestibles de América del Norte*. Me enteré de que se puede quitar el sabor amargo a las bellotas hirviéndolas en agua, que las rosas silvestres son comestibles y que hay que evitar todo lo que huela a almendra, crezca formando tres hojas o tenga savia lechosa. Traté de identificar el mayor número posible de plantas en Prospect Park. Como comprendía que iba a tardar mucho en reconocer todas las plantas y como siempre cabía la posibilidad de que tuviera que sobrevivir en un sitio que no fuera América del Norte, me aprendí de memoria la prueba universal para comprobar si una planta es comestible. Es conveniente conocerla, porque hay plantas venenosas, como la cicuta, que se parecen a las comestibles, como las zanahorias y las chirivías silvestres. Para hacer la prueba, primero has de estar ocho horas sin comer. Luego divides la planta en sus distintas partes: raíz, hojas, tallo, capullo y flor, y te frotas el interior de la muñeca con un trocito de una de ellas. Si no pasa nada, te la pones en la parte interior del labio durante tres minutos, si no pasa nada, la dejas encima de la lengua durante quince minutos. Si sigue sin pasar nada, puedes mastigarla, pero sin tragar, y mantenerla en la boca durante quince minutos, y si no pasa nada, te la tragas y esperas ocho horas, y si no pasa nada, tomas la cuarta parte de una taza, y si no pasa nada, es comestible.

Yo guardaba *Plantas y flores comestibles de América del Norte* debajo de la cama, dentro de una mochila que también contenía el cuchillo del ejército suizo de mi padre, una linterna, una lona impermeabilizada, una brújula, un paquete de barritas de cereal, dos bolsas de M&M de cacahuete, tres latas de atún, un abrelatas, tiritas, un estuche de primeros auxilios contra mordeduras de serpiente, una muda y un plano del metro de Nueva York. También tendría que haber habido un trozo de pedernal, pero en la ferretería no quisieron vendérmelo, no sé si por ser muy pequeña o porque tuvieron miedo de que fuera pirómana. En caso de emergencia, también puedes hacer saltar una chispa con un cuchillo de monte y un trozo de jaspe, ágata o jade. Pero yo no sabía de dónde sacar jaspe, ágata ni jade, y me llevé unas cerillas del 2nd Street Cafe y las metí en un bolsito con cremallera, para protegerlas de la lluvia.

En la fiesta de Hanuka pedí un saco de dormir. El que me compró mi madre era de franela con corazones rosa. A una temperatura bajo cero, me protegería de morir de hipotermia durante unos cinco segundos. Le pregunté si no podríamos cambiarlo por un saco de pluma de los más gruesos.

—¿Dónde piensas dormir, en el Círculo Polar Ártico? —me preguntó.

O quizá en los Andes del Perú, pensé, porque allí había acampado papá.

Para cambiar de tema, le hablé de cicuta y de zanahorias y chirivías silvestres, pero resultó mala idea, porque se le pusieron los ojos llorosos y cuando le pregunté qué le pasaba dijo que nada, sólo que le había hecho pensar en las zanahorias que papá cultivaba en el huerto de Ramat Gan. Me habría gustado preguntarle qué cultivaba él, además de un olivo, un limonero y las zanahorias, pero no quise que se entristeciera más.

Empecé a escribir un cuaderno titulado *Cómo sobrevivir en la naturaleza*.

18. MI MADRE NUNCA DEJÓ DE AMAR A MI PADRE

Conserva su amor por él tan vivo como lo estaba en el verano en que se conocieron. Por eso ha dado la espalda a la vida. A veces subsiste durante días a base de agua y aire. Por ser la única forma de vida compleja capaz de hacer eso, deberían dar su nombre a una nueva especie. El tío Julian me dijo un día que el escultor y pintor Alberto Giacometti decía que, a veces, para pintar sólo una cabeza has de renunciar a toda la figura. Para pintar una hoja has de sacrificar todo el paisaje. Al principio, puede parecer que estás limitándote pero luego te das cuenta de que, si captas un centímetro de algo, tienes más probabilidades de percibir cierto sentido del universo que si pretendieras abarcar todo el firmamento.

Mi madre no eligió una cabeza ni una hoja. Ella eligió a mi padre y, para preservar cierto sentido, sacrificó el mundo.

19. EL MURO DE DICCIONARIOS ENTRE MI MADRE Y EL MUNDO SE HACE MÁS ALTO CADA AÑO

A veces, se sueltan páginas de los diccionarios y se arremolinan a sus pies, *shallon*, *shalop*, *shallot*, *shallow*, *shalom*, *sham*, *shaman*, *shamble*, como pétalos de una flor inmensa. Cuando era pequeña, yo creía que las páginas del suelo eran palabras que ella no podría volver a usar, y trataba de pegarlas en su sitio con cinta adhesiva, por miedo a que un día se quedara muda.

20. MI MADRE SÓLO HA TENIDO DOS CITAS DESDE QUE MURIÓ MI PADRE

La primera fue hace cinco años, cuando yo tenía diez, con un inglés que trabajaba en una de las editoriales que publican sus traducciones. Aquel hombre, Lyle, llevaba en

la mano izquierda un anillo con un escudo nobiliario, que quizá fuera suyo o quizá no, pero cuando hablaba de sí mismo gesticulaba con aquella mano. En el curso de una conversación, se descubrió que mi madre y él habían estado en Oxford al mismo tiempo. Con el pretexto de esta coincidencia, el señor Lyle le pidió una cita a mi madre. Muchos hombres se la piden, y ella dice siempre que no. Pero esta vez, por alguna razón, accedió. El sábado por la noche, mi madre se presentó en la sala con moño alto y el chal rojo que mi padre le había comprado en Perú.

—¿Cómo estoy? —preguntó.

Estaba muy guapa, aunque no me pareció bien que se pusiera el chal. Pero no hubo tiempo de decir nada, porque en aquel momento se presentó Lyle en la puerta, jadeando. Se acomodó en el sofá. Yo le pregunté si sabía algo acerca de la supervivencia en la naturaleza, y él contestó:

—Por supuesto.

Le pregunté si sabía la diferencia entre la cicuta y las zanahorias silvestres, y él me contó con pelos y señales los momentos finales de una regata en Oxford, en la que su barco había tomado ventaja en los tres últimos segundos.

—Ostras —dije de un modo que podía considerarse sarcástico.

Lyle también evocó gratos recuerdos de paseos en batea por el Cherwell.

Mi madre dijo que ella nunca había paseado en batea por el Cherwell. Yo pensé:

Pues no me sorprende.

Entonces se fueron y yo me quedé viendo un programa de televisión sobre los albatros de la Antártida: pueden estar años sin posarse en tierra, duermen planeando, beben agua de mar y año tras año regresan para criar con la misma pareja. Debí de quedarme dormida, porque cuando oí la llave de mi madre en la cerradura era casi la una. Se le habían soltado unos rizos que le caían por el cuello y corrido el maquillaje de las pestañas, pero cuando le pregunté cómo le había ido me dijo que conocía orangutanes con los que podía mantener conversaciones más interesantes.

Casi un año después, Bird se fracturó la muñeca al tratar de saltar desde el balcón del vecino, y el médico que lo curó en urgencias, alto y encorvado, también le pidió una cita a mi madre. Quizá fue porque él había hecho sonreír a Bird cuando mi hermano tenía la mano doblada en un ángulo espeluznante, pero lo cierto es que, por segunda vez desde la muerte de mi padre, mamá dijo sí. El médico se llamaba Henry Lavender, lo cual me pareció prometedor (¡Alma Lavender!). Cuando sonó el timbre, Bird bajó la escalera desnudo, salvo por la escayola, puso *That's Amore* en el tocadiscos y subió corriendo. Entonces bajó mi madre como una exhalación, sin el chal rojo, y detuvo la música. El disco chirrió y se quedó girando en el plato en silencio mientras Henry Lavender entraba, aceptaba una copa de vino blanco frío y nos hablaba de su colección de caracolas marinas, muchas de las cuales había recogido él mismo haciendo submarinismo en Filipinas. Yo imaginé un futuro en que

él nos llevaría en sus expediciones de buceo y nos vi a los cuatro sonriéndonos bajo el agua a través de las gafas de buceo. Por la mañana pregunté a mi madre cómo le había ido. Ella respondió que el médico era un hombre muy simpático. Yo vi en esto una señal positiva, pero cuando Henry Lavender llamó por teléfono aquella tarde mi madre estaba en el supermercado y no le devolvió la llamada.

Dos días después, él hizo otra tentativa. Esta vez mi madre salía a pasear por el parque.

—No piensas llamarlo, ¿verdad? —pregunté.

—No —dijo ella.

La tercera vez que llamó Henry Lavender ella estaba enfrascada en un libro de relatos y exclamaba una y otra vez que deberían darle un Nobel póstumo al autor. Mi madre siempre está dando Nobels póstumos. Me fui a la cocina con el inalámbrico.

—¿El doctor Lavender? —pregunté. Y entonces le dije que pensaba que en realidad a mi madre le gustaba y que una persona normal probablemente estaría encantada de hablar con él y hasta de volver a salir, pero que hacía once años y medio que yo conocía a mi madre y ella nunca había hecho algo normal.

21. YO PENSABA QUE ERA SÓLO PORQUE NO HABÍA ENCONTRADO A LA PERSONA ADECUADA

El que ella estuviera todo el día en casa en pijama traduciendo libros de personas muertas tampoco ayudaba mucho. A veces se encallaba en una frase y estaba horas yendo de un lado a otro como un perro con un hueso, hasta que de pronto gritaba: «¡Ya lo tengo!», y entonces corría a su escritorio a cavar un hoyo y enterrarlo. Yo decidí tomar el asunto en mis manos. Un día, un tal doctor Tucci, veterinario, vino a hablarnos a la clase de sexto. Tenía una voz muy agradable y llevaba en el hombro un loro verde que se llamaba *Gordo* y miraba por la ventana con cara de mal humor. También tenía una iguana, dos hurones, una tortuga de tierra, tres ranas, un pato con un ala rota y una boa constrictor llamada *Mahatma* que había cambiado de piel hacía poco. En su patio trasero tenía dos llamas. Después de la clase, mientras todos los demás manoseaban a *Mahatma*, yo pregunté al doctor Tucci si estaba casado y cuando, con gesto de extrañeza, me dijo que no, le pedí una tarjeta. La tarjeta tenía la foto de un mono y algunos chicos abandonaron a la serpiente y vinieron a pedir tarjetas.

Aquella noche encontré una bonita foto de mi madre en bañador que decidí enviar al doctor Frank Tucci, acompañada de una lista mecanografiada de sus mejores cualidades, a saber «Alto coeficiente intelectual, amante de la lectura, atractiva (ver foto), divertida». Bird leyó la lista, se quedó un rato pensativo y sugirió que añadiera «dogmática», palabra que le había enseñado yo, y también «obstinada». Yo le dije

que éstas no me parecían cualidades buenas, ni siquiera recomendables, y Bird contestó que si aparecían en la lista podrían parecer buenas, y que si el doctor Tucci realmente quería conocerla no lo desanimarían.

Me pareció un buen argumento y añadí «dogmática y obstinada». Puse nuestro número de teléfono al pie de la lista y la envié por correo.

Pasó una semana y él no llamó. Tres días más y empecé a pensar que quizá no debería haber puesto «dogmática y obstinada».

Al día siguiente sonó el teléfono y oí a mi madre decir «¿Frank qué?». Un silencio bastante largo. «¿Cómo dice?» Otro silencio. Entonces se echó a reír histéricamente. Cuando colgó, fue a mi cuarto.

—¿Qué era todo eso? —pregunté con inocencia.

—¿Qué era el qué? —preguntó ella con más inocencia todavía.

—Eso del teléfono.

—Ah, eso —dijo ella—. Confío en que no te enfades, pero he concertado una cita doble, yo con el encantador de serpientes y tú con Herman Cooper.

Herman Cooper era una pesadilla de octavo que vivía en nuestra misma calle, llamaba Pene a todo el mundo y lanzaba risotadas señalando los enormes testículos del perro del vecino.

—Antes lamería la acera —dije.

22. AQUEL AÑO LLEVÉ EL JERSEY DE MI PADRE CUARENTA Y DOS DÍAS SEGUIDOS

El duodécimo día me crucé en el vestíbulo con Sharon Newman y sus amigas.

—¿Qué te ha dado con esa birria de jersey? —dijo.

Piérdete, pensé, y decidí llevar el jersey de papá durante el resto de mi vida. Llegué casi hasta fin de curso. Era de lana de alpaca y a últimos de mayo ya no se podía resistir. Mi madre pensaba que aquello era un luto atrasado.

Pero yo no trataba de establecer un récord, sólo me gustaba la sensación.

23. MI MADRE TIENE UNA FOTO DE MI PADRE EN LA PARED, AL LADO DEL ESCRITORIO

Una o dos veces, al pasar por delante de la puerta, he oído que le hablaba. Mi madre se siente sola hasta cuando está con nosotros, y a veces me duele el estómago al pensar lo que le ocurrirá cuando yo sea mayor y me vaya de casa a empezar el resto de mi vida. Otras veces me parece que nunca podré irme.

24. TODOS LOS AMIGOS QUE HE TENIDO EN MI VIDA SE HAN IDO

El día en que yo cumplía catorce años Bird me despertó saltando sobre mi cama y cantando *Porque es una chica excelente*. Me regaló una tableta de chocolate reblandecida y un gorro de lana de Objetos Perdidos. Dentro había un pelo rubio y rizado, lo saqué y llevé el gorro todo el día. Mi madre me regaló un anorak que había sido probado por Tenzing Norgay, el sherpa que escaló el Everest con sir Edmund Hillary, y un casco de aviador como los que usaba Antoine de Saint-Exupéry, uno de mis héroes. Mi padre me leyó *El principito* cuando yo tenía seis años y me explicó que Saint-Ex era un gran aviador que arriesgaba la vida abriendo rutas para el correo hasta lugares remotos. Fue derribado por un caza alemán y él y su avión desaparecieron en el Mediterráneo para siempre.

Además del anorak y el casco, mi madre me regaló un libro de un tal Daniel Eldridge, del que dijo que merecía un Nobel, si lo hubiera para los paleontólogos.

—¿Ha muerto? —pregunté.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada —respondí.

Bird quiso saber qué era un paleontólogo y mamá dijo que si rompía en mil pedazos una guía ilustrada del Museo Metropolitano de Arte y los lanzaba al aire desde lo alto de la escalinata del museo, volvía al cabo de varias semanas y recorría toda la Quinta Avenida y Central Park recogiendo todos los trozos que aún pudiera encontrar y trataba de reconstruir la historia de la pintura, con escuelas, estilos, géneros y nombres de pintores por lo que decían aquellos trozos, sería como un paleontólogo. La única diferencia era que los paleontólogos estudian fósiles para deducir el origen y la evolución de la vida.

Todas las chicas y los chicos de catorce años deberían saber algo acerca de dónde vienen, dijo mi madre. No hay que ir por el mundo sin tener por lo menos una ligera idea de cómo empezó todo. Entonces, hablando deprisa, como si esto no fuera lo más importante, dijo que el libro era de papá. Bird vino corriendo a tocar las tapas.

El libro se titulaba *La vida tal como no la conocemos*. Tenía en la contracubierta una foto de Eldridge. Era un hombre de ojos oscuros, pestañas espesas y barba, y sostenía en la mano el fósil de un pez de aspecto feroz. Al pie decía que era profesor de Columbia. Empecé a leerlo aquella misma noche.

Pensaba que quizá papá habría escrito notas al margen, pero no. La única señal era su nombre en la guarda. El libro explicaba que Eldridge y varios científicos más habían bajado en un sumergible hasta el fondo del océano y descubierto unas chimeneas hidrotérmicas en las zonas de contacto entre placas tectónicas, que expulsaban gases ricos en minerales a temperaturas de hasta 350 grados.

Hasta entonces, los científicos pensaban que el fondo del océano era un desierto con poca o ninguna vida. Pero Eldridge y sus compañeros pudieron contemplar a la luz de los focos del sumergible cientos de organismos nunca vistos por ojos humanos,

todo un ecosistema que tenía que ser muy pero que muy antiguo. Lo llamaron «biosfera oscura». Allí abajo vieron muchas chimeneas hidrotérmicas y unos microorganismos que vivían en las rocas de alrededor a temperaturas lo bastante altas como para fundir el plomo. Llevaron a la superficie varios de aquellos organismos, y descubrieron que olían a huevos podridos.

Comprendieron que aquellos extraños organismos subsistían a base del ácido sulfhídrico emitido por las chimeneas y expulsaban azufre del mismo modo en que las plantas terrestres producen oxígeno. Según el libro del doctor Eldridge, lo que ellos descubrieron había sido nada menos que una ventana hacia los procesos químicos que miles de millones de años atrás habían dado origen a la evolución.

La idea de la evolución es hermosa y también triste. Desde que empezó la vida en la tierra han existido entre cinco mil y cincuenta mil millones de especies, de las que sólo entre cinco y cincuenta millones viven todavía. O sea, que el noventa y nueve por ciento de todas las especies que han vivido en la tierra se ha extinguido.

25. MI HERMANO, EL MESÍAS

Aquella noche, yo estaba leyendo y Bird entró en mi cuarto y se metió en mi cama. Tenía once años y medio, pero era pequeño para su edad. Me puso en la pierna unos pies helados.

—Háblame de papá —susurró.

—Tendrías que cortarte las uñas de los pies —dije. Me clavaba los dedos en la pantorrilla.

—Por favor —suplicó.

Me puse a pensar y, como no recordaba algo que no le hubiera contado ya cien veces, decidí inventar.

—Le gustaba hacer escalada —dije—. Era un gran escalador. Una vez escaló una pared de más de setenta metros. En el Negev, creo. —Sentía en el cuello el aliento caliente de Bird.

—¿El Masada? —preguntó.

—Podría ser —dije—. Le gustaba mucho escalar. Era su gran afición.

—¿Y bailar, le gustaba?

Yo no tenía ni idea, pero dije:

—Le encantaba. Bailaba hasta el tango. Lo aprendió en Buenos Aires. Él y mamá siempre estaban bailando. Él arrimaba a la pared la mesa de centro y bailaban por toda la habitación. Él la bajaba y la subía y le cantaba al oído.

—¿Estaba yo?

—Pues claro —dije—. A ti te lanzaba al aire y te cogía al vuelo.

—¿Cómo podía saber que no me caería al suelo?

—Lo sabía y basta.

—¿Cómo me llamaba?

—De muchas maneras. Colega, chavalote, campeón. —Yo inventaba sobre la marcha. Bird no parecía muy impresionado—. Judas Macabeo —dije entonces—. Macabeo, Mac a secas.

—¿Cómo me llamaba más?

—Me parece que Emmanuel. —Fingí pensar. No; espera. Manny, te llamaba Manny.

—*Manny* —dijo Bird saboreando el nombre. Se apretó contra mí—. Quiero decirte un secreto —susurró—. Porque es tu cumpleaños.

—¿Qué?

—Antes tienes que prometer que me creerás.

—Vale.

—Di te lo prometo.

—Te lo prometo.

Aspiró profundamente.

—Me parece que soy un *lamed vovnik*.

—¿Un qué?

—Uno de los *lamed vovniks* —susurró—, uno de los treinta y seis santos.

—¿Qué treinta y seis santos?

—Los santos de los que depende la existencia del mundo.

—Ah, esos. No seas...

—Lo has prometido —dijo entonces.

Yo callé.

—Son siempre treinta y seis, en cualquier tiempo —susurró—. Nadie sabe quiénes son. Sus oraciones son las únicas que llegan al oído de Dios. Lo dice el señor Goldstein.

—¿Y crees que tú podrías ser uno de ellos? —pregunté—. ¿Qué más dice el señor Goldstein?

—Dice que el Mesías que ha de llegar será uno de los *lamed vovniks*. En cada generación hay una persona que tiene el potencial para ser el Mesías. Y que puede desarrollarlo o no. Y el mundo puede estar preparado para recibirlo o no.

Eso es todo.

En la oscuridad, yo trataba de encontrar las palabras adecuadas. Empezaba a dolerme el estómago.

26. LA SITUACIÓN ERA CASI CRÍTICA

El sábado siguiente metí *La vida tal como no la conocemos* en la mochila y fui en

metro a la Universidad de Columbia. Estuve dando vueltas por el campus durante cuarenta y cinco minutos, hasta que encontré el despacho de Eldridge, que estaba en el edificio de Ciencias de la Tierra. El secretario, que comía en su mesa, me dijo que el doctor Eldridge no estaba. Yo dije que esperaría, él respondió que quizá fuera mejor que volviera en otro momento, ya que el doctor Eldridge tardaría horas. Yo dije que no importaba. Él siguió comiendo.

Mientras esperaba, leí un número de la revista *Fossil*. Luego pregunté al secretario, que se reía de algo que veía en el ordenador, si creía que el doctor Eldridge volvería pronto. Él dejó de reír y me miró como si le hubiera estropeado el momento más importante de su vida. Yo volví a mi silla y leí un número de *Paleontologist Today*.

Tenía hambre, salí al pasillo y compré un paquete de Devil Dogs en una máquina expendedora. Luego me quedé dormida. Cuando desperté, el secretario se había ido. La puerta del despacho de Eldridge estaba abierta y las luces, encendidas. Dentro del despacho vi a un hombre muy viejo, con el pelo blanco, de pie al lado de un archivador y debajo de un poster que ponía: «De aquí, sin, progenitores, por generación espontánea, brotan las primeras motas de tierra animada - Erasmus Darwin».

El anciano decía por teléfono:

—Bien, sinceramente no se me había ocurrido esa opción. Dudo que él se planteara siquiera solicitarlo. De todos modos, me parece que ya tenemos a nuestro hombre. Hablaré con el departamento, pero creo poder decir que las perspectivas son buenas. —Al verme en la puerta, hizo un ademán dándome a entender que tenía que marchame enseguida. Yo iba a decir que no importaba, que yo esperaba al doctor Eldridge, pero él se volvió de espaldas y miró por la ventana—. Bien, me alegro de oírlo. He de darme prisa. De acuerdo. Que vaya bien. Hasta luego. —Me miró otra vez—. Lo siento. ¿En qué puedo ayudarte?

Me rasqué el brazo y vi que tenía las uñas sucias.

—Usted no es el doctor Eldridge, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí que lo soy.

Me quedé helada. La foto del libro debía de tener treinta años por lo menos.

No tuve que pensar mucho para comprender que él no podía ayudarme en el asunto que me interesaba, porque si merecía un Nobel por ser el más grande paleontólogo de la época, merecía otro por ser también el más viejo.

No me salían las palabras.

—He leído su libro —conseguí decir—, y quiero ser paleontóloga.

—Bueno, no pongas esa cara de desilusión —dijo.

27. UNA COSA QUE NO PIENSO HACER CUANDO SEA MAYOR

Es enamorarme, dejar los estudios, aprender a subsistir a base de agua y aire, dar mi nombre a una nueva especie y destrozarme la vida. Cuando yo era pequeña, mi madre solía decirme con una mirada extraña: «Un día te enamorarás». Yo quería decirle, pero nunca me atreví: Ni en un millón de años.

El único chico al que he dado un beso es Misha Shklovsky. Su primo le había enseñado en Rusia, donde vivía antes de venir a Brooklyn, y él me enseñó a mí. «Menos lengua», fue lo único que dijo.

28 HAY MIL COSAS QUE PUEDEN CAMBIARTE LA VIDA; UNA DE ELLAS ES UNA CARTA

Pasaron cinco meses y yo casi había renunciado a buscar a alguien que hiciera feliz a mi madre. Y entonces ocurrió: a mediados de febrero de este año llegó una carta, escrita a máquina en papel azul de avión, franqueada en Venecia y reexpedida a mi madre por la editorial. Bird la encontró y la llevó a mamá preguntando si podía quedarse con los sellos. Estábamos en la cocina. Ella abrió el sobre y leyó la carta de pie. Luego volvió a leerla, sentada.

—Es asombroso —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—Una persona me escribe acerca de *La historia del amor*. El libro del que papá y yo sacamos tu nombre. —Y nos leyó la carta en voz alta.

Estimada señora Singer:

Acabo de leer su traducción de las poesías de Nicanor Parra quien, como usted dice, «llevaba en la solapa un pequeño astronauta ruso y en los bolsillos las cartas de una mujer que lo había dejado por otro». Tengo el libro a mi lado, en la mesa de mi habitación de una *pensione* con vistas al Gran Canal. No sé qué decir de él sino que me ha conmovido del modo en que uno desea que lo conmueva cada libro que empieza a leer.

Quiero decir que, de algún modo que casi no sabría describir, me ha transformado. Pero no quiero hablar de eso. Lo cierto es que no le escribo para darle las gracias sino para hacerle un ruego que quizá le parezca extraño. En la introducción, menciona usted de pasada a un escritor casi desconocido, Zvi Litvinoff, que en 1941 huyó de Polonia a Chile y cuya única obra publicada, escrita en español, se titula *La historia del amor*. Mi ruego es éste: ¿querría usted traducirlo? Sería exclusivamente para mi uso personal; no tengo intención de publicarlo, y usted conservaría los derechos, por si un día decide hacerlo. Estoy dispuesto a pagar por su trabajo la suma que usted considere justa. Estas cosas siempre me han violentado. ¿Qué le parece cien mil dólares? Si considera que es poco, le agradeceré que me lo diga.

Imagino su reacción al leer esta carta, que para entonces habrá pasado una semana o dos aguardando en esta laguna, luego un mes sorteando el caos del sistema postal italiano antes de cruzar por fin el Atlántico y ser transferida al servicio de correos de Estados Unidos, el cual la introducirá en una saca que un cartero arrastrará en un carrito desafiando la lluvia o la nieve hasta insertarla por la ranura de su puerta, desde la que caerá al suelo, donde esperará que usted la encuentre. Y, después de imaginar todo esto, me siento preparado para lo peor: que me tome usted por un perturbado. Pero quizá no deba ocurrir así necesariamente. Quizá si le digo que, hace mucho tiempo, al acostarme, una persona me leyó unas páginas

de un libro titulado *La historia del amor* y que, al cabo de tantos años, no he olvidado aquella noche ni aquellas páginas, quizá me comprenda.

Le agradeceré que me conteste a estas señas. Si para entonces ya me he marchado, el conserje me reexpedirá la carta.

En espera de sus noticias, suyo afectísimo,

Jacob Marcus

¡Ostras!, me dije. Casi no podía creer tanta suerte, y pensé en escribir yo misma a Jacob Marcus con el pretexto de explicarle que fue Saint-Exupéry quien, en 1929, estableció el último tramo de la ruta postal a América del Sur, hasta la misma punta del continente. Parecía que a Jacob Marcus le interesaba el servicio postal y, en cualquier caso, mi madre dijo un día que en parte fue gracias al valor de Saint-Ex que Zvi Litvinoff, el autor de *La historia del amor*, pudo recibir las últimas cartas de su familia y amigos de Polonia. Al final de la carta mencionaría que mi madre era una joven viuda. Pero luego decidí no poner nada, no fuera mi madre a descubrirlo y echara a perder lo que empezaba de un modo tan prometedor y sin ayuda de nadie. Cien mil dólares eran un montón de dinero. Pero yo sabía que mi madre habría aceptado aunque Jacob Marcus no le hubiera ofrecido casi nada.

29. MI MADRE SOLÍA LEERME PASAJES DE *LA HISTORIA DEL AMOR*

—Es posible que la primera mujer fuera Eva, pero la primera muchacha siempre será Alma —leía ella, sentada al lado de mi cama, con aquel libro escrito en español en el regazo. Yo tenía cuatro o cinco años, era antes de que papá enfermara y el libro volviera al estante—. Quizá la primera vez que la viste tenías diez años. Ella estaba de pie al sol, rascándose una pierna. O escribiendo en la tierra con un palo. Alguien le tiraba del pelo. O ella tiraba del pelo a alguien. Y una parte de ti se sintió atraída y otra parte se resistía, porque quería irse en la bicicleta, dar una patada a una piedra o evitarse complicaciones. En el mismo momento, percibiste en ti la fuerza de un hombre y también una autocompasión que hizo que te sintieras pequeño y dolorido. Una parte de ti pensaba: No me mires, por favor. Si no me miras, aún podré dar media vuelta. Y una parte de ti pensaba: Mírame.

»Si recuerdas la primera vez que viste a Alma recordarás también la última.

Ella negaba con la cabeza. O se alejaba por un campo. O desde tu ventana.

«¡Vuelve, Alma!», gritabas. "¡Vuelve! ¡Vuelve!"». Pero ella no volvió.

»Y aunque entonces ya eras mayor, te sentías como un niño perdido. Y aunque tu orgullo estaba herido, te sentías tan grande como tu amor por ella. Se había ido, y lo único que quedaba era el espacio en que, habías crecido en torno a ella, rodeándola,

como crece un árbol rodeando una cerca.

»Aquel espacio estuvo vacío mucho tiempo. Quizá años. Y cuando al fin volvió a llenarse, tú sabías que el nuevo amor que sentías por una mujer hubiera sido imposible sin Alma. De no ser por ella, nunca hubieras tenido ese espacio vacío ni sentido la necesidad de llenarlo.

»Claro que también hay casos en los que el chico se niega a dejar de gritar el nombre de Alma con todas sus fuerzas. Se declara en huelga de hambre.

Suplica. Llena un libro con su amor. Porfía hasta que ella no tiene más remedio que volver. Cada vez que trata de irse, porque sabe que es lo que tiene que hacer, él se lo impide, suplicándole como un idiota. Así pues, ella siempre vuelve, por muchas veces que se vaya y por lejos que llegue, y aparece a su espalda, sin hacer ruido, y le tapa los ojos con las manos, malogrando lo que él pudiera haber conocido después de ella.

30. EL SERVICIO POSTAL ITALIANO ES LENTO; SE PIERDEN COSAS Y SE DESTROZAN VIDAS PARA SIEMPRE

La respuesta de mi madre debió de tardar semanas en llegar a Venecia, y para entonces Jacob Marcus ya se habría marchado dejando instrucciones de que le enviaran el correo. Al principio, lo imaginaba muy alto y delgado, con una tos crónica, pronunciando las pocas palabras de italiano que sabía con un acento infame, uno de esos personajes tristes que se sienten extraños en todas partes.

Bird lo imaginaba como un John Travolta en un Lamborghini, con una maleta llena de billetes de banco. Si mi madre lo imaginaba de alguna forma, no lo decía.

Pero la segunda carta llegó a últimos de marzo, seis semanas después de la primera, franqueada en Nueva York y manuscrita al dorso de una postal de un zepelín en blanco y negro. La idea que me había hecho de él cambió. En lugar de la tos, le atribuí un bastón que usaba desde que tuvo un accidente de automóvil, a los veinte años, y decidí que su tristeza se debía a que sus padres lo dejaban muy solo cuando era niño y luego murieron y él heredó muchísimo dinero. Al dorso de la postal había escrito:

Querida señora Singer:

Con gran alegría recibí su respuesta en la que me comunica que puede empezar a trabajar en la traducción. Le ruego me indique sus datos bancarios e inmediatamente le transferiré un primer pago de 25.000 dólares. ¿Podría enviarme el libro por cuartas partes, a medida que vaya traduciendo? Confío en que sabrá perdonar mi impaciencia y atribuirle al deseo y la ilusión de poder leer por fin el libro de Litvinoff y suyo. Y también a mi afición a recibir correo y prolongar todo lo posible una experiencia que espero ha de conmoverme profundamente.

Suyo afectísimo,

J.M.

31. CADA ISRAELITA TIENE EN SUS MANOS EL HONOR DE TODO SU PUEBLO

El dinero llegó al cabo de una semana. Para celebrarlo, mi madre nos llevó a ver una película francesa subtitulada sobre dos niñas que se escapan de casa. En el cine sólo había otras tres personas. Una era el acomodador. Bird se comió todas sus chokolatinas durante los créditos y estuvo corriendo por los pasillos arriba y abajo con un colocón de azúcar, hasta que se quedó dormido en la primera fila.

Poco después, durante la primera semana de abril, mi hermano subió al tejado de la Escuela Hebrea, se cayó y se dislocó la muñeca. Para distraerse, puso una mesa plegable delante de la casa con un cartel que rezaba: «Limonada natural 50 centavos. Sírvese usted mismo (muñeca lesionada)». Con sol o con lluvia, allí se instalaba, con una jarra de limonada y una caja de zapatos para el dinero. Cuando agotó la clientela del vecindario, trasladó el puesto unas calles más abajo, frente a un solar. Cada día estaba allí más tiempo. Si no había clientes, abandonaba la mesa plegable y se metía en el solar a jugar. Cuando yo pasaba por allí, veía las cosas que hacía para adecentarlo: retirar la cerca oxidada, arrancar hierbas, meter desperdicios en una bolsa de basura. Mi hermano volvía a casa al anochecer, con las piernas arañadas y la kippah torcida.

«¡Qué suciedad!», exclamaba.

Le pregunté qué pensaba hacer en el solar y él se encogió de hombros.

—Cada sitio es del que lo aprovecha —me respondió.

—Muchas gracias, maestro. ¿Eso lo dice el señor Goldstein?

—No.

—¿Y para qué gran cosa piensas aprovecharlo tú? —le grité mientras se alejaba.

En lugar de responder, alzó la mano para tocar algo que estaba en el marco de la puerta, se besó la punta de los dedos y subió la escalera. Era una mezuzah de plástico; había pegado una en cada puerta de la casa, hasta en la del cuarto de baño.

Al día siguiente encontré el tercer tomo de *Cómo sobrevivir en la naturaleza* en la habitación de Bird. Había garabateado con rotulador el nombre de Dios en lo alto de cada página.

—¿Qué has hecho con mi cuaderno? —grité.

Él callaba.

—¡Lo has estropeado!

—No he estropeado nada, lo he hecho con cuidado...

—¿Con cuidado? ¿Con cuidado? ¿Quién te ha dado permiso para tocarlo

siquiera? ¿Te suena de algo la palabra «privado»?

Bird miraba la libreta que yo tenía en la mano.

—¿Cuándo vas a empezar a ser una persona normal? —dije.

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó mamá desde lo alto de la escalera.

—¡Nada! —dijimos los dos a la vez. Al cabo de un momento, la oímos entrar en su estudio. Bird se tapó la cara con el brazo y empezó a hurgarse la nariz.

—Ostras, Bird —siseé apretando los dientes—. Por lo menos, podrías tratar de ser normal. Por lo menos tendrías que intentarlo.

32. MAMÁ ESTUVO DOS MESES CASI SIN SALIR DE CASA

Al volver de la escuela una tarde de la última semana antes de las vacaciones de verano, encontré a mi madre en la cocina con un paquete en la mano dirigido a Jacob Marcus a unas señas de Connecticut. Había terminado la traducción de la primera cuarta parte de *La historia del amor* y quería que yo la llevara al correo.

«Ahora mismo», dije poniéndome el paquete debajo del brazo. En lugar de ir a correos, me fui al parque y, con la uña del pulgar, levanté la cinta adhesiva.

Encima había una carta, dos líneas escritas en la letrita inglesa de mi madre:

Estimado señor Marcus:

Confío en que en estos capítulos encuentre todo lo que usted esperaba encontrar. Si falta algo es culpa mía.

Atentamente,

Charlotte Singer

Me quedé desolada. ¡Veinticinco palabras insípidas, sin pizca de romanticismo! Yo sabía que debía enviarlo, que no tenía derecho a intervenir, que no es justo entrometerse en los asuntos de los demás. Pero hay tantas cosas que no son justas...

33. LA HISTORIA DEL AMOR, CAPÍTULO 10

En la Edad de Cristal, todos creían tener una parte del cuerpo sumamente frágil. Unos una mano, otros un fémur, otros la nariz. La Edad de Cristal siguió a la Edad de Piedra, a modo de correctivo dentro de la evolución, introduciendo en las relaciones humanas una sensación nueva de fragilidad que favorecía la compasión. Este período tuvo una duración relativamente corta en *La historia del amor* —un siglo aproximadamente—, hasta que un médico, el doctor Ignacio da Silva, descubrió un

tratamiento consistente en invitar a las personas a tenderse en un diván y luego administrarles un vigorizante manotazo en la parte del cuerpo en cuestión, para demostrarles la verdad. La ilusión anatómica que tan real había parecido fue desapareciendo poco a poco y —al igual que tantas otras cosas que ya no necesitamos pero de las que no podemos acabar de desprendernos— se convirtió en un vestigio. Y, de vez en cuando, por razones que no siempre pueden entenderse, aflora de nuevo, lo que indica que la Edad de Cristal, al igual que la Edad del Silencio, aún no ha terminado del todo.

Tomemos, por ejemplo, a ese hombre que se acerca calle abajo. No hay en él nada que llame la atención; su manera de vestir y su porte son discretos.

Normalmente —él mismo así lo aseguraría—, nadie se fijaría en él. No lleva nada en la mano, o eso parece, ni siquiera un paraguas, a pesar de que amenaza lluvia, ni una cartera, aunque es la hora de la salida de los despachos. La gente pasa por su lado sin reparar en él, inclinando el cuerpo contra el viento, camino de sus casas bien caldeadas de las afueras de la ciudad, en las que sus hijos hacen deberes en la mesa de la cocina, y el aire huele a cena y, probablemente, a perro, porque en esas casas suele haber perro.

Este hombre, cuando era joven, una noche decidió ir a una fiesta. Allí encontró a una muchacha con la que había ido al colegio desde primaria, una muchacha de la que siempre había estado un poco enamorado, a pesar de que estaba seguro de que ella ni se había dado cuenta de que él existiera. Aquella muchacha tenía el nombre más bello que él había oído en su vida: Alma.

Cuando ella lo vio en la puerta, cruzó toda la habitación para ir a hablarle. Él no podía creerlo.

Pasó una hora, quizá dos. La conversación debió de ser muy agradable porque, de improviso, él oyó que Alma estaba diciéndole que cerrara los ojos. Y entonces le dio un beso. Aquel beso era una pregunta que él deseó estar contestando durante el resto de su vida. Sintió que temblaba de pies a cabeza.

Tuvo miedo de perder el control de los músculos. Para cualquier persona, aquello no podía tener más que un significado, pero para él no era tan sencilla la explicación, porque este hombre creía —así lo había creído desde que podía recordar— que una parte de su cuerpo era de cristal. Imaginaba que un movimiento en falso podía hacer que cayera al suelo y se rompiera delante de ella. Aun sin querer, se echó hacia atrás. Sonrió mirando a Alma a los pies, confiando en que ella comprendiera. Hablaron durante horas.

Aquella noche, él volvió a casa loco de alegría. No pudo dormir, de la agitación, porque había quedado con Alma en ir al cine al día siguiente.

Cuando fue a buscarla, le llevó un ramo de narcisos. En el cine tuvo que enfrentarse al peligro de sentarse en la butaca, pero lo venció. Vio toda la película con

el cuerpo inclinado hacia delante, para que su peso descansara sobre los muslos y no sobre la parte que era de cristal. Si Alma lo notó, no dijo nada. Él movió la rodilla un poco, y luego un poco más, hasta encontrar la de ella. Estaba sudando. Terminó la película, y él no hubiera podido decir de qué trataba. Propuso dar un paseo por el parque y esta vez fue él quien se detuvo, abrazó a Alma y la besó. Cuando empezaron a temblarle las rodillas y se imaginó a sí mismo hecho añicos a los pies de ella, reprimió el impulso de soltarla. Deslizó los dedos por su espalda de arriba abajo, sobre la fina blusa y, durante un momento, se olvidó del peligro, agradeciendo que el mundo marque divisiones, para que podamos superarlas sintiendo la dicha de acercarnos al otro más y más, aun reconociendo en el fondo, con tristeza, que hay diferencias insuperables. De pronto notó que estaba temblando violentamente. Tensó los músculos para dominarse. Alma notó su vacilación. Se echó atrás y lo miró como dolida, y él entonces casi dijo las dos frases que hacía años que deseaba decir: «Una parte de mí es de cristal», y también: «Te quiero». Pero no llegó a pronunciarlas.

Vio a Alma otra vez. Él no sabía que sería la última. Pensaba que todo estaba empezando. Pasó la tarde ensartando minúsculas pajaritas de papel en un hilo, para hacerle un collar. Antes de salir, tomó del sofá de su madre una almohadilla de punto de cruz y se la metió en el fondillo del pantalón, como medio de protección, preguntándose cómo no se le había ocurrido antes.

Aquella noche, después de dar a Alma el collar y abrochárselo delicadamente mientras ella lo besaba, sintió un ligero temblor cuando ella lo acarició espalda abajo y se detuvo un momento antes de introducir la mano bajo el pantalón, para luego retroceder con una expresión mezcla de hilaridad y horror, una expresión que le recordó un dolor que él nunca había dejado de conocer. Entonces le dijo la verdad. Por lo menos, trató de decirle la verdad, pero sólo le salió media verdad. Después, mucho después, descubrió que había dos cosas de las que siempre se arrepentiría: una, que cuando ella se echó hacia atrás, él vio a la luz de la farola que el collar le había arañado la garganta, y dos, que en el momento más importante de su vida no había sabido elegir las palabras.

Estuve mucho tiempo allí sentada, leyendo los capítulos que había traducido mi madre. Cuando terminé el décimo ya sabía lo que tenía que hacer.

34. YA NO QUEDABA NADA QUE PERDER

Arrugué la carta de mi madre y la eché a la papelera. Corrí a casa y subí a mi habitación, a escribir una carta al único hombre que podía hacer que mi madre cambiara. Tardé horas en redactar el borrador. Aquella noche, después de que ella y Bird se acostaran, me levanté de la cama, bajé al recibidor y me llevé a la habitación la máquina de escribir que a mi madre aún le gusta utilizar para escribir las cartas de

más de veinte palabras. Tuve que repetirla muchas veces hasta conseguir mecanografiarla sin faltas. La leí una última vez, la firmé con el nombre de mi madre y subí a acostarme.

Perdóname Casi todo lo que se sabe de Zvi Litvinoff procede de la introducción que su esposa escribió para la reedición de *La historia del amor*, hecha varios años después de la muerte del autor. El tono de la prosa, tierno y discreto, está modulado por la devoción de quien ha dedicado su vida al arte de otra persona.

Empieza así: «Conocí a Zvi en Valparaíso, en el otoño de 1951, a los veinte años. Lo había visto a menudo en los cafés frente al mar que yo frecuentaba con mis amigas. Él llevaba abrigo hasta en los meses más calurosos y contemplaba la vista con gesto taciturno. Tenía casi doce años más que yo, pero había en su persona algo que me atraía. Yo sabía que era un refugiado, por el acento con que hablaba en las raras ocasiones en que alguien, también de aquel otro mundo, se paraba un momento junto a su mesa. Mis padres emigraron a Chile cuando yo era pequeña. Veníamos de Cracovia, por lo que yo veía en él algo que me resultaba familiar y conmovedor. Alargaba mi café mientras observaba como él se leía todo el periódico. Mis amigas se reían de mí, lo llamaban "viejón" y un día una muchacha llamada Gracia Stürmer me desafió a ir a hablarle».

Y Rosa fue. Aquel día, estuvo hablando con él durante casi tres horas, mientras la tarde pasaba lentamente y una brisa fresca entraba del mar. Y Litvinoff, por su parte —halagado por la atención que le dispensaba aquella muchacha de tez pálida y pelo negro, encantado al descubrir que ella entendía un poco de yidis, embargado por una nostalgia que, calladamente, hacía años que lo habitaba—, despertó a la vida y la divirtió con sus relatos y citas poéticas. Al llegar a su casa aquella noche, Rosa se sentía bullir de alegría. Ni entre los chicos de la universidad, fatuos y egocéntricos, con su brillantina y su gratuita charla filosófica, ni entre los pocos que le habían declarado su amor con frases melodramáticas al ver su cuerpo desnudo, había uno solo que tuviera tanta experiencia como Litvinoff. Al salir de clase a la tarde siguiente, Rosa se apresuró a volver al café. Allí estaba Litvinoff, esperándola, y otra vez volvieron a hablar animadamente durante horas: del sonido del violonchelo, del cine mudo y de los recuerdos que despertaba en ellos el olor del agua salobre. Esto se prolongó durante dos semanas. Tenían muchas cosas en común, pero entre ellos se alzaba una oscura y densa diferencia que tenía el efecto de atraer a Rosa, empeñada en comprender hasta su más ínfimo detalle. Pero Litvinoff casi nunca hablaba de su pasado ni de lo que había perdido. Y ni una sola vez mencionó aquello en lo que había empezado a trabajar por las noches, sobre la vieja mesa de dibujo de la habitación que alquilaba: el libro que sería su obra maestra. Sólo le dijo que daba clases en una escuela judía. A Rosa le resultaba difícil imaginar al hombre sentado frente a ella —que, con aquel abrigo, parecía un cuervo y tenía el aire solemne de los

retratos antiguos— en una clase llena de niños revoltosos. «No fue sino dos meses después —escribe Rosa—, durante los primeros momentos de tristeza que parecían colarse por la ventana sin que nos diéramos cuenta, perturbando el enrarecido ambiente que crea el inicio del amor, cuando Litvinoff me leyó las primeras páginas de la *Historia*».

Estaban escritas en yidis. Después, con ayuda de Rosa, Litvinoff las traduciría al español. El manuscrito original en yidis se perdió cuando la casa de los Litvinoff se inundó mientras ellos estaban en la montaña. No queda más que la hoja que Rosa encontró flotando en el estudio de Litvinoff, en tres palmos de agua. «En el fondo, distinguí el capuchón de oro de la pluma que él llevaba siempre en el bolsillo — escribe— y tuve que hundir el brazo hasta el hombro para alcanzarla». La tinta se había corrido y en algunos puntos la escritura era ilegible. Pero el nombre que él le daba en el libro, el nombre que era el de cada una de las mujeres de la *Historia* aún se distinguía, en la letra inclinada de Litvinoff, en el último renglón.

A diferencia de su marido, Rosa no era escritora; no obstante, la introducción está guiada por una inteligencia natural y matizada, casi instintivamente, con pausas, insinuaciones y elipses cuyo efecto de conjunto es una especie de penumbra en la que el lector puede proyectar su propia imaginación. Describe la ventana abierta y el sentimiento que hacía temblar la voz de Litvinoff al empezar la lectura, pero nada dice de la habitación en sí, que es de suponer era la de Litvinoff, con la mesa de dibujo que había pertenecido al hijo de su casera y en una de cuyas esquinas estaban grabadas las palabras de la más importante oración judía, *Shema yisrael adonai elohanu adonai echad*, de manera que cada vez que Litvinoff se sentaba ante su superficie inclinada, consciente o inconscientemente, pronunciaba una oración; nada tampoco de la estrecha cama en que dormía él ni de los calcetines lavados la noche antes que descansaban en el respaldo de una silla como dos animalitos exhaustos, ni de la única foto, vuelta de cara al raído empapelado de la pared (que Rosa debió de mirar cuando Litvinoff se ausentó para ir al baño), de un niño y una niña que posaban muy rígidos, cogidos de la mano, con los brazos a lo largo del cuerpo y las rodillas al aire, mientras por la ventana, situada en un ángulo del encuadre, la tarde se alejaba lentamente. Y Rosa relata que, andando el tiempo, se casó con su cuervo, que al morir su padre vendió la gran casa de su infancia con sus jardines fragantes y tuvieron dinero, que compraron un pequeño bungalow blanco en un acantilado frente al mar, en las afueras de Valparaíso, y Litvinoff pudo dejar su empleo en la escuela durante un tiempo y dedicar las tardes y las noches a escribir; pero nada dice de la persistente tos de Litvinoff que a menudo lo hacía salir a la terraza en plena noche, donde se quedaba contemplando el mar oscuro, ni de sus largos silencios, ni de cómo le temblaban las manos a veces, ni de que envejecía a ojos vistas, como si para él pasara el tiempo más deprisa que para todo su entorno.

En cuanto a revelaciones del propio Litvinoff, sólo sabemos lo que consta en las páginas de su único libro. No llevaba diario y escribió pocas cartas, y aun éstas se perdieron o fueron destruidas. Aparte de varias listas de la compra y notas personales y de la única hoja del manuscrito en yidis que Rosa consiguió rescatar de la inundación, sólo queda una postal que escribió en 1964 a un sobrino que residía en Londres. Para entonces Litvinoff ya había publicado la *Historia* en una modesta edición de unos dos mil ejemplares, y volvía a dar clases, ahora —gracias a cierto prestigio adquirido con la reciente publicación del libro— de literatura y en la universidad. La postal se exhibe en una vitrina sobre un ajado terciopelo azul, en el polvoriento museo de historia de la ciudad, que casi siempre está cerrado cuando a alguien se le ocurre visitarlo. En el dorso se lee, simplemente:

Querido Boris: Me alegra saber que has aprobado los exámenes. Tu madre, bendita sea su memoria, estaría muy orgullosa. ¡Todo un doctor! Ahora estarás más ocupado que nunca pero, si quieres hacernos una visita, aquí siempre tendrás una habitación. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Rasa es buena cocinera. Podrías sentarte frente al mar y hacer de tu estancia unas verdaderas vacaciones. ¿Qué hay de las chicas? Es sólo una pregunta. Siempre hay que tener tiempo para eso. Te mando un abrazo con mi felicitación.

Zvi.

El anverso de la postal, una vista del mar iluminada a mano, está reproducido en el cartel de la pared, con este texto: «Zvi Litvinoff, autor de *La historia del amor*, nació en Polonia y residió en Valparaíso durante treinta y siete años, hasta su muerte, ocurrida en 1978. Esta postal fue escrita a Boris Perlstein, hijo de su hermana mayor». En letras más pequeñas, en el ángulo inferior izquierdo, se lee: «Cedida por Rosa Litvinoff». Lo que no dice es que su hermana Miriam fue abatida de un disparo en la cabeza por un oficial nazi en el gueto de Varsovia, ni que, aparte de Boris, que escapó en mi *kindertransport* y pasó el resto de la guerra y su infancia en un orfanato de Surrey, y de los hijos de Boris, que a veces se sentían asfixiados por la desesperación y el miedo que acompañaban el amor de su padre, Litvinoff no tenía más parientes vivos.

Tampoco dice que la postal no fue enviada, aunque un observador atento puede ver que no tiene matasellos.

Lo que no se sabe de Litvinoff no tiene fin. No se sabe, por ejemplo, que en su primera y última visita a Nueva York, hecha en el otoño de 1954 —adonde Rosa había insistido en ir para enseñar el manuscrito a varios editores—, él fingió perderse en unos grandes almacenes muy concurridos, salió a la calle y se detuvo en Central Park, guiñando los ojos al sol. Que, mientras ella lo buscaba entre expositores de panties y guantes, él avanzaba por una avenida de olmos. Que cuando Rosa encontró a un jefe de planta y se dio el aviso por megafonía («Señor Z. Litvinoff, se ruega al señor Z. Litvinoff acuda a zapatería de señoras, donde lo aguarda su esposa») él había

llegado a un estanque y observaba cómo una pareja remaba en un bote hacia los juncos detrás de los que se encontraba él, y la muchacha, creyéndose escondida, se desabrochó la blusa y mostró unos senos blancos. Que, a la vista de aquellos senos, Litvinoff sintió remordimiento y echó a correr por el parque para volver a los almacenes, donde encontró a Rosa —con la cara colorada y el pelo pegado a la nuca— hablando con una pareja de policías. Que cuando ella le echó los brazos al cuello, le dijo que le había dado un susto de muerte y le preguntó dónde había estado, Litvinoff respondió que había ido al aseo y se había quedado encerrado. Que después, en el bar de un hotel, los Litvinoff se reunieron con el único editor que había accedido a verlos, un hombre nervioso, con una risita atiplada y manchas de nicotina en los dedos, que les dijo que el libro le había gustado mucho pero no podía publicarlo porque nadie lo compraría. En prueba de su aprecio, les regaló un ejemplar de un libro que acababa de editar. Al cabo de una hora, se despidió diciendo que tenía que asistir a una cena y se marchó apresuradamente dejando a los Litvinoff con la cuenta.

Aquella noche, cuando Rosa se durmió, Litvinoff se encerró en el baño, ahora de verdad. Lo hacía casi todas las noches, porque lo violentaba que su esposa lo olierá. Sentado en la taza, leyó la primera página del libro que les había regalado el editor. También lloró.

No se sabe que la flor favorita de Litvinoff era la peonia. Ni que su signo de puntuación favorito era el interrogante. Que tenía unos sueños terribles y sólo conseguía dormir —cuando lo conseguía— si tomaba un vaso de leche caliente.

Que a menudo se imaginaba su propia muerte. Que pensaba que la mujer que lo amaba hacía mal. Que tenía los pies planos. Que su alimento favorito era la patata. Que le gustaba considerarse un filósofo. Que todo lo cuestionaba, incluso lo más simple, de manera que si un conocido que se cruzara con él en la calle se levantaba el sombrero y decía «Buenos días», Litvinoff se ponía a estudiar la atmósfera y, cuando se decidía por una respuesta, el conocido ya se había alejado dejándolo solo. Todas estas peculiaridades se perdieron en el olvido, como las de tantos otros que nacen y mueren sin que nadie se tome la molestia de ponerlas por escrito. En suma, si algo ha llegado a saberse de Litvinoff es gradas a que tuvo una esposa que lo amaba con fervor.

Varios meses después de que una pequeña editorial de Santiago publicara el libro, Litvinoff recibió un paquete por correo. En el momento en que el cartero pulsó el timbre, Litvinoff tenía la pluma en la mano sobre una hoja en blanco y los ojos húmedos de emoción porque intuía que estaba a punto de comprender la esencia de algo. Pero el sonido del timbre ahuyentó la idea, y Litvinoff, reducido otra vez a persona corriente, avanzó arrastrando los pies por el oscuro pasillo, abrió la puerta y vio al cartero a la luz del sol. «Buenos días», dijo el cartero entregándole un pulcro

paquete marrón, y Litvinoff no tuvo que cavilar mucho para sacar la conclusión de que el día, que un momento antes se prometía excelente, incluso más de lo que cabía esperar, había dado un vuelco con la brusquedad con que cambia de rumbo una borrasca en el horizonte.

Impresión que quedó confirmada cuando Litvinoff abrió el paquete y encontró las galeradas de *La historia del amor*, con estas líneas del editor. «Adjunto le devolvemos las pruebas de composición que ya no necesitamos». Litvinoff, que ignoraba que fuera costumbre devolver las pruebas al autor, hizo una mueca de dolor. Se preguntó si esto afectaría la opinión de Rosa acerca del libro. No quería averiguarlo; prendió fuego a la nota y las pruebas y estuvo mirando cómo las hojas chisporroteaban y se retorcían en el hogar. Cuando su mujer volvió de la compra, abrió las ventanas para que entrase la luz y el aire puro y le preguntó por qué encendía el fuego, con lo hermoso que estaba el día.

Litvinoff se encogió de hombros y dijo que se había resfriado.

De los dos mil ejemplares que se imprimieron de *La historia del amor*, algunos fueron comprados y leídos; muchos fueron comprados pero no leídos; algunos se quedaron en los escaparates de las librerías, perdiendo el color y sirviendo de pista de aterrizaje a las moscas; algunos fueron rebajados y muchos fueron enviados a la compactadora de papel, que los trituraría, seccionando y desgarrando las frases con sus cuchillas giratorias, mezclados con otros libros no leídos o no deseados. Mirando por la ventana, Litvinoff imaginó que los dos mil ejemplares de *La historia del amor* eran como dos mil palomas mensajeras que volvían a él aleteando, para darle cuenta de los llantos y las risas suscitados, de los pasajes leídos en voz alta, de los crueles abandonos a la primera página, de cuántos de ellos ni siquiera habían sido abiertos.

Él no podía saberlo, pero un ejemplar de la primera edición (a la muerte de Litvinoff se despertó un momentáneo interés por el libro, que entonces fue reeditado con la introducción de Rosa) debía cambiar la vida de una persona... o de más de una. Este ejemplar en concreto fue uno de los últimos en salir de la imprenta y permaneció más tiempo que los demás en un almacén de los alrededores de Santiago, impregnándose de humedad. Finalmente, fue enviado a una librería de Buenos Aires. El dueño, hombre algo descuidado, apenas reparó en él, y el libro languidecía en el estante, criando moho. Era un tomo delgado, y su situación en el estante no era precisamente ventajosa: entre la voluminosa biografía de una actriz de segunda fila a la derecha y una novela que tiempo atrás había sido un gran éxito, de un autor del que ya nadie se acordaba, a la izquierda, su estrecho lomo pasaba inadvertido incluso para el cliente más atento. Cuando la librería cambió de dueño, el libro fue víctima de un desalojo masivo y pasó a otro almacén, mugriento, lúgubre e infestado de típulas, donde estuvo sumido en una húmeda oscuridad hasta que fue enviado a una pequeña librería de viejo próxima a la casa del escritor Jorge Luis Borges.

Entonces Borges ya estaba ciego y no tenía motivos para visitar la librería... porque no podía leer y porque siempre había leído tanto, y aprendido de memoria tan extensos pasajes de Cervantes, Goethe y Shakespeare, que ahora le bastaba con sentarse en la oscuridad y ponerse a pensar. A menudo los admiradores del escritor Borges buscaban su dirección y llamaban a su puerta, pero al entrar se encontraban con el lector Borges, que palpaba los lomos de sus libros hasta encontrar el que deseaba oír y lo tendía al visitante, que no tenía más opción que sentarse a leerle en voz alta. De vez en cuando, Borges salía de viaje con su amiga María Kodama, a la que dictaba sus pensamientos acerca del placer de un paseo en globo o la belleza del tigre. Pero ya no entraba en la librería de viejo, con cuya dueña mantenía una cordial relación antes de perder la vista.

La dueña de la librería de viejo no se dio prisa en desembalar el gran lote de libros que había comprado a bajo precio. Una mañana, repasando las cajas, descubrió el mohoso ejemplar de *La historia del amor*. No había oído hablar de aquel libro, pero el título le llamó la atención. Lo puso aparte y, durante un rato de calma en la tienda, leyó el primer capítulo, titulado «La Edad del Silencio».

El primer lenguaje que poseyeron los humanos fue el de las señas.

Nada tenía de primitivo aquel lenguaje que brotaba de las manos, nada de lo que ahora decimos se debía de decir entonces: tal es la infinita variedad de figuras que pueden formarse con los finos huesos de los dedos y las muñecas. Los gestos eran complejos y sutiles y exigían una dúctil movilidad que ya se ha perdido por completo.

Durante la Edad del Silencio la gente se comunicaba más, no menos, que ahora. La mera supervivencia exigía que las manos casi nunca estuvieran quietas, de mantra que era únicamente durante el sueño (y a veces ni aun entonces) cuando la gente callaba. No se hacía distinción entre los gestos del lenguaje y los gestos de la vida. El trabajo de construir una casa, por ejemplo, o la tarea de preparar una comida, tenía el mismo valor expresivo que hacer el signo de «te quiero» o «estoy triste». Cuando se utilizaba una mano para protegerse el rostro al oír un estruendo, se estaba diciendo algo; y cuando se utilizaban los dedos para recoger algo que otra persona había dejado caer, también se estaba diciendo algo; y hasta cuando las manos descansaban decían algo. Había malentendidos, naturalmente. Podía ocurrir que uno levantara un dedo para rascarse la nariz y si en aquel momento su mirada se cruzaba con la del amante, éste podía interpretar que ése era el de «ahora veo que hice mal enamorándome de ti», que se le parecía bastante. Estas equivocaciones eran muy tristes. Sin embargo, como todos sabían que podían ocurrir con facilidad, como nadie estaba seguro de entender perfectamente lo que le decían, solían interrumpirse unos a otros para preguntarse si habían entendido bien. Estos malentendidos también tenían sus ventajas, porque daban la oportunidad de decir: «Perdona, sólo me rascaba la nariz. Por supuesto que sé que hago bien queriéndote». Por la frecuencia con que se producían tales equívocos, con el tiempo fue evolucionando el signo para pedir perdón hasta que bastó el simple gesto de mostrar la palma de la mano para decir «perdóname».

Salvo una excepción, apenas existen vestigios de este primer lenguaje. La excepción, en la que se basa todo el conocimiento que poseemos sobre el tema, es una colección de setenta y nueve gestos fósiles, la impronta de manos humanas inmovilizadas durante el discurso, que alberga un pequeño museo de Buenos Aires. Una hace el gesto de «a veces cuando llueve», otra el de «al cabo de tantos años», otra el de «¿hice mal enamorándome de ti?». Fueron descubiertas en Marruecos en 1903 por Antonio Alberto de Biedma, un médico argentino que, durante un viaje por el Atlas, descubrió los setenta y nueve gestos grabados en la pared de pizarra de una cueva. Pasó varios años tratando en vano de descifrarlos, hasta un día en que, abrasado ya por la fiebre de la disentería que había de causarle la muerte, de pronto, descubrió la clave de los gráciles movimientos de los puños y los dedos impresos en la piedra. Poco después fue

trasladado a un hospital de Fez, y mientras agonizaba sus manos se movían como pájaros formando los mil gestos que durante tantos años habían permanecido en estado latente.

Si estando en una gran reunión o una fiesta, rodeado de gente extraña, sientes una desazón en las manos, si no sabes qué hacer con ellas y te invade esa incomodidad que produce percibir una disociación con el propio cuerpo, es señal de que tus manos recuerdan un tiempo en el que la divisoria entre la mente y el cuerpo, el cerebro y el corazón, entre lo interno y lo externo, estaba más difuminada. No es que hayamos olvidado por completo el lenguaje de los gestos. La costumbre de mover las manos al hablar es un vestigio de él. Dar palmadas, señalar con el índice, levantar el pulgar, son gestos arcaicos. Cogerse las manos, por ejemplo, es la manera de recordar lo que siente la pareja cuando callan juntos. Y por la noche, cuando está oscuro y no podemos ver, sentimos la necesidad de tocar el cuerpo del otro para hacernos entender.

La dueña de la librería de viejo bajó el volumen de la radio. Miró la solapa de la sobrecubierta para informarse del autor, pero sólo decía que Zvi Litvinoff había nacido en Polonia y en 1941 se había trasladado a Chile, donde aún residía. No había foto. Aquel día, entre cliente y cliente, la mujer terminó el libro. Por la noche, al cerrar, lo puso en el escaparate, un poco triste por tener que separarse de él.

A la mañana siguiente, los primeros rayos del sol dieron en *La historia del amor*. La primera de muchas moscas se posó en el libro. Sus enmohecidas páginas empezaban a secarse al calor cuando el gato persa gris azulado que se había hecho el amo de la tienda pasó rozándolo camino de su rincón al sol. Horas después, los transeúntes madrugadores lo miraban distraídamente al pasar por delante del escaparate.

La dueña de la tienda se abstenía de recomendar el libro a sus clientes. Sabía que, en según qué manos, un libro como aquél podía no ser apreciado o, peor aún, no ser leído siquiera. Así pues, se limitaba a tenerlo en el escaparate, con la esperanza de que el lector idóneo lo descubriera.

Y así fue. Una tarde, un joven alto lo vio. Entró en la tienda, lo abrió, leyó unas páginas y lo llevó a la caja. Al oírlo hablar, la dueña no pudo identificar su acento y le preguntó de dónde era, ya que sentía curiosidad acerca de la persona que iba a llevarse el libro. De Israel, dijo el joven, y le explicó que hacía poco que había terminado el servicio militar y estaba viajando por América del Sur desde hacía meses. La dueña iba a meter el libro en una bolsa, pero el joven dijo que no hacía falta y lo guardó en la mochila. Mientras tintineaba la campanilla de la puerta, ella lo vio alejarse por la calle soleada y calurosa, batiendo el suelo con las sandalias.

Aquella noche, en el cuarto de la pensión, bajo un cansino ventilador que removía un aire caliente, el joven se quitó la camisa, abrió el libro y, con una rúbrica perfeccionada durante años, estampó su nombre: «David Singer».

Y empezó a leer con ansia.



Una dicha para siempre

Yo no sé qué esperaba, pero esperaba algo. Cada vez que iba a abrir el buzón me temblaban los dedos. Fui el lunes. Nada. Fui el martes y el miércoles.

Tampoco había nada el jueves. Dos semanas y media después de haber enviado el libro, sonó el teléfono. Estaba seguro de que era mi hijo. Yo estaba dormitando en el sillón y tenía babas en el hombro. Me levanté de un salto.

«Diga». Pero. Era sólo la profesora de la clase de dibujo, que dijo que buscaba gente para un proyecto que iba a desarrollar en una galería de arte y había pensado en mí —y cito textualmente— por mi acusada personalidad. Como es natural, me sentí halagado. En otro momento, habría tenido una hemorragia de satisfacción. Y sin embargo. «¿En qué consiste el proyecto?», pregunté. Ella respondió que lo único que tenía que hacer era estar sentado desnudo en un taburete metálico, en medio de la clase y, si me apetecía, y ella esperaba que así fuera, sumergirme en un tanque lleno de sangre de vaca *kosher* y luego rodar sobre grandes hojas de papel blanco.

Yo puedo ser idiota, pero no estoy desesperado. Todo tiene un límite, de manera que le di las gracias por el ofrecimiento y, lamentándolo mucho, rehusé porque ya me había comprometido a sentarme sobre un pulgar y girar siguiendo el movimiento rotatorio de la Tierra. Ella se mostró decepcionada.

Pero pareció comprender mis razones. Me dijo que, si deseaba ver los dibujos que la clase había hecho de mí, podía visitar la exposición que harían dentro de un mes. Tomé nota de la fecha y colgué.

No había salido de casa en todo el día. Ya oscurecía y decidí dar un paseo.

Soy viejo. Pero aún puedo moverme. Pasé por delante de la cafetería de Zafi, de la barbería y de Kossar's Bialys, donde algún sábado por la noche compro *bagels* calientes. Antes no hacían *bagels*. ¿Por qué habían de hacerlos? En una tienda de *bialys* lo lógico es que vendan *bialys*. Y sin embargo.

Seguí andando. Entré en el *drugstore* e hice caer un anuncio de lubricante KY. Pero. No estaba por la labor. Al pasar por delante del Center vi un gran letrero que ponía: «Domingo noche Dudu Fisher. Compre ahora sus entradas». ¿Por qué no?, pensé. A mí no me gusta eso pero a Bruno le encanta Dudu Fisher. Entré y compré dos entradas.

No sabía adónde iba. Anocheceía pero yo seguía andando. Vi un Starbucks y entré a tomar café, porque me apetecía un café, no porque quisiera ser visto.

Normalmente, habría hecho mucho teatro. «Póngame un café solo, quiero decir largo, mejor dicho, extralargo, ¿o quizá un corto con hielo?», y luego, para remate, habría provocado un pequeño percance en el surtidor de la leche. Pero hoy no. Puse la leche como una persona normal y me senté en una butaca frente a un hombre que leía el periódico. Rodeé la taza con las manos. Era agradable sentir el calor. En la mesa de al lado había una muchacha de pelo azul, inclinada sobre una libreta y mordiendo un bolígrafo, y en la siguiente un niño vestido de futbolista con su madre, que le decía: «El plural de perdiz es perdices». Me embargó una oleada de felicidad. Era fabuloso formar parte de todo aquello.

Estar tomando un café como una persona normal. Sentí ganas de gritar: «¡El plural de perdiz es perdices! ¡Hay que ver qué lengua! ¡Qué mundo!» Había un teléfono público en el servicio. Saqué un cuarto de dólar y marqué el número de Bruno. Sonó nueve veces. La muchacha del pelo azul pasó por delante de mí, camino del tocador. Le sonreí. ¡Asombroso! Ella también sonrió. A la décima señal, él contestó.

—¿Bruno?

—¿No es fantástico estar vivo?

—No, muchas gracias, no deseo comprar nada.

—¡No quiero venderte nada! Soy Leo. Escucha. Estaba aquí en Starbucks tomando un café cuando he caído...

—¿Que te has caído?

—¡Escucha, hombre! He caído en la cuenta de lo estupendo que es vivir.

¡Vivir! Y he querido decírtelo. ¿Entiendes lo que digo? Digo que la vida es algo hermoso, Bruno. Algo hermoso y una dicha para siempre.

Una pausa.

—Claro, lo que tú digas, Leo. La vida es algo hermoso.

—Y una dicha para siempre.

—Está bien —dijo Bruno—. Y una dicha.

Yo esperaba.

—Para siempre.

Iba a colgar cuando Bruno dijo:

—¿Leo?

—¿Sí?

—¿Te refieres a la vida humana?

Estuve alargando mi café durante media hora, sacándole todo el jugo. La muchacha cerró la libreta y se levantó para marcharse. El hombre estaba terminando su periódico. Yo leí los titulares. Era una pequeña parte de algo más grande que yo.

Sí, la vida humana. ¡Vida! ¡Humana! Entonces el hombre volvió la página y a mí se me paró el corazón.

Era una foto de Isaac. Nunca la había visto. Guardo todos los recortes; si él tuviera un club de fans yo sería el presidente. He estado veinte años suscrito a la revista en que él colabora. Creí que tenía todas sus fotos. Las he contemplado mil veces. Y sin embargo. Ésta era nueva. Él estaba frente a una ventana. Tenía la cabeza inclinada y un poco ladeada. Podía haber estado reflexionando. Pero levantaba la mirada, como si alguien hubiera pronunciado su nombre en el instante en que iba a accionarse el disparador. Sentí el deseo de llamarlo. Era sólo un diario, pero yo quería gritar a voz en cuello: «¡Isaac! ¡Estoy aquí! ¿Me oyes, mi pequeño Isaac?» Yo quería que volviera sus ojos hacia mí, como los había vuelto hacia el que lo había sacado de su reflexión. Pero no podía. Porque el titular decía: «El escritor Isaac Moritz muere a los 60 años».

Isaac Moritz, celebrado autor de seis novelas, entre ellas *El remedio*, por la que obtuvo el Premio Nacional del Libro, falleció el martes por la noche. La causa de su muerte fue la enfermedad de Hodgkin. Contaba sesenta años.

Las novelas de Moritz se caracterizan por el humor, la compasión y la búsqueda de la esperanza en medio de la desesperación. Desde el principio contó con fervorosos admiradores, entre ellos Philip Roth, miembro del jurado del Premio Nacional del Libro, que fue concedido a Isaac Moritz en 1972 por su primera novela. «En *El remedio* palpita un corazón humano y vigoroso, dotado de entereza y compasión», dijo Roth en la nota de prensa en que se anunciaba la concesión del premio. Leon Wieseltier, otro de los admiradores del escritor, decía esta mañana en unas declaraciones hechas por teléfono desde las oficinas del *New Republic* de Washington D.C. que Isaac Moritz ha sido «uno de los escritores más importantes del siglo XX y también uno de los más subestimados. Calificarlo de escritor judío o, peor aún, de escritor experimental, es desconocer la esencia de su calidad humana, que se sustrae a todo encasillamiento».

Isaac Moritz nació en Brooklyn en 1940, hijo de inmigrantes. Era un niño callado y serio que llenaba libretas con detalladas descripciones de escenas de su vida. Una de ellas, en la que observa cómo una pandilla de chicos golpea a un perro, escrita a los doce años, inspiraría el célebre pasaje de *El remedio* en que Jacob, el protagonista, al salir del apartamento de una mujer con la que acaba de hacer el amor por primera vez, se detiene a la luz turbia de una farola, con un frío glacial, al ver cómo dos hombres matan a un perro a puntapiés. En aquel momento, sobrecogido por la desgarrada brutalidad de la existencia física, por la «irreconciliable contradicción de ser animales condenados a tener conciencia de sí mismos y entes morales condenados a tener instintos animales», Jacob inicia un lamento, un extático párrafo de cinco páginas, que fue calificado por la revista *Time* como «uno de los pasajes más incandescentes y conmovedores» de la literatura contemporánea.

Además de valerle encendidos elogios y el Premio Nacional del Libro, *El remedio* dio a Isaac Moritz una gran popularidad. Durante el primer año se vendieron doscientos mil ejemplares y figuró en la lista de superventas del *New York Times*.

Se esperaba con expectación su segundo libro, pero *Casas de cristal*, una colección de relatos publicada finalmente cinco años después, suscitó opiniones dispares. Mientras unos críticos veían en la obra un cambio innovador, otros, como Morton Levy, que escribió una agria reseña en *Commentary*, la tachaban de fracaso. «El señor Moritz —escribió Levy—, cuya primera novela se sublimaba en especulaciones escatológicas, ha desviado sus miras hacia la pura escatología». Los relatos de *Casas de cristal*, escritos con un estilo fragmentado y, en ocasiones, surreal, tratan de personajes que van desde los ángeles hasta los basureros.

Cambiando nuevamente de registro, en su tercer libro, *Canta*, Moritz utiliza un lenguaje escueto, «tenso como el parche de un tambor», según descripción del *New York Times*. Aunque en sus dos últimas novelas Moritz seguía buscando formas de expresión nuevas, los temas eran constantes. Había en la raíz de

su arte un humanismo apasionado y una incesante exploración de la relación del hombre con su Dios.

El señor Moritz deja un hermano, Bernard Moritz.

Me quedé aturdido. Pensaba en la cara de mi hijo de cinco años. Y en el día en que, desde el otro lado de la calle, lo vi atarse el zapato. Al fin, un empleado del Starbucks que llevaba un arete en una ceja se acercó. «Vamos a cerrar», me dijo. Yo miré alrededor. Era verdad. Se había ido todo el mundo. Una muchacha de uñas pintadas barría el suelo con una escoba. Me levanté. O lo intenté, pero se me doblaron las rodillas. El empleado me miró como si yo fuera una cucaracha en la masa del bizcocho. El vasito de papel se me había convertido en un pellejo húmedo en la palma de la mano. Se lo di al hombre y me encaminé hacia la puerta. Entonces me acordé del periódico. El empleado ya lo había tirado al carrito de la basura que empujaba por el local. Yo lo saqué, pringoso de mantequilla. Él me miró con extrañeza y, para que viera que no soy un pordiosero, le di las entradas para Dudu Fisher.

No sé cómo llegué a casa. Bruno debió de oírme abrir la puerta, porque al cabo de un minuto bajó y llamó con los nudillos. No contesté. Estaba sentado en mi sillón, al lado de la ventana, a oscuras. Él siguió llamando. Al fin le oí subir.

Al cabo de una hora o más, volví a oírlo en la escalera. Metió un papel por debajo de la puerta. Decía así: «La vida es hermosa». Yo lo saqué. Él volvió a meterlo. Yo lo saqué, él lo metió. Papel fuera, papel dentro, fuera, dentro. Volví a mirarlo. «La vida es hermosa». Quizá, pensé. Quizá ésta sea la palabra. Oía respirar a Bruno al otro lado de la puerta. Busqué un lápiz y escribí: «Y una broma para siempre». Pasé el papel por debajo de la puerta. Silencio mientras él leía. Luego, satisfecho, subió a su casa.

Es posible que yo llorase. Qué puede importar.

Casi amanecía cuando me dormí. Soñé que estaba en una estación de ferrocarril. Llegó un tren del que bajó mi padre. Llevaba un abrigo de pelo de camello. Corrí hacia él. No me reconoció. Le dije quién era. Él movió la cabeza, diciendo que no. «Yo sólo tengo hijas». Soñé que se me desmenuzaban los dientes, que las mantas me asfixiaban. Soñé con mis hermanos, y había sangre por todas partes. Me gustaría decir: soñé que yo y la muchacha que amaba envejecíamos juntos. O soñé con una puerta amarilla y un campo despejado. Me gustaría decir: soñé que moría y que entre mis cosas encontraban mi libro y me hacía famoso después de muerto. Y sin embargo.

Recorté del periódico la foto de mi Isaac. Estaba arrugada, pero la alisé. Me la puse en la billetera, en el compartimiento de plástico destinado a la foto. Abrí y cerré el velero varias veces para mirar su cara. Entonces vi que justo encima del corte decía: «El funeral se celebrará...» No pude leer más. Tuve que sacar la foto y juntar las dos partes. «El funeral se celebrará el sábado 7 de octubre a las 10 de la mañana

en la Sinagoga Central».

Era viernes. Comprendí que no podía quedarme en casa y me obligué a salir. Me parecía que el aire que respiraba no era el mismo. El mundo ya no parecía el mismo. Y es que uno cambia y cambia. Uno se convierte en perro, en pájaro o en una planta que siempre se tuerce hacia la izquierda. Sólo ahora que mi hijo había muerto me daba cuenta de hasta qué punto yo había vivido para él. Cuando abría los ojos por la mañana era porque él existía, y cuando pedía comida por teléfono era porque él existía, y cuando escribía el libro era porque él existía y podría leerlo.

Tomé un autobús. Me dije que no podía ir al funeral de mi hijo con el *shmatta* arrugado al que llamo traje. No quería que se avergonzara de mí. Es más, quería que se sintiera orgulloso. Me apeé en la avenida Madison y miré escaparates. Tenía en la mano un pañuelo húmedo y frío. No sabía en qué tienda entrar. Al fin me decidí por una que parecía buena. Palpé la tela de una chaqueta. Un *shvartzer* enorme con un traje reluciente de color beige y botas de vaquero se acercó. Creí que iba a echarme a la calle.

—Sólo estaba palpando la tela —dije.

—¿Quiere probárselo? —me preguntó.

Esto me halagó. Él me preguntó qué talla. Yo la ignoraba. Pero él pareció comprender. Me miró de arriba abajo, me llevó a un probador y colgó el traje de una percha. Me quitó la ropa. Había tres espejos y en ellos descubrí partes de mi persona que no veía desde hacía años. A pesar de la tristeza, me tomé un momento para contemplarlas. Luego me puse el traje. El pantalón era acartonado y estrecho y la americana me llegaba casi por las rodillas. Parecía un payaso. El *shvartzer* apartó la cortina sonriendo. Me tiró de aquí y de allá, me abrochó y me hizo dar la vuelta.

—Le sienta como un guante —dijo—. Si quiere —añadió pellizcando la espalda de la americana—, podríamos entrarlo un poquito. Pero no lo necesita.

Le está como hecho a medida.

¿Y qué sé yo de la moda?, pensé. Le pregunté el precio. Él metió la mano por detrás del pantalón y estuvo hurgando en mi *tuchas*.

—Éste son... mil —anunció.

Yo lo miré.

—¿Mil qué?

Él rió cortésmente. Estábamos los dos frente a los tres espejos. Yo manoseaba mi pañuelo húmedo. Con un último vestigio de compostura, tiré del calzoncillo que se me había metido entre las nalgas. Tendría que existir una palabra para esto. El arpa de una sola cuerda.

Otra vez en la calle, seguí andando. Sabía que el traje no importaba. Pero.

Necesitaba hacer algo. Para calmarme.

Una tienda de Lexington anunciaba fotos para pasaporte. A veces me gusta

retratarme. Las pongo en un álbum. Casi todas son mías, menos una de Isaac a los cinco años y otra de mi primo el cerrajero. Mi primo era aficionado a la fotografía y me enseñó cómo construir una cámara oscura. Fue en la primavera de 1947. En la trastienda del pequeño taller, yo observé cómo ponía el papel fotográfico dentro de la caja. Dijo que me sentara y me enfocó con una lámpara.

Entonces retiró la tapa del agujero. Yo estaba quieto, casi sin respirar. Después fuimos al cuarto oscuro y lo pusimos en la cubeta del revelador. Esperamos.

Nada. Donde debía estar yo había sólo una sombra gris. Mi primo se empeñó en que volviéramos a probar, volvimos, y otra vez nada. Tres veces trató de retratarme con la cámara oscura y tres veces no aparecí. Él no lo entendía.

Maldijo al que le había vendido el papel, que debía de estar defectuoso. Pero yo sabía que no era eso. Yo sabía que, así como hay personas que han perdido una pierna o un brazo, yo había perdido lo que hace indeleble a una persona. Dije a mi primo que se sentara en la silla. Él no quería, pero al fin accedió. Le hice la foto y, en el cuarto oscuro, dentro de la cubeta de revelado, vimos cómo su cara aparecía en el papel. Él rió. Yo también. Si aquello era la prueba de que él existía, también lo era de que yo existía, puesto que había hecho la foto. Él me la dio. Cada vez que la sacaba de la cartera para mirarla, era como si me mirara a mí mismo. Compré un álbum y pegué la foto en la segunda hoja. En la primera puse la de mi hijo. Al cabo de unas semanas, pasé por delante de un *drugstore* que tenía una cabina fotográfica. Entré. Desde aquel día, cada vez que me sobraba un poco de dinero iba a la cabina. Al principio ocurría siempre lo mismo. Pero. Yo seguía probando. Un día, casualmente, en el momento en que se disparaba la máquina me moví. Apareció una sombra. La vez siguiente distinguí el contorno de mi cara y, al cabo de varias semanas, la cara completa.

Aquello era todo lo contrario de desaparecer.

Cuando abrí la puerta de la tienda, sonó una campanilla. Diez minutos después, yo estaba en la acera con cuatro fotos mías idénticas en la mano. Las miré. Podrían llamarme muchas cosas. Pero. Guapo no sería una de ellas. Metí una de las fotos en la cartera, al lado de la de Isaac que había recortado del periódico. Eché las otras a una papelería.

Levanté la mirada. Al otro lado de la calle estaban los almacenes Bloomingdale's. En mis tiempos había entrado un par de veces para que me echaran un *shpritz* las señoritas de Perfumería. ¿Qué puedo decir? Éste es un país libre. Estuve subiendo y bajando escaleras mecánicas hasta que encontré la sección de Confección, en la planta baja. Esta vez empecé por mirar los precios.

Colgado de la percha había un traje azul marino marcado a doscientos dólares.

Parecía de mi medida. Me fui a un probador y me lo puse. El pantalón me estaba largo, pero era de esperar. Las mangas también. Salí de la cabina. Un sastre con una

cinta métrica colgada del cuello me indicó que me subiera a una especie de cubo. Yo di un paso adelante y, en aquel momento, me acordé de cuando mi madre me enviaba al sastre a recoger las camisas de mi padre. Yo tendría nueve años, quizá diez. Los maniqués estaban todos juntos en un rincón del oscuro taller, como si esperasen el tren. Grodzenski pedaleaba en la máquina de coser con el cuerpo inclinado. Yo lo miraba, fascinado. Todos los días, sin más testigos que los maniqués, sus manos hacían brotar de un simple trozo de tela cuellos, puños y mangas. «¿Quieres probar?», me preguntó un día.

Me senté en su silla y él me enseñó a hacer funcionar la máquina. Yo miraba cómo brincaba la aguja, dejando tras de sí una hilera de puntadas azules.

Mientras yo pedaleaba, Grodzenski sacó las camisas de mi padre, envueltas en papel marrón. Con una seña, me invitó a pasar detrás del mostrador. Sacó otro paquete, envuelto en el mismo papel marrón. De su interior, con mucho cuidado, sacó una revista. Ya tenía años. Pero. Estaba bien conservada. Él la manejaba con la yema de los dedos. En la revista había fotos en blanco y negro de mujeres que tenían una piel muy lisa y tan blanca que parecía iluminada desde dentro. Llevaban unos vestidos como yo no había visto nunca: vestidos con perlas, plumas y flecos, vestidos que dejaban al descubierto piernas, brazos, el nacimiento de un seno. De los labios de Grodzenski salió una sola palabra:

«París». En silencio, él pasaba las páginas, y en silencio yo las miraba. Nuestro aliento empañaba el reluciente papel. Quizá Grodzenski, con discreto orgullo, trataba de explicarme por qué tarareaba por lo bajo mientras trabajaba. Al fin cerró la revista y la envolvió en el papel. Luego se puso otra vez a coser a máquina. Si en aquel momento me hubieran dicho que Eva mordió la manzana tan sólo para que los Grodzenski de este mundo pudieran existir, lo habría creído.

Ahora el pariente pobre de Grodzenski mariposeaba alrededor de mí con su jaboncillo y sus alfileres. Le pregunté si podría arreglarme el traje enseguida.

Él me miró como si yo tuviera dos cabezas.

—Ahí dentro tengo esperando un centenar de trajes, ¿y pretende que le arregle el suyo ahora mismo? —Meneó la cabeza—. Mínimo, dos semanas.

—Es para un funeral. Mi hijo —dije.

Traté de dominarme. Busqué el pañuelo. Entonces recordé que lo tenía en el bolsillo del pantalón que estaba en el suelo del probador. Bajé del pedestal y corrí a la cabina. Sabía que había hecho el ridículo con aquel traje de payaso.

Uno debería comprarse un traje para la vida, no para la muerte. ¿Era eso lo que en aquel momento me decía el fantasma de Grodzenski? Yo no podía hacer que Isaac se avergonzara o se enorgulleciera de mí. Porque no existía.

Y sin embargo.

Aquella noche volví a casa con el traje, arreglado, en una bolsa de plástico.

Me senté a la mesa de la cocina e hice un desgarrón en el cuello. Me hubiera gustado hacer trizas todo el traje. Pero me contuve. Fishl, el *tzaddik* que quizá fuera un idiota, dijo una vez: «Es más duro soportar un desgarrón que cien».

Me lavé. Esta vez no con la esponja, como un gato, sino un baño de verdad, y dejé un poco más oscura la raya de la bañera. Me puse el traje nuevo y bajé el vodka del estante. Bebí un trago y me enjuagué los labios con el dorso de la mano, repitiendo el ademán hecho cien veces por mi padre y por su padre y por el padre de su padre, y entornando los párpados cuando el zarpazo del alcohol sustituyó al zarpazo de la pena. Y cuando la botella estuvo vacía, me puse a bailar. Al principio lentamente, y después, más aprisa cada vez, levantando las piernas con crujido de huesos y dando patadas en el suelo. Brincaba, me agachaba y taconeaba en la danza que bailaba mi padre, y su padre, y reía y cantaba, mientras las lágrimas me resbalaban por la cara. Bailé y bailé hasta que tuve ampollas en los pies y sangre bajo la uña del dedo gordo, bailé de la única manera en que yo sabía bailar: por la vida, tropezando con las sillas y dando vueltas hasta caer al suelo, para volver a levantarme y seguir bailando, hasta que llegó el día y me encontró tendido en el suelo, tan cerca de la muerte que podía escupirle y susurrarle: *L'chaim*.

Me despertó una paloma que ahuecaba las plumas en el alféizar. Tenía una manga del traje descosida, sangre seca en una mejilla y latidos en las sienes.

Pero yo no soy de cristal.

Entonces pensé: Bruno. ¿Por qué no había bajado? Quizá si hubiera llamado a la puerta yo no le habría abierto. No obstante. Tenía que haberme oído, a no ser que tuviera puesto el *walkman*. Aun así. Había estrellado una lámpara en el suelo y volcado todas las sillas. Iba a subir a llamar a la puerta cuando vi que ya eran las diez y cuarto. Me gusta pensar que el mundo no estaba preparado para mí, pero quizá era que yo no estaba preparado para él. Siempre he llegado tarde a mi vida. Corrí a la parada del autobús. Mejor dicho: renqueaba, me subía el pantalón, daba un saltito y un par de zancadas, me paraba, jadeaba, me subía el pantalón, arrastraba los pies, etcétera. Subí al autobús. Íbamos en procesión con el tráfico. «¿Es que este trasto no puede ir más aprisa?», dije en voz alta. La mujer que iba a mi lado se levantó y se fue a otro asiento. Quizá, de los nervios, le di un manotazo en un muslo, no sé. Un hombre con americana naranja y pantalón con dibujo de piel de serpiente se puso de pie y empezó a cantar.

Todos los pasajeros se volvieron hacia las ventanillas, hasta que se dieron cuenta de que el hombre no pedía. Sólo cantaba.

Cuando llegué, el funeral ya había terminado, pero la sinagoga aún estaba llena. Un hombre con corbata de lazo amarilla y chaqueta blanca y su escaso pelo engomado al cráneo, decía: «Todos lo sabíamos, desde luego, pero aun así no estábamos preparados». A lo que la mujer que tenía a su lado respondió: «¿Y quién

va a estarlo?» Yo me quedé un poco apartado, al lado de una planta. Me sudaban las manos y sentí que me mareaba. Quizá fue un error asistir.

Quería preguntar dónde lo habían enterrado; el periódico no lo ponía.

Ahora me pesaba haber comprado aquella parcela. Me había precipitado. De haberlo sabido, habría podido reunirme con él. Mañana. O pasado. Temí que me dejaran para los perros. Fui a Pinelawn al entierro de la señora Freid, y me gustó el sitio. Un tal señor Simchik me lo enseñó y me dio un folleto. Yo había imaginado una tumba al pie de un árbol, un sauce llorón, por ejemplo, y quizá un banco. Pero. Cuando el hombre me dijo el precio, me quedé helado.

Entonces me enseñó mis opciones: parcelas que estaban muy cerca de la carretera o que tenían la hierba mala.

—¿No hay algo que esté cerca de un árbol? —pregunté. Simchik movió la cabeza negativamente—. ¿Ni de un arbusto?

Él se humedeció el dedo y revolvió en sus papeles, carraspeando y gruñendo por lo bajo, pero al fin cedió.

—Quizá haya algo, es más de lo que usted pensaba gastar, pero puede pagar a plazos.

Estaba a un extremo, por así decirlo, en el extrarradio del cementerio judío.

No debajo de un árbol exactamente, pero sí lo bastante cerca como para que en otoño pudiera llegarme alguna que otra hoja. Yo no acababa de decidirme.

Simchik me dijo que me tomara mi tiempo y se fue a la oficina. Me quedé un rato de pie al sol. Luego me tumbé en la hierba. Notaba el suelo duro y frío a través de la gabardina. Veía pasar las nubes. Quizá me quedé dormido. De pronto, vi a Simchik de pie a mi lado.

—¿Qué? ¿Se lo queda?

Con el rabillo del ojo vi a Bernard, el hermanastro de mi hijo. Un oso, la viva imagen de su padre, bendita sea su memoria. Sí, también la suya. Se llamaba Mordecai. Ella le decía Morty. ¡Morty! Hace tres años que está bajo tierra. Considero una pequeña victoria que él haya estirado la pata antes que yo.

Y sin embargo. Cuando me acuerdo, enciendo un cirio de *yartzeit* por él. Si no lo hago yo, ¿quién?

La madre de mi hijo, la niña de la que me enamoré a los diez años, murió hace cinco. Espero reunirme con ella pronto, por lo menos allí. Mañana. O pasado. De eso estoy convencido. Imaginaba que sería extraño vivir en este mundo no estando ella.

Y sin embargo. Ya hacía tiempo que me había acostumbrado a vivir con su recuerdo. No volví a verla hasta el final. Todos los días me colaba en su habitación del hospital. A una enfermera, una muchacha joven, le conté... la verdad no. Pero. Una historia parecida. Aquella enfermera me dejaba entrar fuera de las horas de visita, cuando no había peligro de que me tropezara con alguien. Ella estaba

conectada a una máquina, con tubos en la nariz y un pie en el otro mundo. Yo volvía la cara hacia otro lado, casi deseando que, cuando la mirase otra vez, ya hubiera muerto. Estaba chupada, arrugadita y sorda como una tapia. Yo tenía tantas cosas que decirle. Y sin embargo. Le contaba chistes.

Era una especie de humorista. A veces, me parecía ver en su cara la sombra de una sonrisa. Yo trataba de mantener un tono despreocupado. Le decía: «¿Te puedes creer que a eso de ahí, donde se te dobla el brazo, lo llaman codo?» Decía: «Dos rabinos se extraviaron en un bosque amarillo». Decía: «Moisés va al médico. Doctor, dice...», etcétera, etcétera. Muchas cosas no las decía. Por ejemplo. «Cuánto tiempo he esperado». Otro ejemplo. «¿Y has sido feliz? ¿Con ese *nebbish*, ese zoquete, ese *schlemiel* tarugo al que llamas marido?» La verdad es que ya hacía tiempo que yo había dejado de esperar. Ya había pasado el momento, la puerta entre las vidas que hubiéramos podido tener y las vidas que teníamos se nos había cerrado en las narices. Mejor dicho, se me había cerrado. La gramática de mi vida: por regla general, dondequiera que aparezca un plural sustitúyase por singular. Si se me escapa un «nos» regio, sáquenme del error con un rápido coscorrón.

—¿Se encuentra bien? Está un poco pálido.

Era el de antes, el hombre de la corbata de lazo amarilla. Cuando estás con los pantalones en los tobillos es cuando llega la gente, no un momento antes, cuando aún estabas presentable. Traté de sostenerme agarrándome a la planta.

—Estoy bien, muy bien —dije.

—¿De qué lo conocía? —me preguntó mirándome de arriba abajo.

—Éramos... —afiancé la rodilla entre el tiesto y la pared, con la esperanza de poder mantener el equilibrio— parientes.

—¡De la familia! Lo siento, perdóneme. ¡Creía conocer a todo el mishpocheh! —Lo pronunció *mishpoky*—. Claro. Debí figurármelo. —Me lanzó otra mirada de arriba abajo, mientras se pasaba la mano por el pelo, para cerciorarse de que seguía bien adherido—. Creí que era uno de sus admiradores —dijo señalando a la multitud que se dispersaba—. ¿De qué parte?

Yo me asía al tronco de la planta, con la mirada fija en la corbata de lazo, mientras la capilla me daba vueltas.

—De las dos —dije.

—¿Las dos? —repitió él con incredulidad, bajando la vista hacia las raíces que trataban de aferrarse a la tierra.

—Soy... —empecé. Pero, con una brusca sacudida, la planta se soltó, yo me fui hacia delante y, como tenía una pierna aprisionada entre el tiesto y la pared, la otra tuvo que adelantarse sola, haciendo que el borde del tiesto se me incrustara en la entrepierna, mientras mi mano, agarrada al terrón que colgaba de las raíces, se proyectaba hacia la cara del hombre de la corbata de lazo amarilla—. Perdón —dije

con los *kishkes* electrocutados por un calambre.

Traté de enderezar el cuerpo. Mi madre, bendita sea su memoria, solía decirme: «Ponte derecho». Al hombre le salía tierra de las fosas nasales. Para remediar el mal, saqué mi pañuelo húmedo y arrugado y se lo puse en la nariz.

Él lo apartó de un manotazo y extrajo del bolsillo el suyo, bien lavado y planchado. Lo desdobló con una sacudida. Bandera blanca. Transcurrió un minuto mientras él se limpiaba y yo acariciaba mis partes bajas. Era una situación muy violenta.

De pronto, me encontré delante del hermanastro de mi hijo. El de la corbata de lazo me agarró de una manga, como un pitbull me hubiera agarrado con los dientes.

—Mira lo que he encontrado —ladró—. Dice que es *mishpoky*.

Bernard sonrió cortésmente y me miró, primero el roto del cuello y después el descosido de la manga.

—Perdón —dijo—. No lo recuerdo. ¿Nos conocemos?

El pitbull babeaba. Una fina capa de tierra le resbalaba por la camisa. Yo lancé una mirada al rótulo de «Salida». Habría echado una carrera, de no haber estado tan dolorido en mis intimidades. Sentía náuseas. Y sin embargo. A veces necesitas un golpe de ingenio y, mira por dónde, ¡viene el ingenio y te da el golpe!

—*De rets yiddish?* —susurré roncamente.

—¿Cómo?

Agarré a Bernard por una manga. El perro tenía la mía y yo tenía la de Bernard. Le acerqué la cara. Vi que tenía los ojos enrojecidos. Podía ser un oso, pero era buena persona. Aun así, yo no tenía elección.

Alcé la voz.

—*De rets yiddish?* —Sentí en la boca el aliento agrio del alcohol. Le así de las solapas. Se le hincharon las venas del cuello cuando se echó hacia atrás—. Farshtaist?

—Lo siento. —Bernard movió la cabeza negativamente—. No le entiendo.

—Bien —proseguí en yidis—, porque este tarado —dije señalando al hombre de la corbata de lazo—, este *putz*, se me ha metido por el *tuchas* y si no lo he expulsado es sólo porque no puedo cagar a placer. ¿Tendría la bondad de decirle que me quite las pezuñas de encima, antes de que le dé con otra planta en el *shnoz*, y esta vez no me molestaré en sacarla del tiesto?

—¿Se refiere a Robert? —Bernard hacía esfuerzos por comprender. Al fin pareció darse cuenta de que le hablaba del hombre que me tenía agarrado del codo—. Robert era el editor de Isaac. ¿Usted conocía a Isaac?

El pitbull me oprimía con más fuerza. Yo abrí la boca. Y sin embargo.

—Lo siento —dijo Bernard—. Me gustaría hablar yidis, pero... En fin, gracias por venir. Emociona ver que ha venido tanta gente. A Isaac le habría gustado. —Me estrechó la mano entre las suyas. Dio media vuelta para marcharse.

—Slonim —dije. No lo había planeado. Y sin embargo.

Bernard retrocedió.

—¿Cómo?

Volví a decirlo.

—Soy de Slonim —dije.

—¿Slonim? —repitió.

Yo asentí.

De repente, su aspecto me hizo pensar en el de un niño al que su madre se ha retrasado en ir a buscar y hasta que la ve llegar no da rienda suelta al llanto.

—Ella siempre nos hablaba de allí.

—¿Quién es ella? —preguntó el perro.

—Mi madre. Él es del mismo pueblo que mi madre —dijo Bernard—. Le oí contar tantas cosas...

Yo fui a darle una palmada en el brazo, pero él ladeó el cuerpo para quitarse algo del ojo y mi mano chocó con la tetilla. Sin saber qué hacer, se la oprimí.

—El río, ¿eh? Donde ella se bañaba —dijo Bernard.

El agua estaba helada. Nos desnudábamos y nos zambullíamos desde el puente gritando como fieras. Se nos paraba el corazón. No sentíamos el cuerpo.

Durante un momento parecía que nos ahogábamos. Cuando trepábamos a la orilla, jadeando, sentíamos las piernas pesadas y un dolor nos subía desde los tobillos. Tu madre era flaquita y tenía unos pechos pequeños y muy blancos. Yo me dormía secándome al sol, y me despertaba al sentir un agua helada en la espalda. Y oía su risa.

—¿Conocía la zapatería de su padre? —preguntó Bernard.

Cada mañana, yo pasaba a buscarla para ir juntos al colegio. Menos cuando nos peleamos y estuvimos tres semanas sin hablarnos, íbamos siempre juntos.

Con el frío, se le hacían carámbanos en el pelo mojado.

—Cuántas cosas nos contaba. Podría estar hablando horas y horas. El campo donde ella jugaba.

—Ja —dije, dándole una palmada en la mano—. *Ze field*.

Quince minutos después, yo iba sentado en el asiento trasero de una limusina superlarga, entre el pitbull y una joven. Esto de la limusina ya empezaba a ser una costumbre. Íbamos a casa de Bernard, a una pequeña reunión de familiares y amigos. Yo hubiera preferido ir a casa de mi hijo, a llorar entre sus cosas, pero tenía que conformarme con ir a la de su hermano. En el asiento de enfrente iban dos hombres. Cuando uno de ellos asintió con la cabeza y me sonrió, yo lo imité.

—¿Pariente de Isaac? —preguntó.

—Eso parece —respondió el perro, palpándose un mechón de pelo que se agitaba al aire de la ventanilla que la mujer acababa de abrir.

Tardamos casi una hora en llegar a casa de Bernard. En algún lugar de Long Island. Hermosos árboles. En mi vida había visto árboles tan hermosos.

En la entrada de coches vi a uno de los sobrinos de Bernard corriendo por la avenida, con las perneras del pantalón cortadas en vertical hasta las rodillas, mirando cómo se agitaban al viento. Dentro, la gente estaba de pie alrededor de una mesa cargada de comida, hablando de Isaac. Estaba claro que yo no encajaba allí. Me sentía como un idiota y un impostor. Me quedé al lado de la ventana, haciéndome invisible. No creí que fuera tan doloroso. Y sin embargo.

Oír a la gente hablar del hijo al que yo sólo había podido imaginar, como si para ellos fuera como de la familia, era casi insoportable. Me escabullí. Estuve deambulando por las habitaciones de la casa del hermanastro de Isaac. Pensaba:

Mi hijo habrá pisado esta alfombra. Entré en un dormitorio de invitados. Pensé:

En ocasiones habrá dormido en esta cama. ¡En esta misma cama! Con la cabeza en estas almohadas. Me eché. Estaba cansado, no pude evitarlo. La almohada se hundió bajo mi mejilla. Cuando él estaba aquí, pensé, miraba por esa ventana, veía ese árbol.

«Eres un soñador», dice Bruno, y quizá lo sea. Quizá también esto estuviera soñándolo, dentro de un momento sonaría el timbre, yo abriría los ojos y allí estaría Bruno, preguntando si tenía un rollo de papel higiénico.

Debí de quedarme dormido, porque de pronto vi a Bernard de pie a mi lado.

—¡Perdón! Creí que no había nadie. ¿Se encuentra mal?

Me levanté de un salto. Si puede usarse la palabra «salto» para describir alguno de mis movimientos, ésta sería la ocasión. Y entonces la vi. Estaba en un estante, detrás del hombro de Bernard. En un marco de plata. «Fácil de ver», diría, pero ésta es una expresión que no acabo de entender. ¿Qué puede haber que sea menos fácil que ver?

Bernard volvió la cabeza.

—Oh, eso —dijo bajando la foto del estante—. Es mi madre cuando era niña. Mi madre, ¿ve? ¿Usted la conocía entonces, tal como era cuando le hicieron esta foto?

(«Vamos a ponernos debajo de un árbol», dijo ella. «¿Por qué?» «Porque queda más bonito». «Tú podrías sentarte en una silla y yo quedarme de pie a tu lado, como en las fotos de los matrimonios». «Qué tontería». «¿Por qué tontería?» «Porque nosotros no estamos casados». «¿Nos cogemos las manos?» «No podemos». «¿Por qué no?» «Porque la gente lo sabrá». «¿Qué sabrá la gente?» «Lo nuestro». «¿Y qué si lo sabe?» «Es mejor que sea un secreto». «¿Por qué?» «Porque así no podrán quitárnoslo».) —Isaac la encontró entre las cosas de ella, después de su muerte —dijo Bernard—. Es una foto bonita, ¿verdad? No sé quién es él. Mi madre no tenía muchas cosas de allí. Unas cuantas fotos de sus padres y sus hermanas y nada más. Claro que ella no imaginaba que no volvería a verlos, y no trajo mucho.

Pero ésta no la vi hasta el día en que Isaac la encontró en un cajón del apartamento de nuestra madre. Estaba dentro de un sobre, con unas cartas escritas en yidis. Isaac pensaba que eran de un chico de Slonim del que ella había estado enamorada. Pero yo lo dudo. Ella nunca mencionó a nadie. Pero usted no sabe de qué le hablo, ¿verdad?

(«Si tuviera una cámara, te retrataría todos los días. Así podría recordar cómo estabas cada día de tu vida», le dije. «Estoy exactamente igual». «No lo estás. Cambias constantemente. Un poquito cada día. Me gustaría tener la prueba». «Vamos a ver, listo, ¿en qué he cambiado hoy?» «Pues, para empezar, eres una fracción de milímetro más alta. Tienes el pelo una fracción de milímetro más largo, y los pechos te han crecido una fracción de...» «¡No es verdad!» «Sí». «¡No!» «Pues sí, y otras cosas también». «¿Qué otras cosas, marrano?» «Crece un poco la felicidad y también la tristeza». «O sea que lo uno compensa lo otro, y yo me quedo igual». «Nada de eso. El que hoy seas un poco más feliz no quiere decir que no te sientas un poco más triste. Cada día te trae un poco de cada, lo que significa que ahora mismo, en este momento, te sientes más feliz y también más triste que nunca antes en tu vida». «¿Y tú cómo lo sabes?» «Piénsalo. ¿Alguna vez te has sentido más feliz que en este momento, aquí tumbada en la hierba?» «Supongo que no. No». «¿Y más triste?» «No». «No a todo el mundo le pasa lo mismo. Hay personas, como tu hermana, que son cada día un poco más felices y nada más. Y hay personas, como Beyla Ash, que están más y más tristes. Y personas como tú, a las que les pasan las dos cosas». «¿Y tú? ¿Te sientes ahora más feliz y más triste que nunca?» «Pues claro que sí». «¿Por qué?» «Porque nada me hace más feliz y nada me entristece más que tú».) Mis lágrimas caían en la foto. Afortunadamente, había un cristal.

—Me gustaría quedarme a hablar de los viejos tiempos con usted, pero sintiéndolo mucho tengo que dejarlo. He de atender a toda esa gente de ahí fuera —dijo Bernard señalando a la puerta—. Si necesita algo, dígamelo.

Yo moví la cabeza de arriba abajo. Él salió cerrando la puerta y entonces, que Dios me perdone, me metí la foto en el bolsillo del pantalón. Bajé la escalera y salí a la avenida. Golpeé en la ventanilla de una limusina. El chófer se espabiló.

—Desearía marcharme ahora —le dije.

Sorprendido, él se apeó, abrió la puerta y me ayudó a subir.

Cuando llegué a mi apartamento, creí que habían entrado ladrones. Vi los muebles caídos y el suelo cubierto de un polvo blanco. Agarré el bate de béisbol que tengo en el paragüero y seguí las huellas de las pisadas hasta la cocina. Todas las superficies estaban llenas de cazos, sartenes y bols sucios. Parecía que los ladrones se habían entretenido en preparar comida. Me quedé allí plantado sintiendo el peso de la foto en el bolsillo. Sonó un estrépito a mi espalda y me volví agitando el bate a ciegas. Pero era sólo un bote que había caído de la encimera y rodado por el suelo. En

la mesa de la cocina, al lado de la máquina de escribir, había un gran pastel, un poco hundido en el centro. Pero bastante firme. Estaba cubierto de un glaseado amarillo y encima, en letras color rosa un poco torcidas, se leía: «Adivina quién hizo un pastel». Al otro lado de la máquina de escribir había una nota: «Todo el día esperando».

No pude menos que sonreír. Dejé el bate, enderecé los muebles que ahora recordaba que había tirado yo la noche anterior, saqué la foto, le eché aliento al cristal y lo froté contra la camisa. La puse en la mesita de noche. Subí al piso de Bruno. Iba a llamar cuando vi una nota en la puerta que ponía: «No molestar. Tienes un regalo debajo de la almohada».

Hacía mucho tiempo que no recibía un regalo. Un soplo de felicidad me acarició el corazón. Que al levantarme por la mañana pueda calentarme las manos en la taza del té. Que pueda contemplar el vuelo de las palomas. Que, al final de mi vida, Bruno no me haya olvidado.

Bajé a mi casa. Para demorar el placer que me aguardaba —de eso estaba seguro—, me paré a recoger el correo. Entré en el apartamento. Bruno se las había ingeniado para cubrir todo el suelo de una fina capa de harina. Quizá fue el viento, quién sabe. En el dormitorio, vi que se había arrodillado para dibujar un ángel en la harina. Lo sorteé, para no destruir una obra hecha con tanto cariño, y levanté la almohada.

Era un sobre grande, marrón. Mi nombre estaba escrito en una letra que no reconocí. Lo abrí. Contenía un montón de hojas impresas. Me puse a leer. Las palabras me resultaban familiares. De momento, no sabía de qué me sonaban. Luego me di cuenta de que eran mías.



La tienda de campaña de mi padre

1. A MI PADRE NO LE GUSTABA ESCRIBIR CARTAS

En la vieja caja de galletas que contiene las cartas escritas por mi madre no hay ninguna respuesta de él. Las he buscado por todas partes inútilmente. Tampoco me dejó a mí una carta para que la abriera cuando fuera mayor. Lo sé porque se lo pregunté a mi madre y me contestó que no. Dijo que él no era de esa clase de hombres. Cuando le pregunté qué clase de hombre era, se quedó pensativa.

Arrugó la frente. Siguió pensando. Entonces dijo que era de la clase de hombres a los que les gusta desafiar a la autoridad.

—Y tampoco podía quedarse quieto —añadió.

No es así como yo lo recuerdo. Yo lo recuerdo sentado en un sillón o echado en la cama. Excepto cuando era muy pequeña y pensaba que ser «ingeniero» era algo parecido a ser maquinista de tren y me lo imaginaba sentado en una locomotora color carbón que arrastraba una larga hilera de vagones relucientes. Hasta que un día mi padre, riendo, me sacó de mi error.

Entonces todo quedó claro. Fue uno de esos inolvidables momentos de la niñez en los que descubres que hasta entonces el mundo ha estado traicionándote.

2. ME REGALÓ UN BOLÍGRAFO QUE ESCRIBÍA SIN GRAVEDAD

—Escribe sin gravedad —dijo mi padre mientras yo lo contemplaba en el estuche de terciopelo con la insignia de la NASA.

Yo cumplía siete años. Él estaba en una cama de hospital y llevaba gorro porque no tenía pelo. Arrugado encima de la colcha estaba el papel reluciente del envoltorio. Él me tomó la mano y me contó que cuando tenía seis años tiró una piedra a la cabeza de un chico que estaba pegando a su hermano y que después de aquello nadie volvió a molestarlos a ninguno de los dos.

—Has de hacerte respetar —dijo.

—No está bien tirar piedras —dije.

—Ya lo sé, pero tú eres más lista que yo y encontrarás algo mejor que las piedras.

Cuando entró la enfermera, me fui a mirar por la ventana. En la oscuridad brillaban las luces del puente de la calle Cincuenta y nueve. Estuve contando los barcos que pasaban por el río. Cuando me aburrí, fui a ver al anciano que estaba en la cama del otro lado de la cortina. Casi siempre dormía y cuando estaba despierto le temblaban las manos. Le enseñé el bolígrafo. Le dije que escribía sin gravedad, pero no me entendió. Traté de explicárselo otra vez, pero seguía sin enterarse. Al fin dije:

—Es para que lo use cuando vaya al espacio.

Él asintió con la cabeza y cerró los ojos.

3. EL HOMBRE QUE NO PUDO ESCAPAR A LA GRAVEDAD

Entonces mi padre murió y yo puse el bolígrafo en un cajón. Pasaron años y, cuando cumplí los once, empecé a escribirme con una chica rusa. Organizaba la correspondencia la sección local de la Hadassah, a través de la Escuela Hebrea.

En un principio teníamos que escribir a los judíos rusos recién llegados a Israel, pero el proyecto fracasó y se decidió que nos escribiéramos con judíos rusos en general. En Sukkot enviamos a nuestros corresponsales un *etrog* con las primeras cartas. Mi rusa se llamaba Tatiana. Vivía en San Petersburgo, cerca del Campo de Marte. A mí me gustaba pensar que vivía en el espacio exterior. El inglés de Tatiana no era muy bueno y a veces yo no entendía sus cartas. Pero las esperaba con ilusión. «Mi padre ser matemático», me escribió. «Mi padre podía sobrevivir en el desierto», escribí yo. Por cada carta que recibía de ella yo le enviaba dos. «¿Tienes perro? ¿Cuántas personas utilizan el cuarto de baño de tu casa? ¿Tienes algo que perteneciera al zar?» Un día recibí una carta en la que Tatiana me preguntaba si había estado en Sears Roebuck. Al pie había una posdata: «Chico de mi clase ido a Nueva York. Quizá tú querer escribir porque él conoce nadie». No volví a saber de ella.

4. YO EXPLORABA OTRAS FORMAS DE VIDA

—¿Dónde está Brighton Beach? —pregunté.

—En Inglaterra —me respondió mi madre, buscando en los armarios de la cocina algo que había extraviado.

—Me refiero al de Nueva York.

—Cerca de Coney Island, supongo.

—¿A qué distancia está Coney Island?

—A una media hora, quizá.

—¿En coche o a pie? —pregunté.

—Se puede ir en metro.

—¿Cuántas estaciones?

—No lo sé. ¿Por qué te interesa tanto Brighton Beach?

—Tengo un amigo que vive allí. Se llama Misha y es ruso —dije con admiración.

—¿Sólo ruso? —preguntó mi madre desde dentro del armario debajo del fregadero.

—¿Qué quiere decir sólo ruso?

Ella se puso de pie y se volvió.

—Nada —dijo mirándome con la cara que pone a veces cuando acaba de ocurrírsele algo asombroso y fascinador—. Es que tú, por ejemplo, eres una cuarta parte rusa, una cuarta parte húngara, una cuarta parte polaca y una cuarta parte alemana.

No respondí. Ella abrió un cajón y luego lo cerró.

—En realidad —añadió—, podría decirse que eres tres cuartas partes polaca y una cuarta parte húngara, porque los padres de Bubbe eran polacos que fueron a vivir a Núremberg y la ciudad de la abuela Sasha estaba en Bielorrusia, Rusia Blanca, antes de pasar a ser de Polonia.

Abrió otro cajón repleto de bolsas de plástico y se puso a revolver en ellas.

Di media vuelta para marcharme.

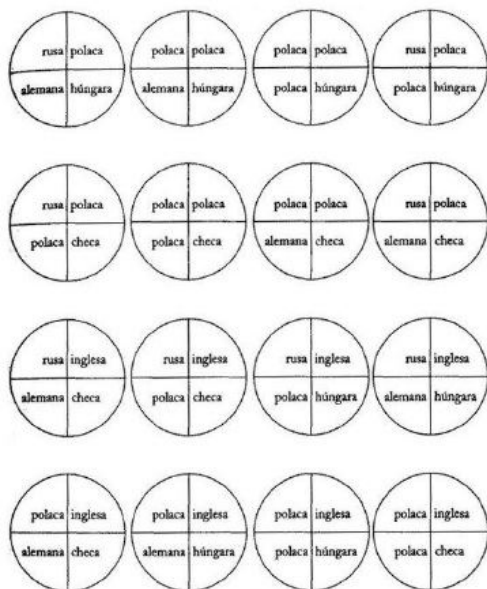
—Pensándolo mejor —dijo entonces—, también puede decirse que eres tres cuartas partes polaca y una cuarta parte checa, porque la ciudad de la que procedía Zeyde estaba en Hungría antes de mil novecientos dieciocho y en Checoslovaquia después, aunque los húngaros seguían considerándose húngaros, y volvieron a ser húngaros durante la Segunda Guerra Mundial, aunque por poco tiempo. Claro que también podrías decir, sencillamente, que eres medio polaca, una cuarta parte húngara y una cuarta parte inglesa, ya que el abuelo Simon salió de Polonia para ir a Inglaterra a los nueve años.

Arrancó una hoja del bloc del teléfono y se puso a escribir muy decidida.

Estuvo más de un minuto arañando el papel con el bolígrafo.

—¡Mira! —dijo acercándose la hoja para que pudiera verla—. En realidad, puedes hacer dieciséis combinaciones diferentes, ¡y todas auténticas!

Yo miré el papel, que ponía:



—Aunque también puedes decir, simplemente, que eres medio inglesa y medio israelí, ya que...

—¡Yo soy norteamericana! —grité.

Mi madre parpadeó.

—Como quieras —dijo, y puso agua a calentar.

Desde el rincón de la cocina en que estaba mirando las fotos de una revista, Bird murmuró:

—Nada de eso. Tú eres judía.

5. UN DÍA USÉ EL BOLÍGRAFO PARA ESCRIBIR A MI PADRE

Estábamos en Jerusalén, adonde habíamos ido para mi *bas mitzvah*. Mi madre quería celebrarlo en el Muro de las Lamentaciones, para que Bubbe y Zeyde, los padres de mi padre, pudieran asistir. Cuando Zeyde llegó a Palestina en 1938 dijo que nunca saldría de allí, y no salió. Quien quisiera verlo tenía que ir a su apartamento de la torre Kiryat Wolfson, con vistas al Knesset. Estaba lleno de muebles viejos y oscuros y fotos viejas y oscuras que habían llevado de Europa.

Por la tarde, bajaban las persianas metálicas para proteger de aquella luz cegadora todo lo que poseían, que no estaba hecho para resistir semejante clima.

Mi madre estuvo varias semanas buscando billetes baratos y al fin encontró tres a

setecientos dólares en El AL. Para nosotros aún era mucho dinero, pero ella dijo que el fin lo valía. La víspera de mi *bas mitzvah* mamá nos llevó al mar Muerto. Bubbe también iba. Llevaba un sombrero de paja sujeto por una tira debajo de la barbilla. Cuando apareció en la puerta de la caseta, estaba impresionante con su bañador y la piel llena de frunces, hoyos y venitas azules.

No le quitábamos la vista de encima, observando cómo se ponía roja en las fuentes de aguas sulfurosas y cómo se le formaban gotitas de sudor bajo la nariz. Salió de las termas chorreando y la seguimos hasta la orilla del mar. Bird estaba de pie en el barro, con las piernas cruzadas.

—Si tienes ganas, hazlo en el agua —dijo Bubbe en voz alta.

Unas rusas corpulentas, embadurnadas de arcilla negra, nos miraron. Si Bubbe se dio cuenta, no lo demostró. Nosotros flotábamos boca arriba mientras ella nos vigilaba por debajo de su sombrero de ala ancha. Yo tenía los ojos cerrados, pero noté su sombra sobre mí.

—¿No tienes pechos? ¿Qué te pasa?

Sentí que me ardía la cara y fingí que no la oía.

—¿Sales con chicos? —me preguntó.

Bird se puso a escuchar.

—No —dije en voz baja.

—¿Qué?

—Noo.

—¿Por qué no?

—¡Tengo doce años!

—¡Y qué! A tu edad, yo salía con tres o cuatro. Eres joven y bonita, *keynehore*.

Moví los pies para alejarme de su busto gigantesco e imponente. Su voz me persiguió.

—¡Pero eso no durará siempre!

Traté de ponerme de pie y resbalé en la arcilla. Recorrí aquellas aguas quietas con la mirada, buscando a mi madre, y al fin la distinguí. Estaba más allá del último bañista y seguía nadando.

A la mañana siguiente, en el Muro de las Lamentaciones, el cuerpo aún me olía a azufre. Las grietas abiertas entre las grandes piedras estaban llenas de papelitos doblados. El rabino me dijo que, si quería, podía escribir una nota a Dios e introducirla en una grieta. Yo no creía en Dios y, en su lugar, escribí a mi padre: «Querido papá: Te escribo esto con el bolígrafo que me regalaste. Ayer Bird preguntó si sabías hacer la Heimlich y le dije que sí. También le dije que podías conducir un *hovercraft*. Por cierto, encontré tu tienda de campaña en el sótano. Seguramente, mamá no la vio cuando tiró todas tus cosas. Huele a moho, pero no tiene goteras. A veces la monto en el patio y me echo en ella pensando que también tú te habías

echado allí dentro. Te escribo esto a pesar de que sé que no puedes leerlo. Un beso, Alma». Bubbe también escribió una nota.

Cuando yo trataba de meter la mía, la suya cayó al suelo. Como ella estaba muy ocupada rezando, la recogí, la desdoblé y la leí. Decía: «Baruch Hashem, haz que mi marido y yo podamos ver el día de mañana y concede a mi Alma la bendición de la salud y la felicidad y también un par de bonitos pechos, lo que no sería tan terrible».

6. SI YO TUVIERA ACENTO RUSO TODO SERÍA DIFERENTE

Cuando regresé a Nueva York encontré esperándome la primera carta de Misha. «Querida Alma —empezaba—: ¡Saludos! ¡Estoy muy feliz por tu bienvenida!» Tenía casi trece años, cinco meses más que yo. Dominaba el inglés mejor que Tatiana, porque se había aprendido de memoria las letras de casi todas las canciones de los Beatles. Las cantaba acompañándose con un acordeón, regalo de su abuelo, que fue a vivir con ellos cuando murió la abuela, cuya alma, decía Misha, había descendido a los Jardines de Verano de San Petersburgo en forma de una bandada de gansos. Allí estuvieron dos semanas, graznando bajo la lluvia y, cuando alzaron el vuelo, la hierba estaba cubierta de cagarrutas. Su abuelo llegó varias semanas después, arrastrando una estropeada maleta que contenía los dieciocho tomos de la *Historia de los judíos*.

Se instaló en la pequeña habitación que Misha compartía con Svetlana, su hermana mayor, sacó el acordeón y empezó la que sería la obra de su vida. Al principio escribía sólo variaciones de canciones populares rusas, mezcladas con aires judíos. Después pasó a hacer versiones más melancólicas y desgarradas y, por último, dejó de tocar cosas que ellos pudieran reconocer, y lloraba mientras sostenía unas notas muy largas. Misha y Svetya, a pesar de no ser muy listos, comprendieron que al fin el abuelo había hecho realidad su sueño de ser compositor. Tenía un coche muy abollado que dejaba en el callejón, detrás del apartamento. Tal como lo cuenta Misha, el abuelo conducía a ciegas, dejando una independencia casi total al coche, que avanzaba a tientas, rebotando aquí y allá, y sólo cuando había verdadero peligro de muerte daba al volante un toque con la yema de los dedos. Cada vez que el abuelo iba a recogerlos a la escuela, Misha y Svetlana trataban de disimular mirando para otro lado. Pero él daba gas hasta que ya era imposible seguir fingiendo, y entonces corrían hacia el coche con la cabeza baja y se acurrucaban en la parte de atrás, mientras el abuelo, sentado al volante, coreaba una cinta de la banda *punk* Pussy Ass Mother Fucker del primo Lev. Pero no captaba bien la letra. En lugar de *Got into a fight, smashed his face on the car door*, él cantaba: *You are my knight and you wear shining ar-mor*, y en lugar de *You're a louse, but you're so pretty*, cantaba *Take it up to the house, in a jitney*^[1]. Cuando Misha y su hermana le señalaban el error, el abuelo parecía sorprendido y subía el volumen para oír mejor, pero al otro día volvía a cantar

lo mismo. Al morir, el abuelo dejó a Svetya los dieciocho tomos de *Historia de los judíos* y a Misha, el acordeón. Por aquel entonces, la hermana de Lev, que llevaba sombra de ojos azul, invitó a Misha a su habitación, puso *Let it Be* y le enseñó a besar.

7. EL CHICO DEL ACORDEÓN

Misha y yo nos escribimos veintiuna cartas en total. Fue dos años antes de que Jacob Marcus escribiera a mi madre para pedirle que tradujera *La historia del amor*, cuando yo tenía doce. Las cartas de Misha estaban llenas de signos de admiración y de preguntas tales como: «¿Qué significa "eres un pardillo"?», y las mías, de preguntas sobre la vida en Rusia. Él me invitó a su *bar mitzvah*.

Mi madre me peinó con trenzas, me prestó su chal rojo y me llevó a casa de Misha en Brighton Beach. Pulsé el timbre y esperé a que bajara Misha. Mi madre me dijo adiós agitando una mano por la ventanilla del coche. Yo tiritaba de frío. Salió un chico alto con pelusa oscura sobre el labio superior.

—¿Alma? —preguntó.

Asentí.

—¡Bienvenida, amiga!

Yo agité la mano para despedirme de mi madre y lo seguí al interior de la casa. La escalera olía a col agria. Arriba, el apartamento estaba lleno de gente que comía y hablaba a gritos en ruso. En un rincón del comedor había un grupo musical y varias personas que trataban de bailar en muy poco espacio. Misha estaba muy ocupado hablando con unos y otros y metiéndose sobres en el bolsillo, y yo me quedé durante casi toda la fiesta sentada en un extremo del sofá con un plato de gambas gigantes. Nunca como gambas, pero fue lo único que reconocí. Si alguien me dirigía la palabra, tenía que explicarle que yo no hablaba ruso. Un viejo me ofreció vodka. Entonces Misha salió de la cocina, se colgó el acordeón, que estaba conectado a un amplificador y rompió a cantar.

—*You say it's your birthday!* —entonó. Me pareció que la gente estaba nerviosa —. *Well it's my birthday, too!* —vociferó, y el acordeón despertó con un alarido.

Siguió *Sgt Pepper's Lonely Heart's Club Band*, que se fundió con *Here Comes the Sun*, y por último, después de cinco o seis canciones, los Beatles atacaron la tradicional canción hebrea *Hava Nagila* y la gente se volvió loca, cantando y tratando de bailar. Cuando al fin el grupo dejó de tocar, Misha vino a buscarme, con la cara roja y sudorosa. Me agarró de la mano y yo lo seguí por el pasillo y cinco tramos de escalera hasta la azotea. A lo lejos vi el mar, las luces de Coney Island y, más allá, unas montañas rusas abandonadas. Empezaron a castañetearme los dientes, y Misha se quitó la chaqueta y me la puso en los hombros. Estaba caliente y olía a sudor.

8. יהוה

Se lo contaba todo a Misha. La muerte de mi padre, lo sola que estaba mi madre, y la inquebrantable fe en Dios de Bird. Le hablé de los tres tomos de *Cómo sobrevivir en la naturaleza*, del editor inglés y su regata, de Henry Lavender y sus caracolas filipinas y del veterinario Tucci. Le hablé del doctor Eldridge y de *La vida tal como no la conocemos* y, más adelante —dos años después de que empezáramos a escribirnos, siete años después de la muerte de mi padre y tres mil novecientos millones de años después de que apareciera la vida en la Tierra—, cuando llegó de Venecia la primera carta de Jacob Marcus, hablé a Misha de *La historia del amor*. Sobre todo, nos escribíamos o hablábamos por teléfono, pero algún que otro fin de semana nos veíamos. Me gustaba ir a Brighton Beach, porque la señora Shklovsky nos daba cerezas confitadas en tazas de porcelana, y el señor Shklovsky, que tenía círculos oscuros de sudor en los sobacos, me enseñaba a jurar en ruso. A veces alquilábamos películas, casi siempre de espionaje o intriga. Nuestras favoritas eran *La ventana indiscreta*, *Extraños en un tren* y *Con la muerte en los talones*, que habíamos visto diez veces.

Cuando escribí a Jacob Marcus haciéndome pasar por mi madre sólo se lo dije a Misha y le leí por teléfono el borrador final.

—¿Qué te parece? —pregunté.

—Me parece que tu culo es...

—Olvidalo —dije.

9. EL HOMBRE QUE BUSCABA UNA PIEDRA

Había pasado una semana desde que envié mi carta, o la carta de mi madre, o como quieras llamarla. Pasó otra semana y empecé a preguntarme si a lo mejor Jacob Marcus no estaría fuera del país, quién sabe si en El Cairo o en Tokio. A la tercera semana pensé que quizá había descubierto la verdad. Cuatro días más y empecé a espiar la expresión de mi madre en busca de señales de enojo. Ya estábamos a finales de julio. Pasó otro día y pensé que quizá tuviera que escribir a Jacob Marcus para pedirle disculpas. Al día siguiente llegó su carta.

En el sobre, escrito con estilográfica, estaba el nombre de mi madre, Charlotte Singer. Acababa de esconderme la carta dentro de los pantalones cortos cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —dije con impaciencia.

—¿Está el *moshiach*? —preguntó una voz de niño.

—¿Quién?

—El *moshiach* —dijo el niño, y al fondo oí risas ahogadas. Parecía la voz de Louis, que vivía una calle más arriba y había sido amigo de Bird hasta que encontró otros amigos y dejó de hablarle.

—Déjalo en paz —dije, y colgué deseando que se me hubiera ocurrido algo más fuerte.

Corrí al parque, que estaba a un bloque de distancia, con una mano en el costado para que no resbalara la carta. Hacía calor y estaba sudando. Rasgué el sobre en Long Meadow, al lado de una papelería. La primera página hablaba de lo mucho que a Jacob Marcus le habían gustado los capítulos que mi madre le había enviado. Leí por encima hasta que, en la segunda página, encontré la frase «Aún no he mencionado su carta». Y escribía:

Me halaga su curiosidad. Ojalá tuviera respuestas más interesantes para todas sus preguntas. Debo decir que ahora paso mucho tiempo sentado, mirando por la ventana. Me gustaba viajar. Pero el viaje a Venecia fue más fatigoso de lo que imaginaba, y dudo que vuelva a marcharme. Mi vida, por razones que escapan a mi control, ha quedado reducida a los elementos más simples. Por ejemplo, encima de la mesa tengo una piedra. Un trozo de granito gris oscuro dividido por la mitad por una veta blanca. Encontrarla me ha llevado casi toda la mañana. He descartado muchas piedras hasta dar con ella. No he salido de casa con una idea clara de qué piedra quería. Pensaba que cuando la encontrara la reconocería. Mientras buscaba, iba pensando en los requisitos. Debía encajar en la palma de la mano, ser suave al tacto, preferiblemente de color gris, etcétera. Ésta ha sido mi mañana. He pasado las últimas horas recuperándome.

No siempre he sido así. Para mí, el día en que no había producido cierta cantidad de trabajo no tenía valor. Reparar en que el jardinero cojeaba, en que había hielo en el lago, en los largos y solemnes paseos que daba el hijo de mi vecina que, por lo visto, no tiene amigos, me resultaba superfluo. Pero ahora es distinto.

Me pregunta si estoy casado. Lo estuve, pero hace mucho tiempo, y fuimos lo bastante listos o lo bastante estúpidos como para no tener hijos.

Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos, antes de saber lo que era el desengaño y, cuando lo descubrimos, nos dimos cuenta de que estábamos constantemente recordándonoslo el uno al otro. Supongo que también de mí podría usted decir que llevo un pequeño astronauta ruso en la solapa. Ahora vivo solo, lo que no me molesta. O quizá sí, un poco.

Pero tendría que ser extraordinaria la mujer que quisiera acompañarme ahora que apenas puedo llegar hasta la puerta del jardín para recoger el correo. Pero aún voy. Dos veces a la semana, una amiga me trae provisiones, y mi vecina entra todos los días con el pretexto de cuidar las fresas que plantó en mi jardín. Y a mí ni siquiera me gustan las fresas.

Estoy haciendo que suene peor de lo que es en realidad. Aún no la conozco y ya quiero despertar su compasión.

También me pregunta qué hago. Leer. Esta mañana he terminado por tercera vez *La calle de los cocodrilos*. La encuentro casi irresistiblemente hermosa.

También veo películas. Mi hermano me trajo un reproductor de DVD. No me creería si le dijera la cantidad de películas que he visto este mes. Es lo que hago. Ver películas y leer. A veces, incluso finjo que escribo, pero no engaño a nadie. Ah, y voy al buzón.

10. LEÍ LA CARTA CIENTOS VECES

Y con cada lectura me parecía que sabía un poco menos acerca de Jacob Marcus.

Decía que había pasado la mañana buscando una piedra, pero no decía ni una palabra de por qué *La historia del amor* era tan importante para él. No se me escapaba, desde luego, que había escrito «aún no la conozco». ¡Aún! Es decir, que esperaba conocernos mejor, o por lo menos a nuestra madre, ya que no sabía nada de Bird ni de mí (¡aún!). Pero ¿por qué apenas podía llegar hasta el buzón? ¿Y por qué había de ser extraordinaria la mujer que quisiera ser su compañera? ¿Y por qué llevaba un astronauta ruso en la solapa?

Decidí hacer una lista de las pistas. Fui a casa, me encerré en mi habitación y saqué el tercer tomo de *Cómo sobrevivir en la naturaleza*. Empecé página. Decidí escribir en clave, por si a alguien le daba por curiosarse en mis cosas. Me acordé de Saint-Ex. Arriba de todo escribí: «Cómo sobrevivir si no se te abre el paracaídas». Y debajo:

1. Buscar una piedra
2. Vivir cerca de un lago
3. Tener un jardinero que cojea
4. Leer *La calle de los cocodrilos*
5. Necesitar una mujer extraordinaria
6. Tener problemas para ir hasta el buzón

Éstas eran todas las pistas que me daba la carta, así que me colé en el estudio de mi madre mientras ella estaba abajo y saqué sus otras cartas del cajón. Las leí, buscando más pistas. Fue entonces cuando recordé que su primera carta empezaba con una cita de la introducción de mi madre a un libro de Nicanor Parra, que decía que él llevaba en la solapa un pequeño astronauta ruso y en el bolsillo, las cartas de una mujer que lo había dejado por otro.

Si Jacob Marcus había escrito que también él llevaba un astronauta ruso, ¿quería decir que su esposa lo había dejado por otro? Como no estaba segura, no podía considerarlo una pista, así que no lo anoté. En su lugar escribí:

7. Hacer un viaje a Venecia
8. Que alguien te leyera pasajes de *La historia del amor* hace mucho tiempo a la

hora de acostarte

9. No olvidarlo nunca

Repasé la lista de pistas. Ninguna me servía de ayuda.

11. CÓMO SOY

Comprendí que si realmente deseaba descubrir quién era Jacob Marcus y por qué tenía tantos deseos de que le tradujeran el libro, tenía que buscar en *La historia del amor*.

Sigilosamente, subí al estudio de mi madre, para ver si desde su ordenador podía imprimir los capítulos traducidos. El único problema era que ahora ella estaba sentada delante del ordenador.

—Hola —dijo.

—Hola —dije yo, tratando de aparentar naturalidad.

—¿Cómo estás?

—Muybiengraciasytú? —dije, porque eso era lo que ella me había enseñado que debía decir, lo mismo que cómo sostener el cuchillo y el tenedor y sujetar la taza de té con dos dedos, y sacar un resto de comida de entre los dientes sin que se notara, si la reina de Inglaterra me invitaba a tomar el té. Cuando le dije que nadie que yo conociera sostiene el cuchillo y el tenedor como es debido, ella puso cara de pena y dijo que trataba de ser una buena madre y que si no me enseñaba ella estas cosas, ¿quién me las enseñaría? Pero preferiría que no me las hubiera enseñado, porque a veces ser cortés es peor que no serlo, como el día en que me crucé con Greg Feldman en el pasillo de la escuela y dijo: «Eh, Alma, ¿qué tal?», y cuando respondí: «Muybiengraciasytú?» él se quedó mirándome como si yo acabara de aterrizar de Marte y dijo: «¿Por qué nunca puedes decir sencillamente: *Psa?*».

12. PSA

Anochece y mi madre dijo que en casa no había nada que comer y preguntó si pedíamos comida tailandesa, o quizá india y por qué no camboyana.

—¿Y si cocináramos algo nosotros? —propuse.

—¿Macarrones con queso? —dijo mi madre.

—La señora Shklovsky hace un pollo a *l'orange* muy bueno.

Mi madre no parecía entusiasmada.

—¿Chile? —propuse entonces.

Mientras ella estaba en el supermercado, subí a su estudio e imprimí los capítulos

del uno al quince de *La historia del amor*, que era hasta donde había traducido. Escondí las hojas en mi mochila de supervivencia que guardo debajo de la cama. Minutos después, mi madre llegó a casa con medio kilo de pavo picado, un brócoli, tres manzanas, un tarro de pepinillos y una caja de mazapán importado de España.

13. LA ETERNA DECEPCIÓN DE LO QUE ES LA VIDA

Después de una cena a base de falsos *nuggets* de pollo pasados por el microondas, me acosté temprano y, debajo de las mantas y a la luz de una linterna, leí lo que mi madre había traducido de *La historia del amor*. Estaba el capítulo de cuando la gente hablaba con las manos, y el capítulo del hombre que se creía de cristal, y un capítulo titulado «El nacimiento de los sentimientos», que yo no había leído aún. «Los sentimientos no son tan viejos como el tiempo», empezaba.

Del mismo modo que hubo una primera vez en que alguien hizo saltar una chispa frotando dos palitos, hubo también un primer momento de alegría y un primer momento de tristeza. Era un tiempo en el que continuamente se inventaban sentimientos nuevos. Pronto nació el deseo, y también el arrepentimiento. La primera vez que se sintió la terquedad, se inició una reacción en cadena y, por un lado, se creó el resentimiento y, por el otro, la marginación y la soledad. Tal vez cierto movimiento de caderas en sentido contrario al de las manecillas del reloj marcó el nacimiento del éxtasis, y un rayo provocó el primer orgasmo. O quizá fue el cuerpo de una muchacha llamada Alma. Contrariamente a toda lógica, la sorpresa no nació de inmediato. No llegó hasta que la gente tuvo tiempo de acostumbrarse a lo que eran las cosas. Y, transcurrido el tiempo suficiente, alguien experimentó la primera sensación de sorpresa, y en otro lugar alguien sintió la primera punzada de nostalgia.

Es cierto que a veces la gente también sentía cosas para las que no había palabras, y no se hablaba de ellas. Es posible que la emoción más vieja del mundo fuera la de sentirse conmovido; pero describirla — nombrarla siquiera— debía de ser como tratar de apresar algo invisible.

(También es posible que el sentimiento más antiguo del mundo fuera, sencillamente, la confusión).

Una vez la gente empezó a sentir, creció el deseo de sentir. Todos querían sentir más y más profundamente, aunque doliera. La gente se hizo adicta al sentimiento. Peleaba por descubrir sentimientos nuevos. Es posible que así naciera el arte. Se creaban nuevas clases de alegría al tiempo que nuevas clases de tristeza. La eterna decepción de lo que es la vida; el alivio de un respiro inesperado; el miedo a la muerte.

Ni siquiera hoy en día existen todos los sentimientos posibles. Faltan todavía los que están más allá de nuestra capacidad y nuestra imaginación. Muy de tarde en tarde, cuando aparece una música como nadie había compuesto, un cuadro como nadie había pintado o alguna otra cosa imposible de predecir, entender ni describir, irrumpe en el mundo un sentimiento nuevo. Y entonces, por millonésima vez en la historia del sentimiento, el corazón se eleva y absorbe el impacto.

Todos los capítulos eran por el estilo, y ninguno me dijo por qué este libro era tan importante para Jacob Marcus. Pero sí me hicieron pensar en mi padre.

En lo mucho que debía de significar para él *La historia del amor* como para que lo regalara a mi madre a las dos semanas de conocerla, aun sabiendo que entonces ella no entendía el español. ¿Por qué? Pues porque estaba enamorándose de ella, claro.

Entonces me vino a la cabeza una idea. ¿Y si mi padre había escrito algo en el ejemplar de *La historia del amor* que regaló a mi madre? No se me había ocurrido mirar.

Me levanté de la cama y subí al estudio. No había nadie. El libro estaba al lado del ordenador. Lo abrí por la portada. En una letra que no reconocíase leía:

«Para Charlotte, mi Alma. Éste es el libro que yo hubiera escrito para ti si supiera escribir. Con mi amor, David».

Volví a la cama y estuve pensando en estas veintiuna palabras durante largo rato.

Y luego me puse a pensar en ella, Alma. ¿Quién era aquella mujer? Mi madre diría que era cada una de las muchachas y cada una de las mujeres a las que alguien había amado. Pero cuanto más lo pensaba más me convencía de que también debía de ser alguien en particular. Porque, ¿cómo iba Litvinoff a escribir tantas cosas sobre el amor sin estar enamorado? De una persona concreta. Y esa persona debía de llamarse...

Al pie de las nueve pistas anotadas añadí otra:

10. Alma

14. DONDE NACE EL SENTIMIENTO

Bajé corriendo a la cocina pero la encontré desierta. Por la ventana vi a mi madre en el jardín de atrás, que estaba descuidado y lleno de maleza. Empujé la puerta mosquitera.

—Alma —dije conteniendo la respiración.

—¿Hum? —hizo mi madre. Sostenía un azadón en la mano.

Yo no tenía tiempo para pararme a pensar qué hacía con un azadón, si era mi padre y no ella quien cuidaba del jardín. Y a las nueve y media de la noche.

—¿Cuál era su apellido? —pregunté.

—¿De qué hablas? —dijo mi madre.

—Alma —dije con impaciencia—, la muchacha del libro. ¿Qué apellido tenía?

Mi madre se enjugó el sudor de la frente, ensuciándose de tierra.

—Ahora que lo dices, en un capítulo se menciona. Pero es muy raro, porque todos los otros nombres son españoles mientras que ella se apellida... —Frunció el entrecejo.

—¿Cómo? ¿Cómo se apellida? —pregunté ansiosamente.

—Mereminski —dijo mi madre.

—Mereminski —repetí.

Ella asintió.

—M-e-r-e-m-i-n-s-k-i. Mereminski. Polaco. Es uno de los pocos indicios que da

Litvinoff acerca de su origen.

Fui corriendo a mi cuarto, me metí en la cama, encendí la linterna y abrí el tercer tomo de *Cómo sobrevivir en la naturaleza*. Al lado de «Alma» escribí «Mereminski».

Al día siguiente empecé a buscarla.



Lo malo de pensar

Si Litvinoff tosía cada vez más a medida que transcurrían los años —con una tos áspera que lo sacudía de arriba abajo, le hacía doblar el cuerpo y levantarse de la mesa en las cenas, le impedía ponerse al teléfono y lo obligaba a rechazar las invitaciones a hablar en público— no era tanto porque estuviera enfermo como porque había algo que deseaba decir. Cuanto más tiempo pasaba, más ansiaba decirlo y más imposible se le hacía. A veces se despertaba en plena noche con una sensación de pánico. «¡Rosa!», gritaba. Pero, antes de que las palabras salieran de su boca, él sentía en el pecho la mano de ella y, al oír su voz («¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre, mi vida?»), se acobardaba, pensando en las consecuencias. Y entonces, en vez de decir lo que quería decir, decía: «Nada, no es nada. Una pesadilla». Esperaba a que ella volviera a dormirse, se levantaba y salía al balcón.

Cuando era joven, Litvinoff tenía un amigo. No era su mejor amigo, aunque sí un buen amigo. Lo vio por última vez el día que se marchaba de Polonia. El amigo estaba en la esquina de una calle. Ya se habían despedido, pero los dos habían vuelto la mirada atrás. Así estuvieron un rato. El amigo estrujaba la gorra con una mano apretándola contra el pecho. Levantó la mano para saludar a Litvinoff y sonrió. Luego se hundió la gorra hasta los ojos, dio media vuelta y desapareció entre la gente, con las manos vacías. No había día en que Litvinoff no pensara en aquel momento y aquel amigo.

A veces, en sus noches de insomnio, Litvinoff se iba a su estudio y sacaba su ejemplar de *La historia del amor*. Había leído tantas veces el capítulo 14, «La Edad de Hilo», que el libro siempre se abría por esas páginas.

Son tantas las palabras que se pierden... Salen de la boca, se atemorizan y vagan sin rumbo hasta que son barridas a la cuneta como hojas secas. Los días de lluvia puede oírse su coro que se aleja veloz:
YoerabonitaNotevayastelosuplicoTambiényocreoquetengoelcuerpodecristalNuncahequeridoanadiemáskiea

Perdóname

Hubo un tiempo en que era normal ensartar las palabras en un hilo para guiarlas y evitar que se extraviaran por el camino hacia su destino.

Los tímidos solían llevar un carrete en el bolsillo, pero la gente pensaba que también lo necesitaban los audaces que hablaban a gritos, porque muchas veces los que están habituados a ser oídos por muchos no saben hacerse oír por uno solo. La distancia física entre dos personas que estuvieran usando el hilo no

tenía por qué ser larga; a veces, cuanto más corta la distancia más necesario era el hilo.

La idea de colocar vasos en los extremos del hilo llegó mucho después. Hay quien dice que se debió al irreprimible impulso de acercarnos caracolas a los oídos, para oír el eco de la primera expresión del mundo. Otros aseguran que la inició un hombre que sostenía el extremo de un hilo que iba soltando por el océano una muchacha que se fue a América.

Cuando el mundo se hizo más grande y ya no hubo suficiente hilo para impedir que las cosas que la gente quería decir se dispersaran en el vacío, se inventó el teléfono.

A veces, no hay hilo que sea lo bastante largo para que uno pueda decir lo que debe. En tales casos, lo único que puede hacer el hilo, cualquiera que sea su forma, es conducir el silencio de una persona.

Litvinoff tosía. El libro impreso que tenía en la mano era copia de una copia de una copia de una copia del original, que ya no existía más que en su cabeza.

Tampoco era el «original» propiamente dicho, el libro ideal que imagina un autor al ponerse a escribir. El original que existía en la cabeza de Litvinoff era el recuerdo del manuscrito, redactado en su lengua materna, que había tenido en las manos el día en que se despidió de su amigo. Ellos no sabían si aquella sería la última vez que se veían. Pero en su interior los dos se lo habían preguntado.

Por entonces, Litvinoff era periodista. Escribía las notas necrológicas de un diario. De vez en cuando, por la noche, al salir de la redacción, iba a un café frecuentado por artistas y filósofos. Como apenas conocía a nadie, solía pedir una bebida y fingir que leía un periódico, que ya había leído, mientras escuchaba las conversaciones de alrededor.

—*¡El concepto de tiempo fuera de nuestra experiencia es intolerable!*

—*Marx, no te jode.*

—*¡La novela ha muerto!*

—*Antes de dar nuestra aprobación debemos considerar detenidamente...*

—*La liberación es sólo el medio para alcanzar la libertad; ¡no es sinónimo de ella!*

—*¿Malevich? Mis mocos son más interesantes que ese pollino.*

—*¡Y eso, amigo mío, es lo que tiene de malo pensar!*

A veces, Litvinoff discrepaba de algún argumento y mentalmente lo rebatía con brillantez.

Una noche oyó una voz a su espalda:

—Debe de ser bueno el artículo: hace media hora que estás leyéndolo.

Con un sobresalto, Litvinoff levantó la mirada y vio la cara de su amigo de la infancia que le sonreía. Se abrazaron, advirtiendo cada uno los pequeños cambios que el tiempo había dejado en el aspecto del otro. Litvinoff siempre había congeniado con este amigo, y le preguntó qué había hecho durante los últimos años.

—Trabajar, como todo el mundo —dijo el amigo acercando una silla.

—¿Y cuándo escribes? —preguntó Litvinoff.

El amigo se encogió de hombros.

—Por la noche hay silencio. Nadie me molesta. El gato de mi casera viene a mi cuarto y se me enrosca en las rodillas. Generalmente, me duermo sentado a la mesa y me despierto cuando el gato se va, a la primera luz del día.

Y, sin saber por qué, los dos se rieron.

Desde entonces, todas las noches se encontraban en el café. Con creciente preocupación, comentaban los movimientos de los ejércitos de Hitler y los rumores de los actos que se cometían contra los judíos, hasta que el desánimo se apoderaba de ellos.

—¿Y si habláramos de cosas más agradables? —decía el amigo.

Litvinoff se alegraba de poder cambiar de conversación y exponerle alguna de sus teorías filosóficas, hacerlo partícipe de su último plan para conseguir dinero rápido, en el que intervenían medias de señora y el mercado negro, o describirle a la bonita vecina de enfrente. El amigo, a su vez, enseñaba a Litvinoff fragmentos de su trabajo. Cosas pequeñas, un párrafo de aquí y otro de allá, pero que siempre conmovían a Litvinoff. Nada más leer la primera página, comprendió que, en el tiempo transcurrido desde que iban a la escuela, su amigo se había convertido en un verdadero escritor.

A los pocos meses, cuando se supo que Isaac Babel había muerto a manos de la policía secreta de Moscú, se encomendó a Litvinoff escribir la nota necrológica. Era un encargo importante en el que trabajó con empeño, buscando el tono adecuado para glosar la trágica muerte de un gran escritor. No salió de la redacción hasta después de las doce, pero aquella fría noche, mientras caminaba hacia su casa, se sonreía interiormente, seguro de que había escrito uno de sus mejores obituarios. Con frecuencia tenía que trabajar con un material muy frágil y pobre, hilvanando frases con cuatro superlativos, tópicos y apuntes de una gloria falsa, ensalzando la vida del difunto y magnificando la pérdida causada por la muerte. Pero esta vez no. Esta vez había tenido que esmerarse mucho para situarse a la altura del sujeto, pelear de firme para encontrar las palabras adecuadas para hablar de un hombre que había sido maestro de la palabra, que había luchado contra el tópico durante toda su vida, con el afán de traer al mundo una nueva manera de pensar y escribir; y hasta de sentir. Y el premio por su labor había sido la muerte ante un pelotón de fusilamiento.

La nota salía en el periódico del día siguiente. El director lo llamó a su despacho para felicitarlo. Algunos compañeros también lo elogiaron. Aquella noche, en el café, hasta su amigo alabó su trabajo. Litvinoff, feliz y orgulloso, lo invitó a vodka.

Una noche, un par de semanas después, su amigo no acudió al café.

Litvinoff estuvo esperándolo una hora y media, y se fue a su casa. A la noche siguiente volvió a esperar y el amigo volvió a faltar. Litvinoff, preocupado, se dirigió hacia la casa donde se alojaba su amigo. Nunca había estado allí, pero sabía la

dirección. Lo sorprendió la sordidez del lugar, las paredes mugrientas y el olor a rancio de la escalera. Llamó a la primera puerta que encontró. Abrió una mujer. Litvinoff preguntó por su amigo.

—Ah, sí, el gran escritor. Último piso a la derecha —dijo ella señalando hacia lo alto con el pulgar.

Litvinoff estuvo llamando durante cinco minutos hasta que al fin oyó los pesados pasos de su amigo. Se abrió la puerta y apareció el amigo, en pijama, pálido y demacrado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Litvinoff.

El amigo se encogió de hombros y tosió.

—Ten cuidado no te contagie —dijo mientras volvía a la cama arrastrando los pies. Litvinoff, plantado en medio de la pequeña habitación de su amigo, quería ayudar pero no sabía cómo. Al fin, desde las almohadas, llegó una voz:

—No vendría mal una taza de té.

Litvinoff corrió al rincón en el que había una precaria cocinita y se puso a revolver buscando un cacharro.

—En la estufa —dijo su amigo con voz débil.

Mientras se calentaba el agua, Litvinoff abrió la ventana para ventilar y lavó los platos. Cuando llevó la humeante taza de té a su amigo, vio que él temblaba de fiebre. Cerró la ventana y bajó a pedir una manta a la casera. Al fin el amigo se durmió. Sin saber qué hacer, Litvinoff se sentó en la única silla y esperó. Al cabo de un cuarto de hora, un gato maulló en la puerta. Litvinoff abrió, pero el animal, al ver que su compañero nocturno estaba indispuesto, dio media vuelta y se fue.

Frente a la silla había un escritorio y, encima, varias hojas esparcidas. La mirada de Litvinoff tropezó con una de ellas y, después de cerciorarse de que su amigo dormía, la levantó. En el encabezamiento se leía: «Muerte de Isaac Babel».

Hasta que lo acusaron del crimen del silencio no descubrió Isaac Babel cuántas clases de silencio hay. Cuando oía música, ya no escuchaba las notas sino los silencios entre nota y nota. Cuando leía un libro, se entregaba a las comas y los puntos y comas, al espacio que sigue al punto y al que precede a la mayúscula de la frase siguiente. En una habitación, descubría los lugares en que se recoge el silencio, los pliegues de los cortinajes, las fuentes hondas de la vajilla de plata. Cuando se hablaba de él, oía más lo que se callaba que lo que se decía. Aprendió a descifrar el significado de ciertos silencios, que es como resolver un caso difícil sin pistas, sólo por intuición. Y nadie podía acusarlo de no ser prolífico en el oficio elegido. Cada día producía epopeyas enteras de silencio. Al principio era difícil. Imagina el suplicio de guardar silencio cuando tu hijo te pregunta si Dios existe, o tu amada te pregunta si tú también la amas. Al principio, Babel ansiaba poder usar sólo dos palabras: sí y no.

Pero sabía que una sola palabra que pronunciara cortaría el frágil fluido del silencio.

Incluso cuando lo arrestaron y quemaron todos sus manuscritos, que eran páginas en blanco, él se negó a hablar. Ni un gemido salió de su garganta cuando le dieron un golpe en la cabeza y una patada en la entrepierna. Hasta el último momento, ya frente al pelotón, no concibió el escritor Babel súbitamente la posibilidad de haberse equivocado.

Cuando los rifles le apuntaban al pecho, se preguntó si lo que él había tomado por la riqueza del silencio no sería en realidad la pobreza de no ser oído. Él pensaba que las posibilidades del silencio

humano eran infinitas. Pero en el momento en que las balas partían de los rifles, la verdad le taladró el cuerpo. Y una pequeña parte de él rió con amargura porque, en cualquier caso, cómo había podido olvidar algo que había sabido siempre: no hay nada que pueda compararse con el silencio de Dios.

Litvinoff dejó caer la hoja. Estaba indignado. ¿Cómo su amigo, que era libre para elegir sobre qué escribir, había podido robarle el único tema sobre el que él, Litvinoff, había escrito algo de lo que estaba orgulloso? Se sentía escarnecido y humillado. Lo acometió el impulso de sacar a rastras de la cama a su amigo y preguntarle qué se había propuesto. Pero enseguida se calmó, volvió a leer el escrito y reconoció la verdad. Su amigo no había robado nada que le perteneciera a él. No podía. La muerte de una persona no pertenece a nadie más que al muerto.

Lo invadió la tristeza. Durante muchos años, Litvinoff había imaginado que se parecía mucho a su amigo. Se enorgullecía de lo que él consideraba su similitud. Pero la verdad era que él se parecía tanto al hombre que yacía afiebrado en aquella cama a tres metros, como al gato que acababa de largarse: eran dos especies distintas. Era evidente, pensó Litvinoff. No había más que ver cómo cada uno había tratado el mismo tema. Donde él veía una página de palabras su amigo veía el campo de vacilaciones, agujeros negros y posibilidades entre palabra y palabra. Donde su amigo veía el parpadeo de la luz, la alegría del vuelo y la pesadumbre de la gravedad, él veía la forma sólida de un gorrión común. La vida de Litvinoff se definía por el deleite en el peso de la realidad; la de su amigo, por el rechazo de la realidad con su ejército de hechos prosaicos. Mirándose en el oscuro cristal de la ventana, Litvinoff comprendió que había caído un velo y se le había revelado una verdad. Él era una medianía, un hombre dispuesto a aceptar las cosas tal como eran y, por consiguiente, carecía de potencial para ser original. Y, aunque estaba completamente equivocado, después de aquella noche nada pudo disuadirlo de su idea.

Debajo de «La muerte de Isaac Babel» había otra hoja. Sintiendo en el fondo de los ojos el escozor de unas lágrimas de autocompasión, Litvinoff siguió leyendo.

FRANZ KAFKA HA MUERTO

Murió en un árbol del que no quiso bajarse. «¡Baja!», le decían.

«¡Baja! ¡Baja!» El silencio llenaba la noche, y la noche llenaba el silencio, mientras esperaban que Kafka hablara. «No puedo», dijo al fin con una nota de tristeza. «¿Por qué?», gritaron ellos. Las estrellas se esparcían por el cielo negro. «Porque entonces dejaréis de preguntar por mí». Las gentes cuchicheaban entre sí y movían la cabeza de arriba abajo. Se abrazaban y acariciaban el pelo de sus hijos. Se quitaban el sombrero y saludaban al hombre escuálido y enfermizo con orejas de extraño animal y traje de terciopelo negro, sentado en el árbol oscuro. Luego dieron media vuelta y emprendieron el camino de sus casas bajo el dosel de hojas. Los niños cabalgaban en los hombros de sus padres, adormilados por haber sido llevados a ver al hombre que escribía sus libros en trozos de corteza que arrancaba del árbol del que se negaba a bajar. Con una letra delicada, bella e ilegible. Y admiraban aquellos libros, y admiraban su fuerza de voluntad y su resistencia. Al fin y al cabo, ¿quién es el que no desea hacer de su soledad un espectáculo? Una a una, las familias fueron despidiéndose con un buenas noches y un apretón de manos, sintiendo una repentina gratitud por la compañía de los vecinos. Se cerraron puertas de casas calientes. Se encendieron velas en ventanas.

Lejos, encaramado en el árbol, Kafka tendía el oído a todo aquello: el roce de ropas que caían al suelo, de labios que recorrían hombros desnudos, de camas que crujían bajo el peso de la ternura. Todas estas cosas llegaban a las delicadas valvas de sus orejas y rodaban como bolas por la vasta sala de su mente.

Aquella noche se levantó un viento helado. Los niños, al despertarse, fueron a las ventanas y vieron el mundo revestido de hielo. Una niña, la más pequeña, chilló de alegría y su grito rasgó el silencio e hizo estallar el hielo de un roble gigante. El mundo refulgía.

Lo encontraron helado en el suelo, como un pájaro. Dicen que cuando acercaron el oído a la valva de su oreja se oyeron a sí mismos.

Debajo de aquella hoja había otra titulada «La muerte de Tolstoi» y debajo, otra para Osip Mandelstam, que murió a finales del amargo 1938 en un campo de prisioneros cerca de Vladivostok y, debajo de ésta, seis u ocho más. Sólo la última era diferente. Ponía: «La muerte de Leopold Gursky». Litvinoff sintió en el corazón una ráfaga de frío. Miró a su amigo, que respiraba con fatiga.

Empezó a leer. Al llegar al final, meneó la cabeza y volvió a leerlo. Y después otra vez. Lo leía y leía, bisbiseando, como si aquellas palabras no fueran el anuncio de una muerte sino una plegaria por la vida. Como si, sólo por articularlas, pudiera proteger a su amigo del ángel de la muerte, como si, sólo con la fuerza de su aliento, pudiera sujetarle las alas un momento más, un momento más... hasta que desistiera y abandonara a su amigo. Toda la noche veló Litvinoff a su amigo, toda la noche movió los labios. Y por primera vez desde que podía recordar, no se sintió inútil.

Por la mañana, Litvinoff vio con alivio que la cara de su amigo había recuperado el color. Ahora descansaba con el sueño tranquilo de la recuperación.

Cuando el sol hubo ascendido, se puso de pie. Tenía las piernas entumecidas.

Se sentía como si le hubieran raído por dentro. Pero estaba contento. Dobló por la mitad «La muerte de Leopold Gursky». Y ésta es otra cosa que nadie sabe acerca de Zvi Litvinoff: durante el resto de su vida, llevó en el bolsillo del pecho la hoja que describía lo que aquella noche él había impedido que se hiciera realidad, con el propósito de conseguir un poco más de tiempo... para el amigo, para la vida.



Escribir hasta que duele la mano

Las páginas que yo había escrito hacía tanto se me escurrieron de las manos y se esparcieron por el suelo. Yo pensaba: ¿Quién? ¿Y cómo? Yo pensaba: Después de todos estos... ¿qué? Años.

Me hundí en el recuerdo. La noche pasó envuelta en niebla. Por la mañana aún estaba aturdido. Ya era mediodía cuando pude empezar a moverme. Me arrodillé en la harina. Recogí las hojas, una a una. La diez me hizo un corte en un dedo. La veintidós me provocó un calambre en los riñones. La cuatro, un espasmo en el corazón.

Me vino a la cabeza una frase que era como una broma cruel. «Palabras que hieren». Y sin embargo. Yo asía con fuerza los papeles, temiendo que mi cabeza estuviera jugándome una mala pasada, que al mirarlos viera que estaban en blanco.

Me encaminé a la cocina. En la mesa estaba el pastel cóncavo. Señoras y señores. Hoy nos hemos reunido para celebrar los misterios de la vida. ¿Qué?

No; no está permitido tirar piedras. Sólo flores. O dinero.

Limpié la silla de cáscaras de huevo y azúcar y me senté. En la ventana, mi fiel paloma arrullaba y agitaba las alas golpeando el cristal. Quizá hubiera debido ponerle nombre. Por qué no, me he esforzado en dar nombre a muchas cosas mucho menos reales. Busqué un nombre que me gustara pronunciar. Miré alrededor y vi el menú del chino. Hace años que no lo cambian. «Famosa y humana cocina cantonesa y de Sechuán del señor Tong». Di unos golpecitos en el cristal. La paloma levantó el vuelo. Adiós, señor Tong.

Estuve casi media tarde intentando leer. Los recuerdos venían en tropel. Se me empañaban los ojos. No podía fijar la vista. Pensaba: Veo visiones. Eché la silla hacia atrás y me levanté. Pensaba: *Mazel tov*, Gursky, al fin has perdido del todo la cabeza. Regué la planta. Pero, para poder perderla, hay que haberla tenido. ¿Eh? Así que ahora te paras en esos detalles. ¡La tenía, no la tenía! ¡Pero qué dices, hombre! Si perder es tu especialidad. Tú has sido campeón de perdedores. Y sin embargo. ¿Dónde está la prueba de que llegaras a tenerla a ella? ¿Qué prueba posees de que fuera tuya?

Llené el fregadero de agua con jabón y lavé los cacharros. Y con cada cazo, cada

sartén y cada cuchara que recogía, apartaba también un pensamiento que no podía soportar, hasta que, gracias a esta organización paralela, mi cocina y mi cabeza recuperaron el orden. Y sin embargo.

Shlomo Wasserman se llamaba ahora Ignacio da Silva. El personaje al que yo puse el nombre de Duddelsach había pasado a ser un tal Rodríguez.

Feingold era De Biedma. El pueblo llamado Slonim se había convertido en Buenos Aires y una ciudad cuyo nombre nunca había oído ocupaba el lugar de Minsk. Casi era gracioso. Pero. Yo no me reía.

Miré la letra del sobre. No había nota adjunta. Puedes creerme, lo comprobé cinco o seis veces. Sin remitente. Habría preguntado a Bruno, de haber creído que él podía decirme algo. Si llega un paquete, el portero lo deja en la mesa de la entrada. Bruno debió de verlo y me lo subió. Es un gran acontecimiento que uno de nosotros reciba algo que no cabe en el buzón. La última vez fue hace dos años, si mal no recuerdo. Bruno había pedido un collar con tachas para perro. Quizá deba aclarar que, poco tiempo atrás, Bruno había llegado a casa con una perrita. Era pequeña, caliente, algo a lo que podías querer. Le puso *Bibi*. «¡Ven, *Bibi*, ven!», lo oía llamarla. Pero. *Bibi* no iba. Un día la llevó al pipicán. «¡Vamos, chico!», gritó alguien en español, y *Bibi* echó a correr hacia el puertorriqueño. «¡*Bibi*! ¡*Bibi*!», gritaba Bruno, pero era inútil.

Entonces cambió de táctica. «¡Vamos, *Bibi*!», gritó con todas sus fuerzas. Y, ¡prodigio!, *Bibi* acudió corriendo. La perra se pasaba la noche ladrando y se cagaba por todas partes, pero él la quería.

Un día Bruno la llevó al pipicán. Ella jugaba, cagaba y olfateaba y Bruno la contemplaba con orgullo. Alguien abrió el portillo para que entrara un setter irlandés. *Bibi* levantó la cabeza. Antes de que Bruno pudiera darse cuenta, ella ya había salido por el portillo como una exhalación y desaparecía calle abajo. Él trató de perseguirla. ¡Corre!, se ordenó. El recuerdo de la velocidad circuló por todo su organismo, pero su cuerpo se rebeló. A las primeras zancadas, las piernas tropezaron y se doblaron. «¡Vamos, *Bibi*!», gritaba Bruno. Y sin embargo. No venía nadie. En su momento de mayor necesidad... se desmoronó en la acera mientras *Bibi* lo traicionaba obrando como lo que era: un animal. Yo estaba tecleando en la máquina de escribir. Él llegó devastado. Aquella tarde fuimos los dos al pipicán a esperarla. «Ya verás como vuelve», le decía yo. Pero.

No volvió. De eso hace dos años, él aún va a esperarla.

Yo trataba de encontrar una explicación. Ahora que lo pienso, es lo que he hecho siempre. Podría ser mi epitafio. «Leo Gursky: buscaba una explicación».

Llegó la noche, y yo seguía perdido. No había comido en todo el día. Llamé al señor Tong, el chino, no la paloma. Veinte minutos después, estaba a solas con mis rollos de primavera. Puse la radio. Pedían suscripciones. A cambio, te regalaban un desatascador con el anagrama de la radio pública de Nueva York.

Hay cosas que me resulta difícil describir. Y sin embargo, insisto con la terquedad de una mula. Un día Bruno bajó y me encontró sentado a la mesa de la cocina, delante de la máquina de escribir. «¿Ya estás otra vez con eso?» Tenía el aro de los auriculares un poco echado hacia atrás, como una aureola. Yo hice crujir los nudillos al vapor de mi taza de té. «Todo un Vladimir Horowitz», comentó mientras iba hacia el frigorífico. Se agachó, revolviendo en busca de lo que necesitara. Yo puse otra hoja en la máquina. Él se volvió, con un bigote de leche, dejando abierta la puerta del frigorífico. «Siga tocando, maestro», dijo, se ajustó los auriculares y fue hacia la puerta arrastrando los pies. Encendió la lámpara al pasar por mi lado. Yo miraba cómo oscilaba la cadena del interruptor mientras oía la voz de Molly Bloom que le atronaba en los oídos:

«Nada como un beso largo y cálido que te entra hasta el alma y casi te paraliza», porque ahora Bruno sólo la escucha a ella, y está gastando la cinta.

Leo una y otra vez las páginas del libro que escribí cuando era joven. Hace ya tanto tiempo... Yo era ingenuo. Veintiún años y enamorado. Un corazón desbordante y una cabeza exaltada. ¡Creía que podía hacerlo todo! Por extraño que eso pueda parecer hoy, que ya no soy capaz de hacer nada.

Yo pensaba: ¿Cómo ha podido conservarse hasta ahora? Que yo supiera, el único ejemplar se había perdido en una inundación. Aparte de los pasajes que copiaba en las cartas que escribía a la muchacha de la que estaba enamorado, cuando ella se fue a América. No podía resistir la tentación de enviarle mis mejores páginas. Pero fueron sólo unos cuantos fragmentos. ¡Y en mis manos tenía ahora casi todo el libro! ¡En inglés! ¡Con nombres españoles! Era alucinante.

Hice *shiva* por Isaac y, mientras velaba, trataba de comprender. Solo en el apartamento, con las hojas en el regazo. Llegó la noche, y el día, y la noche, y el día. Yo me dormía y me despertaba. Pero. No conseguía resolver el misterio. La historia de mi vida: yo era cerrajero. Podía abrir cualquier puerta de la ciudad.

Y sin embargo no podía penetrar donde yo quería.

Decidí hacer una lista de todas las personas que me constaba que aún estaban vivas, para no olvidarme de nadie. Busqué papel y bolígrafo. Me senté, alisé la hoja y apoyé en ella la punta del bolígrafo. Pero. Tenía la mente en blanco.

Lo que escribí fue: «Preguntas para el remitente». Lo subrayé dos veces y continué:

1. ¿Quién es usted?
2. ¿Dónde ha encontrado esto?
3. ¿Cómo ha podido conservarse?
4. ¿Por qué está en inglés?
5. ¿Quién más lo ha leído?
6. ¿Les gustó?

7. ¿El número de lectores es superior o inferior a...?

Me paré a reflexionar. ¿Podía haber un número que no me causara decepción?

Miré por la ventana. Al otro lado de la calle un árbol se agitaba al viento.

Era por la tarde, los niños gritaban. Me gusta escuchar sus canciones. «¡Éste es el juego! ¡De la concentración!», cantan las niñas dando palmadas. «¡No vale repetir! ¡Ni vacilar! Empezamos por...» Yo espero, con el oído atento.

«¡Animales!», gritan. ¡Animales!, pienso. «¡Caballo!», dice una. «¡Mono!», dice la otra. Se van turnando. «¡Vaca!», grita la primera. «¡Tigre!», responde la segunda, porque un segundo de vacilación rompe el ritmo y termina el juego.

«¡Pony! ¡Canguro! ¡Ratón! ¡León! ¡Jirafa!» Una de las niñas duda. «¡Yak!», grito yo.

Miré mi página de preguntas. ¿Cuántas cosas habían tenido que ocurrir para que un libro que yo escribí hace sesenta años llegara a mi buzón en otro idioma?

De pronto me asaltó un pensamiento. Me vino a la cabeza en yidis, y procuraré parafrasearlo, fue algo del estilo de: «¿Podría ser que yo fuera famoso sin saberlo?» Estaba aturdido. Bebí un vaso de agua fría y tomé una aspirina.

No seas idiota, me dije. Y sin embargo.

Agarré la gabardina. Las primeras gotas de lluvia golpeaban el cristal, así que me puse los chanclos. Bruno los llama «gomas». Muy propio de él. En la calle rugía un vendaval. Me peleaba con el paraguas. Tres veces se me volvió del revés. Yo no cedía. El viento me lanzó contra la pared una vez. Me levantó del suelo dos veces.

Llegué a la biblioteca con la cara azotada por la lluvia. El agua me chorreaba por la nariz. El paraguas traidor estaba destrozado y lo abandoné en el paragüero. Fui hacia el mostrador. Carrerita, parada, jadeo, subir pantalón, paso, tambaleo, paso, tambaleo, etcétera. La silla de la bibliotecaria estaba vacía.

Di una vuelta rápida —es un decir— por la sala de lectura. Por fin la encontré.

Devolvía libros a las estanterías. Me costaba trabajo dominarme.

—¡Quiero todo lo que tengan del escritor Leo Gursky! —grité.

La mujer se volvió a mirarme. Y los demás también.

—¿Disculpe?

—Todo lo que tengan del escritor Leo Gursky —repetí.

—Ahora estoy con esto. Tendrá que esperar un minuto.

Esperé un minuto.

—Leo Gursky —dije—. G-u-r...

Ella empujó el carrito unos pasos.

—Ya sé cómo se escribe.

La seguí hasta el ordenador. Ella introdujo mi nombre. El corazón me galopaba. Puedo ser viejo. Pero. El corazón aún puede acelerar.

—Hay un libro de un tal Leonard Gursky que trata de corridas de toros.

—Ése no —dije—. ¿No hay nada de Leopold?

—Leopold, Leopold. Aquí está —dijo.

Me agarré al objeto estable que tenía más cerca. Un redoble de tambor, por favor:

—*Las increíbles y fantásticas aventuras de Frankie la desdentada prodigiosa* —leyó ella con una amplia sonrisa.

Tuve que reprimir el impulso de darle con un chanclo en la cabeza. La mujer se alejó hacia la sección infantil. Y no hice nada por detenerla. Lo que hice fue morir un poco. Me sentó a una mesa con el libro.

—Que lo disfrute —dijo la mujer.

Bruno me dijo una vez que si un día yo compraba una paloma, al salir a la calle se me convertiría en tórtola; en el autobús, en loro, y al llegar a casa y sacarlo de la jaula, en un ave fénix. «Así eres tú», añadió barriendo de la mesa con la mano unas migas inexistentes. Pasaron unos minutos. «Yo no soy así», dije. Él se encogió de hombros y miró por la ventana. «¡Un ave fénix, habrase visto! —dije—. Un pavo real, tal vez. Pero un fénix, ni hablar». Él tenía la cara vuelta hacia otro lado, pero aun así me pareció ver en sus labios un esbozo de sonrisa.

Pero ahora yo nada podía hacer para convertir en algo la nada que había encontrado la bibliotecaria.

Durante los días que siguieron a mi ataque de corazón y antes de que empezara a escribir otra vez, no fui capaz de pensar en nada que no fuera la muerte. Una vez más, me había salvado, pero hasta que hubo pasado el peligro no me permití desenredar la madeja de mis pensamientos hasta llegar al invisible final. Imaginaba las distintas maneras de las que podía acabar.

Embolia cerebral. Infarto. Trombosis. Pulmonía. Obstrucción de la vena cava.

Me veía sacando espuma por la boca y retorciéndome en el suelo. Por la noche, me despertaba con las manos en la garganta. Y sin embargo. Por muchas veces que imaginara los posibles fallos de mis órganos, las consecuencias me parecían inconcebibles. Que eso pudiera sucederme a mí. Trataba de representarme los últimos momentos. El penúltimo aliento. El postrer suspiro. Y sin embargo.

Siempre había otro después.

Recuerdo la primera vez que comprendí lo que era morir. Tenía nueve años. Mi tío, hermano de mi padre, bendita sea su memoria, murió mientras dormía. Inexplicable. Un hombretón vigoroso que comía como un caballo, que salía de casa con un frío glacial y partía bloques de hielo con las manos. Muerto, *kaputt*. A mí me llamaba Leopo. A espaldas de mi tía, nos daba terrones de azúcar a mí y a mis primos. Hacía unas imitaciones de Stalin para partirse de risa.

Mi tía lo encontró por la mañana. Ya estaba rígido. Hicieron falta tres hombres para transportarlo a la *khevra kadisha*. Mi hermano y yo nos colamos en la sala para contemplar aquella mole. Su cuerpo nos parecía más imponente muerto que en vida:

el bosque de vello de sus brazos, las uñas chatas y amarillentas, la gruesa piel de la planta de los pies. Parecía tan humano. Y sin embargo. Horriblemente deshumanizado. Entré a llevar un vaso de té a mi padre. Estaba velando el cuerpo, al que no se podía dejar solo ni un minuto.

«He de ir al baño —me dijo—. Espera aquí hasta que vuelva». Salió rápidamente a hacer sus, necesidades, sin darme tiempo a protestar y decirle que ni siquiera estaba confirmado. Los minutos que siguieron se me hicieron horas. Mi tío estaba tendido en una losa de color crudo con vetas blancas. Hubo un momento en que me pareció que hinchaba un poco el pecho y casi di un grito. Pero. No tenía miedo sólo de él. Había algo más. En aquella fría habitación sentí mi propia muerte. En un rincón, junto a una pared de baldosas agrietadas, había una pila. Por aquel desagüe se habían ido las uñas, los pelos y las partículas de tierra desprendidas durante el lavado. El grifo goteaba y me parecía que, con cada gota, se me escapaba la vida. Un día se agotaría. En aquel momento percibí la alegría de estar vivo con tanta intensidad que tuve deseos de gritar. Nunca fui un niño religioso. Pero. De pronto sentí la necesidad de pedir a Dios que me conservara la vida el mayor tiempo posible. Cuando volvió mi padre, encontró a su hijo arrodillado en el suelo, con los párpados apretados y los nudillos blancos.

Desde aquel día me angustiaba pensar que yo, mi madre o mi padre pudiéramos morir. Mi madre era la que más me preocupaba. Ella era la fuerza que movía nuestro mundo. A diferencia de mi padre, que se pasaba la vida en las nubes, mi madre era propulsada a través del universo por la potencia de la razón. Ella era juez de todas nuestras discusiones. Bastaba un reproche suyo para hacer que fuéramos a escondernos en un rincón, a llorar y fantasear sobre nuestra desgracia. Y sin embargo. Un solo beso podía devolvernos a la gloria.

Sin ella nuestras vidas se disolverían en el caos.

El miedo a la muerte me persiguió durante un año. Lloraba si dejaban caer un vaso o rompían un plato. Y luego me quedó un poso de tristeza que no acababa de disolverse. No era que hubiera ocurrido algo nuevo. Era peor: había descubierto algo que ya estaba en mí sin que yo lo supiera. Arrastraba esta nueva percepción como una piedra atada al tobillo. Me seguía a todas partes.

Mentalmente, solía componer canciones tristes. Cantaba a las hojas que caían de los árboles. Imaginaba mi muerte de cien maneras diferentes, pero el funeral era siempre el mismo: desde algún lugar de mi imaginación se extendía una alfombra roja. Porque, después de cada una de mis muertes secretas, siempre se descubría mi grandeza.

Las cosas hubieran podido seguir así.

Una mañana en que había remoloneado durante el desayuno y después me había parado a contemplar las gigantescas bragas de la señora Stanislawski tendidas a secar,

llegué tarde al colegio. Ya habían tocado la campana, pero una niña de mi clase estaba de rodillas en el patio polvoriento. Llevaba el pelo recogido en una trenza en la espalda. Encerraba algo entre las manos. Le pregunté qué era. «He cazado una mariposa nocturna», dijo sin mirarme.

«¿Para qué quieres una mariposa nocturna?», pregunté. «¡Pues vaya una pregunta!», dijo ella. Yo recapacité. «Una mariposa diurna sería alguna cosa», dije. «No —dijo ella—, sería otra cosa». «Deberías soltarla», dije. «Es una mariposa muy especial», dijo ella. «¿Cómo lo sabes?», pregunté. «Tengo la impresión». Yo le dije que ya había sonado la campana. «Pues entra. Nadie te lo impide», dijo ella. «No entraré hasta que la sueltes». «Pues tienes para rato», dijo ella.

Separó los pulgares y miró el interior. «Déjame verla», dije. Ella no contestó. «¿Me dejas verla, por favor?» Me miró. Tenía unos ojos verdes y vivos.

«Está bien. Pero ten cuidado». Levantó las manos a la altura de mi cara y separó los pulgares un centímetro. Su piel olía a jabón. Sólo distinguí un trozo de ala marrón y tiré un poco de su pulgar, para ver mejor. Y sin embargo. Ella debió de pensar que yo trataba de liberar la mariposa, porque juntó las manos bruscamente. Nos miramos horrorizados. Cuando volvió a abrir las manos, la mariposa dio un débil salto en la palma. Se le había desprendido un ala. Ella ahogó una exclamación. «No he sido yo», dije. Cuando la miré a los ojos vi que tenía lágrimas. Un sentimiento que yo no sabía que era ternura me oprimía el estómago. «Lo siento», susurré. En aquel momento deseé abrazarla, ahuyentar con un beso el recuerdo de la mariposa y el ala rota. Ella no dijo nada. Nos mirábamos a los ojos sin parpadear.

Era como compartir una culpa secreta. Yo la veía todos los días en clase y nunca había sentido por ella algo especial. Hasta la encontraba mandona. Podía ser simpática. Pero. Era mala perdedora. Más de una vez, en las raras ocasiones en que yo conseguía contestar a una pregunta fácil de la maestra antes que ella, no me dirigía la palabra. «¡El rey de Inglaterra se llama Jorge!», gritaba yo, y durante el resto del día tenía que soportar su silencio glacial.

Pero ahora me pareció diferente. Descubrí sus poderes especiales. Cómo parecía atraer la luz y hacer que todo gravitara hacia ella. Por primera vez, vi que los dedos gordos de sus pies apuntaban un poco hacia dentro. Que tenía las rodillas sucias. Que el abrigo se ajustaba bien a sus hombros delgados. Como si mis ojos hubieran sido dotados de aumento, la veía ahora más cercana. El lunar que tenía en el labio, como una mancha de tinta. La valva rosada y translúcida de su oreja. La pelusa dorada de sus mejillas. Iba revelándose a mis ojos centímetro a centímetro. Casi me parecía que pronto podría distinguir las células de su piel como al microscopio, y me vino a la cabeza aquella idea que siempre me había preocupado, de que había heredado demasiadas cosas de mi padre. Pero fue sólo un momento porque, al mismo tiempo que reparaba en su cuerpo, empezaba a ser consciente del mío. La sensación casi me

cortó la respiración. Un cosquilleo me recorría los nervios. Todo aquello no duró más de treinta segundos. Y sin embargo. Cuando terminó, yo había sido iniciado en el misterio que marca el principio del fin de la infancia. Tardaría años en agotar toda la alegría y el dolor que nacieron en mí en aquel medio minuto escaso.

Sin una palabra, ella dejó caer la mariposa rota y entró corriendo en la escuela. La pesada puerta de hierro se cerró con un golpe sordo.

«Alma».

Hacía mucho tiempo que no pronunciaba este nombre.

Decidí hacer que ella me quisiera a toda costa. Pero. Sabía que no debía atacar de inmediato. Durante un par de semanas observé sus movimientos. La paciencia siempre fue una de mis virtudes. Una vez estuve escondido cuatro horas debajo del retrete exterior de la casa del rabino, para averiguar si realmente el famoso *tzaddik* de Baranowicze que había venido de visita cagaba como todo el mundo. La respuesta fue que sí. Movido por el entusiasmo que despertaron en mí los ordinarios milagros de la vida, salí de debajo del retrete lanzando gritos afirmativos. Ello me costó cinco palmetazos en los nudillos y permanecer arrodillado sobre mazorcas de maíz hasta que me sangraron las rodillas. Pero. Valió la pena.

Yo me veía como un espía infiltrado en un mundo extraño: el mundo femenino. Con el pretexto de recabar información, robé del tendedero las enormes bragas de la señora Stanislawski. Me encerré en el retrete y las olí con fruición. Hundí la cara en la entrepierna. Me las puse en la cabeza. Las hice ondear al viento como la bandera de una nación nueva. Cuando mi madre abrió la puerta, me las estaba probando. Dentro hubieran cabido tres como yo.

Con una mirada letal —y el humillante castigo de tener que llamar a la puerta de los Stanislawski para devolver la prenda—, mi madre puso fin a la parte general de mi investigación. Y sin embargo. Seguí adelante con la parte específica. Aquí la investigación era minuciosa. Averigüé que Alma era la más pequeña de cuatro hermanos y la predilecta del padre. Descubrí que su cumpleaños era el 21 de febrero (lo que la hacía cinco meses y veintiocho días mayor que yo), que le gustaban las cerezas amargas en almíbar —traídas de Rusia de contrabando— y que un día se había comido medio tarro a escondidas, y cuando su madre lo descubrió la obligó a comer el otro medio, pensando que le sentarían mal y las aborrecería para siempre. Pero no fue así.

Se las comió todas y después dijo a una compañera de clase que hubiera comido más. Supe también que su padre quería que aprendiera a tocar el piano, pero que ella prefería el violín y que ninguno de los dos daba su brazo a torcer, y que el conflicto no se resolvió hasta que Alma consiguió un estuche de violín (que dijo haber encontrado tirado en la calle) con el que se paseaba por delante de su padre y a veces hasta fingía tocar un violín invisible, y que ésta fue la gota que colmó el vaso, su

padre claudicó y dispuso que uno de sus hijos, que estudiaba en el instituto de Vilna, trajera el violín, el cual llegó en un estuche de reluciente cuero negro forrado de terciopelo morado, y que todas las piezas que Alma aprendió a tocar, por melancólicas que fueran, teman el inconfundible tono de la victoria. Yo lo sabía porque la oía tocar, pegado a su ventana, esperando que se me revelara el secreto de su corazón, con la misma perseverancia con que había esperado la caída del gran *tzaddik*.

Pero. No se me revelaba. Un día ella apareció por la esquina de la casa y se encaró conmigo. «Hace una semana que te veo ahí un día sí y otro también, y en el colegio todos se han dado cuenta de que no haces más que mirarme. Si tienes algo que decir, ¿por qué no me lo dices a la cara, en vez de andar escondiéndote como un ladrón?» Yo estudié mis opciones. Podía salir corriendo y no volver más a la escuela, quizá incluso marcharme del país metiéndome de polizón en un barco que fuera a Australia. O podía jugármela y confesárselo todo. La decisión no admitía duda: iría a Australia. Abrí la boca para decirle adiós para siempre. Y sin embargo. Lo que dije fue: «Quiero saber si te casarás conmigo».

Ella se quedó impávida. Pero. En sus ojos había aquel brillo que tenían cuando sacaba el violín del estuche. Pasó un momento largo. Nos quedamos trabados en una mirada brutal. «Lo pensaré», dijo al fin, dio media vuelta y desapareció por la esquina de la casa. Oí cerrarse la puerta. Al cabo de un momento sonaron las primeras notas de *Canciones que me enseñó mi madre* de Dvorak. Y, aunque ella no había dicho sí, desde aquel momento comprendí que tenía alguna posibilidad.

Aquí se acabaron mis cavilaciones sobre la muerte. No es que dejara de temerla. Sencillamente, dejé de pensar en ella. Si hubiera dispuesto de tiempo extra para algo que no fuera pensar en Alma, tal vez lo habría dedicado a pensar en la muerte. Pero la verdad es que aprendí a levantar un muro contra estos pensamientos. Cada cosa nueva que descubría del mundo era una piedra más para aquella pared, hasta que un día comprendí que me había exiliado de un lugar al que nunca podría regresar. Y sin embargo. Aquel muro también me protegía de la dolorosa clarividencia de la niñez. Ni siquiera durante aquellos años en que me escondía en bosques, árboles, agujeros y sótanos, sintiendo el aliento de la muerte en la nuca, pensaba en esta verdad: que tenía que morir.

No fue hasta después del ataque al corazón, mientras empezaban a caer al fin las piedras del muro que me separaba de la niñez, cuando volví a sentir el miedo a la muerte. Y era tan horrible como siempre.

Estaba inclinado sobre *Las increíbles y fantásticas aventuras de Frankie la desdentada prodigiosa* de un Leopold Gursky que no era yo. No lo abrí. Oía correr la lluvia por el canalón del tejado.

Salí de la biblioteca. Mientras cruzaba la calle se me vino encima una soledad brutal. Me sentí apagado y vacío. Abandonado, desechado, olvidado.

Me paré en la acera, una insignificancia, un nido de polvo. La gente pasaba por mi lado andando deprisa. Y cada una de aquellas personas era más feliz que yo.

Volví a sentir la envidia de antaño. Hubiera dado cualquier cosa por ser uno de ellos.

Conocí a una mujer. Se le había cerrado la puerta y se había quedado fuera con las llaves dentro, y la ayudé. Ella había encontrado una de las tarjetas que yo dejaba caer como migas de pan. Me llamó y acudí enseguida. Era el día de Acción de Gracias y no hacía falta decir que ninguno de los dos tenía adónde ir.

La cerradura se abrió al contacto de mi mano. Quizá ella pensó que eso era señal de que yo poseía una especie de talento especial. Dentro, vestigios de olor a cebolla frita, un póster de Matisse, o quizá de Monet. ¡No! Modigliani. Ahora lo recuerdo, porque era un desnudo de mujer y, para halagarla, le pregunté:

—¿Es usted?

Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Las manos me olían a grasa y el sobaco a sudor. Ella me invitó a sentarme y preparó comida. Yo pedí que me excusara y fui al cuarto de baño a peinarme y tratar de asearme.

Cuando salí ella estaba en ropa interior, a oscuras. Un rótulo de neón al otro lado de la calle le ponía un reflejo azulado en las piernas. Yo quería decirle que no importaba si ella prefería no verme la cara.

Un par de meses después volvió a llamarme. Me pidió que le hiciera una copia de la llave. Me alegré por ella. De que ya no fuera a estar sola. No es que lo sintiera por mí. Pero me hubiera gustado decirle: «Habría sido más fácil pedirle a él que encargara la copia en la ferretería». Y sin embargo. Hice dos copias. Una se la di a ella y la otra me la guardé. Durante mucho tiempo la llevé en el bolsillo, sólo para hacerme la ilusión.

Un día se me ocurrió que podía entrar en cualquier sitio. Nunca lo había pensado. Yo era inmigrante y tardé mucho tiempo en perder el miedo a ser deportado. Vivía con el temor permanente a cometer una infracción. Un día perdí seis trenes por no saber cómo sacar el billete. Otro en mi lugar hubiera subido sin él. Pero. No, un judío de Polonia teme ser expulsado sólo por olvidarse de tirar de la cadena del váter. Procuraba pasar inadvertido. Cerrando y abriendo puertas. En mi país, por forzar una cerradura sería un ladrón, mientras que aquí, en América, era un profesional.

Con el tiempo fui tranquilizándome. De vez en cuando ponía en mi trabajo un toque de fantasía. Una media vuelta de remate que no servía de nada pero era una nota de sofisticación. Perdí la aprensión y adquirí sutileza. Grababa mis iniciales en cada cerradura que montaba. Una señal muy pequeña encima del ojo. Nadie la distinguía, pero eso era lo de menos. Me bastaba con saber que estaba allí. Tenía

marcadas en un plano de la ciudad todas las cerraduras instaladas por mí. El plano había sido desdoblado y vuelto a doblar tantas veces que algunas calles estaban borradas por los pliegues.

Una noche fui al cine. Antes de la película pasaron un documental sobre Houdini. Era un hombre que, sepultado bajo tierra, se quitaba una camisa de fuerza. Lo metían en un baúl que ataban con cadenas y sumergían en agua, y él salía al momento. La película lo mostraba entrenándose con un cronómetro.

Practicaba y practicaba hasta que conseguía hacer el ejercicio en segundos. A partir de entonces me sentí más orgulloso de mi trabajo. Me llevaba a casa las cerraduras más complicadas y medía el tiempo que tardaba en abrirlas. Luego repetía la operación hasta que las abría en la mitad del tiempo. Y seguía entrenándome hasta que no sentía los dedos.

Estaba echado en la cama, soñando con retos más y más difíciles cuando, de pronto, me vino la idea: si podía abrir la cerradura del apartamento de un desconocido, ¿por qué no la de la bollería de la esquina? ¿O la de la biblioteca pública? ¿O la de los almacenes Woolworth's? Hipotéticamente, ¿qué me impedía abrir la cerradura del... Carnegie Hall?

Mientras dejaba volar el pensamiento, un hormigueo de emoción me recorrió el cuerpo. No haría más que entrar y salir. Y quizá dejar una pequeña firma.

Estuve haciendo planes durante semanas. Vigilé el lugar. Planifiqué hasta el último detalle. En resumen, entré. A primera hora de la mañana, por la puerta trasera, en la calle Cincuenta y seis. Tardé 103 segundos. En casa, una cerradura igual me había llevado 48. Pero hacía frío y tenía los dedos torpes.

Aquella noche tocaba el gran Arthur Rubinstein. En el escenario no había nada más que el piano, un gran Steinway negro y reluciente. Salí de detrás del telón. Apenas distinguía las interminables filas de butacas al tenue resplandor de los rótulos de las salidas. Me senté en la banqueta y pisé un pedal con la punta del zapato. No me atreví a poner un dedo en el teclado.

Cuando levanté la mirada, ella estaba allí de pie, la vi claramente, a menos de dos metros: una muchacha de quince años, con el pelo recogido en una trenza. Levantó el violín, el que su hermano le había traído de Vilna, y apoyó en él la barbilla. Traté de pronunciar su nombre. Pero. Se me quedó en la garganta.

Además, sabía que ella no podía oírme. Levantó el arco. Oí las primeras notas de la pieza de Dvorák. Ella tenía los ojos cerrados. La música brotaba de sus dedos. La tocó impecablemente, como nunca en su vida.

Cuando se apagó la última nota, ella había desaparecido. Mis aplausos resonaron en el auditorio desierto. Dejé de aplaudir y el silencio me atronó los oídos. Lancé una última mirada a la sala vacía y salí por donde había entrado.

No volví a hacerlo. Me había demostrado a mí mismo de lo que era capaz, y eso

bastaba. De vez en cuando, al pasar por delante de la puerta de cierto club privado, pensaba: *Shalom*, mierdas, aquí va un judío al que no podéis cerrar la puerta. Pero, después de aquella noche, no volví a tentar la suerte. Si me encerraban en la cárcel, descubrirían la verdad: yo no soy Houdini. Y sin embargo. En mi soledad me reconforta pensar que las puertas del mundo, por cerradas que estén, no son infranqueables para mí.

Éste era el consuelo que yo buscaba a tientas bajo la lluvia, frente a la biblioteca, mientras los desconocidos pasaban rápidamente por mi lado. Al fin y al cabo, ¿no era ésta la verdadera razón por la que mi primo me había enseñado el oficio? Él sabía que yo no podría permanecer invisible para siempre. «Tú enséñame un judío que sea capaz de sobrevivir —me dijo un día mientras yo observaba cómo una cerradura cedía entre sus manos— y yo te enseñaré lo que es un mago». De pie en medio de la calle, yo dejaba que la lluvia me resbalara por la nuca. Cerré los ojos. Una puerta, y otra, y otra, y otra, y otra se abrieron.

Después de la visita a la biblioteca, después del fiasco de *Las increíbles y fantásticas aventuras de Frankie la desdentada prodigiosa* me fui a casa. Me quité la gabardina y la colgué para que se secara. Puse agua a calentar. A mi espalda, alguien carraspeó. Di un respingo. Pero sólo era Bruno, que estaba sentado a oscuras.

—¿Qué haces, quieres que me dé un soponcio? —chillé encendiendo la luz.

Las hojas del libro que yo había escrito cuando era un muchacho estaban esparcidas por el suelo—. Oh, no —dije—. No es lo que tú...

No me dio oportunidad.

—No está mal —dijo—. Pero no es como la hubiera descrito yo. Claro que no me ataño, es asunto tuyo.

—Mira...

—No tienes que darme explicaciones. Es un buen libro. Me gusta el lenguaje. Dejando aparte los pequeños pasajes robados... es muy imaginativo.

Hablando en términos puramente literarios...

Tardé en darme cuenta, pero entonces lo noté: Bruno me hablaba en yidis.

—... en términos puramente literarios, ¿qué es lo que podría no gustarme?

Siempre me había preguntado en qué estabas trabajando. Ahora, al cabo de todos estos años, lo he descubierto.

—Y también yo me preguntaba en qué trabajabas tú —dije, recordando una vida anterior en la que los dos teníamos veinte años y queríamos ser escritores.

Él se encogió de hombros como sólo Bruno sabe.

—En lo mismo que tú.

—¿Lo mismo? ¿Un libro sobre ella?

—Un libro sobre ella —confirmó Bruno. Volvió la cara hacia la ventana.

Entonces vi en su regazo la foto en que ella y yo estamos delante del árbol que tenía en el tronco nuestras iniciales, A + L. Ella no llegó a saber que yo las había grabado. Casi no se ven. Pero. Están. Él añadió: «Ella sabía guardar secretos».

Entonces me vino a la memoria. Aquella tarde, sesenta años atrás, en la que yo salí llorando de casa de ella y lo vi apoyado en el tronco de un árbol, con un cuaderno en la mano, aguardando a que yo me fuera para entrar. Unos meses antes éramos grandes amigos. Por las noches nos quedábamos hasta las tantas fumando y hablando de libros con un par de chicos más. Y sin embargo. La tarde en que lo vi allí ya no éramos amigos. Ni siquiera nos hablábamos. Pasé por su lado como si no lo hubiera visto.

—Sólo una pregunta —dijo Bruno ahora, sesenta años después—. Siempre he querido saber una cosa.

—¿Qué?

Él tosió. Luego me miró.

—¿Te dijo ella que escribías mejor que yo?

—No —mentí. Y entonces le dije la verdad—. No era necesario que alguien me lo dijera.

Se hizo un largo silencio.

—Es extraño. Siempre había pensado... —No terminó.

—¿Qué? —pregunté.

—Pensaba que tú y yo competíamos por algo más que su amor.

Ahora me tocó a mí mirar por la ventana.

—¿Qué puede ser más que su amor? —pregunté.

Nos quedamos en silencio.

—Te he mentado —dijo Bruno—. Tengo otra pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué te quedas ahí como un idiota?

—¿Qué quieres decir?

—Tu libro —dijo.

—¿Mi libro qué?

—Tienes que recuperarlo.

Me arrodillé y empecé a recoger las hojas del suelo.

—¡Éste no!

—¿Cuál? —pregunté.

—Oy vey! —exclamó Bruno dándose una palmada en la frente—. ¡Es que a ti hay que decírtelo todo!

Una sonrisa lenta me ensanchó los labios.

—Trescientas una páginas —dijo Bruno. Se encogió de hombros y volvió la cara, pero me pareció verlo sonreír—. Eso ya es algo.



Inundación

1. CÓMO ENCENDER FUEGO SIN CERILLAS

Busqué Alma Mereminski en Internet. Pensé que alguien podía haber escrito algo sobre ella o que tal vez encontraría información acerca de su vida. Escribí su nombre y pulsé *intro*. Pero lo único que salió fue una lista de inmigrantes llegados a Nueva York en 1891 (Mendel Mereminski) y nombres de víctimas del Holocausto registrados en Yad Vashem (Adam Mereminski, Fanny Mereminski, Nacham, Zellig, Hershel, Bluma, Ida, pero ninguna Alma, lo que fue un alivio, porque no quería perderla antes de haber empezado a buscarla).

2. MI HERMANO ME SALVA LA VIDA CONTINUAMENTE

El tío Julian se alojaba en nuestra casa. Había venido a Nueva York a acabar de documentarse para un libro que estaba escribiendo desde hacía cinco años sobre el escultor y pintor Alberto Giacometti. La tía Frances se había quedado en Londres, para cuidar del perro. El tío Julian dormía en la cama de Bird, quien dormía en la mía, y yo en el suelo, en mi saco ciento por ciento de plumón, aunque una auténtica especialista en supervivencia no necesita saco ya que, en una emergencia, le basta con matar unos pájaros y meterse las plumas debajo de la ropa, para conservar el calor del cuerpo.

A veces oía a mi hermano hablar en sueños. Medias palabras, nada que pudiera entender. Excepto una vez que habló con una voz tan alta que creí que estaba despierto.

—No vayas por ahí —dijo.

—¿Qué? —pregunté incorporándome.

—Es muy hondo —murmuró, y se volvió de cara a la pared.

3. PERO POR QUÉ

Un sábado, Bird y yo fuimos con el tío Julian al Museo de Arte Moderno. Bird se empeñó en pagar su entrada con los beneficios de la venta de limo-nada.

Estuvimos paseando mientras el tío Julian hablaba con un conservador en el piso de arriba. Bird preguntó a un guardia de seguridad cuántos surtidores había en el edificio. (Cinco.) Estuvo haciendo ruidos de videojuego con la garganta hasta que le dije que se callara. Luego contó las personas con tatuajes a la vista. (Ocho.) Nos paramos delante de un cuadro de un montón de personas tumbadas en el suelo.

—¿Por qué están tumbados? —preguntó.

—Porque los han matado —dije, aunque en realidad no sabía por qué estaban allí, ni siquiera si eran personas. Crucé la sala para mirar otro. Él me siguió.

—Pero ¿por qué los han matado? —preguntó.

—Porque necesitaban dinero y entraron en una casa a robar —dije mientras empezaba a bajar por la escalera mecánica.

Camino de casa, en el metro, Bird me tocó el hombro.

—¿Para qué necesitaban el dinero?

4. A LA DERIVA

—¿Qué te hace pensar que esa Alma de *La historia del amor* es ser real? —preguntó Misha. Estábamos sentados en la playa, detrás del bloque de apartamentos donde vivía él, con los pies hundidos en la arena, comiendo los bocadillos de rosbif y rábano picante de la señora Shklovsky.

—Un —dije.

—¿Un qué?

—Un ser real.

—Está bien, pero contesta mi pregunta.

—Pues claro que es real.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque sólo hay una explicación de por qué Litvinoff, el que escribió el libro, no le puso nombre español como a los demás.

—¿Por qué?

—No podía.

—¿Por qué no?

—¿Es que no te das cuenta? Él podía cambiar cualquier otro detalle, pero no podía cambiarla a ella.

—¿Y por qué no?

Me frustraba que fuera tan corto de entendederas.

—¡Porque estaba enamorado de ella! Porque, para él, ella era lo único real.

Misha masticó un bocado de rosbif.

—Me parece que ves demasiadas películas —dijo.

Pero yo sabía que no me equivocaba. No había que ser un genio para comprenderlo, después de leer *La historia del amor*.

5. LAS COSAS QUE QUIERO DECIR SE ME ENCALLAN EN LA BOCA

Fuimos andando por el paseo entarimado en dirección a Coney Island. Hacía un calor asfixiante y a Misha le resbalaba el sudor por la sien. Al pasar junto a unos viejos que jugaban a las cartas, Misha los saludó. Uno muy arrugado, con un bañador pequeñísimo, agitó una mano.

—Piensan que eres mi novia —dijo Misha.

Yo tropecé con una tabla. Sentí que me ardía la cara y pensé: Soy la persona más patosa de este mundo.

—Pues no lo soy —dije, aunque no era eso lo que quería decir. Volví la cara, fingiendo interés por un niño que iba hacia la orilla arrastrando un cocodrilo hinchable.

—Yo lo sé, pero ellos no lo saben —dijo Misha.

Tenía quince años cumplidos, había crecido casi diez centímetros y ya se afeitaba el bigote. Cuando nos metíamos en el agua y él se zambullía en las olas, yo miraba su cuerpo y sentía en el estómago algo que no era dolor sino otra cosa.

—Te apuesto cien dólares a que ella está en la guía —dije. Yo no me lo creía ni loca, pero fue lo único que se me ocurrió decir para cambiar de tema.

6. BUSCANDO A ALGUIEN QUE SEGURAMENTE NO EXISTE

—Busco el número de Alma Mereminski. M-e-r-e-m-i-n-s-k-i —dije.

—¿Qué distrito? —preguntó la telefonista.

—No lo sé. —Silencio y ruido de teclas. Misha miraba a una muchacha con un bikini turquesa que pasaba patinando. La telefonista decía algo.

—¿Cómo?

—Digo que hay un A. Mereminski en la calle Ciento cuarenta y siete del Bronx. Tome nota del número.

Me lo escribí en la mano. Misha se acercó.

—¿Qué?

—¿Tienes un cuarto de dólar? —pregunté. Sabía que era una tontería, pero, ya puestos, decidí probar. Él arqueó las cejas y metió la mano en el bolsillo de los pantalones cortos. Marqué el número. Contestó un hombre—. ¿Está Alma? —

pregunté.

—¿Quién?

—Deseo hablar con Alma Mereminski.

—Aquí no hay ninguna Alma. Se equivoca. Me llamo Artie —dijo el hombre, y colgó.

Volvimos al apartamento de Misha. Entré en el baño, que olía al perfume de la hermana. De una cuerda colgaban unos calzoncillos grisáceos del padre.

Cuando salí, Misha estaba en su cuarto, sin la camisa, leyendo un libro en ruso.

Mientras se duchaba, lo esperé sentada en su cama, pasando hojas impresas en cirílico. Oía caer el agua y la tonada que él cantaba, pero no entendía la letra.

Me eché en la cama y, al poner la cabeza en la almohada, olía a él.

7. SI LAS COSAS SIGUEN ASÍ

Cuando Misha era pequeño, en verano su familia iba a la dacha que tenían en el campo, y él y su padre bajaban del desván las redes cazamariposas y trataban de atrapar algunas de las mariposas migratorias que llenaban el aire. La vieja casa estaba repleta de porcelana china de la abuela y de mariposas enmarcadas, cazadas por tres generaciones de chicos Shklovsky. Con los años, se les caían las finas escamas y, cuando corrías descalzo por la casa, la porcelana tintineaba y el polvo de ala de mariposa se te pegaba a la planta de los pies.

Hace meses, la víspera del cumpleaños de Misha, decidí hacerle una postal con una mariposa. Me conecté a Internet, con intención de bajarme la foto de una mariposa rusa, pero entonces encontré un artículo que decía que, durante las dos últimas décadas, ha disminuido el número de la mayoría de las especies de mariposas y la velocidad de la extinción es diez mil veces mayor de lo normal. También decía que cada día se extinguen por término medio setenta y cuatro especies de insectos, animales y plantas. Basándose en estas y otras no menos escalofrantes estadísticas, continuaba el artículo, los científicos creen que nos hallamos en la sexta extinción masiva de la historia de la vida en la Tierra. Antes de treinta años puede haberse extinguido casi la cuarta parte de los mamíferos. Una de cada ocho especies de aves habrá desaparecido dentro de poco. Durante el último medio siglo, se ha extinguido el noventa por ciento de los grandes peces.

Busqué extinciones masivas.

La última se produjo hace sesenta y cinco millones de años, cuando probablemente un asteroide chocó con nuestro planeta, matando a todos los dinosaurios y aproximadamente la mitad de los animales marinos. Con anterioridad se había producido la extinción del triásico (causada también por un asteroide o quizá por volcanes), que destruyó hasta el noventa y cinco por ciento de las especies, y

antes hubo la de finales del devónico. La que se halla en curso será la más rápida en los 4.500 millones de años de historia de la Tierra y, a diferencia de las anteriores, está provocada no por cataclismos naturales sino por la ignorancia de los seres humanos. A este paso, dentro de cien años la mitad de las especies habrá dejado de existir.

Por lo tanto, no puse mariposas en la postal para Misha.

8. INTERGLACIAL

Aquel febrero en que mi madre recibió la carta en la que se le pedía que tradujera *La historia del amor* cayó más de medio metro de nieve, y Misha y yo hicimos una cueva en el parque. Trabajamos durante horas, no sentíamos los dedos, pero seguíamos cavando en la nieve. Cuando estuvo terminada, nos metimos en ella a rastras. Por la puerta entraba una luz azulada. Nos sentamos hombro con hombro.

—Quizá un día te lleve a Rusia —dijo Misha.

—Podríamos acampar en los Urales —dije yo—. O en las estepas de Kazajstán. —Al hablar nos salían nubecitas de la boca.

—Te llevaré a la habitación en que vivíamos mi abuelo y yo y te enseñaré a patinar en el Neva —dijo Misha.

—Yo podría aprender ruso.

Misha asintió.

—Yo te enseñaré. Primera palabra: *Dai*.

—*Dai*.

—Segunda palabra: *Ruku*.

—¿Qué significa?

—Primero dila.

—*Ruku*.

—*Dai ruku*.

—*Dai ruku*. ¿Qué significa?

Misha me cogió la mano.

9. SI ES UNA MUJER REAL

—¿Qué te hace pensar que Alma vino a Nueva York? —preguntó Misha.

Habíamos jugado la décima mano de *gin rummy* y estábamos echados en el suelo de su cuarto, mirando el techo. Yo tenía arena en el bañador y entre los dientes. El pelo de Misha aún estaba mojado y yo olía su desodorante.

—En el capítulo catorce, Litvinoff habla de un hilo que una muchacha que vino a

América iba soltando a través del océano. Él era polaco, ¿no?, y mi madre dice que escapó antes de que los alemanes invadieran Polonia. Los nazis mataron a casi toda la gente de su pueblo. Si él no hubiera escapado, no existiría *La historia del amor*. Y si Alma era del mismo pueblo, y yo te apostaría cien dólares a que sí...

—Ya me debes cien dólares.

—La cuestión es que, en los trozos que he leído, él habla de cuando Alma era pequeña, de diez años. O sea, que si es real, y yo creo que sí lo es, Litvinoff debió de conocerla de niña. Lo que significa que probablemente eran del mismo pueblo. Y en Yad Vashem no hay ninguna Alma Mereminski de Polonia, muerta en el Holocausto.

—¿Quién es Yad Vashem?

—El museo del Holocausto en Israel.

—Entonces quizá ni sea judía. Y aunque lo sea, aunque sea real y polaca y judía, y aunque viniera a América, ¿cómo sabes que no vive en otra ciudad? Por ejemplo, en Ann Arbor.

—¿Ann Arbor?

—Tengo un primo que vive allí. De todos modos, creí que buscabas a Jacob Marcus, no a esa tal Alma —dijo Misha.

—Y es verdad que lo busco —dije. Noté que el dorso de su mano me rozaba el muslo. No sabía cómo explicarle que, si al principio buscaba a alguien que pudiera hacer que mi madre volviera a ser feliz, ahora buscaba algo más. Algo acerca de la mujer cuyo nombre me habían puesto. Y acerca de mí—. Quizá la razón por la que Jacob Marcus quiere que le traduzcan el libro tenga algo que ver con Alma —añadí, no porque lo creyera sino porque no sabía qué decir—. Quizá él la conocía. O quizá esté buscándola.

Me alegré de que Misha no me preguntara por qué, si Litvinoff estaba tan enamorado de Alma, no la había seguido a Estados Unidos; por qué se había ido a Chile y se había casado con una tal Rosa. La única explicación que se me ocurría era que no había tenido más remedio.

Al otro lado de la pared, la madre de Misha gritaba al padre. Misha se apoyó en un codo y me miró. Yo me acordé del verano anterior, cuando teníamos trece años y subimos a la azotea del edificio, de cómo los pies se hundían en el alquitrán blando, y cómo cada uno tenía la lengua en la boca del otro mientras él me daba una lección de beso ruso de la escuela Shklovsky.

Hacía dos años que nos conocíamos, y ahora sentía su tobillo en la pantorrilla y su estómago en las costillas.

—No me parece que eso de ser mi novia sea el fin del mundo —dijo.

Yo abrí la boca, pero no salió nada de ella. Siete lenguas se habían mezclado para traerme al mundo, y ahora me habría gustado poder hablar al menos una.

Pero no pude, y él se inclinó y me besó.

10. ENTONCES

Noté su lengua en la boca. No sabía si tenía que arrimar mi lengua a la suya o apartarla a un lado para dejarle el campo libre. Antes de que me decidiera, él retiró la lengua y cerró la boca, y yo, desprevénida, mantuve la mía abierta, lo cual parecía una equivocación. Pensé que eso podía ser el fin, pero entonces él volvió a abrir la boca y me pilló con los labios pegados. Cuando los despegué y saqué la lengua, ya era tarde porque él había vuelto a cerrar la boca. Al final nos salió bien, más o menos, porque los dos abrimos la boca al mismo tiempo, como si fuéramos a decir algo, y yo le puse la mano en la nuca como Eva Marie Saint a Cary Grant en *Con la muerte en los talones*. Rodamos por el suelo unos centímetros y su vientre quedó encima del mío, pero sólo un segundo, porque entonces mi hombro chocó con el acordeón. Yo tenía saliva en toda la boca y casi no podía respirar. Por la ventana pasó un avión en dirección al aeropuerto Kennedy. Su padre empezó a gritar a la madre.

—¿Por qué discuten? —pregunté.

Misha retiró la cabeza. Cruzó por su cara un pensamiento en un lenguaje que no entendí. Me pregunté si ahora cambiarían las cosas entre nosotros.

—Merde —dijo.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Es francés. —Me recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y se puso a besarme otra vez.

—¿Misha? —susurré.

—Chist —hizo él e introdujo la mano debajo de mi camisa para asirme la cintura.

—No —dije, y me senté. Y añadí—: Me gusta otro. —Apenas lo dije ya me pesaba.

Cuando quedó claro que no había nada más que decir, me puse las zapatillas, que estaban llenas de arena.

—Mi madre debe de estar preguntándose dónde estoy —me justifiqué, aunque los dos sabíamos que no era verdad. Cuando me puse de pie hubo un ruido de arena esparciéndose por el suelo.

11. PASÓ UNA SEMANA Y MISHA Y YO NO NOS HABLÁBAMOS

Volví a leer *Plantas y flores comestibles de América del Norte*, para recordar viejos tiempos. Subí al tejado de nuestra casa para tratar de identificar constelaciones, pero había demasiadas luces. Bajé al jardín de atrás, donde estuve entrenándome en montar la tienda de papá a oscuras, cosa que hice en tres minutos y cincuenta y cuatro segundos, rebajando mi marca en casi un minuto.

Cuando terminé, me tumbé dentro y me puse a recordar todo lo que pudiera de papá.

12. LOS RECUERDOS TRANSMITIDOS POR MI PADRE

echad

El sabor de la caña de azúcar.

shtayim

Las calles de tierra de Tel Aviv, cuando Israel era todavía un país nuevo y, más allá, los campos de ciclamen silvestre.

shalosh

La piedra que tiró a la cabeza del chico que estaba pegando a su hermano mayor y que le valió el respeto de los otros niños.

arba

Comprar pollos con su padre en el moshav y verlos mover las patas después de que les cortaran el cuello.

hamesh

El sonido de barajar las cartas cuando su madre y sus amigas jugaban a la canasta los sábados por la noche después del sabbath.

shesh

Las cataratas del Iguazú, a las que viajó solo, con mucha fatiga y muchos gastos.

sheva

La primera vez que vio a la que sería su mujer, mi madre, leyendo un libro, sentada en la hierba del kibbutz Yavne, con unos pantalones cortos amarillos.

shmone

El canto de las cigarras por la noche, y también el silencio.

tesha

El olor del jazmín, el hibisco y la flor de azahar.

Eser

La blanca piel de mi madre.

13. PASARON DOS SEMANAS, MISHA Y YO SEGUÍAMOS SIN HABLARNOS, EL TÍO JULIAN NO SE HABÍA IDO Y CASI ESTÁBAMOS A ÚLTIMOS DE AGOSTO

La historia del amor tiene treinta y nueve capítulos y mi madre había terminado otros once después de enviar a Jacob Marcus los diez primeros, lo que hacía un total de veintiuno. Es decir que ya estaba a más de la mitad del libro y pronto enviaría otro paquete.

Me encerré en el cuarto de baño, el único lugar donde podía estar tranquila, y traté de redactar la segunda carta para Jacob Marcus, pero todo lo que escribía sonaba a falso, a tópico o a mentira. Lo que en efecto era.

Estaba sentada en el váter con el bloc en las rodillas. Tenía al lado del tobillo la papelera y dentro había una bola de papel. La saqué y leí: «¿Perro, Frances? ¿Perro? Tus palabras hacen daño. Pero imagino que eso pretendías. Yo no estoy enamorado de Flo, como tú dices. Hace años que somos colegas y da la casualidad de que es una persona a la que le interesan las mismas cosas que a mí. El arte, Fran, ¿recuerdas?, el arte que, seamos sinceros, a ti a estas alturas te importa un jodido pimiento. Te dedicas con tanto empeño al deporte de criticarme que no te das cuenta de cómo has cambiado, de lo poco que te pareces a la muchacha que yo...» Aquí se interrumpía la carta. Volví a arrugarla cuidadosamente y la eché a la papelera. Cerré los ojos apretando los párpados.

Pensé que quizá el tío Julian aún tardara en terminar su trabajo de documentación sobre Alberto Giacometti.

14. ENTONCES TUVE UNA IDEA

En algún sitio tiene que haber un registro de todas las muertes, nacimientos y defunciones: en la ciudad tiene que haber un sitio, una oficina, un departamento en el que lleven un control. Tiene que haber archivos. Archivos y más archivos de las personas que han nacido y han muerto en Nueva York. A veces, circulando por la autovía de Brooklyn a Queens después de la puesta del sol, con un cielo anaranjado e incandescente, mientras se encienden las luces de los rascacielos, al divisar esos miles de lápidas, se tiene la extraña impresión de que toda la fuerza eléctrica de la ciudad es generada por los que están enterrados en aquel lugar.

Así pues, pensé: Quizá allí tengan información.

15. EL DÍA SIGUIENTE ERA DOMINGO

Llovía y me quedé en casa, leyendo *La calle de los cocodrilos*, que había sacado de la biblioteca pública, y preguntándome si Misha me llamaría. Comprendí que tenía una buena pista cuando leí en la introducción que el autor había nacido en un pueblo de Polonia. Pensé: O Jacob Marcus tiene preferencia por los escritores polacos o quería darme una pista. Es decir, a mi madre.

No era un libro largo y lo terminé aquella misma tarde. A las cinco, Bird llegó a casa chorreando.

—Ya ha empezado —dijo pasando la mano por la *mezuzah* de la puerta de la cocina y besándose la yema de los dedos.

—¿Qué ha empezado? —pregunté.

—La lluvia.

—Han dicho que mañana dejará de llover —dije.

Él se sirvió un vaso de zumo de naranja, bebió y salió, besando un total de cuatro *mezuzahs* hasta llegar a su cuarto.

El tío Julian regresó del museo.

—¿Has visto el club que construye Bird? —preguntó mientras cogía un plátano de la encimera; se puso a pelarlo sobre el cubo de la basura—. ¿No te parece impresionante?

Pero el lunes no dejó de llover y Misha no llamó, de modo que me puse el impermeable, agarré un paraguas y me dirigí al Archivo Municipal de la Ciudad de Nueva York, que, según Internet, es donde están anotados todos los nacimientos y las defunciones.

16. CALLE CHAMBERS, 31, DESPACHO 103

—Mereminski —dije al hombre de las gafas oscuras y redondas que estaba detrás del mostrador—. M-e-r-e-m-i-n-s-k-i.

—M-e-r... —dijo el hombre, anotando.

—... e-m-i-n-s-k-i —dije yo.

—... i-s-k-i.

—No —dije—. M-e-r...

—M-e-r —repitió él.

—... e-m-i-n —dije yo, y él dijo:

—... e-y-n.

—¡No! —dije—. E-m-i-n.

Él me miró inexpresivamente y entonces le pregunté:

—¿Quiere que se lo escriba?

El hombre miró el nombre y me preguntó si Alma M-e-r-e-m-i-n-s-k-i era mi abuela o mi bisabuela.

—Sí —le dije, pensando que esto podía abreviar el proceso.

—¿Cuál?

—Bisabuela.

Él me miró mordiéndose un padraastro, fue al fondo de la habitación y volvió con una caja de microfilmes. Al insertar el primero, se me atascó la máquina. Traté de llamar la atención del hombre agitando la mano y señalando el lío de película. Él vino, suspiró y la hizo correr. Al tercer rollo ya dominaba la técnica. Pasé los quince rollos de la caja. No apareció ninguna Alma Mereminski. El hombre me trajo otra caja y después otra. Tuve que ir al baño y al salir saqué de la máquina un paquete de frutos secos y una coca-cola. El hombre vino y sacó una tableta de chocolate. Para entablar conversación le dije:

—¿Sabe algo de recursos para sobrevivir en plena naturaleza? Él arrugó la nariz y se ajustó las gafas.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, ¿sabe que casi toda la vegetación ártica es comestible?

Exceptuando ciertos hongos, claro. —Él alzó las cejas y yo proseguí—: Y, ¿sabe?, uno también puede morir de hambre si sólo come conejo. Se ha demostrado que personas que trataban de sobrevivir murieron por comer demasiado conejo. Si se come mucha carne muy magra como la de conejo, puede dar... Bueno, uno se puede morir.

El hombre tiró el resto de su tableta de chocolate.

Cuando volvimos a la sala, él sacó la cuarta caja. Dos horas después, me escocían los ojos y no había encontrado nada.

—¿Es posible que muriera después de mil novecientos cuarenta y ocho? —preguntó el hombre, visiblemente nervioso. Le respondí que era posible—. ¡Por qué no me lo has dicho! En tal caso, el certificado de defunción no estará aquí.

—¿Dónde estará entonces?

—En el Departamento de Sanidad, división Registro de Defunciones —dijo—. Calle Worth, ciento veinticinco, despacho ciento treinta y tres. Allí están consignadas todas las muertes ocurridas después del cuarenta y ocho.

De fábula, pensé.

17. LA PEOR EQUIVOCACIÓN QUE COMETIÓ MI MADRE

Al llegar a casa encontré a mi madre acurrucada en el sofá leyendo un libro.

—¿Qué lees? —pregunté.

—Cervantes.

—¿Cervantes?

—El más famoso escritor español —dijo ella volviendo la hoja.

Miré el techo. A veces me pregunto por qué no se casaría con un escritor famoso en lugar de un ingeniero amante de la naturaleza. Entonces no habría ocurrido nada de esto. Ahora, en este preciso instante, probablemente estaría cenando con su marido escritor famoso, debatiendo sobre los pros y los contras de otros escritores famosos, para tomar la difícil decisión de cuál de ellos era merecedor de un Nobel póstumo.

Aquella noche marqué el número de Misha, pero colgué después de la primera señal.

18. LLEGÓ EL MARTES

Aún llovía. Al ir hacia el metro, pasé por el solar en que Bird había montado una especie de carpa, con bolsas de basura y cuerdas, sobre su montaña de trastos, que ya tenía casi dos metros de altura. En lo alto de la mole se erguía un mástil que quizá esperaba una bandera.

El puesto de limonada seguía allí, lo mismo que el cartel que ponía: «Limo-nada natural 50 centavos. Sírvasse usted mismo (muñeca lesionada)», al que había añadido: «Todos los beneficios son para la beneficencia». Pero la mesa estaba vacía y no se veía ni rastro de Bird.

En el metro, en algún punto entre Carroll y Bergen, tomé la decisión de llamar a Misha y hacer como si no hubiera pasado nada. Al salir del tren encontré un teléfono público que funcionaba y marqué su número. El corazón se me aceleró cuando empezó a sonar. Contestó su madre.

—Hola, señora Shklovsky —dije, esforzándome por hablar con naturalidad—. ¿Está Misha? —La oí llamarlo.

Después de un rato que se me hizo muy largo, él se puso al teléfono.

—Hola —dije.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Qué haces?

—Estoy leyendo.

—¿El qué?

—Cómics.

—A que no sabes dónde estoy.

—¿Dónde?

—Delante del Departamento de Sanidad de la Ciudad de Nueva York.
—¿Para qué?
—Para pedir información sobre Alma Mereminski.
—¿Todavía estás buscando? —preguntó.
—Sí. —Hubo un silencio incómodo y dije—: Llamaba por si querías alquilar

Topaz esta noche.

—No puedo.
—¿Por qué?
—Tengo planes.
—¿Qué planes?
—Voy al cine.
—¿Con quién?
—Una chica.

Sentí un peso en el estómago.

—¿Qué chica? —pregunté, y pensé: Que no sea...
—Luba —dijo—. No sé si te acordarás. La viste una vez.

Pues claro que me acordaba. ¿Quién olvidaría a una chica rubia, de metro setenta, que se proclama descendiente de Catalina la Grande?

Estaba siendo un mal día.

—M-e-r-e-m-i-n-s-k-i —dijo a la mujer del mostrador del despacho 133. Yo pensaba: ¿Cómo puede gustarle una chica que no sabría hacer la Prueba Universal de Comestibilidad de las Plantas ni aunque su vida dependiera de ello?

—M-e-r-e —dijo la mujer, y yo agregué:
—M-i-n-s... —pensando: Seguro que ni ha oído hablar de *La ventana indiscreta*.
—M-y-m-s —decía ella.
—No —dije—. M-i-n-s.
—M-i-n-s —dijo la mujer.
—K-i —proseguí, y ella repitió:
—K-i.

Al cabo de una hora no habíamos encontrado el certificado de defunción de Alma Mereminski. Otra media hora, y seguíamos sin encontrarlo. La soledad se convirtió en desolación. Dos horas después, la mujer dijo que estaba convencida de que en Nueva York, después de 1948, no había muerto ninguna Alma Mereminski.

Aquella noche alquilé otra vez *Con la muerte en los talones* y la vi por undécima vez. Luego me acosté.

19. LOS SOLITARIOS SIEMPRE SE LEVANTAN POR LA NOCHE

Cuando abrí los ojos vi al tío Julian de pie a mi lado.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.
—Catorce. Cumpló quince el mes que viene.
—Quince el mes que viene —dijo él como el que se plantea un problema de matemáticas—. ¿Qué quieres ser de mayor? —Aún tenía puesto el impermeable, que chorreaba. Una gota me cayó en un ojo.

—No lo sé.

—En algo habrás pensado.

Me senté en el saco de dormir, me froté el ojo y miré mi reloj digital. Tiene un botón que lo aprietas y se ilumina la esfera. También tiene brújula.

—Son las tres y veinticuatro —dije. Bird dormía en mi cama.

—Ya lo sé. Pero estaba preguntándome... Dímelo y prometo que te dejaré dormir. ¿Qué quieres ser?

Yo pensé: alguien capaz de sobrevivir con temperaturas bajo cero, buscarse el alimento, construir una cabaña de nieve y encender fuego sin nada.

—No sé. Quizá pintora —dije, para que estuviera contento y me dejara dormir.

—Qué curioso —me dijo—. Eso es lo que esperaba que dijeras.

20. DESPIERTA EN LA OSCURIDAD

Pensaba en Misha y Luba, en mis padres y en por qué Zvi Litvinoff se había ido a Chile y se había casado con Rosa y no con Alma, de la que estaba enamorado.

Oí toser al tío Julian al otro lado del pasillo, en sueños.

Entonces pensé: Espera un momento.

21. ¡ELLA DEBIÓ DE CASARSE!

¡Ahí estaba! Por eso no había encontrado el certificado de defunción de Alma Mereminski. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

22. SER NORMAL

Saqué la linterna de la mochila que tenía debajo de mi cama, junto con el tercer tomo de *Cómo sobrevivir en la naturaleza*. Cuando encendí la linterna vi un objeto que había quedado atrapado entre el armazón de la cama y la pared, cerca del suelo. Me deslicé debajo de la cama y lo enfoqué con la linterna. Era una libreta de redacciones. En la tapa ponía **יהודה** y, al lado, «Privado». Una vez Misha me dijo que en ruso no existía traducción de «privacidad». Abrí la libreta.

9 de abril

יהוה

He sido una persona normal durante tres días seguidos. Esto quiere decir que no he trepado a lo alto de ningún edificio ni he escrito el nombre de D--s en nada que no sea mío ni he contestado a una pregunta perfectamente normal con una cita de la Torah. También significa que no he hecho nada a lo que se me contestaría «No» si preguntara: «¿Haría esto una persona normal?» Hasta ahora no ha sido tan difícil.

10 de abril

יהוה

Hoy es el cuarto día seguido que voy de normal. En clase de gimnasia Josh K. me apretó contra la pared y me preguntó si pienso que soy un gran genio, y le dije que no pienso eso. Porque no quise estropear un día normal. No le dije que a lo mejor soy el *Moshiach*. La muñeca ya está mejor. Si quieres saber cómo me la disloqué, fue por subir al tejado, porque llegué a la Escuela Hebrea temprano y la puerta estaba cerrada y había una escalera de mano atada a un lado del edificio.

La escalera estaba oxidada, pero por lo demás no fue tan difícil. Había un gran charco de agua en medio del tejado y decidí ver qué pasaría si hacía botar la pelota allí dentro y trataba de atraparla. ¡Fue divertido! Lo hice unas quince veces hasta que la pelota saltó fuera. Así que me eché de espaldas mirando el cielo. Conté tres aviones. Empecé a aburrirme y decidí bajar. Era más difícil que subir, porque tenía que ir para atrás. Hacia la mitad pasé por el lado de la ventana de una clase. Como vi a la señora Zucker, supe que era la de los *daleds*.

(Por si te interesa saberlo, este año yo soy *hay*). No oía lo que decía la señora Zucker, así que traté de leerle los labios. Para verla mejor tuve que inclinarme mucho hacia un lado. Arrimé la cara al cristal y de repente todos se volvieron a mirarme y yo saludé con la mano y entonces perdí el equilibrio. Me caí y el rabino Wizner dijo que era un milagro que no me hubiera roto nada, pero en el fondo durante todo el rato yo sabía que no corría peligro y que D--s no permitiría que me pasara nada porque es casi seguro que soy un *lamed vovnik*.

11 de abril

יהוה

Hoy ha sido mi quinto día de normal. Dice Alma que si fuera normal mi vida sería más fácil, por no hablar de la de los demás. Me han quitado la escayola de la muñeca y ahora duele sólo un poco. Probablemente dolió mucho más cuando me la rompí a los seis años, pero no me acuerdo.

Me salté varias páginas hasta llegar al

27 de junio

יהוה

Hasta hoy he ganado 295,50 dólares vendiendo limo-nada. ¡O sea, 591 vasos! El mejor cliente es el señor Goldstein, que me compra diez vasos de una vez porque tiene mucha sed. Y también el tío Julian, que un día me dio 20 dólares. Sólo me faltan 384,50 dólares.

28 de junio

יהוה

Hoy casi hago algo anormal. Pasaba por delante de una casa en construcción de la calle Cuatro y he visto un tablón apoyado contra el andamio; no había nadie, y yo quería llevármelo. No habría sido un robo corriente porque esa cosa especial que estoy construyendo ayudará a la gente y D--s quiere que la construya. Pero sabía que si lo robaba y alguien lo descubría habría problemas y Alma tendría que venir a buscarme y se enfadaría conmigo. Pero apuesto a que se le pasará el enfado cuando empiece a llover y yo le diga qué es eso que he empezado a construir. Ya he recogido mucho material, casi todo cosas que la gente tira a la basura. Una cosa muy necesaria y muy difícil de encontrar es porexpán, porque flota. Ahora mismo no tengo mucho. A veces me da miedo que empiece a llover antes de que termine mi construcción.

Si Alma supiera lo que va a ocurrir creo que tampoco se habría enfadado tanto cuando le escribí **יהוה** en la libreta. He leído los tres tomos de *Cómo sobrevivir en la naturaleza*. Son buenos y están llenos de informaciones interesantes y útiles. Una parte dice lo que hay que hacer si estalla una bomba nuclear. Aunque no creo que estalle una bomba nuclear, por si acaso, lo leí atentamente. Luego decidí que si estalla la bomba antes de que yo llegue a Israel y empieza a caer ceniza por todas partes como si nevara, haré ángeles. Podré entrar en todas las casas que quiera porque ya no habrá nadie. No podré ir al colegio, pero tampoco importa mucho porque allí no aprendemos nada importante, como por ejemplo lo que pasa cuando te has muerto. De todos modos, no hablo en serio, porque no va a estallar una bomba. Lo que va a venir es una inundación.

22. Y SEGUÍA LLOVIENDO



Aquí estamos juntos

En su última mañana en Polonia, después de que su amigo se hundiera la gorra hasta los ojos y desapareciera por aquella esquina, Litvinoff volvió a su habitación. Ya estaba vacía, sin los muebles, que habían sido vendidos o regalados. Sacó del abrigo el gran sobre color marrón. Estaba cerrado y encima, escrito con la letra de su amigo, se leía: «Guardar para Leopold Gursky hasta que vuelvas a verlo». Litvinoff lo introdujo en el portafolios de la maleta. Fue a la ventana y miró por última vez el pequeño cuadrado de cielo. A lo lejos sonaban campanas, como habían sonado mientras él trabajaba o dormía, cientos de veces, tantas que casi parecían la percusión de su propio pensamiento. Pasó los dedos por la pared, acribillada de marcas de las tachuelas con que prendía las fotos y los artículos recortados del periódico. Se miró en el espejo, para poder recordar después cuál era exactamente el aspecto que tenía aquel día.

Sentía un nudo en la garganta. Por enésima vez se palpó los bolsillos, para cerciorarse de que llevaba el pasaporte y los billetes. Luego miró el reloj, suspiró, agarró la maleta y salió.

Si al principio Litvinoff no pensó mucho en su amigo, ello se debía a que ocupaban su mente otras muchas cosas. Gracias a las maniobras de su padre, a quien debía un favor alguien que conocía a alguien, se le había concedido un visado para España. De España iría a Lisboa y allí pensaba embarcar para Chile, donde vivía un primo de su padre. Una vez a bordo del barco, otras cuestiones reclamaron su atención: el mareo, el miedo al agua oscura, meditaciones acerca del horizonte, especulaciones sobre la vida en el fondo marino, accesos de nostalgia, el avistamiento de una ballena, el descubrimiento de una francesita morena.

Cuando al fin arribaron al puerto de Valparaíso y Litvinoff desembarcó con paso inseguro («piernas de mar», decía aún años después cuando, sin causa aparente, volvía a sentir aquel temblor de las rodillas), tuvo que atender otros asuntos. Durante los primeros meses trabajaba en lo que encontraba: primero en una fábrica de embutidos, de la que lo despidieron al tercer día porque se equivocó de tranvía y llegó quince minutos tarde, y después en una tienda de comestibles. Un día, cuando iba a hablar con un capataz que, según le habían dicho, necesitaba gente, Litvinoff se

perdió y desembocó frente a las oficinas del periódico local. Las ventanas estaban abiertas y se oía teclear de máquinas de escribir. Sintió nostalgia. Pensó en sus colegas del diario, lo que le recordó el escritorio con las oraciones grabadas en la madera que él recorría con el dedo para ayudarse a pensar, lo que a su vez le recordó su máquina de escribir, en la que la S se encallaba, de modo que a veces en sus textos se leía: «sssu muerte deja un gran vacío en lasss vidasss de aquelloss a quienesss tanto ayudó», lo que le recordó el olor de los cigarrillos baratos que fumaba el jefe, lo que le recordó su ascenso de eventual a redactor de plantilla, encargado de las notas necrológicas, lo que le recordó a Isaac Babel, y hasta aquí se permitió llegar antes de ahogar la nostalgia y alejarse calle abajo a paso rápido.

Finalmente, encontró trabajo en una farmacia: su padre era farmacéutico y Litvinoff había asimilado los conocimientos suficientes para ser útil en la pulcra tienda de un anciano judío, situada en un barrio tranquilo. Hasta entonces, cuando por fin tuvo una posición estable que le permitió alquilar una habitación, no había podido deshacer las maletas. En el portafolios de una de ellas encontró el sobre marrón con la inscripción manuscrita de su amigo. Una ola de tristeza le estalló en la cabeza. Sin saber por qué, de pronto recordó una camisa blanca que había dejado secándose en el tendedero del patio de Minsk.

Trató de recordar el aspecto de la cara que había visto en el espejo aquel último día. No pudo. Cerró los ojos, rememorando. Pero lo único que acudía a su mente era la expresión de su amigo, en la esquina de aquella calle. Con un suspiro, metió el sobre en la maleta vacía, la cerró y la guardó en el armario.

Todo el dinero que le quedaba después de pagar el alquiler y la comida lo ahorra para pagar el viaje de Miriam, su hermana menor. De todos los hermanos, ellos dos eran los que menos tiempo se llevaban y los que más se parecían, hasta el punto de que, cuando eran pequeños, los tomaban por gemelos, a pesar de que ella era rubia y llevaba gafas de carey. Miriam estudiaba Derecho en Varsovia hasta que le prohibieron asistir a clase.

El único dispendio que se permitió fue la compra de una radio de onda corta. Todas las noches hacía girar el dial, explorando el continente sudamericano hasta que encontraba la nueva emisora *The Voice of America*. El poco inglés que sabía le bastaba para seguir con angustia el avance de los nazis.

Hitler rompió el pacto con Rusia e invadió Polonia. Las cosas iban de mal en peor.

Las pocas cartas que recibía de amigos y familiares llegaban cada vez más espaciadas, y se hacía difícil saber qué ocurría en realidad. La antepenúltima carta que recibió de su hermana, en la que le decía que se había enamorado de otro estudiante de Derecho y se habían casado, incluía una foto que les habían hecho cuando ella y Zvi eran pequeños. En el reverso, Miriam había escrito:

«Aquí estamos juntos».

Por la mañana, Litvinoff hacía el café mientras oía a los perros vagabundos pelear en el callejón. Esperaba el tranvía cociéndose ya al sol. Almorzaba en la trastienda, rodeado de cajas de píldoras, polvos, jarabe de cereza y cintas para el pelo, y volvía a casa por la noche, después de fregar el suelo y sacar brillo a todos los botes hasta ver reflejada en ellos la cara de su hermana. No tenía muchos amigos. Ya no se dedicaba a hacer amigos. Cuando no trabajaba, escuchaba la radio. Escuchaba hasta quedarse dormido en la silla, exhausto, y aun entonces seguía escuchando y la voz de la radio se mezclaba con sus sueños. En su entorno había otros refugiados que también sentían miedo e impotencia, pero eso no le servía de consuelo. Y es que en el mundo existen dos clases de personas: las que prefieren la tristeza en compañía y las que prefieren la tristeza en soledad. Litvinoff prefería la soledad. Si lo invitaban a cenar, rehusaba con cualquier excusa. Un domingo en que su casera lo invitó a tomar el té, él le dijo que tenía que acabar una cosa que estaba escribiendo.

—¿Escribe usted? —preguntó la mujer, sorprendida—. ¿Qué escribe?

A Litvinoff ya no le importaba mentira más o menos, así que sin pensarlo mucho respondió:

—Poesía.

Cundió el rumor de que era poeta. Y Litvinoff, halagado, no hizo nada por desmentirlo. Al contrario, se compró un sombrero como el que usaba Alberto Santos-Dumont, quien, al decir de los brasileños, fue el hombre que realizó el primer vuelo de la historia que tuvo éxito y cuyo sombrero de jipijapa, según había oído Litvinoff, deformado de tanto abanicar el motor del avión, aún tenía mucho predicamento entre los hombres de letras.

Pasaba el tiempo. El anciano judío alemán murió mientras dormía, la farmacia se cerró y, en parte gracias a los rumores de sus aptitudes literarias, Litvinoff fue contratado para dar clase en una escuela judía. Terminó la guerra.

Poco a poco, Litvinoff fue enterándose de lo que les había ocurrido a su hermana Miriam, a sus padres y a cuatro de sus hermanos (lo que había sido de Andre, el mayor, sólo pudo deducirlo por el cálculo de probabilidades).

Aprendió a vivir con la verdad. No a aceptarla, sino a vivir con ella. Era como vivir con un elefante. Pero su habitación era muy pequeña, y cada mañana tenía que batallar para abrirse paso hasta el cuarto de baño. Si quería sacar unos calzoncillos del armario, había de arrastrarse por debajo de la verdad, rezando para que a ella no se le ocurriera sentarse en aquel momento. Cuando cerraba los ojos por la noche, la sentía cernirse sobre él.

Perdía peso. Toda su persona parecía encogerse, menos las orejas, que se le doblaban, y la nariz, que se le afilaba, dándole un aire de melancolía. El año en que cumplía los treinta y dos se le caía el pelo a puñados. Descartó el sombrero de

jipijapa y ahora iba a todas partes con un grueso abrigo en cuyo bolsillo interior guardaba un papel muy gastado que había llevado encima durante años y que empezaba a romperse por los dobleces. En la escuela, los niños hacían ademán de lanzarse piojos unos a otros si él los rozaba al pasar.

Éste era el estado de Litvinoff cuando Rosa empezó a fijarse en él, en los cafés frente al mar donde él solía sentarse a leer una novela o una revista de poesía (al principio para justificar su reputación y después por verdadero interés). Aunque lo que en realidad lo llevaba allí era el deseo de retrasar la vuelta a casa, donde estaría esperándolo la verdad. En el café se permitía un poco de olvido. Se abstraía contemplando las olas, observaba a los estudiantes, escuchaba sus debates, que eran los mismos que él mantenía cuando era estudiante, cien años atrás (es decir, doce). Hasta sabía los nombres de algunos.

Incluido el de Rosa. ¿Y cómo no, si siempre estaban nombrándola?

La tarde en que ella se acercó a su mesa y, en lugar de seguir adelante para reunirse con algún joven, se detuvo y con simpática espontaneidad le preguntó si podía sentarse, Litvinoff pensó que aquello era una broma. Ella tenía una melena negra y reluciente, cortada a ras de la barbilla, lo que resaltaba su nariz rotunda, y llevaba un vestido verde (después, Rosa sostendría que era rojo, rojo con lunares negros, pero Litvinoff se negó a renunciar al recuerdo de un vestido sin mangas, de gasa color esmeralda). Hasta que la joven llevaba ya media hora sentada a su mesa y sus amigos se habían desentendido de ellos y reanudado sus conversaciones, no se convenció Litvinoff de que el gesto había sido sincero.

Se hizo una pausa incómoda. Rosa sonrió.

—No me he presentado —dijo.

—Tú eres Rosa —dijo él.

A la tarde siguiente, Rosa acudió al segundo encuentro, tal como había prometido. Cuando ella miró el reloj y advirtió lo tarde que era, concertaron una tercera cita, y luego ya no hizo falta concertar la cuarta. La quinta tarde, contagiado de la juvenil espontaneidad de Rosa —en plena discusión acerca de quién era más grande, si Neruda o Darío—, Litvinoff se sorprendió a sí mismo al proponerle ir a un concierto. Al ver que Rosa accedía con entusiasmo, él pensó que, en virtud de algún milagro, aquella muchacha encantadora podía realmente estar empezando a sentir algo por él. Fue como si hubieran hecho sonar un gong en su pecho. La revelación le reverberó en todo el cuerpo.

Unos días después del concierto, fueron al parque a merendar. Al domingo siguiente dieron un paseo en bicicleta. A la séptima cita vieron una película. Al salir del cine, Litvinoff la acompañó a su casa. Estaban en el portal, comentando las carencias interpretativas de Grace Kelly y contraponiéndolas a su increíble belleza cuando, de repente, Rosa adelantó la cara y le dio un beso. O por lo menos lo intentó,

porque Litvinoff, desprevenido, se echó hacia atrás y ella quedó inclinada hacia delante con el cuello estirado en un ángulo extraño.

Durante toda la película, él había estado dosificando la aproximación de las respectivas partes del cuerpo con creciente placer. Pero el proceso era lento, por pequeñas fracciones, y la brusca acometida de la nariz de Rosa casi hizo que se le saltaran las lágrimas. Al percatarse de su error, él adelantó la cara, tratando de salvar el vacío a ciegas. Pero para entonces Rosa ya había hecho recuento de bajas y se había retirado a territorio más seguro. Litvinoff mantuvo la postura hasta que un efluvio del perfume de Rosa le cosquilleó en la nariz, e inició el repliegue. O lo intentó, porque entonces Rosa, decidida a evitar riesgos, adelantó los labios en el espacio en litigio, olvidando momentáneamente su apéndice nasal, que se le hizo presente una fracción de segundo después, al colisionar con el de Litvinoff en el instante en que sus respectivos labios chocaban. Puede decirse, por tanto, que su primer beso los hizo hermanos de sangre.

En el autobús de regreso a su casa, Litvinoff estaba delirante. Sonreía a todo el que lo miraba. Bajó por la calle silbando. Pero, al meter la llave en la cerradura, sintió que el frío le entraba en el corazón. Se quedó de pie en medio la habitación a oscuras, pensando: Pero hombre, por Dios, ¿dónde tienes la cabeza? Qué puedes ofrecer tú a una muchacha como ella, no seas iluso, la vida te ha destrozado y tus trozos se han perdido, ya no queda de ti nada que ofrecer, y eso no podrás ocultarlo siempre. Antes o después, ella descubrirá la verdad: que eres sólo una cascara de hombre, y un simple golpe que te dé con los nudillos le revelará que estás vacío.

Estuvo largo rato con la frente apoyada contra la ventana, pensando. Luego se desnudó. A tientas, lavó el calzoncillo y lo colgó del radiador. Puso la radio y el dial se iluminó cobrando vida, pero un minuto después la apagó y un tango quedó cortado por el silencio. Estaba sentado en la silla, desnudo. Una mosca se le posó en el fruncido pene. Litvinoff murmuró unas palabras. Y, como le pareció que aquello le hacía bien, siguió murmurando. Eran palabras que sabía de memoria, estaban escritas en el papel que llevaba doblado en el bolsillo del pecho desde aquella noche, hacía años, en que había velado a su amigo enfermo, rezando para que no muriera. Las había dicho tantas veces, incluso sin darse cuenta, que había momentos en los que olvidaba que no eran suyas.

Aquella noche bajó la maleta del armario. Metió la mano en el portafolios buscando el grueso sobre. Lo sacó y se sentó con él en las rodillas. No lo había abierto, pero sabía lo que contenía, desde luego. Cerrando los ojos para protegerlos de la luz, levantó la mano y encendió la lámpara.

«Guardar para Leopold Gursky hasta que vuelvas a verlo».

Después, por mucho que intentara esconder esta frase en el cubo de la basura, debajo de las pieles de naranja y los posos del café, siempre salía a la superficie.

Hasta que una mañana Litvinoff sacó el sobre vacío cuyo contenido estaba ahora guardado en el escritorio y, tragándose las lágrimas, encendió una cerilla y vio arder la letra de su amigo.



Morir riendo

—¿Qué dice ahí?

Estábamos bajo las estrellas en la estación Grand Central, o eso se suponía, ya que antes podría tocarme las orejas con los pies que echar la cabeza atrás para ver lo que hay encima de mí.

—¿Qué dice ahí? —repitió Bruno dándome un codazo en las costillas mientras yo levantaba la barbilla un grado más hacia el tablero de salidas. El labio superior se me despegó del inferior, para librarse del peso de la mandíbula—. Date prisa —me apremió.

—Calma, hombre —le dije, pero como tenía la boca abierta sonó:

«Cal'ambre». Casi no veía los números—. Nueve cuarenta y cinco —dije, pero sonó «ueve renticinco».

—¿Y qué hora es ahora? —inquirió Bruno.

Poco a poco, bajé la mirada al reloj.

—Las nueve cuarenta y tres.

Echamos a correr. Mejor dicho, a movernos como se mueven dos personas que tienen todas las articulaciones deterioradas y quieren tomar un tren que está a punto de partir. Yo iba en cabeza, pero Bruno me pisaba los talones.

Entonces Bruno, que para ganar velocidad había descubierto una manera de mover los codos que yo no sabría describir, me adelantó y, durante un momento, le fui a la zaga mientras él —es un decir— cortaba el viento. Yo me había concentrado en su nuca cuando, de pronto, desapareció de mi vista. Miré hacia atrás y lo vi en el suelo: había perdido un zapato.

—¡Sigue! —me gritó. Yo me detuve, sin saber qué hacer—. ¡¡Sigue!! —gritó otra vez.

De modo que seguí, y al poco vi que él había tomado un atajo y corría otra vez delante de mí, con el zapato en la mano.

«Vía 22, el tren va a efectuar su salida».

Bruno se precipitó escaleras abajo hacia el andén. Yo lo seguía. Ya era casi seguro que llegábamos a tiempo. Y sin embargo. Con un inesperado cambio de planes, en el momento de subir al tren mi amigo se paró en seco. Yo no pude frenar y entré en

tromba en el vagón. Las puertas se cerraron a mi espalda. Él me sonrió a través del cristal. Yo golpeé la puerta con el puño. «¡Maldita sea, Bruno!» Él agitó una mano. Sabía que solo yo no iría. Y sin embargo. Sabía que necesitaba ir. Solo. El tren arrancó. Él movió los labios. Yo traté de leer en ellos.

«Buena», dijeron. Aquí sus labios se detuvieron. ¿Buena qué?, le hubiera gritado. ¿Qué es lo que puede ser bueno? Y entonces añadieron: «suerte». El tren salió de la estación y aceleró hacia la oscuridad.

Cinco días después de la llegada del sobre marrón con las páginas del libro que yo había escrito medio siglo antes, salía de la ciudad con la intención de recuperar el libro que había escrito medio siglo después. O, en otras palabras: una semana después de la muerte de mi hijo, yo iba camino de su casa. En cualquier caso, estaba solo.

Encontré un asiento de ventanilla y traté de recuperar el aliento. Corríamos por un túnel. Apoyé la cabeza contra el cristal. Alguien había grabado en él «buenas tetas». Imposible no preguntarse de quién. El tren salió a una luz turbia y con lluvia. Era la primera vez en mi vida que tomaba un tren sin billete.

Un hombre que subió en Yonkers se sentó a mi lado. Sacó un librito. Las tripas me crujían. No había comido nada; sólo había tomado un café en el Dunkin Donuts con Bruno, muy temprano. Fuimos los primeros clientes.

—Póngame un donut de jalea y uno azucarado —dijo Bruno.

—Póngale uno de jalea y uno azucarado —dije—. Y para mí un café pequeño.

El hombre del gorro de papel me miró y repuso:

—Es más barato el mediano.

América, Dios la bendiga.

—Está bien, uno mediano —dije.

El hombre se alejó y volvió con el café.

—Póngame uno de crema bávara y un glaseado —dijo Bruno. Le lancé una mirada—. ¿Qué pasa? —dijo encogiéndose de hombros.

—Póngale el de crema... —dije.

—Y uno de vainilla —añadió Bruno. Lo miré con severidad—. Mea culpa —dijo.

—Vainilla. Ve a sentarte —le dije. Él no se movió—. ¡Siéntate!

—Mejor uno normal —dijo él.

El de crema desapareció en cuatro bocados. Bruno se lamió los dedos, luego acercó el normal a la luz.

—Es un donut, no un diamante —dije.

—Está rancio —dijo él.

—Cómetelo de todos modos —repliqué.

—Cámbiemelo por uno de manzana —pidió Bruno.

El tren dejó atrás la ciudad. A uno y otro lado se extendían campos verdes.

Hacía días que llovía, y seguía lloviendo.

Muchas veces había imaginado el lugar donde vivía Isaac. Lo había buscado en el mapa. Un día hasta llamé a información: «¿Cómo puedo ir desde Manhattan hasta donde vive mi hijo?» Lo había imaginado todo hasta el último detalle. ¡Tiempos felices! Le llevaría un regalo. Quizá un tarro de mermelada.

Sin ceremonias. Ya era tarde para eso. Quizá nos lanzáramos una pelota en el césped. Aunque yo no sé atrapar. Francamente, tampoco sé lanzar. Y sin embargo. Hablaríamos de béisbol. Sigo los campeonatos desde que Isaac era niño. Él era de los Dodgers y yo también. Quería ver lo que él veía y oír lo que él oía. Me mantenía al día de la música pop. Los Beatles, los Rolling Stones, Bob Dylan... *Lay, lady, lay* no es tan difícil de entender. Por la noche, al volver del trabajo pedía la cena al señor Tong. Luego sacaba un disco de la funda, lo ponía en el plato, bajaba la aguja y me sentaba a escuchar.

Cada vez que Isaac se mudaba, yo trazaba la ruta entre mi casa y la suya.

La primera vez él tenía once años. Yo solía apostarme en la acera frente a su escuela de Brooklyn a esperar, sólo para verlo un momento y quizá, si había suerte, oír su voz. Un día lo esperaba como de costumbre pero él no salía. Pensé que tal vez estaba castigado. Se hizo de noche, apagaron las luces de la escuela y él no salió. Al día siguiente volví, esperé y tampoco salió. Aquella noche imaginé lo peor. No podía dormir pensando en todas las cosas terribles que podían haberle ocurrido a mi hijo. A pesar de que me había prometido a mí mismo no hacerlo nunca, por la mañana me levanté temprano y pasé por delante de su casa. No pasé: me paré al otro lado de la calle. Lo esperaba a él, o a Alma, o incluso al *shlemiel* del marido. Y sin embargo. No vi a nadie. Al fin paré a un chico que había salido del edificio. «¿Conoces a la familia Moritz?» Él me miró fijamente. «Sí, ¿qué pasa?», dijo. «¿Aún viven ahí?», pregunté. «¿A usted qué le importa?», respondió y se alejó calle abajo haciendo botar una pelota. Lo seguí y lo cogí por el cuello. Ahora me miró con miedo. «Se han ido a vivir a Long Island», dijo y echó a correr.

Una semana después recibí una carta de Alma. Tenía mi dirección porque yo siempre le mandaba una postal en su cumpleaños. «Feliz cumpleaños. De Leo», escribía. Rasgué el sobre. «Sé que vas a verlo —leí—. No me preguntes cómo, pero lo sé. Espero el día en que él me pida que le diga la verdad. A veces, cuando lo miro a los ojos, te veo a ti. Y pienso que tú eres el único que podría contestar sus preguntas. Oigo tu voz como si te tuviera a mi lado».

Leí la carta no sé cuántas veces. Pero esto no es lo que importa. Lo que importa es que, en la esquina superior izquierda del sobre, ella había escrito la dirección: «121 Atlantic Avenue, Long Beach. N.Y.».

Saqué el mapa y memoricé el itinerario. Yo solía imaginar desastres, inundaciones, terremotos, un caos mundial que me diera ocasión de ir a buscarlo y llevármelo debajo del abrigo. Cuando abandoné la esperanza de que llegara el

cataclismo, empecé a soñar que nos encontrábamos por casualidad.

Fantaseaba sobre las posibilidades de que nuestras vidas se cruzaran: de que un día me encontrara sentado a su lado en un tren, o en la sala de espera del médico. Pero al final comprendía que sólo dependía de mí. Cuando murió Alma, y dos años después, Mordecai, ya no existía obstáculo alguno. Y sin embargo.

Dos horas después, el tren entró en la estación. Pregunté a la persona que estaba en la taquilla cómo podía conseguir un taxi. Hacía mucho tiempo que no salía de la ciudad. Estaba asombrado ante el verdor de todas las cosas.

Circulamos durante un rato. Dejamos la carretera principal por otra más estrecha y luego otra más estrecha aún. Al final subimos por un camino desigual que cruzaba un bosque solitario. Se me hacía difícil imaginar a un hijo mío viviendo en semejante sitio. Supongamos que se le antojaba comer pizza; ¿adónde iría? Supongamos que le apetecía ir al cine, o ver besarse a las parejas en Union Square.

Apareció una casa blanca. Un viento suave empujaba las nubes. Por entre los árboles vi un lago. Yo había imaginado su casa muchas veces. Pero nunca Con lago. Este fallo me dolió.

—Déjeme aquí mismo —dije antes de que saliéramos del bosque.

Pensé que podía haber alguien en la casa. Que yo supiera, Isaac vivía solo, pero nunca se sabe. El taxi se detuvo. Pagué, me apeé y el coche se alejó por el camino, marcha atrás. Me inventé un pretexto, que se me había averiado el coche y necesitaba telefonar. Inspiré hondo y me subí el cuello de la gabardina para protegerme de la lluvia.

Llamé con los nudillos. Vi un timbre y lo pulsé. Yo sabía que él había muerto, pero una pequeña parte de mí aún mantenía la esperanza. Imaginaba su cara cuando abriera la puerta. ¿Qué le hubiera dicho yo a mi único hijo?

Perdóname, tu madre no me amaba como yo quería ser amado; ¿o quizá yo no la amaba como ella necesitaba ser amada? Y sin embargo. No abrían. Esperé, para estar seguro. Como no venía nadie, rodeé la casa. En el jardín había un árbol que me recordó aquel en que yo había grabado nuestras iniciales, A + L, sin que ella llegara a saberlo, como durante cinco años tampoco yo había sabido que la suma de nosotros dos había dado un niño.

Los zapatos me resbalaban en el barro y la hierba. Vi un bote de remos amarrado al embarcadero. Miré hacia el otro lado del lago. Debía de ser buen nadador. Había salido a su padre, pensé con orgullo. Mi propio padre, que sentía un gran respeto por la naturaleza, nos había lanzado al río a todos nosotros, de recién nacidos, antes de que se cortaran por completo, decía él, nuestros lazos con los anfibios. Mi hermana Hanna echaba la culpa de su tartamudez al trauma de la zambullida. Me gusta pensar que yo habría actuado de otro modo con mi hijo. Lo habría sostenido en brazos. Y le habría dicho:

«Hubo un tiempo en que eras un pez». «¿Un pez?», habría preguntado él. «Ya lo has oído: un pez». «¿Cómo lo sabes?» «Porque yo también fui pez». «¿Tú también?» «Pues claro. Hace mucho tiempo». «¿Cuánto tiempo?» «Mucho. Y como eras pez sabías nadar». «¿Yo sabía nadar?» «Desde luego. Eras un gran nadador. Un campeón. Adorabas el agua». «¿Por qué?» «¿Cómo que por qué?» «¿Por qué adoraba el agua?» «¿Porque el agua era tu vida!» Y, mientras hablábamos, yo habría ido soltándolo poco a poco, primero un dedo y luego otro, hasta que, sin darse cuenta, él habría estado flotando sin mí.

Y entonces pensé: Quizá sea eso lo que significa ser padre, enseñar a tu hijo a vivir sin ti. Si es así, no ha habido mejor padre que yo.

Había una puerta trasera con un solo cierre, un simple cerrojo de clavija, mientras que la principal tenía dos cerraduras. Llamé por última vez y, como no había respuesta, puse manos a la obra. Tardé un minuto en abrirla. Hice girar el picaporte y empujé. Me quedé en el umbral.

—¿Hola? —llamé.

Silencio. Sentí un escalofrío en la espalda. Entré y cerré la puerta. Olía a humo de leña.

Es la casa de Isaac, me dije. Me quité la gabardina y la colgué de un gancho al lado de una chaqueta. Era de tweed marrón, con forro de seda del mismo color. Me acerqué una manga a la mejilla. Pensé: Es su chaqueta. Aspiré. Olía un poco a colonia. La descolgué y me la puse. Las mangas me estaban largas.

Pero. No importaba. Me las subí. Me quité los zapatos, sucios de barro. Vi un par de zapatillas de deporte con las punteras curvadas. Me las calcé, como un atleta. Eran por lo menos tres números mayores que mis zapatos. Mi padre tenía los pies muy pequeños, y durante la boda de mi hermana, que se casaba con un chico del pueblo de al lado, miraba con tristeza los grandes pies de su nuevo yerno. ¡La impresión que le hubiera causado ver los de su nieto!

Así entré en casa de mi hijo: vestido con su chaqueta y calzado con sus zapatillas. Tan cerca de él como nunca lo había estado. Y tan lejos.

Por el estrecho pasillo fui hasta la cocina y me paré en medio, esperando oír las sirenas de la policía, pero no sonaron.

Había un plato sucio en el fregadero. Un vaso puesto a escurrir boca abajo, una bolsita de té acartonada en un platillo. En la mesa se había derramado un poco de sal. Una postal estaba sujeta a la ventana con cinta adhesiva. La desprendí y miré el reverso. Decía: «Querido Isaac: Te envío esta postal desde España, donde estoy viviendo hace un mes. Escribo para decirte que no he leído tu libro ni pienso leerlo».

A mi espalda sonó un golpe seco. Me oprimí el pecho con la mano. Pensé que si volvía la cabeza me encontraría con el fantasma de Isaac. Pero era sólo el viento, que había abierto la puerta. Con manos temblorosas, dejé la postal en su sitio y me quedé

quieto en medio del silencio, con el corazón desbocado.

Las tablas del suelo crujían bajo mi peso. Había libros por todas partes.

Bolígrafos, un jarro de cristal azul, un cenicero del Dolder Grand de Zúrich, la saeta oxidada de una veleta, un pequeño reloj de arena de cobre, erizos de mar en el alféizar, unos prismáticos, una botella de vino que servía de candelabro, con churretes de cera. Yo tocaba este objeto y el otro. Al final, lo único que queda de ti son tus cosas. Quizá por eso nunca he podido tirar nada. Quizá por eso he acumulado tantas cosas: por la ilusión de que, a mi muerte, la suma de mis pertenencias sugiera una vida más grande que la vivida por mí.

Sentí que se me iba la cabeza y me agarré a la repisa de la chimenea. Volví a la cocina de Isaac. No tenía apetito pero abrí el frigorífico, porque el médico dice que no esté sin comer; es por algo de la presión. Un hedor me atacó la nariz: sobras de pollo echadas a perder. Las tiré, junto con unos melocotones marrones y un trozo de queso mohoso. Luego lavé el plato que había en el fregadero. No sé describir lo que sentí mientras realizaba estos pequeños actos en casa de mi hijo. Los hacía con amor. Puse el vaso en el armario. Tiré la bolsita de té y aclaré el platillo. Probablemente habría personas —el hombre de la corbata de lazo amarilla o un futuro biógrafo— que querían que las cosas siguieran tal como Isaac las había dejado. Quizá un día personas como esas que guardaron el vaso del que Kafka bebió el último trago o el plato en que Mandelstam comió su último bocado, hicieran un museo de su vida. Isaac fue un gran escritor, el escritor que yo nunca hubiera podido ser. Y sin embargo.

También era mi hijo.

Subí la escalera. A cada puerta, cada armario, cada cajón que abría, descubría algo nuevo de Isaac y, a cada descubrimiento, su ausencia se hacía más real y, cuanto más real, más increíble. Abrí el armario botiquín. Había dos botes de talco. Yo ni siquiera sé lo que es el talco ni para qué se usa, pero este simple detalle de su vida me conmovió más que cualquier circunstancia que pudiera imaginar. Abrí el ropero y hundí la cara en sus camisas. Le gustaba el *azul*. Levanté un par de zapatos ingleses de color marrón. Los tacones estaban muy gastados. Metí la nariz y aspiré. En la mesita de noche encontré su reloj de pulsera y me lo puse. La correa tenía una muesca en el agujero en que él la abrochaba. La muñeca de Isaac era más gruesa que la mía. ¿Cuándo se había hecho más corpulento que yo? ¿Qué hacía yo, y qué hacía él, en el momento en que mi hijo me había aventajado en tamaño?

La cama estaba hecha. ¿Había muerto en ella? ¿O presintió la llegada de la muerte y se levantó para saludar el regreso a la niñez, cayendo fulminado?

¿Qué fue lo último que miró? ¿El reloj que ahora estaba en mi muñeca, parado a las 12.38? ¿El lago que se extendía al otro lado de la ventana? ¿Una cara? ¿Sintió dolor?

En toda mi vida, sólo una persona ha muerto en mis brazos. Fue en el invierno de

1941, cuando trabajaba de portero en un hospital. Estuve poco tiempo, porque enseguida me echaron. Pero una noche, la última semana, estaba fregando el suelo cuando oí que alguien vomitaba. Era en la habitación de una mujer que tenía una enfermedad de la sangre. Corrí hacia allí. Ella se retorció con fuertes convulsiones. La rodeé con los brazos. Creó poder decir que, en aquel momento, los dos sabíamos lo que estaba a punto de suceder.

Aquella mujer tenía un hijo. Yo lo había visto visitarla con su padre. Un niño con los zapatos relucientes y un abrigo de botones dorados. No hacía más que jugar con un cochecito, sin mirar a su madre más que cuando ella le hablaba.

Quizá estaba enfadado porque hacía mucho tiempo que los había dejado solos a él y a su padre. Yo miraba a la cara a la mujer, pensando en el niño, que crecería sin poder perdonarse a sí mismo. En aquel momento sentí cierta satisfacción y orgullo, y hasta superioridad, por cumplir la función que él no podía realizar. Y menos de un año después, el hijo que no estaba al lado de su madre cuando ella moría era yo.

Sonó un ruido detrás de mí. Un crujido. Esta vez no volví la cabeza. Cerré los ojos con fuerza. «Isaac», susurré. Me asustó el sonido de mi propia voz, pero proseguí. «Quiero decirte...» Aquí me interrumpí. ¿Decirte qué? ¿La verdad?

¿Qué es la verdad? ¿Que para mí tu madre y mi vida eran una misma cosa? No.

«Isaac, la verdad es algo que yo me inventé para poder vivir».

Entonces me volví y me miré en el espejo de pared de Isaac. Un idiota vestido de idiota. Yo había venido a recuperar mi libro, pero ahora ya no me importaba si lo encontraba o no. Pensé: Que se pierda como todo lo demás. No importaba. Ya no.

Y sin embargo.

En un ángulo del espejo se reflejaba, desde el otro lado del pasillo, la máquina de escribir. No hacía falta que alguien me dijera que era igual que la mía. Yo había leído, en una entrevista que le había hecho un periódico, que hacía casi veinticinco años que escribía en una Olympia manual. Meses después, en una tienda de material de oficina de ocasión, vi una máquina del mismo modelo. El hombre dijo que funcionaba, y la compré. Al principio sólo la miraba; me gustaba pensar que también mi hijo la miraba. Día tras día, la máquina estaba allí, sonriéndome, como si las teclas fueran dientes. Luego tuve el ataque de corazón y ella siguió sonriendo, de manera que un día puse una hoja y escribí una frase.

Crucé el pasillo. Pensaba: ¿Y si encontrase mi libro ahí, en su mesa de trabajo? Entonces, de pronto, me di cuenta de lo extraño de la situación: yo con su chaqueta, mi libro en su mesa. Él con mis ojos, yo con sus zapatillas.

Lo único que quería era una prueba de que él lo había leído.

Me senté en su silla, ante la máquina de escribir. La casa estaba fría. Me ceñí su chaqueta. Me pareció oír una risa, pero me dije que era sólo el bote que crujía con la tormenta. Me pareció oír pasos en el tejado, pero me dije que era sólo algún animal

en busca de comida. Hice oscilar el cuerpo, como hacía mi padre cuando rezaba. Mi padre me dijo una vez: «Cuando un judío reza hace a Dios una pregunta que nunca se acaba».

Caía la tarde. Caía la lluvia.

No pregunté a mi padre: ¿qué pregunta?

Y ahora ya es tarde. Porque te perdí, *tateh*. Un día de primavera de 1939, un día de lluvia que dejó paso a un claro en las nubes, te perdí. Habías salido a recoger especímenes para una teoría que estabas urdiendo acerca de la lluvia, el instinto y las mariposas. Y entonces te fuiste. Te encontramos tumbado bajo un árbol, con la cara salpicada de barro. Comprendimos que ya eras libre, libre del pesar de unos resultados decepcionantes. Y te enterramos en el cementerio en que estaba enterrado tu padre, y su padre, a la sombra de un castaño. Tres años después perdí a *mameh*. La última vez que la vi llevaba un delantal amarillo.

Metía cosas en una maleta, la casa estaba revuelta. Me dijo que fuera al bosque.

Me dio un paquete de comida y me dijo que me pusiera el abrigo, a pesar de que estábamos en julio. «Vete», me dijo. Yo ya era muy mayor para obedecer sin rechistar, pero obedecí como un niño. Me dijo que ella iría al día siguiente.

Quedamos en encontrarnos en un lugar del bosque que conocíamos los dos. El nogal gigante que tanto le gustaba a *tateh*, porque decía que tenía cualidades humanas. Me fui sin despedirme. Quería creer que así era más fácil. Estuve esperándola. Pero. Ella no vino. Desde entonces he vivido con el remordimiento de haber comprendido, cuando ya era tarde, que ella pensaba que sería una carga para mí. Perdí a Fritz. Estaba estudiando en Vilna, *tateh*... alguien que conocía a alguien que conocía a alguien me dijo que lo habían visto por última vez en un tren. Perdí a Sari y Hanna por los perros. Perdí a Herschel por la lluvia. Perdí a Josef por una grieta del tiempo. Perdí el sonido de la risa. Perdí unos zapatos que me quité para dormir, los zapatos que me había dado Herschel habían desaparecido cuando desperté, anduve descalzo varios días hasta que me rendí y robé los zapatos a otro. Perdí a la única mujer a la que quise amar en mi vida. Perdí años. Perdí libros. Perdí la casa en que nací. Y perdí a Isaac. Así pues, ¿quién me asegura que, por el camino, sin darme cuenta, no he perdido también la razón?

Busqué por todas partes, pero no encontré mi libro. Aparte de mi persona, allí no había ninguna señal mía.



Si no, no

1. QUÉ ASPECTO TENGO DESNUDA

Cuando desperté en mi saco de dormir, había dejado de llover, mi cama estaba vacía y sin las sábanas. Miré el reloj. Eran las 10.03. También era 30 de agosto, lo que significaba que faltaban diez días para que empezara la escuela, un mes para que cumpliera quince años y sólo tres años para que fuera a la universidad, a empezar mi vida, cosa que, en aquel momento, no parecía probable. Por esta y otras razones sentía un peso en el estómago.

Me asomé a la habitación de Bird, al otro lado del pasillo. El tío Julian dormía con las gafas puestas y el segundo tomo de *La destrucción de los judíos europeos* abierto sobre el pecho. La obra fue un regalo que hizo a Bird una prima de mamá que vive en París y que se encariñó con mi hermano cuando fuimos a conocerla y tomar el té en su hotel. Nos dijo que su marido había estado en la Resistencia, y entonces Bird dejó de intentar construir una casa con terrones de azúcar para preguntar: «¿A quién resistía?» En el baño, me quité la camiseta y el pantalón del pijama, me puse de pie en el váter y me miré en el espejo. Traté de imaginar cinco adjetivos que describieran mi aspecto, y uno era «esquelética» y otro «orejuda». Pensé en ponerme un aro en la nariz. Cuando levanté los brazos por encima de la cabeza el pecho se me hizo cóncavo.

2. MI MADRE ME MIRA SIN VERME Cuando bajé, encontré a mamá sentada al sol, en quimono, leyendo el periódico.

—¿Me ha llamado alguien? —pregunté.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú cómo estás?

—No te he preguntado cómo estás.

—Ya lo sé.

—No habría que usar fórmulas de cortesía con la familia —dije.

—¿Por qué no?

—Sería preferible que cada cual dijera sólo lo que le interesa decir.

—¿Significa eso que no te interesa cómo estoy?

La miré furiosa.

—Estoy bien, gracias, ¿tú? —dije.

—Bien, gracias —dijo ella.

—¿Ha llamado alguien?

—¿Por ejemplo?

—Alguien.

—¿Estáis enfadados tú y Misha?

—No —dije abriendo el frigorífico y contemplando una mata de apio mustio.

Puse un panecillo en la tostadora y mi madre volvió la hoja del periódico, repasando los titulares. Me pregunté si se daría cuenta si yo dejaba que se carbonizara el panecillo.

—Cuando empieza *La historia del amor*, Alma tiene diez años, ¿verdad? —pregunté.

Mi madre levantó la mirada y asintió.

—¿Cuántos años tiene cuando termina?

—Es difícil decirlo. Hay muchas Almas en el libro.

—¿Cuántos años tiene la más vieja?

—No muchos. Quizá unos veinte.

—Entonces, ¿el libro termina cuando Alma tiene sólo veinte años?

—En cierto modo. Pero es más complicado. Hay capítulos en los que ni siquiera se la nombra. Y en el libro el concepto de tiempo e historia queda muy impreciso.

—¿En ningún capítulo se habla de una Alma que tenga más de veinte años?

—No —dijo mi madre—, me parece que no.

Tomé nota mental de que si Alma Mereminski era una persona real, Litvinoff probablemente se había enamorado de ella cuando ambos tenían unos diez años, y que debían de tener unos veinte cuando él la vio por última vez, antes de que ella se marchara a América. ¿Por qué, si no, iba a terminar el libro cuando ella era aún tan joven? Unté el panecillo con mantequilla de cacahuete y lo comí de pie, delante de la tostadora.

—¿Alma? —dijo mi madre.

—¿Qué?

—Ven, dame un beso —pidió, y se lo di, aunque no tenía muchas ganas en aquel momento—. ¿Cómo es posible que estés ya tan alta?

Me encogí de hombros, confiando en que no siguiera con eso.

—Voy a la biblioteca —mentí, aunque por su manera de mirarme comprendí que no me había oído, porque no era a mí a quien veía.

3. UN DÍA HABRÉ DE PAGAR POR TODAS LAS MENTIRAS QUE HE DICHO

En la calle, pasé por delante de Herman Cooper, que estaba sentado en los escalones de su casa. Había pasado todo el verano en Maine y había vuelto bronceado y con el permiso de conducir. Me preguntó si quería ir a pasear en su coche. Yo hubiera podido recordarle el rumor que había esparcido cuando yo tenía seis años, de que era puertorriqueña y adoptada, o aquel otro, cuando tenía diez, de que me había levantado las faldas en el sótano de su casa y se lo había enseñado todo. Pero sólo le dije que ir en coche me mareaba.

Volví al número 31 de la calle Chambers, esta vez para averiguar si en el registro de matrimonios figuraba Alma Mereminski. Detrás del mostrador del despacho 103 seguía el hombre de las gafas oscuras.

—Hola —dije.

Él levantó la mirada.

—La señorita Carne de Conejo. ¿Cómo estás?

—Muybiengraciasusted?

—Bien, supongo. —Volvió la página de la revista que estaba mirando y añadió—: Un poco cansado, ¿sabes?, y me parece que he pillado un resfriado, y esta mañana, al levantarme, me he encontrado con que la gata había vomitado, lo cual no habría sido tan grave si no lo hubiera hecho en mi zapato.

—Oh —dije.

—Y también he recibido el aviso de que van a cortarme la tele por cable porque me retrasé un poco en el pago, lo que significa que voy a perderme todos mis programas y, además, la planta que mi madre me regaló por Navidad se está poniendo un poco mustia y, si se muere, no voy a oír hablar de otra cosa.

Me quedé esperando, por si seguía, pero calló y dije:

—A lo mejor se casó.

—¿Quién?

—Alma Mereminski.

Él cerró la revista y me miró.

—¿No sabes si se casó tu bisabuela?

Repasé mis opciones.

—En realidad no era mi bisabuela.

—Creí que habías dicho...

—En realidad, ni siquiera es de la familia.

Él me miraba confuso y un poco molesto.

—Lo siento. Es una larga historia —dije, y una parte de mí quería que él me preguntara por qué buscaba a aquella mujer, para poder decirle la verdad: que en realidad no estaba segura, que había empezado buscando a alguien que pudiera hacer que mi madre volviera a ser feliz y, aunque no había renunciado a encontrarlo,

entretanto había empezado a buscar algo más, algo que tenía que ver con la primera búsqueda, pero era un poco diferente porque tenía que ver conmigo. Pero él sólo suspiró y preguntó:

—¿Se habría casado antes de mil novecientos treinta y siete?

—No estoy segura.

Él suspiró, se ajustó las gafas y me dijo que en el despacho 103 sólo tenían el registro de los matrimonios celebrados hasta 1937.

De todos modos miramos, pero no encontramos a ninguna Alma Mereminski.

—Pregunta en la Oficina de Empadronamiento —dijo con aire compungido—. Ellos tienen el registro más reciente.

—¿Dónde está?

—En el número uno de la calle Centre, despacho doscientos cincuenta y dos —dijo.

Yo nunca había oído hablar de la calle Centre y tuve que preguntar. Como no caía lejos, decidí ir andando y por el camino imaginé que por toda la ciudad había despachos que guardaban archivos de los que nadie había oído hablar, por ejemplo, de últimas palabras, mentiras inocentes y falsas descendientes de Catalina la Grande.

4. LA BOMBILLA ROTA

El hombre del mostrador, era viejo.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó cuando me llegó el turno.

—Me gustaría saber si una mujer llamada Alma Mereminski se casó, y el apellido del marido. El hombre asintió y anotó algo. —M-e-r... —empecé.

—... e-m-i-n-s-k-i —completó él—. ¿O es con Y?

—I —dije.

—Me lo parecía. ¿Cuándo se habría casado?

—No lo sé. Después de 1937. Si aún vive, tendrá unos ochenta años.

—¿Primeras nupcias?

—Creo que sí.

Él escribió en su bloc.

—¿Alguna idea de con quién pudo casarse? —Al ver que yo negaba con la cabeza, se humedeció la yema del dedo, volvió la página y siguió escribiendo—. ¿La boda habría sido civil o religiosa, la casaría un cura o quizá un rabino?

—Probablemente un rabino —dije.

—Me lo figuraba. —Abrió un cajón y sacó un tubo de pastillas para la garganta—. ¿Menta? —Rehusé—. ¡Coge una! —dijo, y cogí una. Él se metió la suya en la boca y empezó a chupar—. Había venido de Polonia, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Fácil. Con ese nombre —se pasó la pastilla al otro carrillo—. ¿Pudo haber

venido en el treinta y nueve o el cuarenta, antes de la guerra? Tendría —se humedeció el dedo, volvió a la hoja anterior, sacó una calculadora y pulsó las teclas con la goma del lápiz— diecinueve años, veinte. Máximo veintiuno. —Escribió las cifras en el bloc. Hizo chasquear la lengua y meneó la cabeza—. Debía de sentirse muy sola, la pobre muchacha. —Me miró inquisitivamente. Tenía unos ojos claros y húmedos.

—Supongo —dije.

—¡Seguro! —afirmó él—. ¿Llega aquí y a quién conoce? ¡A nadie! Excepto, quizá, a un primo que no quiere saber nada de ella. Él ya se ha abierto camino en América, es hombre decidido, ¿por qué ha de preocuparse por una refugiada? Su hijo habla inglés sin acento, un día será un abogado rico, lo último que desea ahora es tener tratos con esa *mishpocheh* de Polonia, esa muerta de hambre que viene a llamar a su puerta. —No parecía buena idea decir algo ahora, de manera que me abstuve—. Quizá, como mucho, la invite una o dos veces a *shabbes*, pero la esposa protesta, porque no tienen comida ni para ellos y otra vez ha tenido que pedir al carnicero que le fíe un pollo. Que no se repita, dice al marido, porque a un cerdo le das una silla y se te sube a la mesa, y, mientras tanto, en Polonia los asesinos están matando a toda su familia, hasta el último de sus parientes, que en paz descansen, y que Dios me oiga.

Yo no sabía qué decir, pero como me pareció que él esperaba algo dije:

—Debió de ser horrible.

—Es lo que digo. —Volvió a chasquear la lengua y añadió—: Pobrecilla.

Hará un par de días vino una muchacha, sobrina nieta creo de un tal Goldfarb, Arthur Goldfarb, médico. Ella traía la foto, un hombre guapo, pero por un mal *shiddukh* se divorció al cabo de un año. Habría sido el hombre ideal para tu Alma. —Mordió la pastilla, sacó un pañuelo y se sonó—. Mi mujer dice que de nada sirve ser casamentero de muertos, y yo le digo que si no bebes más que vinagre, nunca sabrás que existe algo más dulce. —Se levantó—. Espera aquí.

Cuando volvió, jadeaba un poco. Se subió a su taburete.

—Más difícil que encontrar oro ha sido dar con esta Alma.

—¿Ha podido?

—¿Qué?

—Encontrarla.

—Pues claro que la he encontrado. ¿Qué clase de funcionario sería si no encontrara a una muchacha bonita? Alma Mereminski, aquí está. Casada en mil novecientos cuarenta y dos en Brooklyn con Mordecai Moritz, celebró la boda el rabino Greenberg. Están también los nombres de los padres.

—¿Es ella realmente?

—¿Quién va a ser si no? Alma Mereminski. Aquí pone que nació en Polonia. El

marido nació en Brooklyn, pero los padres de él eran de Odessa.

Dice también que el padre era dueño de un taller de confección, por lo que Alma aún tuvo suerte. La verdad, me alegro. Quizá fue una bonita boda. En aquel tiempo, el *chazzan* rompía con el pie una bombilla, porque la gente no iba a desperdiciar una copa.

5. NO HAY TELÉFONOS PÚBLICOS EN EL ÁRTICO

Encontré un teléfono público y llamé a casa. Contestó el tío Julian.

—¿Me ha llamado alguien? —pregunté.

—Me parece que no. Siento haberte despertado anoche, Al.

—No importa.

—Me alegro de que tuviéramos esa pequeña charla.

—Sí —dije, deseando que no volviera a salirme con lo de dedicarme a la pintura.

—¿Qué te parecería salir a cenar esta noche? A no ser que tengas otros planes.

—No los tengo —dije.

Colgué y llamé a información.

—¿Qué distrito?

—Brooklyn.

—¿Apellido?

—Moritz. Nombre Alma.

—¿Empresa o particular?

—Particular.

—No tengo nada con ese nombre.

—¿Y con el de Mordecai Moritz?

—Tampoco.

—¿Y en Manhattan?

—Tengo un Mordecai Moritz en la calle Cincuenta y dos.

—¿En serio? —No podía creerlo.

—Tome nota.

—¡Un momento! —exclamé—. Necesito la dirección.

—Número cuatrocientos cincuenta, calle Cincuenta y dos Este —dijo la mujer.

Me anoté la dirección en la palma de la mano y tomé el metro hacia la parte alta.

6. YO LLAMO A LA PUERTA Y ELLA ABRE

Es una viejecita que lleva el pelo blanco recogido con un pasador de carey. El apartamento está inundado de sol y hay un loro que habla. Yo le explico que mi

padre, David Singer, vio *La historia del amor* en el escaparate de una librería de Buenos Aires cuando tenía veintidós años y viajaba solo, con un mapa topográfico, una brújula, una navaja del ejército suizo y un diccionario español-hebreo. También le hablo de mi madre y de su montaña de diccionarios, y de Emmanuel Chaim, al que todos llamamos Bird porque es libre y porque sobrevivió a un intento de volar que le dejó una cicatriz en la cabeza. Ella me enseña una foto de cuando tenía mi edad. El loro chilla «¡Alma!» y las dos nos volvemos.

7. ESTOY HARTA DE ESCRITORES FAMOSOS

Soñando despierta, me pasé la parada y tuve que retroceder diez travesías. A cada cruce me sentía más nerviosa y menos segura. ¿Y si Alma, la verdadera Alma, realmente me abría la puerta? ¿Qué podía yo decir a alguien salido de las páginas de un libro? ¿Y si ella no sabía nada de *La historia del amor*? ¿Y si sabía y prefería olvidar? Con mi afán por encontrarla, no se me había ocurrido que quizá ella no quería que la encontrasen.

Pero no había tiempo para pensar, porque ya había llegado al extremo de la calle Cincuenta y dos y estaba frente a su edificio.

—¿Puedo ayudarte? —me preguntó el portero.

—Me llamo Alma Singer y busco a la señora Alma Moritz. ¿Sabe si está?

—¿La señora Moritz? —El hombre compuso una expresión extraña al decir el nombre—. Hum. No.

Lo dijo como si me compadeciera, y enseguida me compadecí de mí misma, porque él añadió que Alma había muerto. Hacía cinco años. Y así fue como me enteré de que todas las personas cuyo nombre llevo han muerto. Alma Mereminski, y mi padre, David Singer, y mi tía abuela Dora, que murió en el gueto de Varsovia y en memoria de la cual me pusieron mi nombre hebreo de Devorah. ¿Por qué hay que poner a los niños los nombres de los muertos? Si hay que ponerles un nombre, ¿por qué no el de cosas más duraderas, como el cielo, el mar, o incluso las ideas, que nunca mueren, ni siquiera las malas?

El portero había seguido hablando, pero ahora se interrumpió.

—¿Te encuentras bien?

—Muybiengracias —dije, aunque no era verdad.

—¿Quieres sentarte, deseas algo?

Negué con la cabeza. No sé por qué, me acordé de un día en que papá me llevó a ver los pingüinos al zoológico y me subió sobre sus hombros, en un sitio frío y húmedo, para que pudiera acercarse a la cara al cristal y ver cómo les daban de comer. Ese día me enseñó la palabra «Antártida». Ahora me pregunté si aquello había ocurrido en realidad.

Como no había nada más que decir, pregunté:

—¿Ha oído hablar de un libro titulado *La historia del amor*?

El portero se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Si quieres hablar de libros, ve a ver al hijo.

—¿El hijo de Alma?

—Sí. Isaac Aún viene por aquí de vez en cuando.

—¿Isaac?

—Isaac Moritz. Escritor famoso. ¿No sabías que era su hijo? Aún usa el apartamento cuando está en la ciudad. ¿Quieres dejarle un mensaje?

—No, gracias —dije, porque nunca había oído hablar de un Isaac Moritz.

8. EL TÍO JULIAN

Aquella noche, el tío Julian pidió una cerveza y para mí un *lassi* de mango y dijo:

—Ya sé que tu madre tiene sus momentos difíciles.

—Echa de menos a papá —respondí, lo que venía a ser lo mismo que decir que un rascacielos es alto.

Él asintió.

—Tú no llegaste a conocer bien al abuelo. En muchos aspectos, era genial. Pero también era un hombre difícil. «Dominante» sería la palabra. Tenía normas muy estrictas sobre cómo debíamos comportarnos tu madre y yo. —Yo apenas había conocido al abuelo porque había muerto de viejo en un hotel de Bournemouth durante unas vacaciones a los pocos años de mi nacimiento—. Charlotte se llevaba la peor parte, por ser la mayor y por ser chica. Creo que por esa razón nunca ha querido decirnos a ti y a Bird lo que debéis hacer ni cómo hacerlo.

—Menos por lo que se refiere a modales.

—No; con los malos modales no transige, ¿verdad? En fin, lo que quiero decir es que a veces puede parecer distante. Y es que tiene cosas que superar. La falta de tu padre es una. Otra es el conflicto con su propio padre. Pero tú sabes que te quiere mucho, ¿verdad, Al?

Asentí. La sonrisa del tío Julian era un poco torcida, subía más un lado de la boca que el otro, como si una parte de él se negara a colaborar con el resto.

—Bien —dijo entonces levantando la copa—. Por tus quince años y por el fin de mi jodido libro.

Entrechocamos las copas. Entonces me contó que a los veinticinco años se había enamorado de Alberto Giacometti.

—¿Y cómo te enamoraste de la tía Frances? —le pregunté.

—Ah —suspiró él enjugándose la frente húmeda y reluciente. Empezaba a quedarse calvo, pero de un modo favorecedor—. ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.
 —Llevaba un pantalón azul elástico muy ajustado.
 —¿Qué dices?
 —La vi en el zoo, delante de la jaula de los chimpancés, con aquel pantalón azul y pensé: Ésa es la chica con la que voy a casarme.
 —¿Por el pantalón?
 —Sí. Había una luz que la favorecía. Y ella estaba mirando a aquel chimpancé, encandilada. De no ser por el pantalón, no creo que me hubiera acercado a ella.
 —¿Y nunca has pensado lo que habría ocurrido si aquel día ella no llega a ponerse ese pantalón azul elástico?
 —Continuamente. Hubiera sido mucho más feliz. O tal vez no.
 Yo paseaba el *tikka masala* por el plato.
 —¿Y si realmente lo hubieras sido?
 Él suspiró.
 —Cuando me pongo a pensar en eso, me es difícil imaginar algo, la felicidad o cualquier otra cosa, sin ella. Después de vivir con Frances durante tanto tiempo, no puedo imaginar lo que sería la vida al lado de otra persona.
 —¿Como Flo? —pregunté.
 El tío Julian se atragantó.
 —¿Cómo sabes lo de Flo?
 —En la papelería del cuarto de baño encontré la carta que empezaste a escribir.
 Él se ruborizó. Yo miré el mapa de la India que había en la pared. Todos los chicos y chicas de catorce años deberían saber dónde está Calcuta exactamente.
 No se puede andar por ahí sin tener idea de dónde está Calcuta.
 —Comprendo —dijo el tío Julian—. Verás, Flo es una colega de la universidad. Es una buena amiga, y eso a Frances siempre le ha dado un poco de celos. Hay cosas... ¿cómo te diría, Al? Bueno, voy a ponerte un ejemplo.
 ¿Puedo ponerte un ejemplo?
 —Venga.
 —Hay un autorretrato de Rembrandt que está en Kenwood House, muy cerca de nuestra casa. Te llevamos cuando eras pequeña. ¿Te acuerdas?
 —No.
 —No importa. Lo que importa es que se trata de uno de mis cuadros favoritos. Voy a verlo a menudo. Salgo a pasear por el parque y me acerco hasta allí. Es uno de sus últimos autorretratos. Lo pintó entre mil seiscientos sesenta y cinco y la fecha de su muerte, cuatro años después. Murió solo y arruinado.
 Muchas zonas de la tela están vacías, pero las pinceladas tienen una intensidad y una urgencia... puedes ver cómo raspaba la pintura húmeda con el mango del pincel. Como si supiera que no le quedaba mucho tiempo. No obstante, la cara respira

serenidad, da la sensación de saber que ha sobrevivido a su propia ruina.
 Me revolví en la banqueta y, sin querer, le di un puntapié en la pantorrilla.
 —¿Eso qué tiene que ver con la tía Frances y Flo? —pregunté.
 Él pareció desorientado.
 —En realidad no lo sé —dijo. Volvió a secarse la frente y pidió la cuenta.
 Nos quedamos callados. Él tenía un tic en la boca. Sacó un billete de veinte, lo dobló formando un cuadrado muy pequeño y después aún volvió a doblarlo.
 Entonces, hablando deprisa, dijo:
 —A Fran ese cuadro le importa una mierda. —Y se acercó a los labios el vaso vacío.
 —Por si te interesa, yo no creo que seas un mal sujeto —dije.
 Él sonrió.
 —¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo cuando el camarero fue en busca del cambio.
 —Claro que sí.
 —¿Se peleaban mamá y papá?
 —Supongo que sí. Alguna vez, desde luego. No más que otras parejas.
 —¿A ti te parece que papá hubiera querido que mamá volviera a enamorarse?
 El tío Julian me miró con una de sus sonrisas torcidas.
 —Me parece que sí —dijo—. Creo que lo hubiera deseado.

9. MERDE

Cuando llegamos a casa, mamá estaba en el jardín de atrás. La vi por la ventana, vestida con un mono manchado de barro, plantando flores a la poca luz que quedaba. Empujé la puerta mosquitera. Las hojas secas y las malas hierbas de varios años habían sido barridas y arrancadas y metidas en cuatro grandes bolsas negras que estaban junto al banco de hierro en el que nadie se sentaba.
 —¿Qué haces? —grité.
 —Planto crisantemos y margaritas —dijo.
 —¿Por qué?
 —Me apetecía.
 —¿Por qué te apetecía?
 —Esta tarde he enviado varios capítulos más, y quería relajarme.
 —¿¿Qué??
 —Que he enviado varios capítulos más a Jacob Marcus y quería relajarme —repitió.
 Yo no podía creerlo.
 —¿Los has llevado al correo tú misma? ¡Si siempre me lo das todo a mí!

—Lo siento, no pensé que te importara. De todos modos, has estado todo el día fuera de casa, y yo quería enviarlo cuanto antes. Así que lo he llevado yo.

¿Lo has llevado tú?!, le habría gritado. Mi madre, única en su especie, dejó caer una flor en un hoyo que empezó a rellenar de tierra. Se volvió para mirarme.

—A papá le encantaba trabajar en el jardín —dijo, como si yo no lo hubiera conocido.

10. LOS RECUERDOS TRANSMITIDOS POR MI MADRE

1. Levantarse antes del amanecer para ir a la escuela.
2. Jugar entre los escombros de edificios bombardeados cerca de su casa de Stamford Hill.
3. El olor de los libros viejos traídos de Polonia por su padre.
4. El contacto de la gran mano de su padre en su cabeza cuando la bendecía el viernes por la noche.
5. El barco turco que tomó de Marsella a Haifa; el mareo.
6. El gran silencio y los campos vacíos de Israel, y el sonido de los insectos en su primera noche en el *kibbutz* Yavne, que acentuaba el silencio y el vado.
7. La vez que mi padre la llevó al mar Muerto. La arena que encontraba en los bolsillos.
8. El fotógrafo ciego.
9. Mi padre conduciendo con una sola mano.
10. La lluvia.
11. Mi padre.
12. Miles de páginas.

11. CÓMO RECUPERAR UN LATIDO

Al lado del ordenador de mi madre estaban los capítulos 1 al 28 de *La historia del amor*. Miré en la papelera, pero no había borradores de la carta enviada a Marcus. Sólo encontré un papel arrugado que decía: «Al regresar a París, Alberto empezó a dudar».

12. ABANDONO

Ahí acabaron mis intentos por encontrar a alguien que lograra que mi madre volviera

a ser feliz. Por fin comprendí que, hiciera lo que hiciese y encontrara a quien encontrase, ni yo, ni él ni nadie podría disipar los recuerdos que ella conservaba de papá, recuerdos que la consolaban aun entristeciéndola, porque con ellos se había construido un mundo en el que podía sobrevivir, aunque nadie más que ella habría podido.

Aquella noche yo no conseguía dormir. Sabía que Bird tampoco dormía, por su manera de respirar. Quería preguntarle qué era aquello que estaba construyendo en el solar, y cómo sabía él que era un *lamed vovnik*, y también quería pedirle perdón por haberle gritado el día en que escribió en mi cuaderno.

Y decirle que tenía miedo, por él y por mí, y confesar todas las mentiras que le había contado durante años. Lo llamé en voz baja.

—¿Sí? —susurró.

Yo yacía en la oscuridad y el silencio, que no eran como la oscuridad y el silencio en que yacía mi padre de niño, en una casa de una calle de tierra de Tel Aviv, ni la oscuridad y el silencio en que yacía mi madre en su primera noche en el *kibbutz* Yavne, pero que también contenían aquellas oscuridades y silencios. Traté de pensar qué era lo que quería decir.

—No estoy despierta —dije al fin.

—Yo tampoco —dijo Bird.

Después, cuando él se durmió por fin, encendí la linterna y leí otro trozo de *La historia del amor*. Pensaba que si lo leía con atención, quizá pudiese descubrir algo real sobre mi padre y sobre las cosas que él habría querido decirme si no hubiera muerto.

Por la mañana desperté temprano. Oí moverse a Bird en su cama. Cuando abrí los ojos, vi que hacía una pelota con la sábana y que tenía mojado el pantalón del pijama.

13. Y LLEGÓ SEPTIEMBRE

Se acababa el verano, y Misha y yo habíamos dejado de hablarnos oficialmente, y no llegaban más cartas de Jacob Marcus, y el tío Julian dijo que regresaba a Londres para tratar de poner las cosas en claro con la tía Frances. La noche antes de que él saliera hacia el aeropuerto y yo empezara el décimo curso, llamó a la puerta de mi habitación.

—Aquello que te dije sobre Frances y el Rembrandt —empezó nada más entrar—, ¿podríamos hacer como si no lo hubiera dicho?

—¿Como si no hubieras dicho qué?

Él sonrió enseñando el hueco entre los dientes delanteros que los dos habíamos heredado de la abuela.

—Gracias —dijo—. Toma, para ti. —Me dio un sobre grande.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Dentro había un folleto de una academia de dibujo y pintura de la ciudad.

Miré a mi tío.

—Vamos, lee.

Abrí el folleto y un papel cayó al suelo. El tío Julian se agachó a recogerlo.

—Toma —dijo secándose la frente con el pañuelo. Era un formulario de inscripción con mi nombre y el de una clase llamada «Dibujo del natural»—. También hay una postal —añadió.

Metí la mano en el sobre. Era una reproducción de un autorretrato de Rembrandt. En el dorso decía: «Querida Al: Wittgenstein escribió que cuando los ojos ven algo hermoso la mano desea dibujarlo. A mí me gustaría dibujarte a ti. Feliz cumpleaños por adelantado. Con cariño, tu tío Julian».



La última página

Al principio era fácil. Litvinoff fingía que lo hacía sólo para matar el tiempo, que garabateaba en un papel mientras escuchaba la radio, como hacían sus alumnos mientras él hablaba en clase. Lo que no hacía era sentarse a la mesa de dibujo en que el hijo de su casera había grabado la más importante de todas las oraciones judías, ni decirse a sí mismo: Voy a plagiar al amigo que fue asesinado por los nazis. Tampoco pensaba: Si ella cree que esto lo he escrito yo, me querrá. Él simplemente copió la primera página, lo cual, como era de prever, le llevó a copiar la segunda.

Hasta la tercera no apareció el nombre de Alma. Aquí Litvinoff se detuvo.

Ya había cambiado a un Feingold de Vilna por un De Biedma de Buenos Aires.

¿Tan malo sería cambiar a Alma por Rosa? Sólo tres letras, la *a* final quedaría. Si tan lejos había ido ya... De todos modos, se dijo, puesto que aquello no iba a leerlo nadie más que Rosa...

Pero si al ir a escribir una *R* mayúscula en lugar de la *A* mayúscula le tembló la mano, quizá fue porque, aparte del verdadero autor, Litvinoff era la única persona que había leído *La historia del amor* y conocía a la verdadera Alma. En realidad, la conocía desde que ambos eran niños, ya que habían sido compañeros de clase hasta que él se fue a estudiar a la *yeshiva*. Ella era una más de un grupo de niñas a las que él había visto convertirse de esmirriadas plantitas en maravillas tropicales que impregnaban de una densa humedad el aire que las rodeaba. Alma había dejado en su mente una impresión indeleble, al igual que las seis o siete muchachas cuya transformación había presenciado y que, sucesivamente, habían sido objeto del deseo del púber Litvinoff. Ahora, al cabo de tantos años, sentado a su escritorio de Valparaíso, aún recordaba todo el catálogo de muslos, interior de brazos y nuca que habían inspirado infinidad de frenéticas combinaciones. Que Alma tuviera relaciones con otro de un modo más o menos permanente no la excluía de las fantasías de Litvinoff (basadas sobre todo en una técnica de montaje). Si en algún momento tuvo envidia del otro, no era porque sintiera algo especial por Alma, sino porque deseaba ser elegido y amado por alguien.

Y si cuando por segunda vez trató de sustituir su nombre por otro, por segunda vez se paralizó su mano, quizá fue porque sabía que borrar su nombre sería como

borrar toda la puntuación y todas las vocales y todos los adjetivos y todos los nombres. Porque sin Alma no habría libro.

Con la pluma quieta sobre el papel, recordó el día de principios del verano de 1936 en que regresó a Slonim después de sus dos años de *yeshiva*. Todo parecía más pequeño de como él lo recordaba. Bajaba por la calle con las manos en los bolsillos, luciendo el sombrero que había comprado con sus ahorros y que él pensaba que le daba un aire de mundana experiencia. Al torcer por una calle que partía de la plaza, le pareció que había pasado mucho más de dos años. Las mismas gallinas ponían huevos en los mismos gallineros, los mismos hombres desdentados discutían de todo y de nada, pero ahora todo parecía más pequeño y más pobre. Litvinoff comprendió que algo había cambiado dentro de él. Ahora era otro. Vio el árbol que tenía un hueco en el tronco, en el que él había escondido una foto guarra robada del escritorio del amigo de su padre.

La había enseñado a cinco o seis chicos cuando su hermano se enteró y la confiscó para sus propios fines. Litvinoff fue hacia el árbol. Y entonces los vio.

Estaban a unos diez pasos. Gursky se apoyaba en una cerca y Alma se apoyaba en él. Litvinoff vio a Gursky tomar la cara de ella entre las manos. Ella se quedó inmóvil un momento y luego levantó la mirada hacia él. Y cuando Litvinoff los vio besarse, sintió que todo lo que él tenía no valía nada.

Dieciséis años después, cada noche veía aparecer, transmutado en su propia letra, otro capítulo del libro escrito por Gursky. Lo copiaba fielmente, palabra por palabra, cambiando sólo los nombres propios, todos menos uno.

«Capítulo 18», escribió la decimoctava noche. «El amor entre los ángeles».

«*Cómo duermen los ángeles*. Inquietos. Dan vueltas y vueltas, tratando de comprender el misterio de los mortales. No saben lo que es hacerse gafas nuevas y, de pronto, volver a ver el mundo con una mezcla de decepción y gratitud. La primera vez que una muchacha llamada —aquí Litvinoff dejó la pluma e hizo crujir los nudillos— Alma pone su mano justo debajo de tu última costilla: acerca de este sentimiento ellos sólo tienen teorías pero no ideas sólidas. Si les dieras un globo de cristal con un paisaje nevado, no sabrían que hay que agitarlo».

«Tampoco sueñan. Por eso tienen una cosa menos de la que hablar. Cuando despiertan, les parece que hay algo que olvidan decirse unos a otros. Los ángeles no se ponen de acuerdo respecto a si ello es resultado de una característica vestigial o de la empatía que sienten por los mortales, tan profunda que a veces los hace llorar. Así pues, por lo que respecta a los sueños, existen, en general, estas dos teorías. Lo que demuestra que hasta entre los ángeles se da el triste fenómeno de la disensión».

Al llegar aquí, Litvinoff se levantó para orinar. Descargó la cisterna antes de acabar, para comprobar si podía vaciar la vejiga antes de que volviera a llenarse el depósito. Después se miró en el espejo, tomó unas pinzas del botiquín y se arrancó un

pelo que asomaba de la nariz. Cruzó el pasillo, entró en la cocina y revolvió en el armario en busca de algo que comer. Al no encontrar nada, puso agua a calentar, se sentó a su escritorio y siguió copiando.

«*Cosas íntimas*. Es verdad que los ángeles no tienen olfato, pero, llevados de su amor hacia los mortales, andan oliéndolo todo para emularlos. Al igual que los perros, no les avergüenza olisquearse unos a otros. A veces, cuando no pueden dormir, hunden la nariz en el sobaco, preguntándose a qué huelen».

Litvinoff se sonó, estrujó el pañuelito de celulosa y lo dejó caer al suelo.

«*Discusiones entre ángeles*. Éstas son eternas e insolubles. Ello se debe a que los ángeles discuten acerca de lo que significa estar entre los mortales, y también a que ignoran que no pueden sino especular, del mismo modo en que los mortales especulan acerca de la naturaleza (o falta de ella) —aquí empezó a silbar la tetera— de Dios».

Litvinoff se levantó para prepararse una taza de té. Abrió la ventana y tiró una manzana estropeada.

«*Buscando la soledad*. Lo mismo que los mortales, a veces los ángeles se cansan unos de otros y quieren estar solos. Como las casas en que viven están llenas y no hay a donde ir, lo único que un ángel puede hacer en tales momentos es cerrar los ojos y apoyar la cabeza en los brazos. Cuando los otros ángeles lo ven, comprenden que trata de hacerse la ilusión de que está solo, y andan de puntillas. Para mayor verosimilitud, a veces hasta hablan de él como si no estuviera allí. Si por casualidad chocan con él, susurran: "No he sido yo"». Litvinoff agitó la mano, que empezaba a dolerle. Luego siguió escribiendo.

«*Por suerte o por desgracia*. Los ángeles no se casan. En primer lugar, están muy atareados y, en segundo lugar, no se enamoran. (Si uno no sabe lo que se siente cuando alguien a quien se ama le pone la mano debajo de la última costilla por primera vez, ¿qué posibilidades tiene el amor?)» Dejó de escribir para imaginar que la mano de Rosa se posaba en sus costillas y advirtió con satisfacción que se le ponía piel de gallina.

«La forma en que viven todos juntos se parece a la de una camada de cachorrillos recién nacidos: ciegos, contentos y desnuditos. Eso no quiere decir que no sientan amor, porque lo sienten, y a veces con tanta fuerza que piensan que es un ataque de pánico. En esos momentos, el corazón se les dispara y tienen miedo de vomitar. Pero el amor que sienten no es por los de su especie sino por los mortales, a los que no pueden comprender, oler ni tocar. Es amor por los mortales en general (aunque no menos potente por ser general). Sólo muy de tarde en tarde un ángel percibe en sí misma un defecto que la hace enamorarse de un modo no general sino particular».

El día en que Litvinoff llegó a la última página, tiró el manuscrito de su amigo Gursky al cubo de la basura que tenía debajo del fregadero. Pero entonces pensó que

allí podría encontrarlo Rosa, que venía a menudo. Así pues, se deshizo de él escondiéndolo bajo bolsas de basura en los cubos metálicos de desperdicios que había detrás de la casa. Después se acostó. Al cabo de media hora, preocupado porque alguien pudiera encontrarlo, se levantó y revolvió en los cubos hasta que recuperó todas las hojas. Las metió debajo de la cama y trató de dormir, pero olían a basura, por lo que se levantó, cogió una linterna y un azadón del cobertizo de la casera, cavó un hoyo al lado de la hortensia blanca y las enterró. Ya amanecía cuando volvió a la cama con el pijama sucio de barro.

Aquí hubiera podido terminar todo, de no ser porque Litvinoff, cada vez que veía la hortensia desde la ventana, recordaba algo que deseaba olvidar.

Cuando llegó la primavera, miraba la planta de un modo obsesivo, casi temiendo que al florecer revelara su secreto. Una tarde vio, angustiado, cómo su casera plantaba tulipanes alrededor. Cuando cerraba los ojos por la noche se le aparecían las grandes flores blancas para atormentarlo. La obsesión no hacía sino empeorar, la conciencia lo acusaba cada vez con más fuerza, hasta que, la víspera del día en que él y Rosa habían de casarse e ir a vivir al bungalow del acantilado, Litvinoff se levantó de la cama bañado en un sudor frío, salió al jardín en plena noche y desenterró definitivamente aquella carga. Desde entonces la guardó en un cajón de la mesa del estudio de la casa nueva, cerrado con una llave que él creía haber escondido.

«Siempre nos despertábamos a las cinco o las seis de la mañana —escribió Rosa en el último párrafo de la introducción a la segunda y última edición de *La historia del amor*—. Él murió durante un enero tórrido. Yo empujé la cama hasta la ventana abierta. El sol entraba en la habitación y él apartó la sábana y se desnudó para broncearse, como hacíamos todas las mañanas, porque a las ocho llegaba la enfermera y, a partir de entonces, el día se hacía bastante penoso. Cuestiones médicas que no nos interesaban a ninguno de los dos. Zvi no tenía dolores. Yo le preguntaba: "¿Te duele?" Y él decía: "En mi vida me he encontrado mejor". Aquella mañana, mirábamos un cielo radiante y sin una nube. Zvi había abierto el libro de poesía china por la página de un poema que dijo que era para mí. Se titulaba *No ices las velas*. Es muy corto. Dice así: "¡No ices las velas! / Mañana habrá amainado el viento / y podrás partir, / y yo no sufriré por ti". La mañana en que murió había habido borrasca, una fuerte tormenta había rugido toda la noche en el jardín. Pero cuando abrí la ventana el cielo estaba despejado. Ni un soplo de viento. Me volví hacia él y le dije: "¡Cariño, ha cesado el viento!" Y él dijo: "Entonces, ¿puedo partir y no sufrirás por mí?". Creí que se me paraba el corazón. Pero era verdad. Fue exactamente así».

Pero no fue exactamente así. En realidad, no. La noche antes de que Litvinoff muriera, mientras la lluvia repicaba en el tejado y corría por los canalones, él llamó a Rosa. Ella estaba lavando los platos y corrió a la habitación.

—¿Qué quieres, cariño? —preguntó poniéndole la mano en la frente. Él tosía tan

violentamente que ella pensó que iba a vomitar sangre. Cuando se le calmó la tos, él dijo:

—Quiero decirte una cosa.

Ella aguardó, atenta.

—Yo... —empezó él, pero entonces la tos volvió a convulsionarlo.

—Chist —hizo Rosa poniéndole el índice en los labios—. No hables.

Litvinoff le oprimió la mano.

—Tengo que hablar —dijo, y por esta vez su cuerpo obedeció y se calmó—. ¿No lo ves?

—¿Ver el qué? —preguntó ella.

Él cerró los ojos. Cuando los abrió, ella seguía allí, mirándolo con solícita ternura, y le dio una palmada en la mano.

—Te prepararé un poco de té —dijo, levantándose.

—¡Rosa! —gritó Litvinoff cuando ella ya se iba. Ella se volvió—. Yo necesitaba que me quisieras —susurró.

Rosa lo miró. En aquel momento lo veía como el hijo que no habían tenido.

—Y te quería —dijo, enderezó la pantalla de una lámpara y salió cerrando la puerta con suavidad. Y así acabó la conversación.

Nos convendría imaginar que éstas fueron las últimas palabras de Litvinoff.

Pero no lo fueron. Aquella noche, él y Rosa hablaron de la lluvia, y del sobrino de Rosa, y de si habría que comprar otra tostadora porque la que tenían ya se había incendiado dos veces. Pero no se hizo mención de *La historia del amor* ni de su autor.

Años atrás, cuando una pequeña editorial de Santiago aceptó publicar *La historia del amor*, el editor hizo varias sugerencias y Litvinoff, complaciente, introdujo los cambios solicitados. A veces hasta conseguía convencerse a sí mismo de que aquello no era tan terrible: Gursky había muerto y al fin el libro se publicaría y se leería, ¿no era algo? A esta pregunta retórica su conciencia respondía con un frío desplante. Desesperado, sin saber qué otra cosa podía hacer, aquella noche Litvinoff realizó un último cambio que el editor no había pedido. Se encerró en su estudio, extrajo del bolsillo del pecho la hoja que llevaba encima desde hacía años y la desdobló. Sacó una hoja en blanco del cajón de la mesa y escribió: «Capítulo 39: La muerte de Leopold Gursky». Copió el texto, traduciéndolo al español lo mejor que supo.

Cuando el editor recibió el manuscrito le escribió: «¿Cómo se le ha ocurrido escribir ese último capítulo? Pienso suprimirlo. Es una incongruencia». La marea estaba baja y, al levantar la mirada de la carta, Litvinoff vio unas gaviotas que se disputaban algo que habían encontrado en las rocas. «Si lo suprime, retiro el libro», contestó. Un día de silencio. «¡Por Dios, no sea tan susceptible!», escribió el editor. Litvinoff sacó la pluma del bolsillo. «No es objeto de discusión», escribió.

Por esta razón, cuando al fin cesó la lluvia y, a la mañana siguiente, Litvinoff

murió plácidamente en su cama al sol, no se llevó consigo su secreto.

O no del todo. Lo único que has de hacer es buscar la última página y allí encontrarás, impreso en letras de molde, el nombre del verdadero autor de *La historia del amor*.

Rosa era, de los dos, la que mejor guardaba secretos. Por ejemplo, nunca había dicho a nadie que había visto a su madre besar al embajador de Portugal durante una *garden party* ofrecida por su tío. Ni que había visto a la criada meterse en el bolsillo del delantal una cadena de oro que pertenecía a su hermana. Ni que su primo Alfonso, muy popular entre las chicas por sus ojos verdes y sus labios carnosos, prefería a los chicos, ni que su padre sufría de unas jaquecas que lo hacían llorar. Por tanto, no es de extrañar que nunca dijera nada de la carta dirigida a Litvinoff que llegó a los pocos meses de la publicación de *La historia del amor*. Estaba franqueada en Estados Unidos, y Rosa pensó que era una carta de rechazo de algún editor de Nueva York que se había retrasado en responder. Con intención de evitar una nueva decepción a Litvinoff, la metió en un cajón y se olvidó de ella. Meses después, buscando una dirección, la vio y la abrió. Descubrió con sorpresa que estaba escrita en yidis. «Querido Zvi —leyó—. Para que no te dé un infarto, empezaré diciendo que soy tu viejo amigo Leo Gursky. Te sorprenderá que siga vivo, a veces aún me sorprende a mí. Te escribo desde Nueva York, que es donde vivo ahora. No sé si recibirás esta carta. Hace años te escribí a la dirección que me diste, pero me devolvieron la carta. Sería largo contar cómo al fin he podido encontrar ésta. Podría decirte muchas otras cosas, pero por carta es difícil. Deseo que estés bien y contento y que tengas suerte en la vida. Desde luego, me gustaría saber si aún guardas el paquete que te di la última vez que nos vimos. Dentro estaba el libro que yo escribía cuando estaba en Minsk. ¿Querías enviármelo, si aún lo conservas? Ahora sólo tiene valor para mí. Un fuerte abrazo, L.G.».

Lentamente, Rosa comprendió la verdad: había sucedido algo terrible. En realidad, algo grotesco, sólo pensarlo le daba náuseas. Y ella tenía parte de culpa. Ahora recordaba el día que encontró la llave del cajón del escritorio, lo abrió, descubrió el montón de hojas sucias escritas en una letra desconocida y optó por no preguntar. Litvinoff le había mentido, sí. Pero en este momento reconocía con pesar que ella lo había impulsado a publicar el libro. Él se resistía, diciendo que era muy personal, muy íntimo, pero ella insistió e insistió hasta que él cedió. Porque, ¿acaso no es eso lo que ha de hacer la esposa de un artista?

Canalizar hacia el mundo la obra del marido que, sin ella, se dispersaría en la oscuridad.

Cuando se repuso de la impresión, Rosa hizo pedazos la carta y los echó por el inodoro. Rápidamente, decidió lo que había que hacer. Se sentó al pequeño escritorio de la cocina, sacó un papel de carta en blanco y escribió:

«Estimado señor Gursky: Lamento tener que comunicarle que Zvi, mi marido, no puede contestar a su carta porque se halla muy enfermo. Le ha alegrado mucho recibir noticias tuyas y saber que está vivo. Desgraciadamente, su manuscrito resultó destruido en una inundación que sufrimos en casa. Espero pueda perdonarnos».

Al día siguiente, Rosa preparó una cesta de comida y dijo a Litvinoff que se iban de excursión a la montaña. Añadió que, después de todo el ajetreo de la publicación del libro, él necesitaba distraerse. Supervisó la carga de las provisiones en el coche. Cuando Litvinoff puso en marcha el motor, Rosa se dio una palmada en la frente.

—Casi olvido las fresas —dijo, y entró corriendo en la casa.

Una vez dentro, fue directamente al estudio de Litvinoff, retiró la llavecita pegada con esparadrapo a la parte inferior de la mesa, la introdujo en el cajón y sacó un fajo de hojas arrugadas y sucias que olían a moho. Las puso en el suelo.

Luego, para mayor seguridad, trasladó el manuscrito escrito en yidis de puño y letra de Litvinoff, del estante más alto al más bajo. Al salir, abrió el grifo del lavabo y tapó el desagüe. Esperó hasta que el agua empezó a rebosar. Entonces cerró la puerta del estudio, tomó la cesta de las fresas de la mesa del recibidor y corrió hacia el coche.



Mi vida bajo el agua

1. EL DESEO QUE EXISTE ENTRE LAS ESPECIES

Cuando el tío Julian se marchó, mi madre se volvió más retraída, o quizá desvaída sería la palabra, como huidiza, borrosa, distante. A su alrededor se acumulaban tazas de té vacías, y a sus pies caían páginas de diccionario.

Abandonó el jardín, y los crisantemos y las margaritas que confiaban en vivir hasta las primeras heladas gracias a sus cuidados, agachaban la cabeza empapada de lluvia. Llegaban cartas de los editores, preguntando si le interesaría traducir tal o cual libro. Quedaban sin respuesta. Las únicas llamadas que aceptaba eran las del tío Julian, y cuando hablaba con él cerraba la puerta.

Cada año, los recuerdos que tengo de mi padre se hacen más huidizos, borrosos y distantes. Hubo un tiempo en que eran cercanos y reales, luego parecían fotografías y ahora son como fotografías de fotografías. Pero también hay momentos en los que un recuerdo suyo se presenta con tanta fuerza y claridad que todos los sentimientos que he estado sumergiendo durante años salen a flote bruscamente, con el ímpetu de un muñeco de resorte. Entonces me pregunto si es eso lo que le pasa a mi madre.

2. AUTORRETRATO CON PECHOS

Cada martes por la tarde, yo cogía el metro para ir a la ciudad, a la clase de Dibujo del Natural. Durante la primera clase descubrí lo que esto quería decir, y era dibujar a personas desnudas al cien por cien, a las que se pagaba para que estuvieran quietas en el centro de un círculo que nosotros formábamos con las sillas. Todos los alumnos eran mucho mayores. Yo me esforzaba por aparentar naturalidad, como si hiciera años que dibujaba a personas desnudas. La primera modelo era una mujer con los pechos caídos, el pelo rizado y las rodillas coloradas. Yo no sabía adónde mirar. Alrededor, todo el mundo estaba inclinado sobre su bloc, dibujando con ímpetu. Tracé unas líneas vacilantes.

—No olvidemos los pezones, chicos —dijo la profesora, paseándose alrededor

del círculo. Yo añadí pezones. Cuando llegó a mi lado, dijo—:

¿Permites? —Y levantó mi dibujo enseñándolo a la clase. Hasta la modelo se volvió a mirar—. ¿Sabéis qué es esto? —preguntó señalando el papel. Algunos negaron con la cabeza—. Es un *frisbee* con pezón.

—Lo siento —murmuré.

—No lo sientas —dijo ella poniéndome una mano en el hombro—. ¡Sombrea! —Y entonces demostró a la clase cómo convertir mi *frisbee* en un pecho enorme.

La modelo de la segunda clase se parecía mucho a la de la primera. Cuando la profesora se acercaba a mí, yo me inclinaba sobre el papel y sombreaba con todo mi afán.

3. CÓMO IMPERMEABILIZAR A TU HERMANO

Empezó a llover a últimos de septiembre, unos días antes de mi cumpleaños.

Estuvo lloviendo sin parar una semana, y cuando ya parecía que por fin iba a salir el sol hubo de esconderse otra vez, y volvió la lluvia. Había días en los que caía con tanta fuerza que Bird tenía que abandonar el trabajo en su torre de trastos, a pesar de que había extendido un hule en lo alto, encima de lo que empezaba a parecer una cabaña. Quizá construía un centro de reuniones para *lamed vovniks*. Dos paredes estaban formadas por tablas viejas, y las otras dos por cajas de cartón puestas una encima de otra. No tenía otro techo que el hule encharcado. Una tarde, me detuve al verlo bajar por la escalera de mano apoyada en un lado de la torre, cargado con un gran trozo de chatarra. Yo deseaba ayudarlo pero no sabía cómo.

4. CUANTO MÁS LO PENSABA MÁS ME DOLÍA EL ESTÓMAGO

La mañana en que cumplía quince años, me despertó la voz de Bird gritando: «¡Arriba y al ataque!», seguido de *Es una chica excelente*, canción que nuestra madre solía cantarnos en los cumpleaños cuando éramos pequeños y que Bird se empeña en seguir cantando. Poco después entró ella y puso sus regalos encima de la cama, al lado de los de Bird. Había buen ambiente, hasta que abrí el regalo de Bird y vi que era un chaleco salvavidas naranja. Se hizo el silencio, mientras yo miraba sin pestañear el chaleco, metido en una caja.

—¡Un chaleco salvavidas! —exclamó mi madre—. Una gran idea. ¿Dónde lo has encontrado, Bird? —preguntó palpando el arnés con admiración—. Muy práctico.

¿¿Práctico??, hubiera gritado yo de buena gana. ¿¿Práctico?!; Empezaba a estar seriamente preocupada. ¿Y si la religiosidad de Bird no era una fase pasajera sino un estado de fanatismo permanente? Mi madre pensaba que era su manera de tratar de

superar la muerte de papá y que se le pasaría cuando creciera. Pero ¿y si con los años se hacían más fuertes sus creencias, a pesar de las pruebas en contra? ¿Y si nunca llegaba a hacer amigos?

¿Y si se convertía en un tipo estafalario que deambulaba por la ciudad con un abrigo mugriento, repartiendo chalecos salvavidas y dando la espalda al mundo porque no se ajustaba a sus sueños?

Busqué su diario, pero ya no lo guardaba detrás de la cama, y tampoco estaba en los otros sitios en que miré. Sí encontré, debajo de mi cama y entre ropa sucia, *La calle de los cocodrilos*, de Bruno Schulz, que debería haber devuelto dos semanas atrás.

5. UNA VEZ

Pregunté a mi madre si había oído hablar de Isaac Moritz, el escritor del que el portero del número cuatrocientos cincuenta de la calle Cincuenta y dos Este me había dicho que era hijo de Alma. Ella estaba sentada en el banco del jardín, mirando un membrillo como si esperase que de un momento a otro fuera a decirle algo. Al principio no me oyó.

—¿Mamá? —repetí. Ella se volvió, con un sobresalto—. Te decía si sabes algo de un escritor que se llama Isaac Moritz.

Dijo que sí.

—¿Has leído algún libro suyo? —pregunté.

—No.

—¿Crees que existe la posibilidad de que merezca el Nobel?

—No.

—¿Cómo puedes saberlo si no has leído ningún libro suyo?

—Suposiciones —dijo, porque ella nunca reconocerá que sólo otorga el Nobel a escritores muertos. Y se quedó otra vez mirando fijamente el membrillo.

En la biblioteca, tecleé «Isaac Moritz» en el ordenador. Aparecieron seis títulos. Del que más ejemplares tenían se titulaba *El remedio*. Anoté la referencia y, cuando encontré el sitio, saqué el libro del estante. En la contraportada aparecía la foto del autor. Producía una sensación extraña contemplar su cara, sabiendo que debía de parecerse a la persona cuyo nombre me habían puesto.

Tenía el pelo rizado y pobre y unos ojos castaños que parecían pequeños y miopes detrás de las gafas con montura de metal. Abrí el libro por la primera página y leí: «Capítulo 1. Jacob Marcus esperaba a su madre en Broadway esquina Graham».

6. LO LEO OTRA VEZ

«Jacob Marcus esperaba a su madre en Broadway esquina Graham».

7. Y OTRA

«Jacob Marcus esperaba a su madre»

8. Y OTRA

«Jacob Marcus»

9. OSTRAS

Miré la foto. Después leí toda la primera página. Después miré la foto, leí otra página, después miré la foto. ¡Jacob Marcus no era más que un personaje de novela! El hombre que escribía a mi madre era el escritor Isaac Moritz. El hijo de Alma. Firmaba sus cartas con el nombre del protagonista de su novela más famosa. Recordé una frase de su carta: «A veces, incluso finjo que escribo, pero no engaño a nadie».

Había llegado a la página 58 cuando cerraron la biblioteca. Ya había anochecido. Me quedé en la puerta con el libro debajo del brazo, viendo llover y tratando de comprender la situación.

10. LA SITUACIÓN

Aquella noche, mientras mi madre traducía *La historia del amor* para el hombre que ella creía que se llamaba Jacob Marcus, yo terminé la novela que trataba de un personaje llamado Jacob Marcus, escrita por un hombre llamado Isaac Moritz que era hijo del personaje Alma Mereminski, que también había sido una persona de carne y hueso.

11. ESPERANDO

Cuando terminé la última página, llamé a Misha, dejé sonar el teléfono dos veces y colgué. Era la señal que usábamos cuando queríamos decirnos algo durante la noche. Hacía más de un mes que no hablábamos. Yo había hecho en la libreta una lista de todas las cosas tuyas que echaba de menos. Su manera de arrugar la nariz cuando piensa era una de ellas. Otra era su manera de sostener las cosas. Pero ahora

necesitaba hablar con él y la lista no me servía de nada.

Sentía un peso en el estómago mientras esperaba al lado del teléfono. Durante aquel rato podría haberse extinguido una especie entera de mariposas o un gran mamífero con unos sentimientos como los míos.

Pero él no llamó. Probablemente, eso significaba que no deseaba hablar conmigo.

12. LOS AMIGOS QUE HE TENIDO EN TODA MI VIDA

Mi hermano estaba dormido en su cuarto del final del pasillo, con la *kippah* en el suelo. Impreso en letras doradas en el forro se leía: «Boda de Marsha y Joe, 13 de junio de 1987». Bird aseguraba haberla encontrado en la alacena del comedor y estaba convencido de que era de papá, pero nosotras nunca habíamos oído hablar de Marsha ni de Joe. Me senté a su lado. Lo noté caliente, muy caliente.

Pensé que, si yo no me hubiera inventado tantas cosas acerca de papá, quizá Bird no lo adoraría tanto ni se sentiría obligado a ser también él alguien extraordinario.

La lluvia tamborileaba en las ventanas.

—Despierta —susurré.

Él abrió los ojos y gruñó. Entraba luz del pasillo.

—Bird —dije poniéndole la mano en el brazo.

Él me miró bizqueando y se frotó un ojo.

—Tienes que dejar de hablar de Dios, ¿vale?

Él no dijo nada, pero yo estaba casi segura de que ya estaba despierto del todo.

—Pronto cumplirás doce años. Deja ya de hacer ruidos raros y de tirarte desde sitios peligrosos y hacerte daño. —Estaba suplicándole, pero me daba igual—. Deja de mojar la cama —susurré y, en la semipenumbra, vi el gesto de dolor de su cara—. No tienes más que enterrar tus sentimientos y tratar de ser normal. Si no...

Apretó los labios pero no dijo nada.

—Procura hacer amigos.

—Ya tengo un amigo —susurró.

—¿Quién?

—El señor Goldstein.

—Deberías tener más de uno.

—Tú no tienes más de uno —repuso él—. Sólo te llama Misha.

—Sí que tengo. Tengo muchos amigos —dije, y hasta que oí mis propias palabras no comprendí que no eran verdad.

13. EN OTRA HABITACIÓN, MI MADRE DORMÍA ACURRUCADA AL CALOR DE UN MONTÓN DE LIBROS

14. YO PROCURABA NO PENSAR EN

7. Misha Shklovsky

8. Luba la Grande

9. Bird

10. Mi madre

11. Isaac Moritz

15. YO DEBERÍA

Salir más, hacerme de varios clubs. Debería comprarme ropa, teñirme el pelo de azul, dejar que Herman Cooper me llevara de paseo en el coche de su padre, que me besara y quizá hasta que tocara mis pechos inexistentes. Debería hacer cosas útiles, como aprender a hablar en público, a tocar el violonchelo eléctrico, a soldar, consultar a un médico sobre el dolor de estómago, buscarme un héroe que no sea un hombre que escribió un cuento para niños y se estrelló con su avión, dejar de intentar montar la tienda de papá en tiempo récord, tirar mis cuadernos, erguir la espalda y abandonar la costumbre de contestar a los saludos como una colegiala inglesa remilgada que cree que la vida no es más que una larga preparación para tomar unos emparedados con la reina.

16. MIL COSAS PUEDEN CAMBIARTE LA VIDA

Abrí el cajón de mi escritorio y lo vacié, buscando el papel en que había copiado la dirección de Jacob Marcus que en realidad era Isaac Moritz. Debajo de un boletín de calificaciones encontré una vieja carta de Misha, una de las primeras.

«Querida Alma: ¿Cómo es que me conoces tan bien? Somos dos almas gemelas. Es verdad que John me gusta más que Paul. Pero también tengo gran respeto por Ringo».

El sábado por la mañana, bajé de Internet un mapa y el itinerario y dije a mi madre que me iba a casa de Misha a pasar el día. Me fui calle arriba y llamé a la puerta de los Cooper. Abrió Herman, con el pelo de punta y una camiseta de los Sex Pistols.

—¡Hala! —exclamó al verme, dando un paso atrás.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta en coche? —pregunté.

—¿Es broma?

—No.

—Vaaale —dijo Herman—. No se retire, por favor. —Subió a pedir las llaves a su padre y bajó con el pelo mojado y una camiseta azul limpia.

17. MÍRAME

—¿Adónde vamos, a Canadá? —preguntó Herman al ver el mapa. Tenía una franja blanca en la muñeca, donde había llevado el reloj durante todo el verano.

—A Connecticut —dije.

—Pero sólo si te quitas esa capucha.

—¿Por qué?

—No te veo la cara.

Me la quitó. Él me sonrió. Aún tenía ojos de sueño. Yo iba indicándole el camino y hablamos de las universidades a que había enviado solicitudes para el curso siguiente. Me dijo que estaba pensando especializarse en Biología Marina, porque deseaba vivir como Jacques Cousteau. Pensé que a lo mejor podríamos entendernos mejor de lo que imaginaba. Me preguntó qué quería estudiar yo y le dije que tiempo atrás había pensado en Paleontología, y entonces me preguntó qué hace un paleontólogo y yo le dije que si tomaba la guía ilustrada del Museo Metropolitano de Arte, la rompía en mil pedazos y los lanzaba al viento desde la escalera del museo, etcétera, y luego me preguntó por qué había cambiado de idea y yo respondí que ahora pensaba que eso no iba conmigo, y entonces me preguntó qué pensaba que iba conmigo.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo —respondió.

—¿De verdad quieres saberlo?

Él dijo que sí, de modo que le conté la verdad, empezando por lo de la navaja del ejército suizo de mi padre y el libro *Plantas y flores comestibles de América del Norte* y terminando por mis planes de explorar el Ártico sin más equipo que el que pudiera cargar sobre los hombros.

—No hagas eso, por favor —dijo él.

Nos equivocamos de salida y paramos en una gasolinera a preguntar el camino y comprar unos pastelillos.

—Te invito —dijo Herman cuando yo sacaba el monedero. Vi que, al poner en el mostrador un billete de cinco dólares, le temblaba la mano.

18. LE CONTÉ TODA LA HISTORIA DE LA HISTORIA DEL AMOR

Llovía tanto que tuvimos que parar a un lado de la carretera. Me quitó las zapatillas y

apoyé los pies en el salpicadero. Herman escribió mi nombre en el parabrisas empañado. Luego rememoramos una pelea que habíamos tenido cien años atrás y me dio pena pensar que dentro de un año Herman se iría a empezar su vida.

19. LO SÉ Y BASTA

Después de estar buscando una eternidad, por fin encontramos el camino de tierra de la casa de Isaac Moritz. Habíamos pasado por delante dos o tres veces sin verlo. Yo ya estaba decidida a abandonar, pero Herman no quiso.

Empezaron a sudarme las manos mientras el coche avanzaba por el barro, porque nunca había conocido a un escritor famoso, y mucho menos a un escritor al que había escrito una carta falsificada. Las señas de la dirección de Isaac Moritz estaban clavadas al tronco de un gran arce.

—¿Cómo sabes que es un arce? —preguntó Herman.

—Lo sé y basta —dije, ahorrándole los detalles. Entonces vi el lago.

Herman condujo hasta la casa y paró el motor. De pronto noté un gran silencio. Me incliné para atarme las zapatillas. Cuando me erguí vi que él me miraba. Tenía una expresión de expectación e incredulidad, y también un poco de tristeza. Me pregunté si se parecería a la que tenía mi padre cuando miraba a mi madre, hace un montón de años, en el mar Muerto, al iniciar una cadena de hechos que me habían traído a este rincón del mundo, con un chico junto al que había crecido y al que apenas conocía.

20. FIN DEL VIAJE

Salí del coche e inspiré profundamente.

Pensé: Me llamo Alma Singer, usted no lo sabe pero me pusieron este nombre por su madre.

21. NO CONTESTAN

Llamé a la puerta con los nudillos. No contestaron. Pulsé el timbre, pero tampoco abrieron. Rodeé la casa mirando por las ventanas. Dentro estaba oscuro. Cuando volví a la fachada delantera vi a Herman apoyado en el coche con los brazos cruzados.

22. DECIDÍ QUE NO HABÍA NADA QUE PERDER

Estábamos en el porche de la casa de Isaac Moritz, meciéndonos en un columpio y viendo llover. Pregunté a Herman si sabía quién era Antoine de Saint-Exupéry y cuando respondió que no, pregunté si había oído hablar de *El principito*. Dijo que le parecía que sí. Entonces le hablé de cuando Saint-Ex cayó con su avión en el desierto de Libia, de que bebía el rocío de las alas de su avión recogido con un trapo manchado de aceite, que caminaba cientos de kilómetros, deshidratado y sufriendo calor y frío. Cuando llegué al punto en que lo encuentran los beduinos, Herman deslizó su mano en la mía y yo pensé: Todos los días se extinguen setenta y cuatro especies por término medio, lo cual era una buena razón, aunque no la única, para oprimir la mano de alguien, y lo que pasó después es que nos besamos, y yo descubrí que ya sabía besar, y eso me alegró y me apenó a partes iguales, porque comprendí que estaba enamorándome, pero no de él.

Esperamos mucho rato, pero Isaac no vino. No sabía qué hacer, así que dejé una nota en la puerta con mi número de teléfono.

Una semana y media después —recuerdo que era el 5 de octubre—, mi madre, que estaba leyendo el periódico, dijo:

—¿Recuerdas aquel escritor del que me hablaste, Isaac Moritz?

—Sí.

—Viene su nota necrológica en el periódico.

Aquella noche entré en su estudio. Le quedaban cinco capítulos de *La historia del amor*, pero ella no sabía que ahora los traducía sólo para mí.

—¿Mamá? —Y cuando ella se volvió—: ¿Podemos hablar?

—Claro que sí, cariño. Ven.

Avancé unos pasos. Eran tantas las cosas que quería decir.

—Me gustaría que no estuvieras... —dije, y me eché a llorar.

—¿Que no estuviera? —preguntó ella abriéndome los brazos.

—Que no estuvieras triste.



Una buena cosa

28 de septiembre

יהוה

Hace diez días que llueve. El doctor Vishnubakat dijo que una buena cosa que puedo escribir en mi diario es lo que pienso y siento. Añadió que si quiero que él sepa lo que siento pero no quiero hablar de ello, basta con que le dé mi diario.

Yo no le respondí: ¿Le suena de algo la palabra «privado»? Una de las cosas que pienso es que ir a Israel en avión es muy caro. Lo sé porque pedí un billete en el aeropuerto y me dijeron que vale 1.200 dólares. Cuando le dije a la mujer que una vez mi madre compró un billete por 700 dólares ella me contestó que ya no hay billetes de 700 dólares. Pensé que a lo mejor me lo decía porque imaginaba que no tenía el dinero, así que le enseñé la caja de zapatos con los 741 dólares y cincuenta centavos. Me preguntó cómo había conseguido tanto dinero, y le contesté que con 1.500 vasos de limo-nada, aunque no es del todo verdad. Entonces me preguntó por qué quería ir a Israel y yo le dije si me guardaría el secreto, contestó que sí y le expliqué que era un *lamed vovnik* y a lo mejor también el Mesías. Al oír esto ella me llevó a una sala especial sólo para empleados y me regaló un pin de El Al. Luego vino la policía y me trajo a casa. Lo que sentí entonces fue rabia.

29 de septiembre

יהוה

Hace once días que llueve. ¿Cómo puede uno ser un *lamed vovnik* si un día cuesta 700 dólares ir a Israel y luego lo suben a 1.200? Tendrían que mantener el precio siempre igual para que la gente supiera cuánta limo-nada necesita vender para ir a Jerusalén.

Hoy el doctor Vishnubakat me ha pedido que le explicara la carta que dejé para mamá y para Alma cuando pensaba que me iba a Israel. Me la puso delante para refrescarme la memoria. Pero no hacía falta que me la refrescara: sabía lo que ponía porque hice nueve borradores; para que quedara oficial quise escribirla a máquina y no hacía más que equivocarme con las teclas. Y decía:

«Querida mamá, Alma y demás: He tenido que marcharme y quizá tarde en volver. No me busquéis. La razón es que soy un *lamed vovnik* y tengo que ocuparme de muchas cosas. Habrá un diluvio pero no os preocupéis porque os he hecho un arca. Alma, tú sabes dónde está. Besos, Bird».

El doctor Vishnubakat me preguntó por qué me llamo Bird. Le dije que porque sí. Si quieres saber por qué el doctor Vishnubakat se llama Vishnubakat, es porque ha venido de la India. Si quieres acordarte del nombre piensa en Vesunavaca.

30 de septiembre

יהוה

Hoy ya no llueve y los bomberos han desmontado mi arca porque dicen que tiene peligro de incendio. Eso me ha hecho sentir pena. He procurado no llorar porque el señor Goldstein dice que D--s hace las cosas con buen fin y también porque Alma dice que he de olvidar mis sentimientos para tener amigos. Otra cosa

que dice el señor Goldstein es: ojos que no ven corazón que no siente, pero yo tenía que ver adónde habían llevado el arca porque de repente recordé que había pintado en la parte de atrás, y eso no se puede tirar en cualquier sitio. Pedí a mamá que llamara a los bomberos para preguntar dónde habían puesto todas las cosas. Me dijo que en la acera para que las recogiera el camión de la basura. Le pedí que me acompañara, pero el camión ya había pasado llevándose todo. Entonces lloré y le di una patada a una piedra y mamá quiso abrazarme pero no la dejé porque no debió permitir a los bomberos desmontar el arca, y también porque hubiera tenido que preguntarme antes de tirar todas las cosas que eran de papá.

1 de octubre

יהוה

Hoy he ido a ver al señor Goldstein por primera vez desde mi intento de irme a Israel. Mamá me acompañó a la Escuela Hebrea y se quedó esperando fuera. Él no estaba en su despacho del sótano ni en el santuario pero al fin lo encontré en la parte de atrás cavando un hoyo para unos *siddurs* que tenían el lomo roto. Le digo «Hola, señor Goldstein», pero durante un rato él no dice nada ni me mira, y yo entonces digo «Bueno, quizá mañana vuelva a llover», y él dice «Los tontos y las malas hierbas crecen sin lluvia», y sigue cavando. Su voz sonaba triste y traté de entender lo que quería decir. Me quedé a su lado viendo ensancharse el hoyo. Él tenía tierra en los zapatos y yo recordé que un día un chico de los *daleds* le colgó un letrero en la espalda que ponía «Dame una patada» y nadie se lo dijo, ni yo tampoco, porque no quise ni que supiera que lo llevaba. Vi cómo envolvía tres *siddurs* en un trapo viejo y les daba un beso. Tenía más ojeras que nunca. Pensé que quizá con lo de que «Los tontos y las malas hierbas crecen sin lluvia» quería decir que se había llevado una decepción conmigo y yo no sabía por qué, y cuando puso el paquetito de los libros en el hoyo dije: *Yisgadäl veyisqadash shemei rabbah* («Alabado y santificado sea su Nombre en el mundo que Él creó y que su reino venga a vuestra vida y a vuestros días»), y entonces vi que al señor Goldstein le salían lágrimas de los ojos. Empezó a echar tierra al hoyo y vi que movía los labios, pero no oía lo que decía, de modo que intenté escuchar bien y acerqué el oído a sus labios. Decía «Chaim», que es como a mí me llama. Un *lamed vovnik* es humilde y obra en secreto, y entonces él se volvió de espaldas y yo comprendí que estaba llorando por mí.

2 de octubre

יהוה

Hoy vuelve a llover, pero no me importa, porque se han llevado el arca y porque he decepcionado al señor Goldstein. Ser un *lamed vovnik* significa que no has de decir a nadie que eres una de las treinta y seis personas en las que el mundo confía, significa hacer el bien ayudando a la gente pero sin que se fijen en ti. Pero yo dije a Alma que era un *lamed vovnik*, y a mamá, y a la mujer de El Al, y a Louis, y al señor Hintz, mi profesor de gimnasia, que quería que me quitara la *kippah* y me pusiera unos pantalones cortos, y a varias personas más, y la policía tuvo que ir a buscarme, y los bomberos vinieron y me desmontaron el arca. Todo esto me hace sentir ganas de llorar. He defraudado al señor Goldstein y también a D--s. No sé si esto quiere decir que ya no soy un *lamed vovnik*.

3 de octubre

יהוה

Hoy el doctor Vishnubakat me preguntó si estaba deprimido y yo le dije ¿Qué quiere decir deprimido? y él dijo Por ejemplo estás triste y lo que no le dije yo es ¿Es usted un ignorante? porque eso no lo diría un *lamed vovnik*. Lo que le dije es Si un caballo supiera lo pequeño que es un hombre comparado con él lo pisotearía, que es algo que a veces dice el señor Goldstein, y también el propio doctor Vishnubakat lo ha dicho. Eso es interesante, ¿puedes desarrollarlo? y yo le dije No. Entonces nos quedamos un rato callados, que es algo que hacemos a veces, pero yo me aburría y dije El trigo puede crecer del estiércol, que también lo dice el señor Goldstein y al doctor Vishnubakat le interesó mucho porque tomó nota en su bloc, y yo dije El orgullo se posa en el estercolero. Entonces el doctor Vishnubakat preguntó Puedo hacerte una

pregunta y yo contesté Depende y él dijo Echás de menos a tu padre y yo contesté En realidad no me acuerdo de él y él dijo Creo que ha de ser muy duro perder a un padre, y yo no dije nada. Si quieres saber por qué no dije nada, es porque no me gusta que alguien hable de papá si no lo ha conocido.

Una cosa que he decidido es que de ahora en adelante antes de hacer una cosa siempre me preguntaré ¿HARÍA ESO UN LAMED VOVNIK? Por ejemplo hoy llamó Misha preguntando por Alma y no le dije ¿Quieres darle un beso con lengua? porque cuando me hice la pregunta ¿HARÍA ESO UN LAMED VOVNIK? la respuesta fue NO. Entonces Misha preguntó ¿Cómo está? y yo dije Está bien y él dijo Dile que quería preguntarle si ha encontrado a la persona que estaba buscando, y yo no sabía de qué hablaba y dije ¿Cómo? y entonces él dijo En realidad no importa, no le digas que he llamado, y yo dije Vale y no se lo he dicho porque si hay algo que un *lamed vovnik* sabe hacer es guardar un secreto. No sabía que Alma estuviera buscando a alguien y he tratado de adivinar quién sería, pero no he podido.

4 de octubre

יהוה

Hoy ha sucedido una cosa terrible. El señor Goldstein se ha puesto muy enfermo y se ha desmayado y no lo han encontrado hasta tres horas después y ahora está en el hospital. Cuando mamá me lo dijo me encerré en el cuarto de baño y pedí a D--s que por favor haga que el señor Goldstein se ponga bien. Cuando estaba casi cien por cien seguro de que era un *lamed vovnik* pensaba que D--s podía oírme. Pero ya no estoy seguro. Y entonces tuve una idea horrible, que es que quizá el señor Goldstein se puso enfermo porque yo lo he decepcionado. De pronto me sentí muy, muy triste. Cerré los ojos con fuerza para que no pudieran escaparse lágrimas y traté de pensar en lo que puedo hacer. Entonces tuve una idea. Si hago una buena obra para ayudar a alguien y no lo digo a nadie quizá el señor Goldstein se ponga bien y yo sea un *lamed vovnik* de verdad.

A veces si necesito saber algo lo pregunto a D--s. Por ejemplo digo Si quieres que robe otros 50 dólares del bolso de mamá para comprar un billete para Israel aunque robar está mal haz que mañana vea tres Escarabajos azules seguidos, y si veo tres Escarabajos azules seguidos sabré que la respuesta es sí. Pero esta vez sabía que no podía pedir ayuda a D--s y tenía que descubrirlo solo. Así que traté de pensar en alguien que necesitara ayuda y enseguida encontré la respuesta.



La última vez que te vi

Yo estaba en la cama, soñando un sueño que tenía lugar en la antigua Yugoslavia, o quizá Bratislava, aunque también podía ser Bielorrusia. Cuanto más lo pienso menos me aclaro. «¡Despierta!», gritaba Bruno. O es de suponer que gritaba, antes de echar mano del recurso de vaciarme la jarra del agua en la cara. Quizá quiso vengarse de cuando le salvé la vida. Levantó la ropa de la cama. Siento mucho lo que viera debajo. Y sin embargo. Es matemático. Cada mañana se me pone firmes como el recluta que espera órdenes.

—¡Mira! —gritaba Bruno—. En esta revista hablan de ti.

Yo no estaba de humor para bromas. Si se me deja en paz, me despierto tranquilamente, con un buen pedo. De modo que tiré al suelo la almohada mojada y hundí la cabeza en las sábanas. Bruno me dio con la revista en la cabeza.

—Levanta y mira —dijo.

Yo hice el papel de sordomudo, que he perfeccionado con los años. Oí los pasos de Bruno que se alejaban. Estrépito en el armario del recibidor. Yo me preparé para resistir. Una detonación y un chisporroteo.

—¡¡Hablan de ti en una revista!! —dijo Bruno por el megáfono que había conseguido desenterrar de mis pertenencias. A pesar de que yo estaba debajo de las sábanas, consiguió localizar mi oído—. ¡¡Repito!! —bramó—. ¡¡Tú sales en una revista!!

Aparté las sábanas y le arranqué el megáfono de los labios.

—¿Desde cuándo eres tan imbécil? —dije.

—¿Y tú? —dijo Bruno.

—Mira, Gimpel. Ahora cerraré los ojos y contaré hasta diez —le dije—. Cuando los abra quiero que te hayas ido.

Bruno pareció dolido.

—No hablas en serio —dijo.

—Completamente en serio —dije y cerré los ojos—. Uno dos.

—Di que no hablas en serio.

Con los ojos cerrados, recordé la primera vez que había visto a Bruno. Daba puntapiés a una pelota levantando polvo. Era un chico flaco y pelirrojo, recién

llegado a Slonim con su familia. Me acerqué. Él levantó la mirada y me inspeccionó. Sin decir palabra, me chutó la pelota. Yo se la chuté a él.

—Tres, cuatro, cinco —dije. Sentí caer en mis rodillas la revista, abierta, y oí alejarse por el pasillo los pasos de Bruno. Se detuvieron un momento. Yo traté de imaginarme la vida sin él. Parecía imposible. Y sin embargo—. ¡Siete! —grité—. ¡Ocho! —Al nueve oí cerrarse la puerta de entrada—. Diez —dije a nadie en particular. Abrí los ojos y bajé la mirada.

Allí, en una página de la única revista a la que estoy suscrito, vi mi nombre.

Pensé: ¡Qué coincidencia, otro Leo Gursky! Naturalmente, me impresionó, a pesar de que tenía que ser otro. No es un nombre tan raro. Y sin embargo. Tampoco es muy corriente.

Leí una frase. Y no tuve que leer más para comprender que no podía ser otro. Lo supe porque aquella frase la había escrito yo. En mi libro, la novela de mi vida. El libro que empecé a escribir después del ataque de corazón y que aquella mañana, después de la clase de dibujo, envié a Isaac. Cuyo nombre, ahora lo veía, estaba impreso en grandes letras en lo alto de la página. «*Palabras para todas las cosas*», rezaba el título que yo había elegido por fin, y debajo: «Isaac Moritz».

Miré el techo.

Bajé la mirada. Como ya he dicho, algunos pasajes los sé de memoria. Y la frase que sabía de memoria seguía allí. Y otras cien que también sabía de memoria, un poco retocadas aquí y allá de un modo que resultaba una pizca cargante. El comentario decía que Isaac había muerto aquel mes y que el fragmento publicado pertenecía a su último manuscrito.

Me levanté y saqué la guía telefónica de debajo de *Citas célebres* e *Historia de la ciencia* con los que se ilustra Bruno cuando se sienta a la mesa de mi cocina. Encontré el número de la revista.

—¿Oiga? —dije a la centralita—. Con la sección de narrativa, por favor.

Sonó tres veces.

—Sección de narrativa —dijo un hombre. Sonaba a joven.

—¿De dónde han sacado esa narración? —pregunté.

—¿Cómo dice?

—¿De dónde han sacado esa novela?

—¿Qué novela, caballero?

—*Palabras para todas las cosas*.

—Es de Isaac Moritz —dijo.

—Ja, ja —dije yo.

—¿Disculpe?

—No lo es.

—Sí lo es.

—No.

—Le aseguro que sí.

—Y yo le aseguro que no.

—Sí, señor. Lo es.

—Vale —dije—, lo es.

—¿Con quién hablo, por favor? —preguntó.

—Con Leo Gursky —le respondí.

Un silencio tenso. Cuando volvió a hablar, ya no tenía la voz tan firme.

—¿Es una broma?

—De broma nada —dije.

—Es el nombre del protagonista de la novela.

—Justo.

—Tendré que consultar con el departamento de comprobación de datos —dijo—.

Normalmente, si existe una persona con el mismo nombre, nos informan.

—¡Sorpresa! —exclamé.

—No se retire, por favor.

Colgué.

Una persona tiene, a lo sumo, dos o tres ideas buenas en su vida. Y una de las mías estaba en las páginas de aquella revista. Volví a leerlo. De vez en cuando, me reía de mi propio ingenio. Y sin embargo. Eran más las veces que hacía una mueca.

Volví a marcar el número de la revista y a preguntar por el departamento de narrativa.

—¿Adivina quién soy? —pregunté.

—Leo Gursky —dijo el hombre. Percibí miedo en su voz.

—Bingo —dije, y añadí—: Ese... digamos libro...

—¿Sí?

—¿Cuándo saldrá?

—No se retire, por favor —dijo él.

No me retiré.

—En enero —dijo al volver.

—¡Enero! —exclamé—. ¡Tan pronto! —El calendario de la pared decía que estábamos a 17 de octubre. Sin poder evitarlo, pregunté—: ¿Es bueno?

—Dicen que uno de los mejores que escribió.

—¡Uno de los mejores! —La voz me subió una octava y se me cascó.

—Sí, señor.

—Me gustaría que me enviaran unas pruebas de imprenta —dije—. Quizá no viva hasta enero.

Silenció al otro extremo.

—Bien —dijo al fin el chico—. Veré si puedo conseguirlas. ¿Cuál es su

dirección?

—La misma que la del Leo Gursky de la novela —dije, y colgué. Pobre muchacho. Podía pasar años tratando de descifrar el misterio.

Pero también yo tenía mi propio misterio que resolver. Es decir, si habían encontrado mi manuscrito en su casa y lo habían tomado por suyo, ¿no significaba eso que él lo había leído o, por lo menos, había empezado a leerlo antes de morir? Porque eso lo cambiaría todo. Significaría...

Y sin embargo.

Me paseaba por el apartamento, al menos todo lo que era posible pasearse con una raqueta de bádminton aquí, un montón de *National Geographics* allá y unas bolas de petanca, juego que desconozco por completo, diseminadas por el suelo de la sala.

Era muy sencillo: si él había leído mi libro, sabía la verdad.

Yo era su padre.

Él era mi hijo.

Y entonces se me ocurrió que era posible que hubiera habido un breve lapso de tiempo en el que Isaac y yo habíamos coincidido en la vida sabiendo cada uno de la existencia del otro.

Fui al baño, me lavé la cara con agua fría y bajé a buscar el correo. Pensaba que aún podía haber una carta que mi hijo me enviara poco antes de morir.

Metí la llave y la hice girar.

Y sin embargo. Un montón de propaganda, la *Guía TV*, un catálogo de Bloomingdale's y una carta de la Federación de Asociaciones para la Defensa de la Naturaleza que, desde que les mandé diez dólares en 1979, no se olvidan de mí. Me lo llevé todo a casa para tirarlo a la basura. Tenía el pie en el pedal del cubo cuando lo vi: un sobre pequeño con mi nombre escrito a máquina. El setenta y cinco por ciento de mi corazón que aún vive se disparó. Rasgué el sobre. Dentro había una carta que ponía:

«Querido Leopold Gursky: El sábado a las 4 lo espero en los bancos que hay frente a la entrada del zoo de Central Park. Creo que ya sabe quién soy».

Loco de emoción, grité: «¡Lo sé!» «Suya afectísima», decía.

Mía afectísima, pensé.

«Alma».

En aquel momento, supe que me había llegado la hora. Lo supe por cómo crujía el papel, tanto me temblaban las manos. Se me doblaban las rodillas.

Sentí vértigo. De modo que así es como te envían al ángel. Con el nombre de la muchacha a la que has querido siempre.

Golpeé el radiador para llamar a Bruno. No hubo respuesta, ni tampoco al cabo de un minuto, ni de dos, por más que yo golpeaba y golpeaba, tres golpes para *¿aún vives?* dos para *sí* y uno para *no*. Yo escuchaba, pero no hubo respuesta. Quizá no

debí llamarle idiota, porque ahora, cuando más lo necesitaba, no tenía a nadie.



¿Haría eso un *lamed vovnik*?

5 de octubre

יהוה

Esta mañana me colé en el cuarto de Alma mientras ella estaba en la ducha y saqué de su mochila el tercer tomo de *Cómo sobrevivir en la naturaleza*. Luego volví a la cama y lo escondí debajo de la ropa. Entonces entra mamá y le digo que no me encuentro bien. Ella me toca la frente y pregunta ¿Qué te duele? y yo le contesto Me parece que amigdalitis, y ella dice Debe de rondarte algo, y yo digo Es que tengo que ir a la escuela, y ella dice No pasa nada si faltas un día, y yo digo Vale. Luego me trajo manzanilla con miel y yo me la bebí con los ojos cerrados para que viera lo enfermo que estaba. Oí que Alma se iba al colegio y mamá subió a trabajar. Cuando oí crujir la silla saqué *Cómo sobrevivir en la naturaleza*, tercer tomo, y me puse a leer para ver si me enteraba de a quién busca Alma.

La mayoría de las páginas están llenas de información por ejemplo de cómo hacer un lecho de piedras calientes, o un cobertizo, o cómo hacer potable el agua, aunque no lo he entendido porque nunca he visto agua que no pueda echarse en un recipiente. (Excepto quizá el hielo.) Ya empezaba a pensar que no iba a descubrir nada del misterio cuando llegué a una página que decía «Cómo sobrevivir si no se te abre el paracaídas». Había que hacer diez cosas, pero ninguna tenía sentido. Por ejemplo si estás cayendo por el aire y no se te abre el paracaídas me parece que no servirá de nada tener un jardinero cojo. También hablaba de buscar una piedra pero por qué iba a haber piedras a no ser que alguien estuviera arrojándotelas o las llevaras en el bolsillo algo que no haría una persona normal. El último paso era sólo un nombre que era Alma Mereminski.

Pensé que Alma estaba enamorada de un señor Mereminski y quería casarse con él. Pero en la otra página decía «Alma Mereminski = Alma Moritz» y pensé que Alma estaba enamorada del señor Mereminski y también del señor Moritz. Y al volver la hoja arriba de todo leo «Las cosas que echo de menos de M» y había una lista de quince cosas y la primera era «Su manera de sostener las cosas». No entiendo que se pueda echar de menos la manera en que alguien sostiene las cosas.

He tratado de pensar pero era difícil. Si Alma está enamorada del señor Mereminski o del señor Moritz, ¿cómo es que nunca he visto a ninguno de los dos y por qué nunca la llaman como hacen Herman y Misha? Y si está enamorada del señor Mereminski o del señor Moritz, ¿por qué lo echa de menos a él?

El resto del cuaderno está en blanco.

La única persona a la que yo echo de menos es papá. A veces tengo celos de Alma porque ella conoció a papá más tiempo que yo y puede recordar muchas cosas de él. Pero lo raro es que cuando el año pasado leí el segundo tomo de su cuaderno vi que decía «estoy triste porque en realidad no llegué a conocer a papá».

Yo estaba pensando por qué ella habría escrito esto cuando de repente tuve una idea extraña. ¿Y si mamá hubiera estado enamorada de otro que se llamaba señor Mereminski o señor Moritz y el padre de Alma era él? ¿Y si Alma no llegó a conocerlo porque él se murió o se marchó lejos? Y después mamá conoció a David Singer y me tuvo a mí. Y entonces murió él y por eso mamá está triste.

Eso explicaría por qué ella escribió «Alma Mereminski» y «Alma Moritz» y no «Alma Singer». ¡Quizá estaba buscando a su verdadero padre!

Oí que mamá se levantaba de la silla y me hice el dormido que me sale muy bien porque lo he ensayado cien veces delante del espejo. Mamá entró y se sentó en el borde de la cama y estuvo mucho rato sin decir nada. Pero de repente tuve ganas de estornudar, y abrí los ojos y estornudé y mamá dijo Pobrecito. Entonces hice algo muy arriesgado. Con mi mejor voz de sueño pregunté Mamá ¿tú quisiste a alguien

antes de papá? Yo estaba casi un cien por cien seguro de que diría que no. Pero puso una cara rara y dijo Supongo, ¡sí! Y yo le pregunté ¿Ha muerto? y ella se rió y dijo ¡No! Yo estaba como loco por dentro pero no quería que sospechara y fingí que volvía a dormirme.

Ahora me parece que ya sé a quién busca Alma. También sé que si soy un *lamed vovnik* auténtico podré ayudarla.

6 de octubre

יהוה

Me he hecho el enfermo por segundo día para poder quedarme en casa y también para no tener que ver al doctor Vishnubakat. Cuando mamá subió a trabajar puse la alarma de mi reloj de pulsera y cada diez minutos tosía cinco segundos. Al cabo de media hora me levanté de la cama sin hacer ruido para buscar más pistas en la mochila de Alma. No vi nada aparte de las cosas de siempre como el botiquín y el cuchillo del ejército suizo, pero al sacar el jersey encontré unos papeles que estaban envueltos en él. Enseguida vi que eran del libro que está traduciendo mamá que se titula *La historia del amor* porque siempre está tirando borradores a la papelera y he visto cómo son. También sé que Alma sólo guarda en la mochila cosas muy importantes que podría necesitar en una emergencia y traté de adivinar por qué *La historia del amor* es tan importante para ella.

Entonces me acordé de algo que siempre dice mamá de que papá le regaló *La historia del amor*. Pero ¿y si se refiere al padre de Alma y no al mío? ¿Y si el libro revela el secreto de quién era?

Mamá bajaba y yo tuve que meterme corriendo en el cuarto de baño y fingir durante dieciocho minutos que estaba estreñido para que no desconfiara.

Cuando salí ella me dio el número del señor Goldstein en el hospital y dijo que si quería podía llamarlo. Él tenía la voz cansada y cuando le pregunté cómo se encontraba me dijo De noche todas las vacas son negras. Yo quería contarle la buena obra que voy a hacer, pero sé que no se puede, ni siquiera a él.

Volví a la cama y me puse a tratar de adivinar por qué tiene que ser un secreto quién es el verdadero padre de Alma. La única explicación que se me ha ocurrido es que a lo mejor es un espía como esa rubia de la película favorita de Alma, que trabaja para el FBI y no puede revelar su verdadera identidad a Roger Thornhill a pesar de que está enamorada de él. Quizá el verdadero padre de Alma tampoco podía revelar su verdadera identidad, ni siquiera a mamá.

¡Quizá por eso tenía dos nombres! ¡O más de dos! Sentí envidia porque mi papá no era un espía pero enseguida se me pasó al recordar que yo puedo ser un *lamed vovnik* que es mejor que un espía.

Mamá entró a verme. Me dijo que salía y que estaría fuera una hora y que si me importaba quedarme solo. Cuando oí cerrarse la puerta y girar la llave en la cerradura fui al cuarto de baño a hablar con D--s. Luego fui a la cocina a hacerme un bocadillo de mantequilla de cacahuete y jalea. Entonces sonó el teléfono. Yo no creí que fuera algo especial pero cuando contesté el del otro lado dijo Hola aquí Bernard Moritz, ¿podría hablar con Alma Singer?

Y así fue como descubrí que D--s puede oírme.

El corazón se me disparó. Tenía que pensar deprisa. Dije Ella ahora no está pero puedo darle el recado. Él dijo Es una larga historia. Entonces yo dije Puedo darle un recado largo.

Él dijo Encontré la nota que dejó en la puerta de la casa de mi hermano.

Debió de ser hace una semana, cuando él estaba en el hospital. Decía que sabía quién era y que necesitaba hablar con él de *La historia del amor*. Dejó este número.

Yo no le dije ¡Lo sabía! ni ¿Está usted enterado de que él era espía? Me quedé callado para no decir lo que no debía.

Pero entonces el hombre dijo De todos modos mi hermano ha muerto, llevaba enfermo mucho tiempo y yo no hubiera llamado de no ser porque antes de morir me dijo que había encontrado unas cartas en un cajón de nuestra madre.

Como yo no decía nada él siguió hablando.

Decía Cuando leyó las cartas pensó que el hombre que era su verdadero padre había escrito un libro titulado *La historia del amor*. Yo no lo creí hasta que encontré la nota de Alma. Mencionaba el libro y ¿sabe usted? mi madre también se llamaba Alma. Pensé que debía hablar con ella, o por lo menos decirle que Isaac ha muerto, para que no se extrañe.

Entonces volví a hacerme un lío porque pensé que este señor Moritz era el padre de Alma. La única explicación era que el padre de Alma tenía muchos hijos que no lo conocían. Quizá el hermano de este hombre era uno de ellos y Alma era otro, y los dos buscaban a su padre al mismo tiempo.

Pregunté ¿Dice que él creía que su verdadero padre era el autor de *La historia del amor*?

El hombre del teléfono dijo Sí.

Y yo dije ¿Pensaba él que su padre se llamaba Zvi Litvinoff?

Ahora el que pareció confuso fue él. Dijo No él pensaba que era Leopold Gursky.

Procuré que mi voz sonara tranquila al decirle ¿Cómo se escribe? Y él dijo G-u-r-s-k-y. ¿Por qué pensaba su hermano que su padre se llamaba Leopold Gursky? le pregunté. Y él respondió Porque él era quien enviaba a nuestra madre cartas con fragmentos del libro que estaba escribiendo titulado *La historia del amor*.

Yo me sentía como loco por dentro porque aunque no lo comprendía todo me parecía que estaba a punto de resolver el misterio del padre de Alma, y que si lo resolvía estaría haciendo algo útil y si hacía algo útil en secreto aún podría ser un *lamed vovnik*, y todo iría bien.

Entonces el hombre dijo Me parece que valdría más que hablara con Alma Singer directamente. Para que no desconfiara le dije que le daría el recado y colgué.

Me senté a la mesa de la cocina para pensar en todas estas cosas. Ahora sabía que cuando mamá decía que papá le había regalado *La historia del amor* quería decir que se lo había dado el padre de Alma que era el que lo había escrito.

Cerré los ojos y me pregunté Si soy un *lamed vovnik* ¿cómo puedo encontrar al padre de Alma que se llamaba Leopold Gursky y también Zvi Litvinoff y señor Mereminski y señor Moritz?

Abrí los ojos y miré fijamente el bloc en el que había escrito G-u-r-s-k-y.

Luego miré la guía de teléfonos que está encima del frigorífico. Arrimé la escalera de mano y me subí. Había mucho polvo en la tapa y la limpié y miré en la G. En realidad creía que no lo encontraría. Leí «Gurland, John». Reseguí con el dedo los nombres, «Gurol, Gurov, Gurovich, Gurrera, Gurrin, Gurshon» y después de «Gurshumov» lo vi. «Gursky, Leopold». Estaba allí desde siempre.

Anoté el teléfono y la dirección, calle Grand, 504, cerré la guía y guardé la escalera.

7 de octubre

יהוה

Hoy es sábado y no he tenido que volver a hacerme el enfermo. Alma se levantó temprano y dijo que se iba, y cuando mamá me preguntó cómo me encontraba le contesté Mucho mejor. Entonces me preguntó si quería que hiciéramos algo los dos juntos como ir al zoo, porque el doctor Vishnubakat dijo que sería bueno que hiciéramos más cosas juntos como una familia. Aunque me hubiera gustado ir sabía que tenía otras cosas que hacer. Así que le dije A lo mejor mañana. Luego subí a su estudio, encendí el ordenador e imprimí *La historia del amor*. Lo metí en un sobre marrón y encima escribí «Para Leopold Gursky». Dije a mamá que salía a jugar un rato, y ella preguntó ¿A jugar adónde? y le dije que a casa de Louis, a pesar de que ya no somos amigos. Luego saqué cien dólares del dinero de la limo-nada y me los metí en el bolsillo. Escondí el sobre debajo de la chaqueta y salí. No sabía dónde estaba la calle Grand, pero tengo casi doce años y estaba seguro de que la encontraría.

A+L

La carta llegó por correo, sin remite. Mi nombre, Alma Singer, estaba escrito a máquina en el sobre. Las únicas cartas que yo había recibido eran las de Misha, pero él no escribía a máquina. La abrí. Eran sólo dos líneas: «Querida Alma: El sábado a las 4 te espero en los bancos que hay frente a la entrada del zoo de Central Park. Creo que ya sabes quién soy. Tuyo afectísimo, Leopold Gursky».

No sé cuánto rato llevo sentado en este banco. Casi ha anochecido ya, pero cuando aún había luz podía admirar las estatuas. Un oso, un hipopótamo, una figura de pezuña hendida que me ha parecido una cabra. Al venir pasé junto a una fuente. La pila estaba seca. Miré si había monedas en el fondo. Pero sólo vi hojas secas. Ahora están en todas partes, caen y caen, convirtiendo el mundo otra vez en tierra. A veces se me olvida que el mundo no lleva la misma pauta que yo. Que las cosas no están muriendo o que si mueren renacerán con sol y el estímulo habitual. A veces pienso: Yo soy más viejo que ese árbol, más viejo que este banco, más viejo que la lluvia. Y sin embargo. No soy más viejo que la lluvia. Hace años que cae y seguirá cayendo cuando yo me vaya.

He leído la carta otra vez. «Creo que ya sabes quién soy», dice.
Pero yo no conozco a ningún Leopold Gursky.

Estoy decidido a seguir esperando sin moverme de aquí. No tengo nada más que hacer en esta vida. Me escocerán las posaderas, pero podría ser peor. Si me entra sed, no será un crimen que me arrodille y me ponga a lamer la hierba. No estaría mal que mis pies echaran raíces y mis manos criaran musgo. Hasta podría quitarme los zapatos para acelerar el proceso. Sentir la tierra mojada entre los dedos de los pies como cuando era niño. Echar hojas por los dedos de las manos. Quizá un niño trepe por mí. Ése al que antes he visto echar piedras a la pila vacía; no me ha parecido muy mayor para subirse a los árboles. Pero se lo veía muy serio para su edad. Quizá creía que no estaba hecho para este mundo. Me hubiera gustado decirle: «¿Y quién, si no tú?».

Quizá sea de Misha. Muy propio de él hacer una cosa así. El sábado voy al parque y en el banco está él. Hace dos meses de aquella tarde, en su cuarto, cuando sus padres gritaban al otro lado de la pared. Le diría lo mucho que lo he echado de menos.

Gursky... suena a ruso.

Quizá sea de Misha.

Pero probablemente no.

A ratos no pensaba en nada y a ratos pensaba en mi vida. Por lo menos, me he ganado la vida. ¿Qué clase de vida? Una vida. He vivido. No ha sido fácil. Y sin embargo. He descubierto que es poco lo que no se puede soportar.

Si no es de Misha, quizá sea del hombre de las gafas oscuras de los Archivos Municipales de la calle Chambers 31, el que me llamó señorita Carne de Conejo.

No le pregunté el nombre, pero él sabe el mío y mi dirección, porque tuve que rellenar un formulario. Quizá haya encontrado algo, una carpeta o un certificado. O quizá imagina que tengo más de quince años.

Hubo un tiempo en el que vivía en el bosque, o en los bosques, en plural. Comía gusanos. Comía insectos. Comía todo lo que podía meterme en la boca. A veces me ponía enfermo. Tenía el estómago destrozado, pero necesitaba tragar. Bebía el agua de los charcos. La nieve. Todo lo que encontraba. A veces me colaba en los silos para patatas excavados en las afueras de los pueblos. Eran un buen escondite, porque allí no hacía tanto frío en el invierno. Pero había ratas. Pensar que llegué a comer ratas, sí, ratas crudas. Por lo visto, tenía muchas ganas de vivir. Y había una sola razón: ella.

La verdad es que ella me dijo que no podía quererme. Cuando me dijo adiós, me decía adiós para siempre.

Y sin embargo.

Me obligué a mí mismo a olvidar. No sé por qué. Aún me lo pregunto. Pero eso hice.

O quizá sea de aquel judío viejo que trabajaba en la Oficina de Empadronamiento de la calle Centre.

Tenía cara de llamarse Leopold Gursky. Quizá sepa algo de Alma Moritz, o de Isaac, o de *La historia del amor*.

Recuerdo el día en que descubrí que podía inducirme a mí mismo a ver cosas que no existen. Tenía diez años y volvía de la escuela. Unos chicos de la clase corrían gritando y riendo. Yo quería ser como ellos. Y sin embargo. No podía.

Siempre me había sentido diferente, y la diferencia dolía. Entonces, al doblar la esquina, lo vi. Un elefante enorme, solo en medio de la plaza. Yo sabía que me lo estaba imaginando. Y sin embargo. Quería creer.

De modo que lo intenté.

Y descubrí que podía.

O quizá la carta sea del portero del número 450 de la calle Cincuenta y dos Este. Quizá preguntó a Isaac por *La historia del amor*. Quizá Isaac le preguntó mi nombre. Quizá, antes de morir, dedujo quién era yo y dio algo al portero para que me lo entregara.

Después del día en que vi el elefante, me hice ver y creer más cosas. Era un juego al que jugaba conmigo mismo. Cuando contaba a Alma lo que veía, ella se reía y decía que le encantaba mi imaginación. Por ella, yo convertía las piedras en brillantes, los zapatos en espejos, convertía el cristal en agua, le ponía alas y le sacaba pájaros de las orejas y ella se encontraba las plumas en los bolsillos, ordené a una pera que se convirtiera en piña, a una piña que se convirtiera en bombilla, a una bombilla que se convirtiera en la luna y a la luna que se convirtiera en una moneda que yo echaba al aire jugándome su amor, pero sabiendo que no podía perder, porque los dos lados eran cara.

Y ahora, al final de mi vida, apenas distingo la diferencia entre lo que es real y lo que yo creo. Por ejemplo, esta carta que tengo en la mano, puedo palparla con los dedos. El papel es suave, menos en los dobleces. Puedo desdoblarla y volver a doblarla. Tan cierto como que estoy aquí sentado, esta carta existe.

Y sin embargo.

El corazón me dice que mi mano está vacía.

O quizá la carta sea del propio Isaac, escrita poco antes de morir. Quizá Leopold Gursky sea otro personaje del libro. Quizá tenía algo que decirme. Y ahora ya es tarde. Mañana, cuando yo vaya al parque, el banco estará vacío.

Hay muchas maneras de estar vivo pero sólo hay una manera de estar muerto.

Asumí la postura. Pensé: Por lo menos, aquí me encontrarán antes de que apeste el edificio de arriba abajo. Cuando murió la señora Freid y no la encontraron hasta pasados tres días, a todos los vecinos nos metieron un papel por debajo de la puerta que ponía: «Mantengan abiertas las ventanas durante todo el día. Firmado: la Administración». Así pues, todos disfrutamos de aire puro por cortesía de la señora Freid, que tuvo una vida muy larga, con muchas peripecias extrañas que no hubiera podido ni soñar cuando era niña, y terminó con una visita a la tienda de comestibles para comprar una caja de galletas que aún no había abierto cuando se echó en la cama para descansar y se le paró el corazón.

Así que pensé: Vale más esperarla al aire libre. El tiempo se puso feo, el aire refrescó, las hojas se dispersaban. A ratos pensaba en mi vida y a ratos no pensaba en nada. De vez en cuando, obedeciendo a un impulso, hacía un examen rápido. No a la pregunta ¿sientes las piernas? No a la pregunta ¿sientes las posaderas? Sí a la pregunta ¿te late el corazón?

Y sin embargo.

Me armé de paciencia. Debía de haber otros, en otros bancos. La muerte andaba muy atareada. Mucha gente a la que atender. Para que no pensara que fingía, saqué la tarjeta que llevo siempre en el bolsillo y me la prendí de la chaqueta con un imperdible.

Mil cosas pueden cambiarte la vida. Y, durante unos días, desde el momento en que recibí la carta hasta el momento en que acudí a la cita, todo parecía posible.

Ha pasado un policía. Leyó la tarjeta prendida en mi pecho y me miró. Creí que iba a ponerme un espejo debajo de la nariz, pero sólo me preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí, porque ¿qué iba a decirle, la he esperado toda mi vida, ella era todo lo contrario de la muerte... y aquí estoy todavía, esperando?

Por fin llegó el sábado. El único vestido que tenía, el que llevé al Muro de las Lamentaciones, me estaba pequeño. Me puse una falda, metí la carta en el bolsillo y salí de casa.

Ahora que la mía casi ha terminado, puedo decir que, para mí, lo más asombroso de la vida es la capacidad de cambio. Un día eres una persona y al día siguiente te dicen que eres un perro. Al principio se te hace duro, pero luego aprendes a no considerarlo una pérdida. E incluso llega un momento en que sientes euforia al descubrir lo poco que necesitas que permanezca igual para seguir empeñado en ese esfuerzo al que llaman, a falta de una palabra mejor, ser humano.

Salí de la estación del metro y fui hacia Central Park. Pasé por delante del hotel Plaza. Ya era otoño: las hojas se volvían marrones y caían.

Entré en el parque por la calle Cincuenta y nueve y subí por el camino del zoo. Cuando llegué a la entrada, se me cayó el alma a los pies. Había unos veinticinco bancos en hilera. Siete estaban ocupados.

¿Cómo iba a saber quién era él?

Me paseé arriba y abajo por delante de los bancos. Nadie se fijó en mí. Me senté al lado de un hombre. Ni me miró.

Mi reloj marcaba las 4.02. Quizá se había retrasado.

Una vez, estando yo escondido en un silo de patatas, pasaron por delante dos SS. La entrada estaba disimulada por una fina capa de heno. Sus pasos se acercaban, yo los oía hablar como si estuvieran dentro de mis oídos. Uno dijo:

«Mi mujer se acuesta con otro», y su compañero preguntó: «¿Cómo lo sabes?», y el primero respondió: «No lo sé, sólo lo sospecho», a lo que el segundo preguntó: «¿Por qué lo sospechas?», mientras a mí se me paraba el corazón. «Es sólo una impresión», dijo el primero, y yo imaginé la bala que me perforaría el cerebro. «No puedo pensar con claridad —añadió—. He perdido el apetito por completo».

Pasaron quince minutos, veinte. El hombre que estaba a mi lado se levantó y se fue. En su lugar se sentó una mujer que abrió un libro. Del banco de al lado se levantó otra mujer. Dos bancos más allá, una madre mecía a su hijo en el cochecito, al lado de un anciano. Tres bancos más abajo, una pareja se oprimía las manos y reía. Luego vi que se levantaban y se alejaban. La madre se puso en pie y se fue empujando el cochecito. Quedamos la mujer, el anciano y yo.

Pasaron otros veinte minutos. Se hacía tarde. Pensé que quienquiera que fuese ya no vendría. La mujer cerró el libro y se fue. Ya no había nadie más que el anciano y yo. Me levanté, decidida a marcharme. Estaba decepcionada. No sé qué esperaba. Eché a andar. Pasé por delante del anciano. Tenía una tarjeta prendida del pecho con un imperdible. Ponía: «ME LLAMO LEO GURSKY NO TENGO FAMILIA RUEGO LLAMEN AL CEMENTERIO PINELAWN ALLÍ TENGO UNA PARCELA EN LA SECCIÓN JUDÍA GRACIAS POR SU AMABILIDAD».

A causa de aquella esposa que se cansó de esperar a su soldado, yo salvé la vida. Él no tenía más que apartar el heno para descubrir el hoyo. Si no hubiera estado tan preocupado me habría encontrado. Muchas veces me he preguntado qué sería de ella. Me gusta imaginar la primera vez que levantó la cara para besar al desconocido, movida por la atracción que sentía por él, o quizá sólo por el ansia de aliviar su soledad, y aquello vino a ser como una de esas nimiedades que pueden desencadenar un desastre natural en el otro lado del mundo, sólo que fue todo lo contrario de un desastre, fue un acto de gracia por el que, inconscientemente, me salvó, y también esto forma parte de *La historia del amor*.

Me paré delante de él.
Me pareció que ni me veía.
Le dije:
—Me llamo Alma.

Y entonces la vi. Es extraño lo que puede hacer la mente cuando el corazón le da las instrucciones. Estaba distinta de como yo la recordaba. Y sin embargo.

Era la misma. Los ojos: por ellos la reconocí. Pensé: De modo que así te envían al ángel. De la misma edad que ella tenía cuando más te quería.

—Qué casualidad —dije—. Es mi nombre favorito.

Yo dije:

—Me pusieron el nombre de todas las muchachas de un libro que se titula *La historia del amor*.

—Ese libro lo escribí yo —le dije.

Oh, hablo en serio —dije—. Es un libro que existe de verdad.

Le seguí la corriente y dije:

—Yo no podría hablar más en serio.

Yo no sabía qué decir. Era tan viejo... Quizá bromeaba o quizá estaba confuso.

Por decir algo, le pregunté:

—¿Es escritor?

—En cierto modo —dijo él.

Le pregunté qué libros había escrito. Él dijo que *La historia del amor* era uno y *Palabras para todas las cosas* era otro.

—Qué extraño —dije—. Quizá haya dos libros titulados *La historia del amor*.

Él no dijo nada. Le brillaban los ojos.

—El libro al que me refiero fue escrito por Zvi Litvinoff. Lo escribió en español. Mi padre lo regaló a mi madre cuando se conocieron. Luego mi padre murió y ella guardó el libro hasta hará unos ocho meses, cuando un hombre le escribió una carta para pedirle que se lo tradujera. Ahora sólo le faltan unos pocos capítulos. En *La historia del amor* al que me refiero hay un capítulo que se titula «La Edad del Silencio» y otro que se titula «Cómo nacieron los sentimientos» y otro...

El hombre más viejo del mundo se echó a reír y luego dijo:

—¿Qué estás diciendo, que también te enamoraste de Zvi? ¿No te bastaba con quererme a mí y después a mí y a Bruno, y después sólo a Bruno y al final ni a Bruno ni a mí?

Yo empezaba a ponerme nerviosa. Quizá estaba loco. O quizá se sentía solo.

Anocheecía.

—Perdone, no le entiendo.

Vi que la había asustado. Comprendí que ya era tarde para discutir. Habían pasado sesenta años.

Dije:

—Perdona. Dime qué pasajes te han gustado. ¿Qué te pareció «La Edad de Cristal»? Yo quería hacerte reír.

Ella abrió mucho los ojos.

—Y también llorar.

Ahora se la veía asustada y sorprendida.

Y entonces tuve una revelación.

Parecía imposible.

Y sin embargo.

¿Y si las cosas que me parecían posibles fueran en realidad imposibles y las cosas que yo creía imposibles no lo fueran en realidad?

Por ejemplo.

¿Y si la muchacha que estaba sentada a mi lado en este banco fuera real?

¿Y si le hubieran puesto Alma por mi Alma?

¿Y si mi libro no se hubiera perdido en una inundación?

¿Y si...?

Pasaba un hombre.

—¿Querría hacerme un favor? —le grité.

—¿Sí? —dijo él.

—¿Hay alguien a mi lado?

El hombre pareció confuso.

—No comprendo —dijo.

—Tampoco yo —respondí—. ¿Me hace el favor de contestar a mi pregunta?

—¿Si hay alguien a su lado? —dijo él.

—Eso es lo que pregunto.

Y él dijo:

—Sí.

Y entonces yo dije:

—¿Una muchacha de unos quince o dieciséis años, quizá catorce bien cumplidos?

Él se rió y dijo:

—Sí.

—O sea, ¿lo contrario de no?

—Lo contrario de no —dijo él.

—Gracias —dije.

El hombre se fue.

La miré.

Era verdad. Me resultaba familiar. Y sin embargo. Ahora que realmente la miraba,

veía que no se parecía mucho a mi Alma. Para empezar, era bastante más alta. Y tenía el pelo negro. Y los dientes de arriba un poco separados.

—¿Quién es Bruno? —preguntó.

Yo contemplaba su cara. Trataba de pensar la respuesta.

—Hablando de invisibles... —dije.

Al temor y la sorpresa que había en su cara se sumó ahora la confusión.

—Pero ¿quién es?

—Es el amigo que nunca tuve.

Ella me miraba, esperando.

—Es el personaje más grande que he inventado.

Ella no dijo nada. Yo temía que se levantara y se fuera. No se me ocurría nada más. Así pues, le dije la verdad:

—Ha muerto.

Dolía decirlo. Y sin embargo. Había tantas otras cosas...

—Murió un día del mes de julio de mil novecientos cuarenta y uno.

Y callé, esperando que ahora se levantara y se alejara. Pero. Ella permaneció allí, sin pestañear.

Si tan lejos había llegado ya...

Pensé: ¿Por qué no seguir?

—Y otra cosa.

Estaba pendiente de mí. Daba gozo verla. Ella esperaba, atenta.

—Tuve un hijo que no llegó a saber que yo existía.

Una paloma aleteó hacia el cielo. Yo dije:

—Se llamaba Isaac.

Y entonces comprendí que había estado buscando a la persona equivocada.

Miré a los ojos al hombre más viejo del mundo, tratando de encontrar al niño que se había enamorado cuando tenía diez años.

—¿Estuvo enamorado de una muchacha que se llamaba Alma? —pregunté.

Él calló. Le temblaban los labios. Pensé que no me había entendido, y pregunté otra vez:

—¿Se enamoró de una muchacha que se llamaba Alma Mereminski?

Él extendió la mano. Me dio dos golpecitos en el brazo. Comprendí que trataba de decirme algo, pero no sabía qué podía ser.

—¿Estaba enamorado de una muchacha que se llamaba Alma Mereminski y que se marchó a América?

Se le llenaron los ojos de lágrimas, me dio dos palmaditas en el brazo y luego otras dos.

Yo dije:

—Ese hijo que dice que no sabía que usted existía, ¿se llamaba Isaac Moritz?

Sentí que iba a estallarme el corazón. Pensé: Ya que he vivido tanto. Por favor.

Un poco más no me matará. Yo quería decir su nombre en voz alta, gozaría pronunciándolo, porque sabía que, en cierta pequeña medida, se lo había puesto mi amor. Y sin embargo. No podía hablar. Temía no saber elegir las palabras. Ella dijo:

—Ese hijo que dice que no sabía...

Yo le di dos palmadas. Luego otras dos. Ella me tomó una mano. Con la otra mano le di dos palmadas. Ella me oprimió los dedos. Yo le di dos palmadas. Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Yo le di dos palmadas. Ella me rodeó los hombros con un brazo. Yo le di dos palmadas. Ella me abrazó. Yo dejé de dar palmadas.

—Alma —dije.

Ella dijo:

—Sí.

—Alma —dije otra vez.

Ella dijo:

—Sí.

—Alma —dije.

Ella me dio dos palmadas.

La muerte de Leopold Gursky

Leopold Gursky empezó a morir el 18 de agosto de 1920.

Murió cuando aprendía a andar.

Murió cuando salía a la pizarra.

Y, una vez, también cuando llevaba una bandeja muy pesada.

Murió cuando ensayaba una firma nueva.

Cuando abría una ventana.

Cuando se lavaba los genitales en el baño.

Murió solo porque lo violentaba llamar por teléfono.

O murió pensando en Alma.

O cuando decidió no pensar.

En realidad, no hay mucho que decir.

Fue un gran escritor.

Se enamoró.

El amor fue su vida.



NICOLE KRAUSS, ha sido aclamada por el *New York Times* como «una de las novelistas más importantes de América». Es la autora de los bestsellers internacionales, *Great House*, que fue finalista del *National Book Award* y el *Premio Orange. The history of love*, ganó el *Saroyan Prize for International Literature* y *Premio de Francia al Mejor Libro Extranjero*, y también fue preseleccionada para los premios *Orange, Medicis* y *Femina*. Su primera novela, *Man walks into a room*, fue finalista para el *Los Angeles Times Book of the Year*. En 2007, fue seleccionada como una de las mejores jóvenes novelistas estadounidenses *Granta*, y en 2010 fue elegida por *The New Yorker* para su lista *Twenty Under Forty*. Su narrativa ha sido publicada en *The New Yorker*, *Harper*, *Esquire* y *Best American Short Stories*, y sus libros han sido traducidos a más de treinta y cinco idiomas.

Notas

^[1]En lugar de «Se metió en una pelea y le aplastaron la cara contra la puerta del coche», cantaba «Tú eres mi caballero de reluciente armadura». Y en lugar de «Eres un piojo pero eres tan mona», cantaba «Llévalo a casa en un microbús». (N. de la T.)

<<